10(545-15)

HERNAN DIAZ ARRIETA
(Alone)

MEMORIALISTAS CHILENOS

Crónicas Literarias

AA 4978

PRISIONEROS, DESTERRADOS Y PERSEGUIDOS: Bascuñán, Egaña, Vicuña, María Carolina Geel.

MEMORIAS PERSONALES, INCLUSO CONFIDENCIALES E ÍNTIMAS de José Zapiola, Benjamín Subercaseaux, Martiniano Poblete, Ramón Subercaseaux Vicuña, Crescente Errázuriz, Augusto Orrego Luco, Martina Barros de Orrego, Luis Montt, Armando Donoso, Ricardo Cox, Emilio Rodríguez Mendoza, Samuel A. Lillo, Luis Oyarzún, Fernando Santiván y otros memorialistas.

Zig Zag

ORJ

Memorialistas Chilenos

por Hernán Díaz Arrieta (Alone)

Un libro de Hernán Díaz Arrieta constituye siempre un acontecimiento. Nadie más leído que él en Chile. Semanalmente, sus Crónicas Literarias son esperadas con ansiedad por los miles de lectores del diario en que escribe. Lo sigue y lo admira un público apasionado, constante, a través de muchos años. Es que la prosa de Alone —seudónimo con que más se le conoce— brota ágilmente, llena de gracia y de matices, elegante y sobria a la vez, salpicada de ingenio y de ironía, fascinante pero sencilla.

Como crítico, Alone tiene una doble autoridad: la de la honradez y la del talento. Además, la del buen gusto. Muchas de sus páginas son dignas de figurar en una antología castellana. Y en cuanto a su obra en general, significa un ejemplo de la vocación de escritor, mantenida durante medio siglo con valor y con fe, pese a todas las negaciones y a todas las incomprensiones, enaltecida siempre por una auténtica dignidad.

Los libros que analiza, en realidad son un motivo, casi un pretexto, para la creación personal de Alone. Así ocurre con estas sus Crónicas sobre los memorialistas chilenos, inéditas unas, rehechas otras, revisadas todas.

No se trata exactamente de "la petite histoire", del anecdotario histórico que presenta a los grandes personajes de puertas adentro, en traje de casa y con pantuflas; pero por esos lados andan las memorias de los memorialistas, testigos, actores y autores que permiten al lector internarse por los grandes acontecimientos, cuyo revés ofrecen, a menudo, distinto del que está habituada a contemplar la mayoría. Son recuerdos, confesiones, retratos de cuerpo presente, voluntarios involuntarios, escenas típicas, en ocasiones decisivas para pintar una situación, caracteres de gobernantes, prelados, militares, hombres de la política y de la sociedad, señoras ilustres, aventureros geniales, maestros que modelaron una generación o, simplemente, personas que tuvieron en su vida un episodio sensacional, deformado por la leyenda y que el héroe o la heroína sacan a plena luz. En todo caso, algo tan novelesco y apasionante como la mejor de las novelas y dotado de esa consistencia única, misteriosa, que sólo contiere la realidad.

Empresa Editora Zig-Zag

10(5-15)

5857

BIBLIOTECA DE ENSAYISTAS

Hernán Díaz Arrieta
(ALONE)

MEMORIALISTAS CHILENOS

© Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1960. Derechos reservados. Inscripción N.° 22594, Santiago de Chile, 1960.

Compuesto con Linotype Bodoni Book 10/12 e impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A., en Santiago de Chile, Avda. Santa María, 076.

Hernán Díaz Arrieta
(ALONE)

MEMORIALISTAS CHILENOS

CRONICAS LITERARIAS

Z I G - Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Visitación de imp. y BNL
17 AGO 1960
Depósito Legal

INDICE

Prólogo XI

Prisioneros, desterrados y perseguidos: Bascuñán, Egaña, Vicuña, María Carolina Geel 1
Recuerdos de Treinta años, por José Zapiola . . . 25
Niño de Lluvia: Relato, por Benjamín Subercaseaux . 35
Una jornada ferroviaria, por Martiniano Poblete . . 41
Por los caminos del abra, por Darío Ovalle Castillo . . 49
Embajada de Chile en Madrid, por Aurelio Núñez Morgado 57
Memorias de ochenta años, por don Ramón Subercaseaux Vicuña 67
Algo de lo que he visto. Memorias de don Crescente Errázuriz 77
Memorias de don Abdón Cifuentes 87
Recuerdos de la Escuela de Medicina, por el doctor Augusto Orrego Luco . . . 105
Recuerdos de mi vida, por Martina Barros de Orrego . 111
Recuerdos de familia, por don Luis Montt 121
Memorias de ochenta años, por Francisco R. Undurraga V. 127
Recuerdos de cincuenta años. Entrevistas de Armando Donoso 135
Recuerdos de 1891, por don Ricardo Cox Méndez . . 143
La Revolución del 91. Diario de don Fanor Velasco . . 151
Siglo XX. Como si fuera ayer, por don Emilio Rodríguez Mendoza 157
Espejo del pasado. Memorias literarias, por Samuel A. Lillo 169
Arenas del Mapocho, por Ricardo Puelma 173
El mar trajo mi sangre. Memorias de Alberto Ried Silva 183
Los días ocultos, por Luis Oyarzún 193
Recuerdos de don Juan Urzúa 201
En España con Federico García Lorca, por Carlos Morla Lynch 209
Memorias de un emigrante, Por Benedicto Chuaqui . . 217
Yo soy tú, por Jorge Délano 223
Recuerdos literarios, por Fernando Santiván 233
Confesiones de Santiván . . 255
Confesiones políticas, por René Montero 265
Bibliografía . . . . .

"Il (Hemingway) ne s'est manifesté qu'une fois. Ce fut à l'occasion du prix Nobel (1954) et tout le sens de son existence est inscrit dans ce qu'il déclara alors: "Ecrire de son mieux, cela entraîne une vie solitaire. Les organisations destinées aux écrivains portent remède à la solitude de l'écrivain, mais je me demande si elles améliorent son oeuvre. Sa stature publique s'en accroît tandis qu'il se dépouille de sa solitude, mais souvent son oeuvre se dégrade. Car il fait son oeuvre seul et, s'il est assez bon écrivain pour cela, il doit chaque jour affronter l'éternité ou l'absence de cette éternité."

ARMAND GATTI, artículo sobre Ernest Hemingway. *Paris-Match*, 20 de junio de 1959.

PROLOGO

ALGUNOS críticos acostumbran, para juzgar un libro, subir con él y su autor hasta el décimo piso, acercarse amablemente acompañados de ellos a la ventana y en cualquier momento darles un empujón. Después alzan los brazos lamentando que los dos se hayan roto el cráneo y que las letras nacionales hayan perdido de un solo golpe tantas esperanzas.

A fin de evitarles ese pesar, advertimos que aquí no hallarán un estudio ni varios estudios profundos de crítica literaria e histórica, "en el más alto sentido de la palabra", y que el tema de los memorialistas nacionales está lejos de verse agotado en estas páginas.

Quedan todavía en ese terreno muchas exploraciones que practicar, muchos descubrimientos por hacer.

Los autores chilenos de memorias son copiosos y ya no podría repetir Omer Emeth su queja de 1914, cuando, al comentar el "Diario de la Revolución de 1891", de don Fanor Velasco, celebrándolo según sus méritos, deploraba sorprendido que este género, tan rico en Francia y apasionador, no tuviera más cultivadores en un país como el nuestro, famoso por sus historias.

¿Por qué sólo la gran historia documental, política, administrativa, guerrera, y nunca la que está detrás, modestamente anecdótica, con las ideas y costumbres, los caracteres individuales y esos choques imprevisibles que la realidad proporciona, a menudo, de puertas adentro?

Esto sin contar el color, la gracia, el placer palpitante de la vida.

Parece que, desde entonces acá, los escritores chilenos se han hecho estas reflexiones y las memorias personales, incluso confidenciales e íntimas, abundan.

Hemos reunido en esta selección de "crónicas literarias" algunas, no todas, de las que, en su oportunidad, dedicamos a libros y autores que podían incluirse dentro de ese género, después de corregirlas mucho y, en ocasiones, rehacerlas por completo, como en el caso de las "Memorias de 80 Años", de don Ramón Subercaseaux.

Les hemos agregado otras enteramente nuevas, como las de Zapiola y Vicuña, en el primer capítulo, y reducido las de Bascuñán, Egaña, Pérez Rosales y Lastarria, algunas hasta simples alusiones, porque esos autores aparecen con más detenimiento en nuestra "Historia Personal de la Literatura Chilena", próxima a reeditarse.

Si andando el tiempo alguien, que podría ser el autor de estas líneas, aborda con más espacio el tema, podría dedicar un estudio minucioso a los evocadores de la infancia, como, por ejemplo, "Niño de Lluvia", de Benjamín Subercaseaux; "La Vida Simplemente", de Oscar Castro, que aunque novelas se llaman, son en realidad memorias; "R. S. C.", de Raúl Silva Castro; "Imágenes de la Infancia", de Manuel Rojas; "Cuando era Muchacho", de González Vera; "Imaginero de la Infancia", de Lautaro García; "Visiones de la Infancia", de María Flora Yáñez"; "Los Días Ocultos", de Luis Oyarzún; "Memorias de Pantalón Corto", de Carlos Ruiz-Tagle Gandarillas, y tal vez otros más que olvidamos.

También cabría recopilar los "Recuerdos Olvidados", que D'Halmar publicó en "La Nación" y que van cayendo, realmente, en el olvido; muchas crónicas de Edwards Bello, admirables, y, si el marco se ensancha un poco, integrar dentro de él los primeros capítulos de "El Loco Estero", de Blest Gana, fidelísimas memorias infantiles, y "La Sombra Inquieta", historia verdadera donde apenas existe una vaga composición.

¿Y los libros de viajes? Todo el que no se limita a simple Baedecker es un libro de memorias.

Pero esto nos llevaría lejos.

Baste, por hoy, insinuar el tema para ver que estamos ante un curioso e incitante rincón de las letras nacionales, donde nos esperan revelaciones sobre la psicología de nuestro país.

PRISIONEROS, DESTERRADOS, PERSEGUIDOS:

Bascuñán, Egaña, Vicuña,
María Carolina Geel.

NO es fácil tarea, si se le mira con seriedad, fijar las condiciones óptimas para que un país produzca una gran literatura o mejore la existente.

En Chile tenemos sobre esto una doble experiencia.

Convendría ponerlas una frente a otra y meditarlas.

Hace dieciocho años que funciona el Premio Nacional de Literatura. Dieciocho veces, el Estado, revestido de sus insignias, con toda la pompa del poder, ha subido a una tribuna y, empuñando la trompa de la fama, más exactamente, acercándose a un micrófono, ha dicho por boca de los altoparlantes:

—Este año, D. Fulano de Tal es el mejor escritor del país.

El Estado tiene la palabra afirmativa.

Después, bajándose de su sitio, ha abierto una caja donde están los fondos de los contribuyentes y ha entregado a ese "mejor escritor de Chile" una determinada suma.

Esto lo hace el Estado para que los escritores escriban más y, también, para que escriban mejor (lo uno sin lo otro resultaría lamentable).

La intención no puede ser más digna de elogios; pero querríamos que alguien, con la mano sobre el corazón, nos dijera si el Estado ha conseguido su propósito y si, desde dieciocho años a esta parte, se nota en la atmósfera de Chile una mayor dignidad intelectual, si se ha elevado el tono de las relaciones entre los que cultivan las letras, si los que han recibido el galardón realizaron la esperanza puesta en ellos de producir más y mejor y si lo hicieron a causa de haber recibido ese galardón; en suma, si el dinero gastado en tal empresa rindió frutos y vale la pena seguir gastándolo.

Abandonamos a otros la contestación para volvernos hacia la experiencia contraria y ver si la literatura sufre con la prisión, el destierro y las persecuciones, o sea, en las condiciones opuestas a las que el Estado desea crear mediante recompensas y honores.

* * *

Las relaciones entre la literatura y la prisión no datan de ayer. Sin apartarnos demasiado ni salir, como quien dice, de casa, el ejemplo su-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

blime que nadie ignora, la obra maestra universal donde se habla de cierto sitio muy incómodo, prueba que esas relaciones pueden ser fecundas. En el siglo XIX está el caso italiano de Silvio Pellico, poeta y dramaturgo mediocre, inmortalizado por "Mis Prisiones"; en Rusia el de Dostoiewski, autor de "La Casa de los Muertos"; en Inglaterra el de "De Profundis", memorias de una cárcel que reveló aspectos insospechados de Wilde; recientemente, las prisiones de Francia han producido, así, literalmente, han creado y hecho nacer el genio de un Jean Gênet, que, hombre libre, hubiera sido un puro miserable.

Escogemos al azar entre centenares: la bibliografía literaria de la prisión es enorme, tiene sus especialistas.

Por lo demás, el fenómeno mismo, sólo considerado superficialmente, aparece paradójico. Es natural que los sufrimientos exciten y la falta de sufrimientos embote la imaginación y la sensibilidad del escritor. Esto por un lado. Por otro, los lectores no buscan el reflejo de vidas parejas, confortables, sin accidentes, sin drama. Eso les parece insípido y lo apartan. A todos les gusta que su héroe haya corrido aventuras, haya afrontado peligros, que sepa lo que son el hambre, el frío, el miedo y la desesperación. Basta, a menudo, que la justicia lo persiga para que se interese por él, unas veces con ánimo compasivo; otras, feroz.

Todo esto es tan natural y obvio como el que los escritores no lo estimen obvio ni natural, sino peligrosísimo para ellos y para las letras, y prefieran, ardientemente, ser halagados, protegidos y premiados...

La posesión del talento literario no implica la de virtudes heroicas ni supone afición al martirio.

Pero, contra su expresa voluntad, la vida suele jugarles a los artistas la mala pasada de convertirlos en héroes y mártires, otorgándoles, además, la fama que ellos perseguían por errada senda.

Es el caso de algunos memorialistas nacionales traídos al plano del arte por obra y gracia de sus prisiones, como Pineda y Bascuñán en el siglo XVII y don Juan Egaña en el siglo XIX, y el de otros que, después de haber conocido la cárcel, compusieron obras destinadas a que, dentro de muchos años, sean tal vez las más buscadas por lectores futuros.

Aquí, entre prisioneros, desterrados y perseguidos, presentamos a cuatro.

Forman un cuarteto bastante desigual el joven guerrero piadoso y puro que cayó preso de los araucanos en la selva del sur; el jurisperito maduro, iluminado y docto que la reconquista española confinó en Juan Fernández; el luchador político, terrible polemista, abogado, profesor y conspirador del siglo XX que ha escrito las páginas más tremendas contra la última tiranía de Chile, y la escritora, vaga, meditativa, de prosa irreal, como perdida en un mundo de sueños extraños que, una tarde, en un hotel, disparó todos los tiros de su revólver, estuvo años en la cárcel, donde escribió allí una obra nítida, sobria, llena de luz y de humildad, titulada novela para el público, pero que, como otras bajo igual título, encierra una confesión, cabe en el género de las memorias y merece allí, desde luego, un sitio.

Sí, bastante singular es el cuarteto; pero las memorias son así, unas sorpresas ordenadas, imágenes que salen al paso inesperadamente, lecciones vivas.

* * *

Nacido el año 1607, a comienzos del siglo XVII, *don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán*, después de una vida de luchas, padecimientos, pobreza y altivez, cosas que suelen marchar juntas, aunque no es común, y de alcanzar en el ejército el mismo grado de su padre, Maestre General de Campo, murió en el Perú, a los 72 años de edad, cuando iba a asumir el cargo de Corregidor de Moquegua que le había dado el Virrey.

Siempre tuvo afición por las letras y escribió unos versos fáciles y medianos, insuficientes para sacarlo del anonimato; su gloria la debe a que, cuando contaba 23 años, cayó prisionero de los indios y, siendo viejo ya, escribió con gran sencillez las memorias de entonces, contando lo que había visto y le había sucedido en el año de su cautiverio.

Feliz lo llama en su obra; porque era un hombre piadoso, creyente en milagros y daba gracias a Dios por todo; pero, haciendo el balance de su aventura, sobresalen pronunciadamente en ella cuatro "momentos estelares" que son cuatro momentos de terror, peligro y amenazas, en los cuales el mozo se encomendaba con fervor a los santos para no perecer.

Primero ve morir junto a él, ¡y de qué muerte!, a un soldado, compañero suyo, también prisionero de los araucanos: tras larga ceremonia,

diéronle en la cabeza un golpe tal que le saltaron los sesos hasta gran distancia, en seguida le rasgaron el pecho, extrajéronle el corazón y, reduciéndolo a pedacitos, fueron pasándoselos sus verdugos de mano en mano para comérselos.

Mientras tanto, él, maniatado, miraba y se decía:

"Esto se me espera".

Lo libró un cacique, Maulicán, su amo, que lo había apresado y quería llevárselo a sus tierras para lucirlo. Era un magnífico trofeo el hijo de Alvaro Maltincampo, terror de las batallas. Lo luciría, sin duda; pero ¿y después?

Con esta incógnita echa a andar el cautivo, feliz de escapar al peligro inmediato, rodeado de numeroso séquito, a través de los bosques y las selvas. La primera etapa del camino es en la ruca de un moribundo cuyos parientes llamaron al "machi", y entonces viene el terror demoníaco de aquel hombre ambiguo, entre mago, sacerdote y médico, exorcizador de males, espantoso de ver, medio masculino, medio femenino, pues... "traía en lugar de calzones una especie de "puno", que es una especie de mantichuela que traen de la cintura para abajo, al modo de las indias, y unas camisetas largas encima; traía el cabello largo, siendo así que todos los demás andan tresados; feísimo el rostro y en el un ojo una mancha que lo comprehendía todo; muy pequeño el cuerpo, algo espaldudo y rengo de una pierna, que sólo mirarlo causaba horror..."

Bien comido y bien bebido, como todos los circunstantes, empezó aquel demonio sus sortilegios haciendo cantar a los demás un cantar lastimoso y triste, cogió después un carnero que estaba allí liado, abrióle el pecho, le sacó el corazón y empezó a chuparlo con gran destreza y, sin dejar de llorar, cantar y suspirar las mujeres, descolgó de las ramas un tamboril y se puso a tañerlo y a dar vueltas hasta que se levantó "una neblina obscura" y, de pronto, cayendo el encantador al suelo, presa de saltos y convulsiones, púsose el tamboril a saltar asimismo, a su lado y ambos daban botes como pelotas..., "que me causó grande horror y encogimiento, obligándome a encomendarme a Dios... y tuve por cierto que el demonio se había apoderado de su cuerpo"..., hasta que: "Callaron las cantoras, cesaron los tamboriles y se sosegó el endemoniado, pero de manera, el rostro que parecía el mismo Lucifer, con los ojos en blanco y vueltos al colodrillo, con una figura horrenda..."

Este fue el segundo momento de espanto.

El tercero lo sufrió en la copa de un árbol donde hubo de esconderlo Maulicán, su amo, porque los indios que mataron al soldado y se lo comieron querían dispensarle la misma suerte y lo andaban buscando. Una semana entera estuvo allí, en una jaula, como un pájaro, mientras por debajo pasaban sus perseguidores. Un chico ágil trepábase a hurtadillas como un gato para llevarle su alimento.

Salvado ese nuevo peligro, llega por fin el muchacho a los dominios de Maulicán, su amo, como nunca deja de llamarle, al par que lo cubre de alabanzas por la nobleza de su comportamiento, y entonces comienza otro suplicio más singular aún e inesperado, esta vez sin amenazas de muerte, aunque no sin apariciones diabólicas. Maulicán era poderoso y quería celebrar en grande su conquista. Una orgía empezó, una de esas fiestas de salvajes que congregan a comer, beber y danzar, no sin cantos y el resto, a verdaderas multitudes, las que fundan su amor propio en no cansarse del placer. Puede calcularse la situación del mozo austero, devoto de la Virgen, sometido a esas urgentes y, para él, horribles tentaciones. Los rezos y las mandas a los santos menudean.

Una noche creyó que ya no podría escapar. Entre todas las virtudes cristianas, cultivaba el joven militar la más ajena a los militares y los jóvenes, objeto más bien de burla entre ellos, preciada por los monjes que la colocan al principio de todas, como la más difícil y que constituye su voto por excelencia: la castidad. Los pecados contra la pureza le producían una repugnancia particular y le parecían el camino seguro de la condenación. Esa noche, el cacique, su amo, le anunció que una doncella iría a acompañarlo en su lecho. Y se lo dijo como un gran favor, porque si entre los fieles más estrictos suele violarse el sexto mandamiento, entre los polígamos el "no fornicarás" resulta sencillamente incomprensible.

Es el cuarto y último momento de terror, de imploraciones a la Virgen y votos a la corte celestial que jalonan el cautiverio de don Francisco.

Conviene leer ese pasaje.

Pocas literaturas ofrecen un ejemplo tan patético de lo que se llama, estrictamente, el candor.

Pero si esta ingenuidad un tanto primitiva, lindante en lo pueril,

provoca cierta sonrisa, inspira respeto el carácter de Núñez de Pineda y Bascuñán, hombre de una sola pieza, indomable y capaz de sostener a la faz de las autoridades que no tenía el Rey derecho para quitarles sus tierras a los indios por fuerza ni tampoco el Pontífice para convertirlos y bautizarlos contra su voluntad, menos aún sometiéndolos a torturas.

Tantos, tan repetidos y fuertes son los argumentos con que sustenta su tesis aquel hombre libre, que intérpretes modernos de nuestra historia, atareados en trasponerla a su paladar, los han utilizado para presentar al Maestre de Campo del siglo XVII poco menos que como un precursor del socialismo comunizante, "enemigo de la clase explotadora", etc.

* * *

A nadie, en cambio, se le ocurriría usar ese artificio con *don Juan Egaña*, autor de "El Chileno Consolado en los Presidios", aunque tan devoto como el cautivo feliz y no menos creyente en las potencias celestiales.

Egaña, hijo de otro siglo, es otra cosa.

Peruano, nacido en Lima, el año 1769, hijo de padres chilenos, educóse en la Ciudad de los Reyes, pero vivió entre nosotros hasta su muerte, año 1836, y en cierto modo adoptó nuestra nacionalidad al titular su obra más importante "El Chileno Consolado en los Presidios", memorias de su confinación en Juan Fernández por Osorio, bajo la reconquista.

Es un pequeño libro impreso en Londres, año 1826, que pocos han leído y la mayoría juzga, erradamente, insulso.

Se trata en él de lamentaciones. Egaña tenía 45 años cuando le impusieron esa pena, y, en rigor, habría podido resistirla bien; pero, criado, como él dice, en un clima dulce, sin costumbres guerreras, ajeno a cualesquier ejercicios que no fueran de orden intelectual, letrado y débil por naturaleza, lector infatigable, catedrático de Filosofía a los 16 años y de Teología y Leyes a los 20, ese choque inesperado con las rudezas de la vida material lo descompuso, le arranca quejidos penetrantes, lo convierte en un escritor que aún despierta interés y no carece de amenidad.

"Mi carrera literaria —dice en un memorial autobiográfico— ha sido la ocupación de todos y cada uno de los días de mi vida. Después de cursar y obtener en el Real Colegio Seminario de Santo Toribio de Lima los magisterios de filosofía y letras, he sido abogado, académico, doctor, opositor a cátedras y catedrático. En el descanso de las ocupaciones públicas me he dedicado al estudio de la historia, elocuencia, poesía, filosofía, filología, algunos principios de matemáticas y mineralogía y al conocimiento de cuatro idiomas extraños. Aun sin ser doctor, contaba más de doce discípulos abogados y doctores, conducidos al término del foro y aun a las últimas actuaciones de la escuela por mis cuidados, así como en Lima dicté de los primeros de mi colegio la más moderna filosofía. En fin, yo no me acuerdo de haber pasado día de mi vida en pie y sin estudio y meditación." Sus papeles inéditos contienen numerosos apuntes de medicina y una vez se diagnosticó un reumatismo gástrico cuyos síntomas desconcertaban a los médicos. Le gusta, además, la mecánica y en carta a su hijo, Ministro en Londres, le da instrucciones detalladas para construir una máquina que, si D. Mariano encuentra un taller capaz de realizarla, habría sido, en aquella época, la actual máquina de escribir.

Se comprende el trastorno de esa enciclopedia viviente, de ese estante de libros, cuando, de un día a otro, mientras descansaba sereno, fiado en las promesas de Osorio, se vio súbitamente cogido, apresado, conducido sobre un mal caballo, por malos caminos, a Valparaíso, embarcado allí con grillos y esposas en las escotillas de un bergantín, "sin poder respirar a causa del calor, cubierto y devorado de insectos que no puedo apartar de mí por las esposas, dándome de comer por mano ajena, moviéndome del mismo modo para las más urgentes necesidades, sufriendo insultos a cada instante y oyendo contra Dios y su Santísima Madre las más horribles blasfemias, incapaz de rezar el oficio divino y, sintiéndome morir de una violenta fatiga, he llamado un confesor, pero se me manda por el comandante morir sin confesarme..."

Así atormentado durante esa travesía que hoy se realiza en barcos de turismo, llega a la isla de Robinson Crusoe, cuyo clima se ofrece de atracción a los turistas, y cree hallarse en los mismos infiernos, de tal modo sufre el azote de los elementos desencadenados, calor volcánico en la estación veraniega, luego lluvias torrenciales y, siempre, tal densidad

de nubes bajas, que considera dichoso si por una hora se divisa el sol. Poderosos vientos que causaban pavor parecíanle capaces de arrastrar la isla a través de los mares y arrebataban como plumas los techos de las casas o los botes varados en la playa. "Es frecuente —dice, con frase enérgica— ver venir en lluvia las aguas del mar suspendidas de los huracanes e inundar sobre dos cuadras tierra adentro."

Al suplicio atmosférico, únense el desamparo doméstico y el ataque de monstruosas ratas engordadas con las provisiones que una guarnición abandonó; tan feroces que les hacían frente a los perros, mataban a los gatos y escapando a menudo con velas encendidas provocaban el incendio de los almacenes, consumiendo ellas solas más víveres que la tropa.

Junto con el grupo de magnates santiaguinos relegados, debió bajar Egaña en Juan Fernández toda la escalera de las humillaciones hasta profundidades inverosímiles, y, en verdad, causa asombro que las pudieran resistir. Un mayorazgo octogenario salía a las cuatro de la tarde a mendigar un plato de comida, porque estaba en ayunas, y aún podía envidiarlo otro, de los más ricos de Chile, que, atacado de incontinencia, suelta la orina en la noche, y como no había unos pellejos que mudarle, se acostaba diariamente "sobre las inundaciones de sus excrementos". Un día que estaban comiendo o, mejor, devorando, la pésima comida de la tropa, acicateados por el hambre, entró un marinero y empezó a cubrirlos de soeces insultos, tanto que un soldado se levantó contra él; pero era tal la necesidad de que sufrían que "ni antes por los insultos ni después, cuando se hallaba en la lid nuestro generoso protector, pudimos suspender el devorar y, por toda correspondencia, halló a su vuelta que le habíamos dejado ayuno".

Contra todos esos males, Egaña opone un solo consuelo: la fe. No se la habían debilitado los enciclopedistas y, asistido por ella, inventa un personaje imaginario, Adeodato, que se le aparece y le habla de Dios, del paraíso, de los santos, pintándole la felicidad sin mezcla que allá disfrutan los bienaventurados. Un ángel interviene en esas conversaciones y le explica cómo, libres de temor, de angustias, de zozobras, los elegidos gozan de la visión clarísima, se comunican sin palabras, se trasladan por el espacio sin esfuerzo y se sumergen en el éxtasis de la contemplación pura.

Es la parte débil del libro.

Se ve demasiado que el prisionero está soñando, que tiene lo que no tiene y delira para librarse de su obsesión. Falta el mordiente de las otras páginas, la atmósfera se vuelve un tanto soporífica y el lector cierra la obra.

Igual, por lo demás, ocurre con todas las descripciones celestiales, sin excluir la dantesca.

El goce puro empalaga.

Para interesarse de nuevo por la suerte de "El Chileno Consolado en los Presidios" hay que dejar los consuelos y descender a la realidad, a sus aflicciones, a sus padecimientos, a la tortura prolongada en que vivió. Ahí se le siente existir y otra vez palpita.

El propio autor lo reconoce cuado dice que no hay muestrario de psicología como una cárcel, porque todos los dramas y todas las comedias se hallan allí, comprimidos con un vigor que los hace estallar. Si se añade que en Juan Fernández convivían prisioneros políticos y reos comunes y que no era el menor castigo de los unos las algazaras de los facinerosos con las mujerzuelas, se comprenderá que del choque brotará, a cada rato, irresistiblemente, el espectáculo. ¡Qué de historias, intrigas, escenas, sainetes, cuentos y novelas en síntesis!

Oigámosle:

"Antes de ayer me quebraban el corazón los gritos y palos que sufría una vecina mía de uno de sus amantes que la sorprendió con otro; llegó éste cuando ella había quedado en el suelo caída y derrengada y, conociendo por las quejas que tenía un competidor, la apaleó por su parte, dejándola más postrada; últimamente llegó el marido, supo la reyerta y, sostenido de más altos derechos, la apaleó con más atrocidad; y cuando yo creí que se hallaba incapaz de moverse, supe que al otro día concurrió a una fiesta donde bailaba con la mayor expedición a presencia de los tres interesados, que bebían en la más alegre y cordial compañía".

Admiremos la "economía de medios" para relatar el caso.

Otro:

"El Gobernador se presentó a la una de la noche con bastante gente y estrépito forzando a que le abriesen la choza que está al frente de la mía y que habita una joven casada, de las menos despreciables; de su cama sacó a un soldado que había desamparado la guardia para visitar-

la, le hizo apalear públicamente y conducir a un calabozo a la mujer; pero al otro día fueron tan activas e importunas las instancias del marido a fin de libertarla y tanto su condescendiente placer luego que lo consiguió, que, en honor del buen suceso, convidó a un baile donde, haciendo él de músico, eran su rival y su mujer los principales danzantes y actores del festín".

Parece que ni Egaña ni Bascuñán justipreciaron sus libros; no veían la veta rica de los sufrimientos, extasiados, el uno con las citaciones sabias, insufribles, el otro con los insípidos consuelos celestiales. Ambos, si les hubieran propuesto el martirio que los convirtió en escritores, seguramente lo hubieran rechazado, apartando, sin saber, la copa del licor inmortal.

* * *

Aunque separados por doscientos años, se ve que Bascuñán y Egaña pertenecen a la misma estirpe y se habrían podido entender: desde luego, los dos acuden al mismo Dios para reconfortarse.

Un siglo después, en el que estamos viviendo, la literatura nacional nos ofrece otra pareja de "prisioneros, desterrados y perseguidos", pero tan diferentes de aquéllos y entre sí que causa sorpresa verlos juntos.

Son don Carlos Vicuña, autor de "En las Prisiones Políticas de Chile", "Cuatro Evasiones Novelescas" (Nascimento, 1932), y María Carolina Geel, autora de "Cárcel de Mujeres" (Zig-Zag, 1956), subtitulada novela, pero, en realidad, libro de memorias.

* * *

Don Carlos Vicuña ha figurado enérgicamente en la enseñanza, la política, el foro y las letras y en cada una de esas actividades se ha distinguido por una rebeldía indomable. No hay en Chile y habrá pocos en otras partes tan feroz para la polémica. Su libro "La Tiranía en Chile" (1938) es la irrupción de un chacal en el rebaño de las ovejas. Las mismas cosas que suelen murmurarse a media voz, sin dar los nombres, bajo estricto secreto, él las vocifera y las estampa en letra de

molde, con detalles, con nombres y apellidos, describiendo escenas, retratando personas, haciéndolas vivir y dialogar. Uno se restriega los ojos, cree haberse muerto y estar en el otro mundo. Al siguiente día de aparecer la obra los lectores se preguntaban:

—¿Qué ha sucedido? ¿Muchos duelos, muchos asaltos? ¿Ya mandaron asesinar al autor?

Nada. Transcurrían las semanas; pasaron meses, años: ninguna explosión, ni pleitos, ni acusaciones, ni réplicas o siquiera garrotazos. Nada. Han transcurrido 20 años. Los chilenos son la gente de carácter más dulce que existe o don Carlos Vicuña realizó eso que se llama "traspasar la barrera del sonido". El grito demasiado agudo no se oye. Los extremos se tocaron y nadie se inmutó.

Veintiún años después, reabriendo sus páginas, se tiene la impresión de un incendio, diríase que están quemadas.

Tal vez ocurrió igual fenómeno que el año 1891, durante la revolución, cuando la gente principal de Santiago se encontraba en la cárcel: estar allí era como estar en el Club de la Unión. Recuérdese que "palacio" no significa una morada fastuosa e imponente, sino la habitación del príncipe. Si éste reside en una casa humilde, por ese hecho la convierte en un palacio.

No hallamos otra explicación.

Pero "La Tiranía en Chile" no pertenece estrictamente al género de las memorias. La recordamos para fijar la fisonomía del personaje que, perseguido por Ibáñez durante su dictadura, se evadió cuatro veces de distintas prisiones y anduvo desde Tierra del Fuego hasta la isla de Pascua, entre peligros, penurias, amenazas y desafíos que, relatados por él en "La Nación" de Buenos Aires y "El Mercurio" de Santiago, aparecieron recopilados por Nascimento, el año 1932, formando un volumen de 218 páginas.

Son páginas de historia vivida.

Hombre de cultura humanística, de los pocos en Chile que, sin ser sacerdotes, saben latín, domina don Carlos Vicuña el castellano y lo maneja de acuerdo con su carácter, esencialmente masculino, sobrio, fuerte, claro, terminante, un poco rudo y desdeñoso, sin gran colorido ni flexibilidades, pero animado por una corriente interior que lo empuja vigorosamente.

La narración empieza en 1927, el año de las deportaciones. Todos veíamos entonces precipitarse los sucesos y caerse la república a pedazos, como vemos los hechos cuotidianos, sin el asombro que causan después, al leerlos en la historia. La corta distancia ofusca la vista. ¿Cómo un militar obscuro, que era exactamente nadie, sin grande inteligencia, sin mucha voluntad, desprovisto de saber y, en general, de cuanto constituye el prestigio de la autoridad, pudo tomarse el poder y arrojar metódicamente por la borda a esos monumentos públicos que eran don Agustín Edwards, don Gustavo Ross, más tarde, cuando osaron oponerse; a don Javier Angel Figueroa, Presidente de la Corte Suprema, y, como de añadidura, a don Emiliano Figueroa, Presidente de la República? ¿Cómo ese mismo militar, a quien nadie nunca ha considerado inteligente, se trepó a la Presidencia y estuvo ahí sentado hasta 1931?

Es el misterio de cada día, lo absurdo que sucede.

Leamos:

"Saliendo del golfo de Corcovado, antes de entrar al canal de Moraleda, nos señalaron en la carta la isla de Huafo, baja, desierta y azotada por la lluvia. Allí, sin casa y sin abrigo, alimentándose de huevos de pingüinos, estaban recluidos varios desgraciados anémicos. Ni siquiera sabían los marinos quiénes eran ni por qué los habían llevado allí. El Gobierno se mostraba piadoso con nosotros, no dejándonos en Huafo —como podía hacerlo— y llevándonos hasta Punta Arenas, donde, a lo menos, había una ciudad. Allí, a dos mil kilómetros de Santiago, hablamos por vez primera con una autoridad y supimos lo que querían de nosotros. El Prefecto nos notificó que no podríamos salir de la ciudad, pero que estábamos en libertad "para dedicarnos a nuestras actividades profesionales". El pobre hombre tartamudeaba. Hubiera sido piadoso darle una respuesta cualquiera que aliviase su embarazo; pero ¿qué podía contestarse a semejante inepcia? Los tres (él, Salas Romo y Rojas Mery) éramos abogados, arrastrados a veinte grados geográficos de nuestro foro habitual, arrojados en un país inclemente y desconocido, sometidos a una autoridad que no parecía muy de acuerdo con las normas del derecho. Como nadie le contestaba una palabra, el Prefecto, sudoroso y pálido, nos agregó con voz apagada que no tenía otra cosa que decirnos".

No había memoria en Chile de atropellos semejantes, la autoridad había perdido el hábito de atropellar las leyes de ese modo; la confusión del Prefecto atestigua el orden y legalidad imperantes en el país desde los tiempos de don Diego Portales.

Durante su segunda presidencia, porque hubo una segunda presidencia Ibáñez —lo absurdo sucede siempre—, el dictador de 1927, constitucionalmente elegido, se cuidó mucho de repetir sus hazañas y respetó los códigos.

Recibidos con simpatía por Punta Arenas, los tres deportados empezaron inmediatamente a preparar la fuga. Era la única "actividad profesional" posible. No resultaba fácil, sin embargo, porque ellos desconfiaban de todos y todos desconfiaban de ellos. Los tiempos de tiranía son así; la tierra se puebla de traidores. Al fin desenterraron un Ford destartalado, y su dueño, un mocetón de veintidós años, decidido y conocedor de la pampa, aceptó llevarlos hasta la frontera. No tenía el coche capota ni parabrisas, le faltaba una de las pisaderas y se quejaba lamentosamente. Viajando guiados por la luz de la luna, bajándose a la proximidad de los retenes, saltando alambrados y metiéndose en los arroyos, avanzaban como tres sombras los fugitivos. Cuando había alguna tarea muy ruda, la desempeñaba el más fuerte, el senador Salas Romo, que era incansable. Una noche, sobre la nieve blanqueada por las estrellas, vieron el faro de un automóvil que marchaba hacia ellos. ¿Los carabineros avisados por teléfono les salían al encuentro? Se pararon, cautelosos. El faro no seguía; ahora se levantaba de la tierra, ascendía sobre el horizonte: era Júpiter, radiante en aquel cielo diáfano. Más allá, un cruce del camino dividió a los prófugos. Uno opinaba que debían ir hacia la izquierda, el otro hacia la derecha; estaban a punto de separarse, cuando el tercero propuso una transacción abogadil y la situación se salvó. Caídos, después, en manos de la policía, alojaron en un retén y escaparon a medianoche, entre una orquesta de ronquidos, acompasados, tranquilizadores. "Uno de los ronquidos de la orquesta que estaba a mi espalda se detuvo y dio paso a un suspiro profundo. Era uno de los policías que se daba vuelta en el lecho. Tal vez sufría el desgraciado; pero no era hora de consolarlo."

Pero esta evasión fue sólo un "triunfo moral", escribe el señor Vicuña.

Cogidos de nuevo, regresaron a Punta Arenas y estuvieron allí hasta que de nuevo se fugaron, esta vez con pleno éxito.

En Buenos Aires, gracias a otros deportados y a la simpatía que despertaba su causa (aún no llegaba a la Argentina el flagelo dictatorial), los prófugos urdieron la conspiración llamada "del avión rojo". Todo marchó bien hasta que, confiados en altos apoyos y solemnes palabras, llegaron por los aires a Concepción, seguros de que bastaría su presencia para sublevar al país; allí todas las promesas les fallaron. Los sometieron a proceso. Cuando esperaban sentencia absolutoria de la Corte, los tomaron nuevamente, los embarcaron una noche a bordo del "Huemul" y pronto estuvieron en alta mar. "Iba —dice el señor Vicuña, pág. 122— custodiado por cuatro carabineros. Uno de ellos, que hacía de teniente, de apellido Lara, era de una opacidad insospechable. Me hizo encerrar en un camarote y me mantuvo incomunicado durante todo el viaje, que duró diez días. ¡Temía que me fugara en medio del océano! Me privó además de papel y de tinta, y al llegar a Pascua, como el buque se quedaba allí cinco días, no me permitió desembarcar hasta poco antes de la partida. Tampoco dejó desembarcar a los oficiales ni a la tripulación: era necesario que los otros presos no pudieran siquiera escribir para Chile. El terror a la palabra quita el sueño a los tiranos."

Leyéndolo, no deja de hallársele razón. Don Carlos Vicuña tiene la palabra eficaz y contundente. Rara vez se deja llevar por las circunstancias hacia la poesía, aunque tantas ocasiones le ofrecen los distintos paisajes que en dramáticas circunstancias contempló y los contrastes novelescos de sus increíbles peripecias.

El prefiere narrar escuetamente hechos, sin adornos, a lo clásico.

Hace bien.

Porque las imágenes se marchitan, las metáforas pasan y los nuevos estilos que un día causaron entusiasmo pronto fatigan y se desvanecen. Sólo la razón perdura.

Verdad que, por momentos, se echa algo de menos el colorido y cuando está en la isla de Pascua nos gustaría mirar con mayor detenimiento las cosas, ver y oir mejor a los personajes. Esa última fuga desde la Oceanía hasta París con el propio Gobernador de Pascua, aburrido de ser carcelero, sólo ésa ya constituye un argumento de teatro. ¿Y Mar-

tínez, el sátrapa de la isla, y las pobres reinas mendicantes de Rapa Nui, tan distintas de como las soñó Pedro Prado? Pero él no las explota.

* * *

Tampoco ha novelado mucho sus memorias de la prisión *María Carolina Geel,* aunque anuncia su libro como novela.

Los hechos sucedieron el año 1956.

Un día, a las cinco de la tarde, "a las cinco en punto de la tarde", los que tomaban té en el Hotel Crillon saltaron de sus asientos, quisieron escapar, se metían bajo las mesas o gritaban, creyendo que los disparos no iban a concluir nunca y que allí morirían todos.

Fueron cinco tiros de revólver y hubo un cadáver.

Poco después, abandonaba el recinto, entre carabineros, una mujer que procuraba, ocultando el rostro en su abrigo de pieles, evitar las miradas de los curiosos y el relampagueo de los fotógrafos, atraídos por el reguero de la noticia.

El festín de "la prensa chica" alcanzó proporciones orgiásticas. Los profesionales del hecho sensacional corrían y bailaban; grandes títulos, enormes retratos, profusión de errores entre algunas verdades y, como resultado lógico, calculado, perseguido y esperado, un satisfactorio aumento del tiraje.

Todo ello, naturalmente, para informar debidamente a los lectores, invocando la libertad de prensa y hasta aduciendo razones de orden moral, la necesidad de castigar a culpables y el deseo de purificar la atmósfera.

Por toda réplica apareció, poco después, "Cárcel de Mujeres", de María Carolina Geel, que editaba Zig-Zag, con el siguiente prólogo:

"Hay en la vida corriente, cuando se prolonga un poco, historias más extrañas de las que inventan los novelistas. Un día alguien recibe una carta. Nada. Una carta como tantas en que una joven aficionada a la literatura habla de libros, insinúa preguntas, escondiendo, probablemente, propósitos de escribir. Se contesta, se cambian ideas, y el diálogo epistolar, interrumpido, a veces, por largos silencios, prosigue. La joven ha escrito, ha publicado. Otras cartas van y vienen. La ciudad es grande y dos personas que se conocen por correspondencia pueden ha-

bitarla durante años, durante muchos años, sin llegar a encontrarse. Existen amistades así, a distancia, conversaciones en las que ninguno ha oído la voz del otro ni lo ha visto.

Hasta que un día estalla un suceso dramático, extraordinariamente misterioso, que desconcierta a todos.

Y he aquí que el diálogo intermitente, la conversación lejana, las palabras cambiadas de tarde en tarde, se reanudan y se hacen frecuentes.

La escritora está en la cárcel.

Su corresponsal ha pensado muchas veces que no hay sitio para escribir comparable a la celda de un prisionero. No queda, desde luego, otra cosa que hacer: meditar, leer, comunicarse con el mundo a través de la incomunicación. ¡Qué sueño! Ninguna interrupción, fuera de las regidas por un orden inmutable. Ni visitas ni llamados, ni invitaciones o tentaciones. Una serie de obras maestras han comenzado en esos sitios, obras que han enriquecido las literaturas más ricas nacieron en esas estancias "donde toda incomodidad tiene su asiento", voces lanzadas "de profundis" han hecho entrever a los vivos "la casa de los muertos".

La escritora reclusa oye esos consejos: "Escriba, cuente, diga simplemente cuanto sepa; porque, aunque se trate de usted misma, usted no lo sabe todo. Declare su verdad, esa pequeña parte de la verdad total que uno alcanza a percibir. Le servirá para explicarse a usted misma su caso". Ella resiste. ¡Con cuánta razón! Si siempre, para cualquiera, resulta difícil hablar de sí mismo sin énfasis, esa dificultad sube al infinito cuando la persona se halla colocada delante de mil ojos, de mil oídos, de mil ávidas lenguas, voraces y prontas, con dientes, con veneno. ¿Cómo defenderse? ¿Y cómo no defenderse? La modestia parecerá afectación; la dignidad, orgullo; el abatimiento, soberbia disimulada. No hay salida; todos los caminos están ciegos.

Tan bien como ella, mejor acaso, conocía él los escollos. Cualquier relación con el público se halla sembrada de peligros y lo inesperado es lo que ocurre. ¿Qué no podrían decir de un libro suyo en esas circunstancias? Ya había sido acusada de "espectacularidad", de afán de atraer la atención, y aunque resultaba monstruosa, hasta ser cómica, la desproporción, se le atribuyeron los motivos que el joven griego tuvo para cortarle la cola a su can. Había que salvar ese obstáculo. Había que acallar esas maledicencias, desarmarlas. ¿Cómo?

Parecía imposible.

Pero —y es verdaderamente aquí donde comienza la novela inverosímil— carilla tras carilla empezó a llegarle al consejero desconocido uno de los relatos más penetrantes, más dolorosos, más extraños, en su absoluta desnudez, que había leído. Ninguna afectación, ni sombra de postura escénica: un tono sordo, una palabra apagada, algo como de sueño sobre la cruda realidad. Cuadros que lo decían todo, pinceladas directas, sin líneas al sesgo ni pudores alarmados. Algo como del otro mundo.

Y es que, en verdad, desde allá venían esas páginas que seguían llegando y que iban a formar un libro. Venían de una persona que había renunciado, en el fondo de su alma, a vivir, que no quería vivir, que estaba sorprendida y un tanto espantada de seguir viviendo.

Ella pensó que, al dar la muerte, la recibía.

De ahí ese acento.

Más allá del bien y del mal, en una región donde ya nada ni nadie importa, por una especie de milagro, el instinto de la escritora seguía existiendo y respondía. No para defenderse. Tampoco para acusarse. Para hablar, porque había que hablar. Tenazmente había rehusado ella proporcionar elementos a sus defensores; porque no quería salvarse, porque la absolución y la libertad no constituían una salvación a sus ojos, sino otra cárcel más temible. Pero hablaba, escribía. Desdoblándose en su interior, se contemplaba e iba diciendo. Primero lo que había en derredor, el infierno de la cárcel de mujeres; un infierno donde encontró un ángel, una santa religiosa. Después, poco a poco, aproximándose con precaución, su historia personal, algo de sí misma, del caos en que flotaba, de la confusión que la condujo al estallido.

¿Cómo?

No lo sabe.

Todo el libro no contiene un reproche a la que los hombres de ley llamarán "la parte contraria". Nada. Ni amor, ni odio, ni celos, ni venganza, ni codicia, ni despecho. Pueden desfilar por turno los móviles ordinarios que llevan a un ser a darle muerte a otro ser: aquí no se encontrará ninguno. Unicamente el hecho, el terrible hecho, el funesto hecho, y un gran misterio. Diríase, al voltear estas páginas, que nuestras manos tocan las de la fatalidad, que se cruzan por el camino con ellas.

Parece, también, pensando, analizando, que en nuestro interior no hubiera una sola persona, sino muchas. Una de ellas ha cogido el comando y dirige; pero las demás, retiradas, expectantes, acechan sin cesar. Hasta que les llega su turno. ¡Ay, entonces, de nosotros si toma el puesto principal la figura siniestra y velada que estaba aguardando!

Decimos: la voluntad. Pero ¿qué es la voluntad? ¿Cuántas voluntades hay? Fuerza compuesta y resultante de innúmeras atracciones y repulsiones, la voluntad obedece a leyes desconocidas, como los astros, se forma y se deforma en virtud de circunstancias imprevisibles, sufre el influjo del viento que pasa y la estrella que cae. ¿Qué sabemos de los personajes mágicos que en un momento se apoderan de alguien, le hacen sacar el arma, apuntar, herir, matar, sin que al futuro "hechor" le quede sino asumir la responsabilidad?

Pero esta cadena de misterios que hace subir la libertad, la voluntad y la responsabilidad hasta Quien lo creó todo, constituía, en este caso, un aspecto del enigma que la obra, ya escrita, planteaba.

Había otro de distinto orden, no menos inquietante.

Esto exige cierta explicación.

Ocurre en los dominios literarios que la palabra "fondo" ocupa generalmente un sitio que no le pertenece: implica lo esencial y determinante, sugiere lo que más importa. Y no es así. La "forma", que suele tomarse como accidental, cosa de superficie, sin trascendencia, representa, por el contrario, al individuo y es su alma misma, su espíritu, cuanto hay de eterno y vivo en el arte, lo que revela, aun involuntariamente, el temperamento, la fuerza, el temple del artista, su potencia creadora, su aptitud para expresarse. Puede el autor estar diciendo o queriendo decir algo, mientras su estilo, la cadencia secreta de frases y palabras, manifiesta, contra su voluntad, otra distinta, incluso contraria y hasta indiscreta. La belleza no se produce sino en la concordancia de impresión y expresión, del acuerdo entre la intención y el efecto.

Este mensaje cifrado de la forma, no a todos, naturalmente, les llega con igual claridad.

Pero se impone a todos.

En el caso de este libro, asume el papel de una defensa tácita. Es una manera entregada, sin rodeos, sin armas; la dignidad de la actitud,

la elevación del tono, la justeza de los rasgos presentan algo de sonambúlico; diríase que la autora ha escrito llevada de la mano, con los ojos vendados. La música delicadísima, que a cada paso alza un problema, no hace sonar una sola nota desacorde.

Sus obras anteriores dejaban errar una imaginación extraña por escenas reales, que el modo de tratarlas volvía insólitas, como buscando algo a tientas en la sombra. Eran paisajes que uno había visto, pero con una mezcla exótica indefinible; eran personajes verdaderos, que se podían encontrar en la calle, pero tocados levemente por un color, una línea, con no se sabe qué acento de una vaga región medio conocida.

Adentro, muy adentro, el extravío.

Ahora todo ese misterio estalla en luz, no para aclararse, sino para hacerse más misterioso aún y plantear su secreto en términos imperativos.

Ha habido un hecho, un espantoso hecho que tampoco se explica, que lleva el mismo sello de extrañeza del estilo, del paisaje, de los personajes: una muerte sin motivo. La lucidez aparente es total. La escritora razona sin defecto, podría enseñar a un profesor de lógica el encadenamiento de las ideas.

Pero ahí está el acto tremendo, el dramático disparo.

Y luego la resignación inerte, silenciosa, expiatoria.

* * *

Es que no somos uno. Es que dentro de cada cual habitan multitudes, y entre ellas, junto al que figura de ordinario, aguarda un delirante, desesperado ansioso de actuar, reclamando, acechando. Tenemos dentro nuestro verdugo. Y nuestro juez. La humanidad se confunde, revuelta, en el seno de cada individuo, partícula suya, resumen histórico, glóbulo de un torrente.

Había que dar a luz la obra. No se podía ocultar ese testimonio. Muchas y diversas serían, como siempre, las interpretaciones sin que, por cierto, faltaran las corrosivas; pero existía una relación entre la escritora y el público, y eran numerosos los que tenían derecho a saber, también los que a través de las palabras impotentes, las renunciaciones con la cabeza atónita, entenderían.

Ella resistía.

Después de dar la muerte, sólo pensó una cosa: recibirla. No era él quien había caído, sino ella misma, su imagen precursora. Al abandonar el sitio funesto, entre las curiosidades hirientes, ya caminaba por senderos irreales, desprendida, entre calles y casas fantasmagóricas.

Fue preciso un trabajo casi de hipnotismo para que dejara hacer y que este breve libro, uno de los más raros que ha producido nuestra literatura, libro arrancado a la sangre y a la muerte, que iba deslizándose ya sombra adentro, se salvara. Hubo que emplear muchos argumentos, y las cartas, entre las cuales se interponían ahora unas rejas, dialogaron largamente.

Los que permanecen vivos tienen esa obligación de tender la mano a quienes van hundiéndose, sin ánimo ya ni deseo de remontar al aire libre, con más razón aún si al hacerlo atraen desde las aguas profundas secretos que casi nunca logran ver la luz."

* * *

Si en vez de caer en la batalla de las Cangrejas y sufrir lo que sufrió y ver lo que vio, prisionero de los araucanos, el joven Pineda y Bascuñán hubiera conseguido huir de sus perseguidores, probablemente habría escrito siempre, tal vez habría hecho versos parecidos a los que intercala en su obra, ni buenos ni malos; pero puede asegurarse que no habría pasado a la posteridad con un libro como el que el cautiverio le inspiró, original, curioso, fresco, palpitante de verdad y donde un alma cándida se entrega.

Para eso se necesitaba un choque raro, difícil de producirse, en las mismas circunstancias.

El letrado peruano-chileno de costumbres académicas, doctor erudito y precoz, enfermizo, rutinario, imaginativo, con la cabeza henchida de latín y de antiguas leyes, una cabeza que Encina llama, irrespetuosamente, "olla de grillos", si no lo arrancan con violencia de su hogar y lo trasportan a la tremenda isla de Robinson, sin la menor vocación novelesca o de aventuras, ¿habría soñado jamás componer las páginas de "El Chileno Consolado en los Presidios", tan ajenas a su índole que ni él mismo sabe lo que valen ni sería capaz de tomarles el sentido más tarde?

Se reconocerá que, al menos, como escritor, los hechos, los terribles hechos, no lo perjudicaron y que, sin la prisión, no habría penetrado en la historia de nuestra literatura.

El caso de don Carlos Vicuña es diferente, y asimismo el de María Carolina Geel. Nos falta, por lo demás, perspectiva para apreciarlos. No sabemos todavía hasta qué punto las persecuciones del uno, el episodio trágico de la otra, han hecho resonar en ambos cuerdas profundas, arrancándoles sones inauditos. Solamente podemos presumir que el dolor, el miedo, la furia, los peligros, les produjeron estremecimientos distintos, no sólo de lo común, sino de lo que ellos mismos estaban habituados a experimentar.

Y que en las respectivas obras todo eso repercute.

Esto obliga a pensar.

Los escritores son instrumentos sumamente delicados y de una prodigiosa variedad. Cada cual obedece a estímulos diversos, como en la orquesta. Los golpes marciales que arrancan sus gloriosos redobles al tambor romperían la caja del violín, sensible a la menor caricia, y su arco delicado dejará mudo al trombón, que exige para cantar el paso del viento por las entrañas. Porque unos están hechos de metales, otros de maderas finas, éste presenta al ejecutante un vientre pulido, otro complejas tuberías, el de más lejos numerosas cuerdas prontas a vibrar.

Tal vez su único lazo de unión sea el que todos están igualmente vacíos...

El Estado asume una gran responsabilidad al tañerlos echándoles adentro rollos de billetes o, como ellos mismos piden, sin saber lo que hacen, guardándolos en un estuche forrado de terciopelo.

RECUERDOS DE TREINTA AÑOS

por don José Zapiola.

EN el grupo de los memorialistas nacionales de tipo histórico, tres sobresalen indiscutiblemente, desde lejos.

Ante todo, el alegre, fecundo y pintoresco autor de los "Recuerdos del Pasado", el libro chileno más chileno y el mejor como vitalidad y gracia, como atractivo y donaire, superior a Blest Gana y a cualquiera por su prosa rica, animada, llena de color.

En seguida, Lastarria. Le faltan a don José Victorino casi todas las virtudes que le sobran a Pérez Rosales; pero poseía la cultura, la honradez, una verdadera pasión por las bellas letras y ejerció en la juventud de su época un influjo que le ha sobrevivido y no se extingue aún del todo. Los "Recuerdos Literarios" son un documento indispensable para conocer la historia de la literatura chilena. Poco amenos y, a ratos, penosos de leer por el amor propio casi delirante que los inspira, por su soberbia herida y doliente, sin flexibilidad y algo congelados, compensan esos vicios demasiado visibles por la especie de ternura con que se inclina sobre el nacimiento de la literatura nacional, que él acunó, que tuvo en sus manos, ayudándola a dar los primeros vagidos. Continuamente está pronunciando discursos, fundando revistas, creando sociedades o dando conferencias, siempre con un entusiasmo desinteresado y paternal que lo lleva, en ocasiones, casi hasta ser modesto.

El tercero, Zapiola, indocto, puro aficionado, corazón humilde, no necesitaba esforzarse para conseguir esa cualidad más preciosa de lo que se cree, la verdadera modestia. Nació, vivió y murió penetrado de ella, de un modo natural, sin perderla ni aun cuando era ya célebre.

De ahí, seguramente, su gran simpatía.

Pero ningún retrato equivale al espejo sencillo, límpido y un tanto candoroso que nos presentan las improvisadas páginas de su libro.

* * *

La mejor edición para leer los "Recuerdos de Treinta Años" es la octava y definitiva, hecha por Zig-Zag el año 1945, con una biografía crítica extensa, muy documentada y excelente, que firma Eugenio Pereira Salas.

Allí está toda la historia del personaje.

Don José Zapiola y Cortés, hijo natural de un estudiante argentino, Zapiola Lezica, y de una señorita "allegada a una familia", nació en Santiago el año 1802 y, a los seis años de edad, fue abandonado por su padre, que era hermano de un general. Más tarde, a los 22, cruzó la cordillera a ver si su progenitor lo reconocía; pero éste, que habitaba en Buenos Aires, lo rechazó de nuevo, porque "se había degradado adoptando la profesión de músico..."

Ni ésta ni otras humillaciones lo amargaron. Era un hombre de buen carácter.

La música le empezó a gustar desde que "la suerte puso en sus manos un pito", episodio que transformó su existencia, revelándole su íntima vocación. Probablemente a instancias suyas, vendió su madre un mate de plata, que era una de sus pobres joyas, y le compró un clarinete, el mismo que, andando el tiempo, enajenaría el mozo para comprarse un caballo e irse a Buenos Aires con Manuel Robles.

Es que el autor de la primera Canción Nacional fascinó al que compondría más tarde la de Yungay. Se ve que lo admira sin restricciones. Una vez, invitado por una respetable familia —"no lo extrañen", advierte, "empezábamos a aprender el clarinete y era seguro que se nos invitaba por eso"—, presenció una corrida de toros en San Francisco de El Monte. Ahí conoció a Robles. Le calcula unos treinta años. En realidad, contaba treinta y nueve. Dice que era de altura más que común, "de formas perfectas y de cara hermosa y simpática". Vestía un traje que llamaba la atención, pues era todo de seda, incluso los calzones de punto, muy de moda entonces entre la gente de tono. Gozaba fama de ser el mejor violinista de su tiempo, tocaba muy bien la guitarra, bailaba como nadie, no tenía rival en el juego de la pelota ni en las "comisiones" para el manejo de las estrellas y volantines. "Era lo que se llamaba un hombre *remoledor* y no había diversión para que no fuera buscado." Se recogía a altas horas de la noche y tenía frecuentes querellas con la policía, en las que siempre salía bien. Por lo demás, manso como un cordero. Durante aquella toreadura de El Monte se lució. Dos toreros profesionales habían huido, presas del pánico. El saltó al redondel sin vacilaciones, le clavó al toro varias banderillas y se expidió tan limpiamente que le llovieron los aplausos, las flores y las monedas. Entregó éstas al que le había facilitado un poncho para to-

rear, conservó las otras y se retiró en medio de una ovación atronadora. Se comprenderá que con semejante compañero de viaje no se pasaban penas ni había aduanas, policías ni tropiezo de ninguna especie. En los apuros de la partida, faltos de dinero y de todo, olvidaron los pasaportes. En Mendoza los pusieron presos. Robles consiguió la libertad sin dificultades. Después de una riña con un gaucho insolente, Robles lo dominó en forma que le cedieron el mejor de los caballos. Cuando a alguno le tocaba un animal chúcaro, Robles se encargaba de arreglarlo y, a poco andar, el animal era una seda. "Muchos de ellos dieron en tierra con nosotros —escribe—; a Robles sólo una vez le hicieron soltar un estribo." Aunque sus talentos de músico le procuraron pronto buena colocación en Buenos Aires, ganaba más dinero jugando al billar, porque ahí no lo vencía nadie. Además, como se atraía el cariño de todos, le invitaban continuamente y vivía entre fiestas. Pero Robles era, además, heroico y estoico. Cruzando la cordillera con don Julián Navarro, argentino, canónigo de la Catedral de Santiago, soltó éste las riendas en un paso difícil y no podía seguir, aferrado con las dos manos a la montura. Descabalgó Robles, tiró de las riendas a la mula del canónigo y lo hizo franquear el desfiladero; pero no sin recibir dos patadas en una rodilla. Siguió caminando en silencio hasta caer desmayado y, desde entonces, quedóle tiesa la pierna, por lo que le llamaron "el cojo Robles". Próximo a los cincuenta, casóse de un modo novelesco y no fue ésta la última de sus hazañas.

Hijo de su época, saturado del ambiente en que el enciclopedismo dominaba, cayó muy joven Zapiola bajo el hechizo de Rousseau, que, además de pobre y abandonado, había sido músico. Se sabía de memoria, recitaba con énfasis las tiradas de fuego del Vicario Saboyano y creía en la consoladora quimera de la igualdad.

Pero todas esas ideas depositadas en la superficie de su cerebro, las barrió como un viento la influencia de don Diego Portales, músico también, como Rousseau, y cuya personalidad avasalló al tocador de clarinete. Bajo la autoridad del Ministro, tuvo el orgullo de fundar cinco bandas agregadas a las milicias ciudadanas y ofrecer retretas al público en un "quiosco" frente al Palacio de la Moneda. En carta que cita Eugenio Pereira, Portales le dice: "Deseo que la música toque muy bien, aunque sepa pocas piezas, para el dieciocho; que afinen mucho es lo princi-

pal. No se olvide usted del vals para llamada; que sea muy bonito". Cuenta Zapiola algunas anécdotas típicas del Ministro, celebrándolas sin discriminación. No faltaba nunca en la tarde al cuartel que estaba en La Moneda para oir tocar la banda del batallón cívico N.º 4, del cual era jefe, y, a veces, haciéndola bajar del tabladillo, marchaba junto a los músicos que no marcaban bien el paso hasta que lo hacían como los otros. Un muchacho que tocaba el clarín tenía cierto inconveniente para andar. Lo tomó del brazo desocupado y después de dar con él muchas vueltas, en unión de la banda, advirtió la dificultad y dijo, remedándolo:

—¿Cómo diablos ha de marchar bien si es cojo?

Hallábase un día el maestro estudiando las escalas cuando llegó Portales con numeroso acompañamiento y le pidió:

—Escríbales algo en la pizarra para que toquen juntos.

Zapiola le advirtió en secreto que los músicos aún no hacían sonar bien los instrumentos y que los desentonos harían huir a aquellos señores. Don Diego replicó:

—¡Qué defecto! Eso es lo que quiero.

Pero los dos, que tenían buen oído, no contaron con que el de "los señores" les permitiría oir la algarabía sin pestañear.

Mantiene casi siempre Zapiola un tono festivo o semifestivo de observador pintoresco y hombre que hace memorias para entretener; pero en un pasaje se pone serio. Es para desmentir la afirmación de Lastarria, a primera vista inverosímil, de que el asesinato de Portales, comunicado a la multitud desde el Palacio Presidencial, había arrancado a la gente allí congregada "un "viva" a media voz, un "viva" inhumano, terrible, pero espontáneo y demasiado expresivo de la opinión que rechazaba la dictadura". Aunque tan recto, la pasión extravió esa vez a D. Victorino, su odio al Ministro le hizo ver visiones. "El "viva" —escribe Zapiola, pág. 228— es completamente falso. El único efecto que produjo la noticia... fue un doloroso silencio." Con su testimonio personal, alega el de todos sus contemporáneos.

Dicen que a Pérez Rosales tuvieron sus amigos que sacarle "a tirones" los "Recuerdos del Pasado". El no se creía escritor, nunca se tomó demasiado en serio como literato. Algo semejante ocurre con don José Zapiola, hombre rico en anécdotas que, viejo ya, le hacían contar una

y otra vez, porque resultaban más curiosas con el tiempo. Hasta que lo obligaron a escribirlas.

Parece que es el mejor modo de nacer los libros: tanto los "Recuerdos de Treintas Años" como los otros, han conseguido una difusión y conservan una vitalidad muy superiores a la obra que Lastarria desenvainó como una espada contra los que pretendían sepultarlo antes de tiempo en el olvido. Basta ver las ediciones de los unos y del otro.

Fuera de la atrayente personalidad de Zapiola, que nunca hace pesar su yo, sus memorias aumentan de valor a medida que la ciudad se desarrolla, porque nos permiten a cada paso pintorescas comparaciones.

Puede tomársele como el gran iniciador urbano de la capital.

El entró en el primero de los cafés que se abrieron; vio en las vitrinas de las librerías los primeros inmorales o heréticos ofrecidos a la venta, públicamente, gran progreso; oyó tocar los primeros pianos y escuchó los primeros trombones llegados al país; asistió a la primera función de la primera compañía lírica y participó en la primera filarmónica; pudo mirar desde las primeras habitaciones empapeladas, por las primeras ventanas con vidrios, el desfile marcial de las primeras bandas militares.

Son fechas.

Hay frases suyas de doble efecto, el que entonces causaron y el que ahora producen, como éstas: "Entonces, la Plaza de Armas no estaba empedrada... Como entonces las calles no eran de lomo de toro..." Esto no necesita comentario.

Tampoco el capítulo del alumbrado público. Ese es impagable.

"La luz —empieza—, que parece ser un elemento de orden, a veces lo es de tiranía. Tan a pechos han tomado esta máxima algunos Gobiernos que hemos visto en 1859 a uno de ellos encender el gas en noche de luna... En los días de la entrada de los españoles —pág. 130— hubo iluminación general. La base de las luminarias era un elemento que tenía bien poca analogía con ellas: el barro. O más bien, el lodo. Había para esto dos sistemas: el primero usado por las casas acomodadas. Este consistía en cuatro o seis palmetas de madera clavadas en la pared a una altura conveniente. En la parte redonda de esta palmeta se ponía una pelota de cieno y en ella se enterraba una vela de sebo de las de cuatro por medio. El otro medio, el más común, era pegar en la pared

tantas pelotas de barro como luces debían ponerse. En algunas casas de lujo se ponía en la palmeta un canuto de lata. Esto, por supuesto, era poco común. La clase de acequias de entonces, que corrían por el centro de las calles (ya sabemos que no eran de "lomo de toro"), proporcionaba todo el lodo necesario para estas operaciones. Estas se repetían cada vez que había luminarias, y lo alto de las paredes, tanto por el barro como por el humo de las velas, estaba siempre negro. El estado de las paredes lo calcularán nuestros lectores teniendo presente que entonces no había obligación de blanquearlas. La orden que ahora se da anualmente con este objeto sólo data del año 30 ó 31."

Y ya tenemos la ciudad iluminada.

Falta ahora asegurar la vida de los transeúntes.

"La policía diurna de Santiago no fue conocida hasta mediados de 1830, en que la estableció don Diego Portales, siendo Ministro del Interior. Sus enemigos dieron a esta nueva institución un sentido siniestro diciendo que el cuerpo de vigilantes no era otra cosa que un vasto espionaje que debía tener al Gobierno a toda hora al corriente de los pasos y movimientos de la oposición."

Como en el asunto del alumbrado público, aquí también vemos mezclarse la política; pero ahora está de por medio el Gran Ministro, y Zapiola aprueba la policía diurna; dice que se hizo indispensable, porque, cuando existía solamente la nocturna, los asaltos y las muertes violentas se hicieron más comunes de día que de noche.

Patriota de viejo cuño, como si dijéramos, de primeras aguas, Zapiola, que oyó la primera Canción Nacional, la de Robles, no traga el 18 de septiembre, aniversario godo en que se juró fidelidad al amado monarca Fernando VII, y lamenta el olvido en que se ha dejado al 12 de febrero y al 5 de abril, que nos dieron, efectivamente, patria y libertad.

Son las injusticias del mundo.

* * *

Pérez Rosales, Lastarria y Zapiola no son únicamente los tres memorialistas chilenos que, desde lejos, sobresalen y llaman la atención. Además, cada cual representa una clase: el primero, la más alta; el último, la más baja; el segundo, la intermedia.

Tanto el autor de "Recuerdos del Pasado" como el de los "Recuerdos de Treinta Años" ofrecen de común, en su estilo, la soltura, el humorismo y una gran simpatía humana, y se presentan, no en actitud de profesionales, sino de aficionados, muy culto el uno, el otro no tanto; de soberano talento aquél, éste de un talento nada despreciable.

Son la aristocracia y el pueblo.

Profesor, jurista, erudito, ilustradísimo, notable, el más notable escritor de su época por la elocuencia del lenguaje, profundo a veces y versado en ciencias filosóficas, el autor de los "Recuerdos Literarios" aventaja por esos lados a los anteriores tanto como resulta inferior a ellos en atractivo pintoresco, en comunicación vital.

Encarna la clase media que nace, recelosa, predestinada a imponerse sobre las inteligencias e imperar en política mediante la educación, el ímpetu, la conciencia de su valer y la voluntad de mando, pese a todo, insegura, a la defensiva.

Nacidos, Zapiola en 1802, Pérez Rosales en 1807 y Lastarria en 1817, murieron, respectivamente, en 1884, 1885 y 1888, y abarcan, por tanto, el corazón del siglo XIX, que vivieron con intensidad en planos diferentes.

La historia de nuestra república se ilumina por dentro, leyéndolos con atención.

En el aspecto literario, los tres confirman una verdad que los escritores, jóvenes o maduros, olvidan fácilmente y no pocos desdeñan: el castigo que recibe la soberbia, ese pecado origen de los demás. Aun los genios lo sufren. ¿Cuántas burlas, no todas inmerecidas, se ha atraído Víctor Hugo por sus gestos olímpicos, sus ademanes de Júpiter, sus sentencias a lo Jehová? Es peligroso decir desde una elevada tribuna: "Tengo talento y lo luzco". Aun aceptándolo, la gente no lo perdona.

NIÑO DE LLUVIA

Relato, *por Benjamín Subercaseaux.*

Niño de Lluvia

HAY niños de lluvia. "Los niños de lluvia nacen tristes, al decir de las gentes; no es verdad; nacen preocupados, lo que no es lo mismo." Daniel nació "niño de lluvia", y tuvo que traer el invierno y la preocupación desde más allá de la vida; porque el mundo le ofreció, como don gratuito, cuanto es posible ofrecer a un niño en la cuna.

El no lo dice; entre las virtudes de Daniel se cuenta, sin duda, también hereditaria, la discreción, el buen tono indiferente; pero se ve entre todas las líneas de su relato, que es muy sobrio y lo más impersonal posible en una autointrospección ceñida estrictamente a los hechos. Hablan por él la gran casa, la mujer muy elegante encrespándose para el baile, la profusa servidumbre y hasta las altas palmeras temibles del patio.

No, los problemas de Daniel no derivan de aflicciones económico-sociales ni podrían utilizarse por ese lado; vienen de más adentro y los resume este hecho aflictivo, difícil de explicar: hay también "niños de sol", niños que, desde su nacimiento, desbordan alegremente, como primaveras tormentosas, que se desarrollan con ferocidad y tienen hambre de conquista.

Los niños de lluvia serían los más felices de la tierra si no existieran también los niños de sol.

La diferencia entre ellos crea el drama.

Los niños de sol, por ejemplo, lanzan el trompo envuelto en su túnica de cuerda y el trompo baila festivamente, gira en un vértigo de colores superpuestos, como un pequeño ser vivo, especie de gnomo fugaz. El niño de lluvia no puede hacer ese milagro; el trompo no le obedece; la cuerda se enreda; en vez de adquirir esa vitalidad maravillosa y repentina, el trozo de madera con su púa punzante le vuelve a la mano y se la golpea.

He aquí la diferencia entre los niños de sol y los niños de lluvia y he ahí el drama de la infancia misteriosamente apocada (1).

(1) En un excelente artículo dedicado por don Carlos Silva Vildósola ("El Mercurio") al novelista inglés Somerset Maugham, verdadero regalo para los admiradores del grande escritor, hallamos el siguiente párrafo: "Los padecimientos de la primera edad de Maugham, de que hay huellas en una de sus grandes novelas, "Of Human Bondage", así como su escepticismo y cierto grado de visión pesimista de la vida, provienen en gran parte de su tartamudez. Sufrió las burlas de sus compañeros y, más aún, la dificultad de expresar sus ideas y ponerse en contacto fácil con sus semejantes. Igual handicap tuvo otro gran novelista inglés y amigo de Maugham, Arnold Bennett". Son dos casos que

Daniel la ha vivido y lo cuenta de un modo extraño, con humorismo, con ligeras gotas ácidas, pero no amargas. Daniel no es un amargado. Se sabe superior, como generalmente se saben los niños de lluvia, a quienes pertenece el reino interno. De ese dominio secreto, obscuro, cerrado, la poesía brota sordamente y la complacencia profunda. Jamás se queja Daniel de la vida; la observa y de su observación nace el deleite.

Junto al humorista preocupado, penetrante, lleno de curiosidad, hay en Daniel un pequeño poeta que transforma el universo visible y audible y lo convierte en espectáculo. Una tarde suena la campana de alarma. "Daniel sintió la opresión inevitable. ¿Por qué le temía a la campana? Se unían pesadillas a su recuerdo; noches en que despertó sobresaltado creyendo que ardía la casa; sólo sonaba la campana en el silencio, fúnebre, lenta, mientras moría la "mariposa" en grandes destellos, como batiendo terribles alas de sombra... Otras veces la campana de la Bomba le forjaba sueños como de fin de mundo. Los astros, inmensos, en una noche roja, bajaban en tropel sobre la tierra, aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Daban tumbos las esferas, produciendo sonidos de campanas y despidiendo unas como luces de Bengala que caían sobre la familia vestida de luto." Así son los sueños que tienen los niños de lluvia en su noche invernal. Ellos creen que esta noche no va a terminar nunca, que jamás serán "grandes"; marchan aprisionados en la infancia como está el padre muerto en su retrato.

La noche de esa tarde en que sonó la campana —16 de agosto de 1906; Daniel tenía cuatro años—, la madre, alta y hermosa, se escobillaba las uñas con prolijidad en el lavatorio de plaqué. "Fue ella quien dijo la primera: —¡Está temblando!" Es el terremoto visto por un niño, un admirable terremoto que se inicia con cierta inquietud en las piernas, agita después, violentamente, la lámpara de gas, sus tulipas rosadas, sus pesas colgantes, badajos de terror, y: "De pronto, con brutalidad contenida, un empellón horizontal, como una resbalada del suelo, hizo que el pequeño Daniel se aferrara del peinador, mientras la madre enloquecida, apoyando una mano sobre la mesa, para no caer, estrecha-

podrían señalarse de "Niños de Lluvia". Y no, ciertamente, los únicos. Se sabe la importancia atribuida por Adler, el discípulo disidente de Freud, al "complejo de inferioridad" contraído en la infancia, que, mediante el mecanismo psicológico del deseo de superación, se halla en el origen de tantas personalidades sobresalientes, no sólo en el dominio literario.

ba fuertemente al niño con la otra. El estrépito se hacía ensordecedor. —¡Salgan hasta el umbral! ¡El umbral!..." No teníamos, hasta ahora, en la literatura chilena un eco tan fiel y tan perfectamente estilizado de la catástrofe como ese cuadro de una página en que el niño de lluvia relata sus sensaciones.

El libro de Benjamín Subercaseaux abunda en esa clase de notas precisas y, al mismo tiempo, impregnadas de emoción, hechas blandas y vivientes por la fantasía. Tiene por ahí, a veces, las rápidas sentencias agudas de Radiguet, el hijo menor de Proust, y un fantasismo de la postguerra. Su prosa, rica en giros y galicanos, se hace dúctil y personal, crea un ambiente propicio a las evocaciones que desea sugerir y junta sabiamente lo particular a lo general, la delicadeza del colorido al toque realista de un dibujo fuerte. Pero no desentona. Al mismo tiempo que se ha aguzado su penetración psicológica, su ejecución artística se ha vuelto más fina, más ágil y de una livianura que, en las letras nacionales, debe contarse como una sorprendente bendición.

La corteza terrestre del criollismo, habitualmente dura, se hace esponjosa y feraz bajo los pasos del niño de lluvia. Recordamos "La Ultima Niebla", el admirable poema de María Luisa Bombal. Esto está menos desdibujado, menos próximo al suprarrealismo; aquí hay un estudiante de psicología experimental y un hombre que exige cosas más concretas; pero la realidad tiende a trasmutarse de continuo y el tono es parejo, excelente. Se siente, a cada rasgo, la creación fácil, el descubrimiento.

Y todo podrá no ser algo de una importancia extraordinaria; pero forma un conjunto profusamente agradable. En su esfera y para su intención, nos parece perfecto.

UNA JORNADA FERROVIARIA

por Martiniano Poblete.

TANTO como sobran las historias o, mejor dicho, las complicaciones de datos y documentos para la Historia, faltan en Chile esos documentos vivos, esos datos palpitantes que son las colecciones de cartas privadas y los recuerdos personales.

No porque el público los desdeñe: pocos libros hay más vendidos, gustados y celebrados que el de Pérez Rosales, ejemplo precioso de su género, y el "Epistolario" de Portales, publicado por Ernesto de la Cruz, que obtuvo hace poco un éxito de crítica y de librería rara vez alcanzado por libros chilenos.

A prudente distancia de ambos, así en el fondo como en la forma, aunque emparentado con los dos, debemos situar esta "Jornada Ferroviaria", memorias de un antiguo empleado del "ferrocarril" que acaba de dar a luz don Martiniano O. Poblete, ex inspector de Transportes y ex jefe de inspectores de la Dirección General con treinta y ocho años de servicios en la Empresa.

En cualquiera otra rama de la Administración, ese largo período burocrático significaría solamente un derecho bien ganado a jubilar y reposo más o menos definitivo; pero el movimiento de los trenes y su incesante agitación comunican, sin duda, a los funcionarios que los dirigen algo de su inquieto dinamismo y no les permiten detenerse con facilidad. La experiencia recogida, las cosas vistas, los grandes y pequeños dramas y las inevitables comedias a lo largo del camino constituyen un tesoro demasiado incitante para dejarlo perderse. Si se añade a eso, como en este caso, un hombre de talento, con espíritu público y sagacidad de observador, tendremos todos o casi todos los elementos necesarios para formar unas memorias útiles y agradables, de apasionante interés para los del gremio, que han de comentar, no sin escándalo, sus franquezas, y sabroso para cualquiera por su valor humano, su vivaz colorido, hasta su emoción.

Hay de todo en la obra del antiguo ferroviario.

Como generalmente ocurre, las primeras páginas, evocación de tiempos juveniles, tienen una frescura y novedad de impresiones que no se hallan después.

Durante esos años, cuando el autor contaba dieciocho o veinte, su cargo de guardalmacenes de la Estación Alameda lo ponía en contacto,

fuera de varios compañeros de oficina, con un grupo de "rotos carrilanos", dicharacheros, pintorescos y entretenidos, no fáciles de manejar. Todos bien retratados, sin sujeción a reglas académicas, a pincelada espontánea, forman una galería de tipos de la vida criolla capaces de causar envidia a muchos novelistas. ¡Qué figuras! Ese jefe bonachón, cojo, suave de carácter, que encerraba todas sus reprimendas en invariable muletilla: "—¡Maravilla de empleado!", y que sólo una vez, ante un oficinista con cara de trasnochador, salió de quicios y, habiendo comprobado un atraso en los libros, rompió su fórmula de costumbre exclamando: "—¡Esta sí que es maravilla grande!"; el ceremonioso Santa Cruz, farsante, amigo de pronunciar las erres y las eses, que hablaba con indiferencia de su "fundillo", no para dar una pequeña idea del predio, sino grande de su modestia, hombre de cara flaca y largas piernas que llegaba en un caballejo escuálido, al cual se le había saltado un ojo "de puro gordo" y que, con él a cuestas, ofrecía el espectáculo de un cuadrúpedo de seis patas; el señor Rencoret, fuente de alegría y de bromas, uno de los primeros telegrafistas de la Empresa, que costeaba la diversión de todos con sus originalidades. Era aspirante a bodeguero en una estación del sur. Despachando cierta vez un carro de animales, puso en el boletín: "El macho negro no va, porque se negó a subir". Gran regocijo de los compañeros: "—¿Por qué no llamaste a la policía? ¡Qué irreverencia, con el jefe de la Bodega! Tendrías alguna enemistad personal con él"...

La Revolución del 91 repercutió profundamente en los Ferrocarriles. El señor Poblete se declaró, desde luego, enemigo del Gobierno, estuvo preso y sufrió flagelaciones. Separado de su puesto, viose en apurados trances. No por eso se inquieta ni hace largas relaciones de sus padecimientos; apunta con sobriedad las cobardías, las traiciones, las miserias que un trastorno social saca de los bajos fondos y comenta: "Despedido de mi empleo, fugitivo como anduve más tarde, exponiendo mi vida y la de mi familia, compuesta de hermano y mamá, no eran muy alegres los días que yo pasaba". Le interesan sobre todo, los movimientos de los personajes, las intrigas, los altibajos y sorpresas de la fortuna y las ironías que, con tanta frecuencia, presenta el destino.

Un caso digno de señalarse. Inmediato a su casa, comunicado por el interior con ella, habitaba un espía oficial, que continuamente lo mo-

lestó y quiso perderlo. Llega el día del triunfo, y mientras los amigos pasean al señor Poblete por las calles como mártir de la causa, una poblada penetra al negocio del espía, derribando puertas y quebrando estantes. El hombre con su mujer no tuvieron más refugio que la vecina revolucionaria, madre del autor, a la que tantas veces insultaron cuando esperaban vencer. Protegiólos la señora con denuedo, hasta exponiéndose. Resultado: poco después, el espía demandaba al señor Poblete y su madre ante el Juzgado, y sostenía que lo habían perseguido por revolucionario y por tener una imprenta de propaganda opositora en el fondo de su casa.

Más adelante cuenta detalles pavorosos de la matanza de Lo Cañas.

Pero su fuerte no es la nota trágica; más se complace, visiblemente, y nos complace cuando describe las modalidades de los carrilanos y jornaleros, reproduce hechos y dichos de sus "rotos" alegres y fieles, sufridos y pintorescos. Al principio, viéndolo manso de palabras, quisieron sublevársele; pero luego comprobaron su energía, y de la sumisión pasaron al afecto sincero. Pudo experimentarlo una vez, al salir de una parada militar en el parque, el 19 de septiembre: él y algunos amigos, los "futres" de la estación, agredidos por un grupo de maleantes, lo habrían pasado mal sin la ayuda oportuna de varios "carrilanos" que por allí se hallaban providencialmente. El señor Poblete relata bien la escena, y es sabrosa como un documento de folklore la charla que tuvo al día siguiente con Federico González, uno de sus defensores. Le pregunta:

—¿Y a ti, no te pasó nada?

—¿Qué quería que le pasara a un roto fino como yo?

—Y los otros, ¿no eran rotos finos?

—¡Qué iban a ser finos, patrón; si eran unos rotos ordinarios!

Acordándose de repente:

—¿Y su sombrero, patrón?

—Se me perdió en la refriega, pues, hombre.

—¡Vaya, patrón! ¿Se li'ocurre que andando con un roto fino se le iba a perder ninguna prenda a su mercé? ¡Ni lo piense!

—¿Entonces lo encontraste?

—¿Que si lo encontré? ¡Las cosas de su mercé! ¿Que no sabía que la nobleza de Federico González cuidaba de su señoría? Mire, patrón;

apenas dejamos la humareda de pililos a punta de combos, alcancé a cachar a un aijuna que se llevaba el sombrero de su mercé. Tuavía no estaba encima de él cuando le mando un quique a todo forro por una carretilla; se me arranca y se me mete por un rosario de cuartos de un conventillo, y yo detrás, pegadito con él. Al fin lo pesqué al saltar una cocina con ollas de comida: no fue carbonaa la que le di a la orilla del fuego, y le quité el sombrero. Ahora después de almuerzo, se lo traigo.

Así fue.

Una chispa de Daniel Riquelme y el roto Cámara centellea en las palabras de Federico González: en ellas puede además observarse cómo ha variado la jerga popular y cómo algunas expresiones han desaparecido; por ejemplo, ese "quique a todo forro", que ahora sería "cuete o coleto a todo ful". Otro tipo digno de atención es Calixto Medina, "humilde, callado, malicioso, honrado a carta cabal", el trabajador de los trabajos difíciles, servidor de la Empresa hasta la muerte. No podía conformarse con el apellido de un empleado que se llamaba Luis Maira. Decíale indistintamente: Don Madras, don Madera, don Neira, don Maire. Era inútil que le silabearan la palabra: Ma-i-ra. La hallaba muy "rúa", y protestaba sonriéndose, incrédulo:

—¡Hum! Ustedes le icen así porque son amigos suyos...

El tiempo pasa, llegan los ascensos, y el señor Poblete deja la Bodega Receptora Sur para embarcarse en los trenes, es decir, para hacer la verdadera vida ferroviaria; la novela de caracteres y costumbres, con tipos y escenas picarescos, se convierte en novela de aventuras peligrosas y en epopeya de heroísmos, generalmente desconocidos. El público sabe las catástrofes producidas, los choques ruidosos y espectaculares; ignora los accidentes que estuvieron a punto de realizarse, los minutos de angustia, las corazonadas o las deducciones sutiles que evitaron centenares de muertes. El señor Poblete nos interna en esa vida trepidante de los palanqueros y los conductores, de los maquinistas, ayudantes y fogoneros que cruzan incesantemente el país de norte a sur, de sur a norte, pasando por todos los climas y las estaciones, sobre una incertidumbre rodante. En su calidad de conductor de tren, extremaba las precauciones, revisaba incansablemente los frenos automáticos, lo ponía todo de su parte para evitar accidentes. No siempre lo consiguió. Hay que leer la página 178, en que refiere una bajada de la famosa Cuesta

del Tabón en manos de un maquinista famoso por su audacia, que se reía de su prudencia, y estuvo a pique de matarse y de matarlos contra el expreso, por "payasear" en la máquina. ¡Un maquinista que payasea con todo un convoy! Tranquilicémonos pensando que estas Memorias se refieren a veinticinco o treinta años atrás. Por lo demás, un milagro en forma de cuatro minutos de atraso salvó esa vez la vida del imprudente y sus presuntas víctimas. No debía librar otra vez el maquinista: "Advertido por mi Jefe de la "Primera Sección" —dice el señor Poblete—, del grave peligro que este conductor de máquinas entrañaba en la vía, pidió al Jefe de Maestranza lo eliminara del servicio... Pero como este caballero sufría de neurastenia aguda y una de sus manifestaciones consistía en desatender toda petición o disposición de orden y seguridad relacionada con la Maestranza, no sólo no aceptó este temperamento, sino que mandó a este maquinista al expreso N.º 1..." La consecuencia no se hizo esperar: una terrible colisión...

Las máquinas de nervios dieron con frecuencia mayor trabajo al señor Poblete que las de vapor.

Al ascender y convertirse en hombre maduro, los rasgos con que el memorialista retrata a los empleados, ahora jefes y personajes de categoría, pierden mucho de su gracia inicial. Algunas veces lo compensa cierta severidad de dibujo, como en esa firme silueta de don Juan de la Fuente, verdadero magistrado a la antigua que se hizo imposible con el régimen de la intervención política en la Empresa; pero se siente que ya andamos por terreno práctico o, para emplear una imagen de Sainte-Beuve, que la barca ha perdido sus velas y es preciso acudir a los remos.

El señor Poblete abandona un poco el tono de intimidad que constituye el encanto de las Memorias, y acentúa la crítica del servicio, la exposición de noticias útiles.

Sin embargo, aún quedan por ahí anécdotas vivaces.

Se ha hablado mucho del fracaso que sufrió el técnico alemán Dörner en la Dirección de nuestros ferrocarriles, y se ha citado como un rasgo nacional el que no supiéramos comprender en Chile al hombre que dirigió la movilización alemana durante la guerra. Dos anécdotas del señor Poblete aclaran la cuestión. Conversaban, un día, varios altos jefes en la sala del Director, mientras éste despachaba papeles con su secretario.

De pronto, molestado el señor Dörner por las voces, pónese de pie, da un puñetazo en la mesa y exclama:

—¡Silencio, señores!

Otro día va a verlo un jefe para participarle novedades y reflexiones sobre el servicio. El señor Dörner:

—¿Y usted?

—Vengo a saludarlo, a pedirle órdenes y consultarle...

—Cuando yo lo necesite, lo llamaré.

Después se quejaba de que el personal no le hubiera prestado la debida cooperación, llevándolo premeditadamente a un fracaso.

* * *

En libros de esta clase, el aspecto literario pasa a segundo o tercer lugar; sólo se exige el tono de la verdad y don de animar descripciones y relatos. El señor Poblete posee uno y otro. Con frecuencia alcanza también la sencillez, la claridad. No va más lejos. A veces incurre en cierta confusión de frases; otras, alza demasiado la voz y se enreda en figuras de mal gusto: "Mi madre, olvidando prontamente sus reiterados y lacerantes agravios, los cubrió presurosa con el nimbo de sus dolores aún sangrantes". Hay por ahí cierta intención de melodrama, efectismos de corte oratorio. Los señalamos en obsequio a las personas que se preocupan de estos detalles. No hallarán en el libro un estilo impecable, ni siquiera la llaneza continua.

Notaremos también cierta mescolanza de datos más o menos técnicos relativos al servicio, interesantes sólo para el gremio.

No importa.

Salvados esos reparos, queda un "documento" curioso y estimable.

POR LOS CAMINOS DEL ABRA

por Darío Ovalle Castillo.

cuando, unos cuarenta años atrás, estableció la prensa de Santiago esa sección llamada entonces Gran Mundo o Ecos Sociales, y que todos los diarios mantienen hoy con el nombre de "Vida Social", hubo la misma acometida de burlas, caricaturas y flechazos envenenados que se desató, algún tiempo antes, al aparecer las primeras bicicletas, furiosamente perseguidas por los pilluelos de la ciudad, a golpe de piedras e insultos.

Hoy los ciclistas forman nube sin que nadie se indigne, como ninguno tampoco se escandaliza de leer en los diarios que don Fulano llegó al mundo o al país, que don Zutano y doña Mengana han contraído matrimonio o que don Perengano está enfermo, se restableció, ha dado una fiesta, se marchó en viaje.

Cuestión de costumbre.

La verdad es que el recinto de la vida privada nos interesa, a veces, más que la ostensible y pública, como fuente y explicación de los acontecimientos que surgen después, llevados al término de la actualidad; y que el hombre bien informado puede enterarse allí en dos líneas, de muchas cosas que de otra manera quedarían recónditas.

Luego, ¡cuántas reflexiones sugieren, con el paso del tiempo, esas listas de nombres lentamente renovadas y combinadas; esas inesperadas alianzas de apellido; la aparición y desaparición de figuras tradicionales, conocidas de cerca o a la distancia; toda esa circulación del elemento humano, en ascenso y descenso perpetuos, como las aguas; esas trayectorias en el firmamento de tinta y papel donde unos astros se apagan y brotan otros!

No: el noticiario de la "Vida Social" sólo constituye una crónica baladí para los baladíes.

Tiene su psicología y aún su filosofía.

Ahora, en este libro, "Por los Caminos del Abra", dado a luz por don Darío Ovalle Castillo, tenemos como si dijéramos el código y la resultante máxima, la flor y nata, perfeccionada, de ese espectáculo cotidiano o feria de la vanidad mundana, atacada y envidiada.

Al recorrer tales dominios, el autor se pasea como por su casa. Pariente de medio Santiago, amigo de la otra mitad, junta a esas condiciones previas en el buen comentarista otras que lo completan y realzan;

es conocedor de antigüedades más o menos artísticas y perito en genealogía heráldica, suma de cualidades que la carrera diplomática, culminante en la Jefatura del Protocolo, le ha permitido desplegar, lucir y cultivar ampliamente.

Puede, pues, hablarse, dentro de su esfera, de una vocación.

La obra, como resultante, sería, sin duda, mejor compuesta en forma de memorias. El género le estaba indicado: antecesor suyo ha habido que, puesto en ese mismo mirador (1), nos dio sobre la época del Centenario un volumen lleno de viveza e ironía, donde escenas y figuras parlantes constituyen uno de los frescos mejor pintados para conocer los entrebastidores de la diplomacia criolla.

Pero el señor Ovalle Castillo no ha querido imitar a Carlos Morla Lynch.

Es más protocolar y menos íntimo.

"Por los Caminos del Abra" colecciona, simplemente en orden cronológico, una selección de sus artículos periodísticos, publicados al hilo de los acontecimientos y donde hallamos de todo: necrologías y panegíricos, recuerdos de viajes, descripciones de fiestas, reseñas de exposiciones históricas, semblanzas breves, saludos de llegada y despedida a personajes, más tal cual milagro religioso y hasta insinuaciones de polémica política.

Un repertorio muy variado.

Hombre de buen carácter y buen todo, pasa el autor ligeramente por la superficie, evitando los rasgos hirientes y sujetándose a los límites que el periodismo impone, sin más allá ni más acá.

No le preocupan poco ni mucho el fondo ni la forma. Se deja ir con facilidad sencilla, despreocupada, al azar de los hechos. Un viaje al campo, al fundo de su suegro, le da título al libro. El fundo se llama "El Abra". Más no vaya a creerse que la naturaleza agreste le seduzca de modo particular. El señor Ovalle Castillo no tiene el alma panteísta. Dice: "Aunque permanezco buena parte del año —pág. 125— en medio de las luminosas praderas del Valle Central de Chile, no soy de los más aficionados al verdor del pasto. La alfalfa, el trébol, la lechuga y el repollo no constituyen para mi naturaleza, como vista y alimentación,

(1) "El Año del Centenario", por Carlos Morla Lynch, entonces Introductor de Embajadores, sabrosísimo libro, inencontrable.

el principal encanto de la vida. A la presencia de un buey lozano, de una oveja demasiado abrigada en verano, de un gallo que se pasea ufano en medio de pintoresca corte, prefiero el bullicio de las grandes ciudades, el ir y venir de la gente, su trato, los espectáculos y todo lo que forma el agrado de la sociedad".

Esto se llama franqueza. Y aun valentía. El señor Ovalle no disfraza sus verdaderos sentimientos ni procura cubrirse con el manto romántico del amor a los seres primitivos. "Los animales en general —agrega— sólo despiertan, en mí, ligero interés; la reflexión que hago a la vista de un león en estrecha prisión de fierro, de un cóndor o de un caballo soberbio conducido con arte y gracia por un apuesto guaso, es simplemente momentánea." Se lo creemos, agradeciéndole la sinceridad.

Al señor Ovalle Castillo le interesa, ante todo, lo humano.

Pero, dentro de ese vasto círculo, cabe distinguirle predilecciones y aun asomos de una pasión preponderante.

Es la genealogía, la heráldica, la ciencia del árbol del bien y del mal, cuyas raíces y ramificaciones consanguíneas, cargadas de sorpresas, ilustran al observador de las costumbres y le permiten prolongar sus reflexiones, yendo del follaje al tronco y del tronco a la tierra, o viceversa.

Así se descubren su fuerte y su débil.

Es, por otro lado, una propensión muy nacional, hija del culto histórico y semilla o fruto del amor a la patria, señalada desde siempre en los chilenos.

Amamos a nuestra tierra; la creemos superior a todas; ella constituye nuestro vicio glorioso y nuestro orgullo. La mayor parte de las letras coloniales compónese de históricos relatos, odas en prosa o verso al heroísmo, la grandeza, la virtud del hombre chileno. Durante el siglo XIX, los historiadores forman el Estado Mayor de la literatura del país; no admiten paralelo con los novelistas, uno sólo de los cuales sobrevive, ni con los poetas, inexistentes. La imaginación y la sensibilidad, apegadas al hecho y al derecho, necesitaron la llegada del siglo XX para echar alas independientes.

Entre las múltiples manifestaciones de esa tendencia matriz, junto al criollismo descriptivo y campestre, puede señalarse, menos advertida,

a menudo satirizada, la existencia de la cofradía genealógica, que se empeña en rebuscar al personaje concreto e individualizarlo; grupo curioso, minucioso, investigador de documentos, cazador de ejecutorias, ávido de firmas auténticas, nutrido de papeles notariales y escarbador de Capitanía, feliz como el goloso ante un buen bocado cuando descubre un hermoso testamento, bien largo, una partida de matrimonio desconocida, o de nacimiento, o de defunción.

Es la tradición que palpita allí como en su médula.

No bien conocida en Chile, fuera de cierto ámbito, y desdeñosa de vastas popularidades, esta cofradía es célebre en las capitales americanas e irradia su prestigio desde la nuestra.

Aunque parezca extraño, Santiago, más que Lima o Buenos Aires, brilla por su autoridad en materia de genealogías.

Especie de Frente Aristocrático, opuesto al otro, sin gritos, prebendas, explosiones ni declamaciones, lo integran, por lo común, los descendientes de viejas familias un tiempo dominantes, el clan de los encomenderos y mayorazgos cuyas posesiones hereditarias han venido fraccionándose o perdiéndose y que llevan el título, objeto de execración y envidia, de "oligarcas", "explotadores del pueblo", "enemigos del proletariado", expresiones de discurso y fórmula elocuente, con destino político, más o menos vacías de contenido actual, pues hace ya tiempo que la parte suculenta de la consabida explotación pasó a distintas manos.

Ellos, los genealogistas, explotan hoy, de preferencia, el dominio de los recuerdos, donde no admiten allí rivales ni los tienen tampoco demasiado violentos.

Como un ejemplo de la fruición que la visión retrospectiva y el deleite del pasado por el pasado pueden procurar, léanse los cuatro grandes artículos que el señor Ovalle Castillo dedica a una Exposición del Coloniaje (págs. 9 a 25).

¡Cuántas reliquias!

Cuadros, retratos, muebles, armaduras, colecciones de chapas, llaves, clavos, una puerta de calle, un estrado completo, mesitas ratonas para tomar mate, una cajuela "con hermosa cerradura de plata labrada", escudos tallados en piedra o madera, imágenes de santos, relojes, crinoli-

nas, una "hermosísima cómoda de marquetería", un puñal de plata repujado con esta inscripción: "De Gutiérrez sólo soy: ni me vendo ni me doy"; arcones mudéjares, armarios de patagua o alerce, vargueños historiados y decorados, una carroza histórica, un altar portátil... Junto a cada objeto material, el nombre y el apellido, innumerables apellidos de Larraínes, Errázuriz, Echaurren, Velascos, García Huidobro, Alcaldes, Toros, Valdés, Rojas, Trucios y Salas, Ruiz Tagle y Hurtado de Mendoza, muchos de títulos castellanos, señores condes y marqueses, y hasta uno, el menos resonante, Roa y Carvajal, con su ducado de San Carlos y su Grandeza de España de Primera Clase.

Porque la ciencia genealógica tiene también sus democráticas sorpresas.

Dentro del reino imaginario, de indefinidos límites, no están todos los que son ni son todos lo que están, y nombre, ahora obscurecido, existe que, antaño, ostentó ínclitos blasones.

Los cultivadores de la heráldica lo saben y suelen contarse entre ellos, para su solaz, un repertorio de anécdotas. Hay la clásica y trágica del investigador, que de pronto, a la vuelta de un infolio, halló lo que denominan "el esqueleto en el armario", una ruptura de la cadena legítima, un bastardo plantado allí, como espectro. Y hay también el caso de la señora nobilísima emparentada con "lo mejor de Santiago" que vive, reclusa, miserable, en lo último de un conventillo, alimentada de trabajos serviles, casi de limosna, pero que guarda y rehusa tenazmente vender, aunque se muera de hambre, el retrato de su directo antepasado, un conde fastuoso de soberbio apellido.

Pero el señor Ovalle Castillo, ex Jefe del Protocolo Diplomático, no desciende a tales sótanos de la historia social.

El está colocado blandamente en la espuma y nos lleva, sin esfuerzo, por la superficie.

Merece, de todas maneras, el interés y hay que señalarlo.

Su ubicación justa no está en los rangos de la literatura corriente.

Sería tal vez abusar un poco de las analogías relacionarlo, aunque fuera de lejos, con don Ricardo Puelma, autor de las "Arenas del Mapocho". Las apariencias los apartan demasiado. Y también la condición social. El señor Puelma se va por propio designio hacia la izquierda y

mira de reojo a las alturas derechistas, mientras el señor Ovalle, desde el extremo opuesto, colocado en la cima, gira en torno suyo una mirada suavemente benévola. Pero, acaso, si se encontraran, se entenderían. Ambos pertenecen, si no a familia idéntica, a un grupo que tiene sus líneas de contacto. Los dos escriben libros semiclasificables de memorias: ni uno ni otro se cuidan del estilo y hablan porque tienen casos y cosas que contar; tanto el señor Ovalle como el señor Puelma deben contarse entre los guerrilleros o francotiradores de la literatura, soldados sin jefe ni regimiento, habitantes combativos o pacíficos de la región extraliteraria, donde se dan tantos espíritus originales, dignos de estudio y reveladores.

Partido uno del fondo o del medio fondo, flotante el otro sobre la cresta de la onda, ambos en realidad, para el ojo observador y ecuánime, se corresponden y, aunque tan desiguales, se completan.

EMBAJADA DE CHILE EN MADRID

por Aurelio Núñez Morgado.

NADA cambia al hombre como los viajes ni hace salir a luz su intimidad como una crisis. Don Aurelio Núñez Morgado sufrió esas dos pruebas: Embajador de Chile en España, fue a Madrid y hubo de afrontar la más violenta de las revoluciones, no sólo militar y política, sino social, religiosa.

Sin ofenderle y con su libro (1) en la mano se puede afirmar que, de ese doble crisol, ha surgido un personaje nuevo, completamente inesperado y, hasta cierto punto, extraordinario por su amplitud, su altura, su serenidad, su fuerza y una especie de equilibrio raro.

El momento no podía ser más difícil.

De un día a otro, el Gobierno ante el cual nos representaba desapareció, perdió todo lo que constituye la esencia de la autoridad.

Tres hechos sucesivos permiten apreciarlo. Primero, la entrega de armas al pueblo como defensa contra la revolución: era atarse los brazos y gritar el sálvese quien pueda. Segundo, la amnistía a los presos por delitos comunes: abiertas las cárceles, cada ladrón, cada criminal pudo salir a la calle y proveerse de un fusil. Tercero, para reprimir la ola delincuente, en vez de apretar los resortes de la justicia, se establecieron "Tribunales Populares" destinados, teóricamente, a "reprimir el fascismo"; prácticamente, a dar a los asesinos una apariencia de legalidad para cometer asesinatos.

Se comprenderá que millares de perseguidos corrieran a refugiarse en las Embajadas.

El señor Núñez Morgado era Decano del Cuerpo Diplomático.

¿Qué partido adoptó?

Es lo que su libro narra, sin alarde, eludiendo todo propósito efectista, con gran copia de datos y apoyo de notas documentales.

El decanato le imponía graves obligaciones: él las asumió al máximum, llegando hasta simbolizar un Gobierno superior, de última instancia, una como representación ideológica de la humanidad y la justicia, reflejo de los principios civilizados, dentro de un mundo en que éstos, por obra de las pasiones, iban sumergiéndose.

Quedaban, naturalmente, esparcidos, fragmentos de espíritu tradicio-

(1) "Los Sucesos de España, Vistos por un Diplomático", por Aurelio Núñez Morgado. (Buenos Aires, J. Rosso, Doblas 951, 1941).

nal, instintos de generosidad y nobleza, restos de pudor, imposibles de borrar en una vieja raza, trabajada por la cultura: a ellos se asió y entre ellos maniobró el Embajador y Decano, con tal hábil firmeza, que su Embajada llegó a constituir una isla dentro de ese mar.

Mientras se perdían todos los respetos, él se hizo respetar y salvó miles de vidas. Sin perder el ánimo, pese a las diarias decepciones que le daba el poder, sobre todo culpable de debilidad, habló, trató, negoció, protestó y supo mantener hasta el fin la bandera.

Entre las incontables dificultades por él afrontadas no fue la menor la del derecho de asilo. Había desacuerdo sobre ese punto. En una reunión del Cuerpo Diplomático, el representante de Gran Bretaña manifestó que instrucciones precisas de su Gobierno le prohibían mezclarse de ninguna manera en la guerra cívil española. (Ramiro de Maeztu, hijo de inglesa, pagó con la vida esas instrucciones.) El Embajador de la U. R. S. S. declaró terminantemente, que su Gobierno rehusaba el derecho de asilo, como se le comprendía en América Latina. Arguyó el de Chile que si algunos representantes desconocían ese derecho, podían abstenerse de concurrir a las sesiones en que se le discutiera. "En puridad de verdad —agregó— lo que hacemos nosotros no es precisamente practicar el derecho de asilo conocido en el mundo internacional, sino que hemos prestado albergue a personas que buscan su seguridad perseguidas por un peligro que no viene precisamente del Gobierno, salvo casos concretos, sino de la masa sanguinaria que los agobia. Este es un caso único tal vez en la historia de las conmociones interiores de los pueblos y nuestra situación debe revestir también calidad extraordinaria."

Apoyando estas palabras, el representante de Noruega dijo que el derecho de asilo, en esas circunstancias, era una cuestión puramente humanitaria y no era posible negarlo a quienes lo demandaran, si con ello se les salvaba la vida.

El Embajador de la U. R. S. S. negó al Cuerpo Diplomático personería para tratar ese asunto con el Gobierno español.

Mientras en la región de los principios se sostenían tesis y contratesis, los comunistas predicaban a las masas populares "odio rabioso" contra la burguesía, incitándolas a lanzarse a una lucha sangrienta,

dándoles como voz de orden la exterminación implacable de los no comunistas.

En consecuencia, las calles de Madrid se cubrían de cadáveres.

"Un día —escribe el señor Núñez Morgado, pág. 272— el criado de mi despacho me dijo que el lechero venía espantado por haber visto en la calle Alcalá, entre la Plaza Manuel Becerra y el Arco de Carlos III, esto es, en una longitud de unos mil quinientos metros, veintiocho cadáveres; algunos estaban cubiertos de cualquier manera; los otros, no." Las "chekas" funcionaban en todos los barrios. El ex teniente general Milans de Bosh, anciano de ochenta años, que había sido Gobernador General de Barcelona, quiso refugiarse en una Embajada y lo rechazaron. Regresaba, decepcionado, a su hogar, cuando fue detenido por milicias que lo condujeron a la "cheka" más próxima. Pretendióse, como era norma, que renegara de sus ideas y proclamara su adhesión a la república. Milans repuso que era monarquista, que toda la vida había servido al Rey y no cambiaría de opinión. Llevado a las tapias de un cementerio, instáronle de nuevo a que renegara; el viejo, a cada intimación, replicaba: "¡Viva el Rey!" Le dieron muerte en el mismo sitio. Un niño de 17 años, hijo del Cónsul honorario de Venezuela, don José M. Torroja, fue citado a prestar declaración por la Dirección de Seguridad. Acudió. Como pasaba el tiempo y no volvía, sus padres indagaron la efectividad de la citación y descubrieron su cadáver, inmolado en el Cementerio del Este. A nadie defendía la edad ni tampoco la condición. Don Cristóbal Colón, Duque de Veraguas, descendiente directo del descubridor de América, y su cuñado el Duque de la Vega, fueron recluidos en la "cheka" del Círculo Socialista del Sur, Velázquez N.º 50. Sabiéndoles todavía vivos, el Embajador pidió al Gobierno que los amparara. El Ministro, como siempre, pareció muy afectado y prometió proceder de inmediato. Los duques eran dos agricultores pacíficos, que no intervenían en política, que criaban caballos árabes, no molestaban a nadie ni habían sido objeto de cargo alguno. Tres días después de la promesa de protegerlos que hizo el Ministro aparecieron asesinados en la carretera de Fuencarral.

Contra la opinión del Embajador soviético, el de Chile pensó que la Embajada debía abrir sus puertas a las víctimas, y tan amplio asilo alcan-

zó a prestarles, que dentro de ella se juntaron hasta dos mil refugiados.

Era un pequeño pueblo donde se mezclaban gentes de todas condiciones, desde hijos de príncipes hasta hijos de obreros. El espacio, que no tenía las dimensiones de la voluntad del Embajador, se hacía naturalmente angustioso para tal muchedumbre. Llegó un día a solicitar amparo un pobre hombre, antiguo operario en Chile, con tres hijos nacidos aquí. "Mientras se les arreglaba el alojamiento —escribe el señor Núñez, pág. 256— durmieron en mi cuarto de la Embajada por no haber espacio en otra parte." Agrega: "¡Qué cuadro tierno y simpático ofrecían los pequeños! Se cuidaban con esmero entre sí; se ayudaban al aseo y al vestirse; no hacían ruido al levantarse al amanecer; no pedían nada; había que inducirles a que aceptaran lo que se les ofrecía".

A mediados de agosto de 1936, la Embajada de Chile contaba ya varios centenares de refugiados. Por haberse quedado solo el Embajador en Madrid, pues su familia se hallaba en Alemania, por los Juegos Olímpicos, el personal doméstico estaba reducido a un chofer y dos criados. El resto veraneaba. El Embajador pensó, naturalmente, llamarlo; pero los mismos interesados se opusieron, temiendo las delaciones, y prefirieron servirse sin ayuda; y así, mientras unos enceraban los cuartos, otros lavaban, planchaban o cocinaban, según sus aptitudes. Por la cocina pasaron, después del cocinero, un catedrático, un médico, por fin un lego de convento, que se desempeñó mejor que todos. Pero la población crecía rápidamente y necesitaba ayuda: pelar patatas para setecientas personas constituye un problema serio. Se formó un verdadero organismo, con jefes y subjefes, y, al cabo de poco tiempo, aquello marchaba como un reloj, pese a la obligatoria y fraternal camaradería. "El cuarto de lavar y de planchar —pág. 276— llegó a ser sitio de reunión social. Había competencias a quién lo hacía mejor y llegaron a adquirirse especialidades..." "Todo se hacía con el más alto espíritu. Nadie tenía una queja porque el suelo fuera duro, ni porque la espera fuera larga para hacer uso del cuarto de baño." La hubo que tenía noventa interesados haciendo cola, resignadamente, a la puerta. Un día, al subir a la Cancillería, el señor Núñez encontró al Marqués de J. R., hombre ingenioso y simpático, que enarbolaba un pan de jabón —llamado allá "pastilla"—, y le dijo:

—Vengo de la "toma de la Pastilla".

Cada sala recibía pronto su nombre: la de tapices era la Galería Lafayette; la biblioteca, donde había una armadura antigua, el "salón de Amadís"; el salón principal, donde estaba la enseña nacional de Chile, el "salón de la bandera", y el gran salón de baile, reducto de la juventud masculina, bajo la autoridad de un teniente de ejército, era el "cuartelillo". Los asilados allí disponían de un trozo de alfombra o de suelo de sesenta y cinco centímetros por un metro ochenta y, cuando dormían, apenas quedaba al centro un senderillo. Obstruyóse una vez el desagüe del W. C., donde "mal vivía" un viejo marqués, y el Embajador mandó llamar al "fontanero" para arreglarlo; ante el peligro de que viniera un "rojo", cierto joven, Grande de España, se las compuso para reemplazarlo y, antes que llegara, había extraído delicadamente una caja de sardinas causante del perjuicio.

A fin de distraer a su gente y, también, por su provecho personal, el Embajador lanzó la idea de organizar conferencias entre los muchos refugiados cultísimos que no tenían allí ocupación, y de seis a ocho se formó un verdadero curso donde ingenieros, abogados, diputados, periodistas, financistas y catedráticos de toda índole disertaron sobre temas tan variados como el sistema hidrográfico del Ebro, Sanidad, Hacienda Pública, Lola Montes y el Problema Social de España antes de la Revolución, la Enseñanza Secundaria, el Arte Valenciano y las Vías de Transporte, etc. Una condesa habló contra el divorcio y un Monseñor sobre el Concordato. Había clases de idioma y literatura para los jóvenes y de economía doméstica para las damas.

Dada la tremenda persecución religiosa que arreciaba en el exterior, no se podía pensar en actos de piedad más atrevidos que el rezo del rosario, hecho en voz baja. Llegó un sacerdote, el P. Nicolás, ex profesor de la Universidad Católica en Santiago de Chile, y una mañana de un domingo los refugiados oyeron el sonido de una campanilla, que agitaba tenuemente Santos, el criado del Embajador, quien iba diciendo a su paso:

—A misa, a las diez.

No son para descritas la emoción y la sorpresa que tal anuncio causó. Se llevó al salón de fumar, al fondo de una gran galería, un altar por-

tátil de tiempos de Felipe II: cerráronse las persianas metálicas que daban al patio de invierno y, en la penumbra, en el silencio recogido, celebróse el santo sacrificio.

Los asistentes evocaban escenas de las catacumbas.

"Esa primera misa —dice el Embajador— fue solemne cual nunca me imagino presenciar otra... El rezo se ahogaba, en lágrimas... Rogaban por las almas de los caídos, por la vida de los que se hallaban en peligro, por cuantos sufrían en esos días de terror. El sermón del P. Nicolás —continúa— fue de elocuencia sobria y tierna, como correspondía al momento, y si alguno hasta ese instante había logrado contener su emoción, aquellas palabras hicieron brotar a raudales las lágrimas..."

Desde ese día, nunca faltaron los auxilios religiosos. Hubo varios matrimonios, apadrinados por el Embajador, y el 11 de noviembre corrió por la Embajada la noticia de que, en la noche, había llegado "una refugiada de contrabando", en muy buenas condiciones gracias a la pericia de un ginecólogo asilado: bautizada por el P. Nicolás, recibió el nombre de María de la Paz. El P. Nicolás tuvo también que asistir a los moribundos, y entre ellos, el caso más doloroso, a un teniente de caballería que deliraba con la entrada de Franco a Madrid. Para que muriera tranquilo, su compañero de armas le aseguró que las fuerzas nacionales victoriosas iban penetrando en la capital y le describía el paso de las banderas desplegadas por el Paseo del Prado al son de pitos y tambores.

Se sabe cómo este sueño acabó por cumplirse, contra las predicciones de hombres tan entendidos como Indalecio Prieto, que apostrofaba a los rebeldes: "¡Insensatos!, lo tenemos todo: el oro, la aviación, la marina, el pueblo..."; contra el grito de la Pasionaria: "¡No pasarán!"; contra el discurso de ese increíble Ministro de Justicia que, tratando el problema de las cárceles, decía: "A mí que he sido presidiario y tengo un orgullo de haberlo sido, cabe considerarme en este asunto como un testigo de máxima autoridad..." Y agregaba: "La España presidiaria vencerá a sus carceleros. Así ocurrió en Francia, así ocurrió en Rusia y así ocurrirá en España. Lenin, Bakunin y otros no fueron sino personajes de presidio..."

Era el lenguaje que podía llamarse de la razón, y tanto lo justificaban

las apariencias que aquí mismo, con ligeras variantes, lo oímos usar muchas veces, en son de profecía.

La Revolución Española debía vencer, porque el Gobierno y el pueblo se juntaban y tenían el oro y las armas.

¿Qué más podía reunirse?

Algo que no se previó, que no supo apreciarse: los sueños de unos cuantos soñadores, unas palabras que se le decían al oído a un moribundo.

Sería interminable referir la serie de "pequeños hechos significativos", la mayoría apoyados en documentos, que expone, simple y tranquilamente, la obra de don Aurelio Núñez Morgado. Hay de todo en ella, desde el episodio de los trece milicianos, seudoguardadores de la Embajada, en realidad, su mayor problema, que exigían uvas de postre, cuando no había sino naranjas, hasta el incidente de las maletas que le registraron en Valencia y donde el Cuerpo Diplomático, pasmado, oyó, con intervalo de minutos, las declaraciones del Ministro que acusaban al Embajador de llevarse millones y vio la nota del propio Ministro, en que presentaba al Embajador toda clase de excusas por el atropello (ver pág. 315).

Imposible decirlo todo, ni aun una pequeña parte.

Sólo cabe resumir la impresión fundamental con la sensación de orgullo de raza, causada por la actitud del funcionario nuestro que, en un momento histórico, supo elevar sus funciones hasta la esfera de un magisterio superior, llevado con tanta noble firmeza, que se impuso y mereció el respeto de los que nada respetan, de los que ni siquiera sabían hacerse respetar. Esa encarnación del orden y la cordura, de la civilización y la energía, con las solas armas del prestigio, en aquel fragmento de Chile que la ficción de extraterritorialidad hace de cada Embajada, nos parece un ejemplo digno de estamparse con la sobriedad con que fue realizada para servir de lección en las escuelas: sería la mejor enseñanza y un argumento de lo que denominan "chilenidad".

MEMORIAS DE OCHENTA AÑOS

por don Ramón Subercaseaux Vicuña.

OBSERVANDO las diferencias profundas que separan, frecuentemente, a padres e hijos, a hermanos y hermanos, viendo familias en que se dan, bajo el mismo techo, con educación idéntica, santos y bandidos, necios y hombres de talento, uno piensa a veces que la herencia moral e intelectual no existe, que todo marcha confusamente y que las cosas suceden por casualidad; pero, cuando se mira el conjunto, ciertas líneas aparecen y se impone la evidencia de una trasmisión superior —o inferior— en la sangre, los linajes cobran sentido y, aunque acribillada de excepciones, se reconoce su ley.

La sociedad chilena, reducida y continuada, permite comprobarlo.

Existen apellidos de gente noble y rica, siempre en situaciones elevadas, dignas de respeto, que de generación en generación se pasan, como depósito ancestral, la falta de inteligencia, cierta limitación, un aire grave, pomposo y vacío. Son varias. Si en otras familias alguien da pruebas de talento, cobra fama y, de pronto, comete una tontería, dice una inepcia, inmediatamente los conocedores dicen: "¡Pero si su abuela era...!" Y entonces los demás entienden. Hay también razas inteligentes. Omer Emeth estudió en un folleto la herencia del talento en la familia Bello. Pasma leer ese árbol genealógico y se llega a la conclusión de que no habría beneficio para un país como llevarle una media docena de progenitores comparables a don Andrés, tan merecedor de una estatua por él como por sus descendientes. Igualmente la familia Vicuña, inquieta, imaginativa; los Huneeus, artistas; los Errázuriz, políticos, astutos, tenaces, muestran que, pese a los cruzamientos, algo se mantiene estable en el nombre. Alguno y más de alguno se ha hecho famoso por "el buen diente", como se decía. Gozan con la buena comida, saben distinguirla y prepararla; una invitación a su casa es banquete seguro, abundante y delicado.

Diestro pintor de costumbres y caracteres, el autor de estas "Memorias" señala, como nuestro rasgo general, la ausencia de animación, advertida después por otros, especialmente extranjeros. "Porque el chileno —dice, pág. 10—, comparado con hombres de otras naciones, no resalta por su alegría; en medio de sus cualidades, tiene un genio caviloso y reservado; las influencias geográficas y físicas, el aislamiento del resto de la

comunidad de pueblos del mundo, su misma virtud de tenacidad característica para surgir por el trabajo en medio de tanta circunstancia contraria, han impreso al ánimo pliegue especial que se revela hasta en el modo de andar, grave, reposado y triste, con la cabeza y mirada un tanto inclinadas hacia el suelo. ¡Qué de veces se le encuentra en la calle, bajo un temporal de sol como los que azotan a Santiago en los meses de verano, anunciando la preocupación y la pena en el semblante!"

La semblanza es justa. Basta oir pronunciar el español en Madrid y en Santiago a cualquiera para notarlo. Es otro nervio, otra expresión. Vicente Huidobro hablaba de esos caballeros chilenos que andan por la calle con la cabeza ladeada. Era una de las instrucciones de los jesuitas, no enderezar el cuello: por modestia...

Pues bien, de pronto, a mediados del siglo XIX, cuando más imperaban los modales severos, se descargó sobre la sociedad santiaguina un verdadero "temporal de sol", según la bella fórmula del memorialista, una familia de doce personas bromistas, alegres, de genio liviano, que se sentían contentas en el mundo y no lo ocultaban; eran ricos, estaban muy bien relacionados, ocupaban la mejor de las situaciones posibles, ellos como ellas iban casándose con los grandes partidos que había disponibles, de igual modo que tenían las mejores casas, los mejores caballos, las mejores haciendas y muebles, cortinas y coches importados, además de trajes.

¿Qué les faltaba a los Subercaseaux Vicuña para reir y bailar?

Pues, nada. Y reían y bailaban.

¡Un temporal de sol!

"Termino este preámbulo —agrega el señor Subercaseaux, pág. 11— presentando otra excusa reclamada por el modo de percibir optimista, por la filosofía de contento que suelen correr abundantes por los cortos capítulos del libro. Es que he querido hacer ante todo obra de verdad, y que me ha tocado por lo general vivir en períodos de adelantos y de auge público y privado; casi todo lo que me rodeó en el tiempo que he contemplado ha sido bueno y feliz. No admito el pesimismo que siempre se queja..."

¿Excusas por estar alegre? No faltaba más. Es como si las pidiera por otra de sus grandes virtudes, la que hace tan amable la lectura de

estas memorias: su llaneza de estilo, su falta completa de énfasis y estiramiento, cosa que aún en la "primera sociedad" suele encontrarse y de que algunas grandes familias dan ejemplo. Nadie podrá enrostrarle ese pecado. Delante de los lectores no se siente escritor ni maestro, los trata de igual a igual, hablándoles en su lenguaje de costumbre. Empieza por declarar que se ve obligado a "poner" algunas excusas preliminares; porque "al hacer" este libro... Eso se llama recibir al visitante de chaqueta y no de chaqué. Uno siente que el dueño de casa no ha cambiado de traje y entra en confianza. Escribir así es más difícil de lo que parece. Recordando a Enrique Valdés Vergara, dice que era "la intrepidez andando". Se refiere a la casa de su madre en Viña y dice: "donde yo paraba". Tiene, a veces, adjetivos gráficos, como cuando llama "diligenciosos" a unos trencitos de las minas de Lota que entraban y salían por todas partes, afanados con su carga. En otro pasaje alude a las "cargosidades" de los muchachos del colegio y sus pesadas "chacotas". Un purista academizante no se hubiera atrevido a ese lenguaje; habría usado expresiones desteñidas, acaso más correctas, con seguridad menos sabrosas.

En materia de "chacotas", bromas y otras "cargosidades", la familia Subercaseaux se hizo famosa y su conducta debía de resultar muy chocante para la época. Frecuentemente, por lo demás, se les pasaba la mano y en alguna ocasión recibieron su merecido. El mismo lo cuenta. Describe los cauces de Valparaíso, feos y fétidos; dice que en las casas había pozos sobrecubiertos que servían de resumidero, y agrega, pág. 37: "Oí contar que en un colegio en que habían estado mis hermanos, un primo mío quiso hacer una gran travesura contra uno de los profesores, armándole una trampa que había de dejarle caer sentado dentro del pozo. Para estar más seguro de su invención quiso mi primo probarla tomando las debidas precauciones; pero éstas no fueron suficientes y el pobre cayó, víctima de su propio plan. A sus gritos acudió todo el colegio; le sacaron en un estado lamentable y con baldes de agua le hicieron el primer aseo para podérsele acercar en seguida". Tenían los Subercaseaux, como otras familias por entonces, una especie de bufón doméstico que utilizaban en sus bromas y pegatas. Se llamaba Alejo. Lo llevaban al Municipal a oir "Traviata", y Alejo circulaba en la chacra,

bajo la bóveda de los parrones o por la alameda circular de la laguna, entonando "con un sonido de garganta apretada" "Addio del passato"... Vestido de levita, flor al ojal, guantes claros, zapatos de charol, chaleco escocés y sombrero plomo de copa alta, lo llevaban en el faetón a alguna casa donde tenían concertada la "broma" y de la cual el pobre Alejo solía salir molido a golpes. Como se parecía un poco a don Manuel Montt, una tarde lo vistieron de Presidente, le pintaron canas, le pusieron frac, corbata blanca, banda tricolor y bastón con borla en la mano. "Parece que el disfraz era bueno en realidad —pág. 59—y que el hombre tenía por lo menos aire de retrato oficial; ello es que a poco andar se lo llevaron preso." El mismo, siendo niño, fue a la cárcel por andar pidiendo limosna con el cucurucho y las faldas negras que usaban en la procesión del Santo Sepulcro. En vano Alejo dijo quién era: el policía se lo llevó a San Pablo "después de sacar su pito de hueso y de dar con él sonidos convencionales que terminaban en una especie de calderón en que el silbido se extinguía con tristeza bajando de tono".

La casa de doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, madre de don Ramón, hallábase en la calle Huérfanos esquina de Morandé, y era tanto el nombre de su riqueza que, cuando la estaban construyendo, los muchachos le preguntaban en el colegio si era cierto que el techo tenía una teja de oro y otra de plata. Los domingos se hacía estrecha para los convidados la gran mesa: siempre parecía celebrarse alguna fiesta y "el que entrara en el salón amarillo que daba a la calle Morandé podía preguntarse en qué acontecimiento grato y repentino se encontraba toda la casa". A veces los transeúntes disfrutaban del espectáculo. Cogiendo un día uno de sus primos un cordón de seda de las cortinas, inició un baile singular, desarrollando una escena en que participaban Vicuña Mackenna, con movimientos ágiles; don Ramón Barros Luco, a la sazón Ministro de Hacienda; mientras "mi hermano mayor, Pancho, banquero ya conocido en la ciudad", compartía las piruetas teatrales. "Mi hermana Carmela en el piano y yo con el violín dábamos a la danza un ritmo irresistible ejecutando con presteza las cuadrillas de la Belle Hélène de Offenbach." En esto, alguien notó que en las ventanas había ido juntándose gente para contemplar la escena, porque habían olvidado cerrarlas y ya era de noche.

Se comprende: con esos afanes, el tiempo pasaba sin sentir.

Muy aventurado resulta sacar conclusiones generales de cada caso particular; pero hay algo de profundamente significativo en los alegres cuadros de este inveterado optimista y la obra reciente de un sobrino-nieto suyo que se queja de todo y por todo, y cuya obra mejor no necesita más explicaciones que el título: "Niño de Lluvia".

Son dos épocas.

Pero imitemos al memorialista y no hagamos demasiadas reflexiones. El interés principal de esta clase de libros viene, generalmente, de las altas personalidades que cruzan por ellos, no en actitud oficial, sino vistas de cerca y como son. Anotemos algunas de ellas.

En la página 446 encontramos dos.

Llega la revolución del 91. Don Ramón atribuye su culpa por partes iguales a la intransigencia del Marqués Irarrázabal, tan tenaz que don Carlos Walker, impetuoso como un león, pero flexible, lo compara a "un caballo desbocado que nadie se atrevía a contener", y a la intransigencia del propio Balmaceda. D. Mariano Casanova, el Arzobispo, sugirió, como transacción, la candidatura presidencial de don Maximiano Errázuriz, que era un santo; pero había pasado el momento, y la suerte estaba echada.

Hallándose durante esos días en Viña del Mar, llegó a casa de su madre don Ramón Barros Luco. "Barros Luco —dice— se mantenía muy reservado y lo único que pudo arrancarle mi madre, que lo acosaba a preguntas, fueron estas palabras que recuerdo muy bien:

"—Algo habrá que hacer, pues."

Todo un linaje de chilenos a la antigua se refleja ahí.

Balmaceda pertenecía a otra estirpe y don Ramón lo señala finalmente, con sus matices.

"A Balmaceda no le tenía antipatía —declara—. Apenas había hablado con él unas pocas veces, pero le había oído varios discursos parlamentarios, muy bien pronunciados, de frases redondeadas y pulidas, aunque de alcance más bien corto. El debate político, la arenga de controversia por principios, el discurso de polémica partidarista, eran su fuerte, y se le oía con gusto. Le observaba de cerca en sus ademanes, que eran cultos, insinuantes para sus amigos y desdeñosos para sus

contrarios. Después le encontraba en la calle, con su modo de andar borneado, su levitón con cuello y bocamangas de terciopelo, sus bucles rubios que le cubrían la nuca bajo el ala del sombrero luciente, de alta copa. Su porte y su traer eran distinguidos; bien, a nadie le habría ocurrido confundirlo con un "gentleman" inglés. Era su tipo esencialmente sudamericano, en cuanto existe el tipo también para los de ojos y pelo claros; y de ser europeo, sería italiano más bien que de otro país. En suma y personalmente, era un tipo interesante el de Balmaceda."

Salvo ese "alcance corto" atribuido a los discursos de Balmaceda, tan de largo alcance algunos que hasta hoy sufrimos por no haberlo oído, la semblanza no parece desequilibrada y es viva, amable, sagaz, pintoresca, del mejor pincel.

Don Ramón, además de "rascar el violín", pintaba. No como profesional, como aficionado; porque eso fue siempre y así pasó por la vida. Sólo que entre sus cuadros y los de su hijo Pedro, el benedictino, grande y serio artista, no pocos prefieren al padre. Quiso su familia que estudiara leyes y lo hizo hasta que las leyes lo cansaron. Luchó en la política, estuvo en el Parlamento, ocupó Ministerios y Embajadas, siempre un poco distraído, sin darse importancia, tomando las cosas como por encima. Heredó varias fortunas considerables; no la dejó, por lo menos materialmente, en proporción a sus hijos. Acaso le importaban poco los bienes de este mundo; tuvo tantos, desde el principio, este "niño de sol", de infancia alegre, de juventud dichosa, madurez tranquila y que, traspuesta la cumbre "difícilmente practicable" de los ochenta años, todavía hallaba agradable la existencia.

Sin embargo, hubo en él una frustración, algo que le impidió dar su medida: es el no haberse dedicado a pintar hasta obtener la plena satisfacción del arte acabado, de la obra definitiva. Constantemente se ve a través de estas memorias, que tienen todo el encanto de lo improvisado, la gracia de la espontaneidad sencilla, el ojo del artista, la pupila delicada que siente.

Mírese esta acuarela:

"Un cañaveral ocultó el paisaje por un minuto —pág. 474—. En seguida se vio agua que llegaba cerca de los rieles, moviéndose con ondas como de un pequeño mar. Y luego apareció un fondo encantado

de agua tersa, nacarada y que parecía más bien despedir la luz que reflejarla. El horizonte, que era una bruma viva de nubes hechas de polvo de plata, cedía sus matices ante la aparición de una isla cercana donde los arbolados ocultaban mal un antiguo castillo flanqueado de torres italianas cuadradas. La isla flotaba sobre gasas claras y sutiles, que no se veían como otra cosa los reflejos del cielo que se extendían sobre el lago en aquella mañana fantástica. Era el lago Trasimeno..."

¿Acuarela o pastel, óleo de impresionista? En todo caso, un primor de cuadro, una maravilla de fineza captada al pasar.

En París fue invitado con su esposa por el Presidente Carnot al Elíseo, poco antes de que Caserio lo asesinara; vio más de una vez a Boulanger, Ministro de Guerra, Napoleón fracasado y suicida romántico; tuvo de vecino a Alejandro Dumas hijo, un mulato grueso, de bonita cabeza, mirada segura y penetrante, harto simpático, y a Puvis de Chavannes, "de alta estatura y vestir correctísimo", que "más parecía un embajador que un pintor". Son algunas de las celebridades extranjeras que pasan.

De sangre francesa muy próxima y criado cuando lo francés predominaba tiránicamente en Chile, no se trasplantó, sin embargo, a Francia el autor de estas memorias y, salvo su espíritu ligero, fresco, sin gravedad ni empaque, lo menos vasco y lo menos castellano que se puede, lo sentimos constantemente nuestro, chileno de Chile, criollo en el mejor sentido, con las buenas cualidades nacionales y un amor entrañable a la tierra.

Hemos visto el paisajito italiano que esboza con tanta delicadeza. Veamos ahora una tela del sur bien interpretada:

"Esa vegetación del sur de Chile —pág. 220— tiene como su nota característica el color obscuro y solemne que a uno se le antoja tenían los bosques sagrados de la antigüedad. Las hojas son como acharoladas y los troncos y ramas tienen la contextura y la verdadera fuerza de lo hecho nacer para resistir. Azotan sobre ellos los vientos fríos y salados del océano, recios y constantes; caen lluvias copiosas que duran meses, y el árbol soberbio y el arbusto pequeño, pero fornido, resisten impertérritos, dando en cada primavera sus brotes de retoño que reponen de la poca pérdida de las hojas caídas, duras y secas. Casi no se conoce la edad de las plantas en esa flora inmutable; los verdes tiernos

de la planta exótica no se encuentran, aunque se les busque en septiembre u octubre, ni tampoco se quiera encontrar las entonaciones calientes de los follajes de otoño vistas en las pinturas o conceptuadas en las poesías, pues todo es, al contrario, severo, sobrio y adusto. En los bajos húmedos y en la enramada defendida del viento no faltan ni las verbenas ni los copihues, ni dejan de florecer las fucsias, sobre todo cerca de las márgenes del bosque, pero ésas son pintas no más, al pie de un gran cuadro de naturaleza solemne en que predominan las formas incoloras y obscuras del bosque o de los árboles sueltos."

Esto se llama ver y describir: ningún vocablo que no sea usual, ni un giro desviado del que se acostumbra. Son la naturalidad y la soltura mismas.

En seguida, una comparación, a lo Taine, del hombre con los árboles.

"¿Quién no ve en todo esto una semejanza con la propia raza indígena de la región? El araucano, formado en su tipo corporal y moral bajo tales influencias, es como el roble de las montañas del sur; nada le inmuta ni perturba; las emociones se producen en él con la mayor lentitud y cuando han llegado a hacer proceso a través de su substancia resistente y empedernida, no acusan mutación en el semblante ni otra expresión o señal de haberse afectado el ánimo. Su vida se ha pasado regularmente a la intemperie, pues la choza es más bien destinada a mujeres y niños. Los accidentes de la edad apenas se presentan en su cuerpo de pasta diferente a las conocidas, sus dientes duran sanos y blancos hasta el fin, su pelo es compacto, persistente y negro como las hojas del boldo. Su apego a su tierra y a sus costumbres es como el de las raíces en el suelo, que no ceden más que a la fuerza de máquinas especiales."

He aquí una página maestra que no se siente calculada, preparada, ni compuesta, sino que parece que brotó sola.

Todo el libro presenta ese carácter; son la espontaneidad, la sencillez y un buen tono descuidado de caballero que sale a andar por el parque de su casa con el abrigo echado a la espalda.

ALGO DE LO QUE HE VISTO

Memorias de don Crescente Errázuriz.

los libros de memorias personales en que el autor cuenta su vida o se toma como eje de la narración, por lo general interesan mucho al principio y decaen después, para tornarse, a veces, pesadísimos, en las últimas páginas.

El hecho obedece a una ley fácil de observar: los recuerdos de la infancia y la juventud se embellecen con la distancia y no hay obstáculos para evocarlos tal como se presentan a la imaginación. Por algo Renan limitó los suyos a ese período y Goethe intitula "Verdad y Poesía" sus reminiscencias autobiográficas. Más tarde, cuando sobrevienen el interés y los negocios prosaicos, la lucha endurece el panorama y no permite el abandono cordial, la espontánea franqueza de los comienzos. Ni las "Memorias de Ultratumba" ni los "Recuerdos del Pasado" escapan a la regla.

Con los de don Crescente Errázuriz sucede al revés.

Es un caso curioso que entraña cierta significación.

Serios, sin brillo, un tanto desganados, los capítulos iniciales ofrecen esos "cuadros de costumbres" que estuvieron de moda a mediados del otro siglo, siguiendo el ejemplo descendente de Larra, Mesonero Romanos y Selgas, para revivir más tarde en la novela costumbrista. Vemos exterioridades sociales, presenciamos la vida de hogar y de colegio, el juego del trompo y el del volantín, espectáculos pintorescos a ratos y, sin duda, útiles para conocer la época y asistir a la historia, pero aquí y allá tocados de convencionalismo y con tonos de sermón, poco estimulantes. Sólo a lo lejos saltan detalles graciosos, como el de ese criado joven, precursor de la enseñanza obligatoria, que abandona el servicio y huye, dejando este papel: "Leandro Ramírez está muy apensionado porque aquí en esta casa no le enseñan nada". O bien la silueta de un caballo: "Aunque yo estaba muy pequeño, me permitían montar a caballo, si puede darse este nombre a un viejísimo animal llamado "Perro" que durante treinta años había dado pruebas de mansedumbre y que ya apenas se movía". ¿Quién que haya vivido sus primeros años en el campo no sentirá latir su corazón a esas palabras, que acaso no digan nada a los demás? Pero la existencia privada del memorialista, aun a esos años, apenas nos la deja entrever. Monseñor Errázuriz es un confesor que no gusta confesarse, al menos con el público. Nada de contar

por qué se hizo clérigo, si hubo, realmente, en un momento de su vida, al separarse de un amigo, después de una visita nocturna, en el campo, ese aletazo de la tragedia de que se habla y que habría decidido su destino. Sobre ese episodio, real o supuesto, sus labios permanecen tan sellados como los del Padre Coloma, que vistió el hábito, a los 24 años, tras una herida nunca bien explicada. No busquemos confidencias laicas o eclesiásticas, anteriores o posteriores al claustro. Ya podíamos presentirlo por el título. "Algo", es decir, no todo, sólo una parte, la que yo quiera, de "lo que he visto", no de lo que he vivido, sufrido, amado o soñado. Por lo demás, el señor Errázuriz sueña poco: es el más constantemente despierto de los escritores.

De ahí que su obra, lenta al principio, se anime al medio y tome tan vigoroso impulso y tanto relieve hacia el final. Arrastrado por su tema o, mejor, por la coincidencia de su tema con su temperamento, que era el de un sagaz observador, despliega una serie de admirables retratos que combinándose unos con otros hasta tejer una intriga, mueve personajes y pasiones, camino de un desenlace, a la vez histórico y dramático, entre escenas con diálogos y anécdotas significativas, tal como una novela.

Espíritu anterior al romanticismo, pariente de los prosistas razonadores del siglo XVIII, no usa Monseñor Errázuriz del color y prescinde hasta de los sentidos corporales para trazar sus caracteres. Ni elementos plásticos ni elementos musicales. Es un vasco seco que clava recta la vista en el alma para coger el núcleo de la personalidad y se atiene al puro juego de los resortes morales, sin ojos, sin gestos, sin voz. Por eso, al mismo tiempo que muy exteriores u objetivas, pues nunca el escritor habla de sí, estas páginas son profundamente íntimas, se meten personaje adentro y lo juzgan desde allí, dándole vueltas y revueltas al espíritu. Por eso, también, debiendo ser descoloridas y áridas, resultan jugosas y coloreadas, porque las descripciones de meras superficies sólo dan la cáscara, mientras cualquier toque interno, acertado en el punto preciso, posee la virtud de crear todo el resto y, tal como un conjuro, no sin su misterio, saca de la sombra, para que vengan a juntársele, la figura, el porte, el acento y hasta las maneras personales del sujeto.

Psicólogo realista, sin nada de visionario, de ojos extraordinariamente

lúcidos, pone al servicio de estas dotes las de un escritor sobrio, noble, clásico, elegante sin elocuencia y que sabe, como un gran señor, bajar con dignidad hasta los términos familiares, que sus labios realzan.

Pero las cuestiones literarias pasan a segundo término tratándose de un sacerdote, máxime de un prelado y hombre de situación tan elevada, Arzobispo, hermano de un Presidente, tío de otro, estrechamente emparentado con un tercero, nacido en la entraña de la oligarquía dirigente y que, por todas estas calidades, ejerció en su época poderoso influjo sobre la sociedad.

Llevado el libro a ese terreno, resulta no sólo natural sino obligatorio preguntarse si convenía su publicación, si no sufrirá la Iglesia con tantos ilustres y aún ilustrísimos varones que actúan sin grandeza y si la exhibición de numerosos detalles, miserias y debilidades, rencores y ambiciones, no peca contra la caridad cristiana. Espíritus piadosos se atormentan a estas horas por la suerte póstuma de este Pastor que, parapetado en la tumba, lanza piedras acumuladas durante casi un siglo contra el rebaño de sus ovejas y, a veces, también, contra los demás pastores. ¿Qué recibimiento habrá tenido en la mansión celeste el anciano Arzobispo cuando se presentó con semejante paquete sobre la cabeza?

Son escrúpulos sin duda respetables, pero que no convendría exagerar. Don Crescente los evitaba y tenía razón. En varios pasajes alude a una enfermedad de la conciencia que se vio en Santiago, a mediados del siglo, debido a una obrita de Jansenio que iba de mano en mano y que él mismo encontró en las de su señora madre. Tanto avanza allí Jansenio por el camino de la estrictez y la purificación que, apretando los resortes del alma, acabó por hacer saltar a muchos de la Iglesia, rumbo a la herejía. Otros quedaban en el peligro, temblando semiparalizados, como aquel sacerdote, compañero suyo, que nunca pudo pasar de su primera misa, pues los temores de incurrir en la más ligera imperfección literalmente lo maniataban para volver a celebrarla.

La cuestión estaría en saber si, por alejarse demasiado de un riesgo, no ha caído nuestro autor en el contrario.

Sea como fuere, ciertos azotes que por allí reparte causan un estremecimiento.

Léase, por ejemplo, el caso del jesuita Villalón.

El Arzobispo Valdivieso, anciano ya y que había sufrido un derrame cerebral, sostuvo con el Padre Villalón una polémica de prensa sobre cuestiones históricas en que, por ciertas expresiones, sintiéndose ofendido, pidió satisfacción y la obtuvo, tan amplia como la deseaba, en una carta de excusas. Disponíase Monseñor Valdivieso a publicarla, cuando recibió otra en que el jesuita se la pedía "para corregir el estilo". Temiendo una celada, aconsejáronle algunos negarse a devolverla; pero el Arzobispo confió, si bien, por consejo de sus amigos, antes de remitir a su autor los originales de su misiva, dejó copia legalizada de ellos. Poco después recibió una nueva versión de la primera carta, no solamente corregida, sino totalmente cambiada. Era, dice don Crescente, una insolencia y una deslealtad. Y agrega este pasaje, terrible por su justiciera violencia, uno de los pocos del libro sin rastro de ironía y que su misma sobriedad hace más fuerte:

"El efecto fue realmente aterrador para cuantos presenciaron la escena. El señor Valdivieso palideció intensamente, tanto que todos temieron un accidente, y se siguió un profundo silencio a la lectura de la carta. Nadie se atrevió a hacer comentarios ni a aumentar con su reprobación la que el Arzobispo manifestaba, contra su voluntad, en el semblante. Contra su voluntad digo, porque, pasado el primer momento y cuando la indignación se enseñoreaba más y más en él, sus esfuerzos para dominarla eran más y más visibles y ponían miedo en los circunstantes: palabras inarticuladas, después, vivos paseos en la sala durante no menos de media hora, seguidos de entrecortadas frases. No podía dominarse; pero no cesaba de combatir y no pronunció una frase que pudiera llamarse injuriosa para quien motivaba todo eso. Y mientras mayor fue su esfuerzo para vencer, más visibles fueron en su físico los efectos de aquella noble lucha. Después de esto no se volvió a mencionar la malhadada carta. A los pocos días, sobrevino al Arzobispo Valdivieso el ataque cerebral que puso fin a su gloriosísima carrera, el 8 de junio de 1878, a los 74 años de edad y 33 de su gobierno".

¿Qué el jesuita Villalón resulta aquí poco menos que acusado de asesino? Pensemos que, si el Arzobispo Valdivieso era para todos la figura moral más respetable del país, un hombre por donde se le mirara emi-

nentísimo, reformador del clero, ejemplo de carácter y modelo de virtudes, era, además, para Monseñor Errázuriz, su padre espiritual y su maestro, orgullo de su sangre y espejo en el cual se contemplaba. Hubiera sido acaso más cristiano olvidar el episodio y cubrirlo de piadoso silencio; pero si hay alguna vez el derecho de substituirse al brazo de la justicia es cuando se defiende la memoria de un muerto. Si falta hubo, apreciaríamos menos al que no la hubiera cometido.

No hay, por lo demás, otro cargo concreto contra nadie en las memorias. Lo demás son risas o sonrisas, despuntes de humorismo malicioso desprovistos de hiel.

Y es una de las revelaciones de estas memorias eclesiásticas. Pocos habrían sospechado sin ellas qué humorista ocupaba el trono arzobispal y con qué gracia socarrona sabía sonreir el historiador de las cejas agresivas, con su rostro de abad mitrado, a quien muchos no imaginan sino, báculo en mano, lanzando alguna excomunión mayor.

¡Qué cómica zarabanda de hábitos morados o negros, blancos o color café, desfilan por las irrespetuosas páginas del memorialista! Hay para un coro teatral o catedralicio. Aquí viene un fraile recién llegado del Oriente, con la reputación y el convencimiento de ser un santo. Acá está un durísimo provicario, hijo de "Cólera-Andando", siempre furioso y que no puede ver a un colega, ondulante y meloso, lleno de gracias femeninas, que cuenta cuán bien le caen al estómago "el luquete de naranja que le pone al agua caliente Manuelita, el granito de anís que le añade Juanita y que alaba las ricas telas que para sus sotanas le compra la Antuquita". Y ese profesor de Historia del Seminario, un día a pique de ser Arzobispo, especie de simpático anarquista, enemigo de los de arriba, amigo de los de abajo, que rezaba poco, reíase de los beatos, lamentando que no recibieran su castigo en ésta ni en la otra vida, y tan aburrido de dar siempre las mismas lecciones a los eternos muchachos, que solía quejarse, desesperado:

—¡Cuándo concluiré de estar hablando de la mujer de Putifar!

Es toda una impagable galería de tipos, un repertorio de caracteres, colección de siluetas entrevistas o de figuras parlantes y gesticulantes que, una vez atisbadas, no se olvidan. Nuestra literatura, poco propensa a la psicología, se enriquece con un tesoro de semblanzas magistrales.

Bajo la piel del pastor, un lobo penetró en el rebaño, sin que las ovejas lo sospecharan.

Ahora, cuando esos dibujados personajes asumen su papel y vienen las grandes intrigas eclesiásticas en torno al trono arzobispal, que la muerte del señor Valdivieso dejó vacío; cuando los políticos por un lado, la sociedad por otro y, en medio de todos, el clero, se arremolinan a favor o en contra de Monseñor Taforó, candidato de unos; de Monseñor Larraín Gandarillas, candidato de otros, y don Ramón Astorga le desea la muerte a don Mariano Casanova, el interés del libro se vuelve apasionante y se recuerdan las grandes memorias cortesanas de siglos pasados. Enviado a Roma para recoger noticias, don Alejo Infante se deja allá guiar por un prelado italiano cuya misión consiste en decirle lo contrario de la verdad tarea que, al parecer, le cuesta poco y que desempeña perfectamente. ¡Qué de batallas, de odios, de maniobras, perfidias y estocadas en la sombra! Entre untuosas reverencias, sonrisas devotas, acuérdese de mí en sus oraciones, he rezado por usted, manos litúrgicas, con el hábito de bendecir, se crispan sobre el estilete mortal, prontas a hundirlo.

De pronto, de un día a otro, telón. La comedia "è finita". Roma ha hablado, y los enemigos de ayer se abrazan y Monseñor Larraín Gandarillas acude a prosternarse ante el nuevo Arzobispo, Monseñor Casanova, acompañado del señor Astorga, quien, por ironía del destino, será en las ceremonias de la consagración el diácono asistente y que, como tal, le colocará la mitra al nuevo Pastor y, después de murmurar algunas plegarias, volverá a colocársela, una y otra vez, invocando para él en cada ocasión las bendiciones del cielo...

* * *

Gran cabeza ceñuda y magnífica de político, de mandatario, nacido para gobernar, durante mucho tiempo permaneció don Crescente bajo el anonimato de la cogulla dominicana, en la Recoleta, de donde fue Prior. Una enfermedad larguísima que sólo su extraordinaria contextura pudo vencer, en vez de abatirlo, lo dejó más enhiesto y medioeval que antes, más señor de horca y cuchillo, con su perfil de vieja águila real.

La historia le servía de refugio; pero cuando llegó el momento de hacerla en vez de escribirla, no se esquivó.

La sangre tira.

La huella de su influjo ha sido honda en la Iglesia y en el país. Era una recia personalidad, poco evangélica, bastante laica, tal vez sin mucha vocación sagrada, pero que respetó por dignidad sus votos. Hombre realista, desengañado, sagaz y naturalmente autoritario, que no se hacía muchas ilusiones sobre nada, revela en sus memorias un fondo vengativo y sarcástico, malicioso y sin compasión, que ha debido chocar a los que tienen una idea convencional del sacerdocio y creen a la Iglesia fuera de las condiciones humanas; pero que, en realidad, bien examinadas las cosas, no contiene nada que pueda hacerlo desmerecer y se reduce, en suma, a una explosión de la tendencia crítica y demoledora, propia de la "fronda aristocrática" y que caracteriza el temperamento castellano-vasco. Alma de oposición y de polémica, triunfó al fin de sus días y obtuvo la soberana autoridad; pero, después de muerto, ha querido volver a la oposición y despertar polémicas.

MEMORIAS DE DON ABDON CIFUENTES

I

"...PORQUE apenas puede concebirse un documento histórico más interesante...", dice don Alberto Edwards, refiriéndose a la obra, y don Rafael Luis Gumucio, hablando de su autor: "...el más grande de los hombres que mis ojos han visto".

A pesar de estos dos formidables testimonios que le forman pórtico, las primeras páginas del libro no causan impresión de grandeza ni prometen una lectura apasionante. "Nací en la ciudad de San Felipe de Aconcagua, el 16 de mayo de 1836. Fueron mis padres don José María Cifuentes Olivares y doña Paula Espinoza Pinto, que supieron inspirarme su fe y su piedad cristiana. Ellos me enseñaron las primeras letras y las primeras nociones de catecismo." Así comienza y continúa, en tono menor, la vista baja, y uno piensa que son dos buenos volúmenes de cuatrocientas páginas cada uno. Verdad que el señor Cifuentes tuvo una figuración política de enorme importancia; pero su doctrinarismo intransigente lo colocaba tan a la derecha que lindaba ya en el sacerdocio e iba más lejos que muchos tonsurados. ¿Podremos aguardar de él esas confesiones íntimas y esas libertades de pluma que nos seducen especialmente en los autores de memorias? ¿Hasta qué punto lo entrabarán sus escrúpulos religiosos? Se dice, además, que, tras largas vacilaciones, esta publicación se ha hecho con prudentes recortes para atenuar el contenido.

Todo el capítulo inicial mantiene cierta incertidumbre.

Hasta que un rasgo vivo aparece de pronto y nos pone en contacto con la realidad humana directa, vigorosamente calculada. Trátase de la enseñanza en aquellos tiempos. Sabíamos que se apoyaba de modo exclusivo sobre la memoria; pero ignorábamos cómo y hasta qué punto. El señor Cifuentes nos relata una clase de don Miguel Luis Amunátegui, maestro de maestros: "Se abría la clase, se pasaba lista, el señor Amunátegui se paseaba, después, en la clase, y decía: "—Fulano, diga la lección". El alumno recitaba de memoria o en extracto el capítulo del texto que se había dado de lección, y cuando terminaba, el profesor decía: "—Siga, Zutano", y así sucesivamente, hasta enterar la hora. En sonando la campana agregaba: "—Traigan para mañana el capítulo

siguiente". Aquella eterna y monótona recitación, que incitaba a los niños a distraerse de alguna manera, sólo era interrumpida por las justas reprensiones que provocaban las faltas al silencio y al orden..."

He aquí un pequeño cuadro significativo. Hoy se hace lo contrario; nos hemos ido a otro extremo. Lo habitual es que los profesores hablen durante toda la clase y ello favorece tanto la inercia de los educandos como lo hacía aquella recitación mecánica. Del culto exclusivo de la memoria hemos pasado a su total desprecio, cuando el buen método resultaría de una combinación equilibrada en que se ejercitaran tanto la actividad mental como las facultades receptivas.

Esto en tesis general.

Con relación al memorialista, el párrafo nos revela su forma tranquila y objetivamente dramática, poniéndonos hechos y personas a la vista, haciéndolas hablar en nuestra presencia, más la esencial preocupación por la enseñanza que constituyó su norte y corre a lo largo de toda su carrera.

Después hallamos otra anécdota, ya más personal, que confirma esa línea de su carácter y nos lo entrega de cuerpo entero. Venido de San Felipe a estudiar humanidades a Santiago, deseaba vivamente don Abdón traer a una de sus hermanas, la predilecta, para que estudiara en algún buen colegio. Su padre se oponía por razones económicas y porque "las mujeres no necesitan tantos estudios".

Entonces él le propuso:

—Lo que usted gasta por mí, gástelo en Lucinda; mi sustento y mi educación corren de mi cuenta.

—¿Te atreves a tanto? —le contestó el caballero.

Se atrevió el muchacho y, aunque muy estrechamente, cumplió.

Sus recursos los obtenía de una clase de historia universal en una institución privada, de la cual brotaron su afición a esta clase de investigaciones, a las que pensaba dedicarse, y su culto por la libertad de enseñanza, los dos puntos de apoyo de su personalidad, que es de una consecuencia pocas veces vista.

Analizando el procedimiento narrativo del señor Cifuentes, nota don Alberto Edwards que no hay en su libro retratos al estilo clásico, sino que pone a la gente en acción, como los grandes dramaturgos: así, cada

personaje resulta de sus dichos y sus hechos, sin que el escritor intervenga. Claro que no elige los detalles al azar y que allí el hombre actúa con sus visiones y sus prejuicios; pero la obra gana en viveza y adquiere sabor.

Un buen ejemplo lo ofrece la entrada en escena de don Diego Barros Arana, antípoda religioso del señor Cifuentes, profesor éste y Rector aquél, prestigiosísimo, del Instituto Nacional. "El señor Barros Arana no hizo un misterio de la antipatía que le inspiraba ese partido (el montt-varista); muy al contrario, no perdonaba ocasión de maldecir de él, pelambres que naturalmente eran llevados luego a los jefes del partido, de modo que éstos espiaban la ocasión de jugarle una mala pasada. Descubrió luego un defecto tan censurable como indiscreto. Conversaba con un profesor y le hablaba mal de otro; conversaba después con éste, le hacía la caricatura del primero; y esto pasó con muchos de ellos. Los profesores que nos reuníamos en el comedor para almorzar no tardamos en descubrir esta doblez. Uno dijo: "—¿Sabes lo que el Rector me ha dicho de ti? Me ha dicho tal o cual cosa: te ha puesto como un perejil". El otro contesta: "—Pues, hombre, si a mí me ha dicho pestes de ti". Y le refería las pestes. Por allá saltaba otro diciendo: "—Pues, a mí me colmó de elogios el otro día, alabando mis conocimientos, mi buen método para enseñar, etc., y rajó a fulano, que era profesor insoportable, etc.". "—Pero, hombre —replicaba el aludido— si eso me ha dicho de ti tal día; hablándome en la reserva y mucha confianza que me dispensaba."

Los comentarios huelgan.

Se dirá que son cosas de pueblo chico, chismografías de aldea. Posiblemente. Pero advirtamos que de tales chismes se compone la historia, no vista en el grande escenario y con el engañoso aparato decorativo, sino de puertas adentro y en su verdad modestísima; y que no otra cosa busca para nutrirse de datos exactos y verdades positivas la más avanzada ciencia psicológica. Hay sin duda una verdad trascendental que campea en los tratados generales y es visible a distancia; pero se apoyaría en el vacío si detrás no tuviéramos la pequeña verdad concreta y tangible, la diminuta palpitación donde se conoce la salud.

Sabemos, por ejemplo, que don José Joaquín Pérez no gustaba de so-

lemnes exteriores y sonreía a lo chileno, con malicia socarrona, si lo trataban de *su Excelencia el Presidente de la República.* Las alusiones a su campechanería forman un capítulo que no puede faltar cuando se estudia nuestra idiosincrasia, lo que nos distingue del vecino A o del vecino B. Pues bien, nunca la hemos hallado puesta de relieve como en esta media página del memorialista conservador:

"El señor Montt había vivido siempre en el Palacio del Gobierno rodeado de bayonetas. Pérez no quiso habitar La Moneda; continuó viviendo en su casa como simple particular. En varias ocasiones lo vi en la Alameda, solo en medio de la muchedumbre del bajo pueblo que lo acompañaba, estrechaba y vitoreaba, gozoso de verle tan accesible. y confiado en medio de ellos. También lo vi solo en la Alameda comprando dulces o frutas que comía sobre andando; lo que causaba la admiración de los transeúntes. Estos hábitos sencillos y democráticos, que formaban tan gran contraste con su antecesor, le granjearon una gran popularidad".

El último supernumerario no se atrevería hoy a lo que entonces hacía el Presidente.

¡Y cómo crece la figura del Mandatario sin penacho y se levanta el tono de las "Memorias", cuando, a propósito de un incidente público, reaparecen la misma sonrisa y el mismo buen sentido casero, desengañado!

El modesto estudiante ocupa un alto puesto y pertenece a la Cámara. Lo ha hecho elegir un terrateniente, don Juan de Dios Correa de Saa, que, como otros señores de la época, tenía el mérito de no creerse capaz de todo y ayudar a los que demostraban talento y no poseían fortuna. El Ministerio propiciaba una reforma de la Constitución: el señor Cifuentes la atacó reciamente, no sin temores de disgustar a S. E. Don Joaquín Pérez lo llamó a su despacho. ¿Para hacerle reproche? Lejos de eso. Empezó por contarle que en la mañana lo había visitado el señor Correa y le había dicho: "—¿Qué te parece mi diputadito? ¿Has leído su discurso?" Por cierto que lo había leído, y tan bien le pareció que, desde ese momento, el problema quedó zanjado. Pero hay que escuchar al Presidente:

"—Y va usted a saber algo más —dice—. No hace 15 días que estaban los cuatro Ministros sentados en esas sillas y, fastidiado yo con estos

vientos reformistas, le pregunté a Covarrubias: "—¿Qué piensa usted de la reforma, señor don Alvaro?" "—Que es imposible atajarla: la opinión pública lo exige de una manera terminante. Es indispensable reformar los artículos 1.º, 10.º y 11.º." "—Muy bien. Y usted, ¿qué piensa, don Federico?" "—Pienso, como Alvaro, que la opinión pública está decidida por la reforma; sólo que yo creo que los artículos que exigen inmediata reforma no son los que menciona Alvaro, sino tales y cuales." "—Y usted, don Joaquín, ¿qué piensa?" "—Yo, señor, estoy en desacuerdo respecto de los artículos que desean reformar Covarrubias y Errázuriz; porque me parece indudable que tales otros son los que reclaman reforma. En lo que estoy en perfecto acuerdo con ellos es en la necesidad de satisfacer a la opinión pública aceptando la reforma." Lo mismo dijo Reyes, alegando, sí, por la reforma de otros artículos. Yo no pude menos que reírme y decirles: "—¿De qué opinión pública me hablan ustedes? ¡Ustedes son cuatro gatos y ni ustedes están de acuerdo en los artículos que deben reformarse! ¡Si no hay tal opinión pública!"

Recordó en seguida las asonadas anteriores al año 30, hechas todas "a nombre del pueblo soberano", que nada sabía de tal cosa, por cualquier grupo de vecinos o un militarcillo que disponía de un batallón.

Vemos aquí de la historia más familiar y más concreta brotar un ejemplo de fábula. Esos cuatro gatos de Ministros, uno de los cuales fue Presidente y todos los cuales desempeñaron altísimo papel en nuestra historia, redúcense, de pronto, al tamaño de simples seres humanos, y se nos vuelven accesibles no sólo a la mente, sino a la vista y al oído.

II

Hombre de acción y convicciones profundas, don Abdón Cifuentes pasó fundando sociedades, diarios, revistas, cuanto podía satisfacer su anhelo de agrupar a los católicos para defender a la Iglesia y propagarla, así en el terreno social como en los otros.

Le chocaba de modo violento que en un país compuesto de creyentes o que se decían tales, mandaran o empezaran a mandar, desde la prensa,

desde la enseñanza, desde el Gobierno, hombres sin creencias religiosas que iban desde la tolerancia liberal hasta la persecución anticatólica y no podía resignarse a la pasividad o la ceguera de los conservadores.

Una de las primeras instituciones que estableció se llamaba la Sociedad "Amigos del País". Este nombre tuvo su origen en un incidente característico de las ideas de la época. Don Abdón quería denominarla "Sociedad Católica". El Arzobispo Valdivieso se opuso. "Si usted —le dijo— quiere curar la ausencia proverbial de los católicos en la vida pública, el aislamiento y desorganización en que viven respecto de todo aquello que se refiere al orden político, que es una de las causas principales de su debilidad, y si su Sociedad prospera, llegaría a formar lo que se llamaría el partido católico. A eso le encuentro por ahora algunos inconvenientes. Tal vez se alejarían de él muchos católicos que por intereses momentáneos, el falso respeto humano o relaciones demasiado influyentes se apartarían de ustedes y se irían a otro campo. En Bélgica, donde existe partido católico, están tan definidos y expurgados los dos campos, que no existe allí el inconveniente que podría haber aquí. Tal vez convendría ponerle un título indiferente; por ejemplo, a principios del siglo hubo en España una sociedad parecida a la suya y se llamó de "Amigos del País". Es un título que no compromete y que no aleja a nadie." Este rasgo fija justamente el momento crítico en que el partido pelucón, dueño del país, sufre la gran división que da nacimiento a los conservadores llamados clericales, hecho de vasta importancia, pues, al mismo tiempo y por contragolpe, surge el partido anticlerical y quedan ya diseñados los futuros adversarios que se llamarán con el tiempo derechas e izquierdas.

Los historiadores de la política chilena atribuían el papel principal en esta escisión al Arzobispo Valdivieso: las palabras que hemos reproducido muestran que en realidad el prelado resistió la iniciativa y que la responsabilidad corresponde a don Abdón.

Al señor Cifuentes no le entusiasmó el nombre anodino. "Yo contesté que me gustaban las situaciones claras y definidas —escribe—; que la franqueza y valentía para llevar la cruz en la frente era, a mi juicio, el mejor medio de matar el fantasma del respeto humano, y como yo consideraba y estaba persuadido de que no había sobre la tierra una bande-

ra más ilustre ni más gloriosa que la bandera católica, yo quería precisamente que la juventud se acostumbrase a llevarla con orgullo y no con miedo. El señor Arzobispo insistió en su indicación y yo la acepté por ser una cuestión de nombre."

Fuera de su importancia histórica, esta declaración nos pone en presencia de un rasgo del carácter del memorialista, muestra su espíritu combativo, su decisión y confianza en la causa que ha abrazado. Esto en cuanto al fondo. Con relación al procedimiento, no podríamos, de acuerdo con algunos hechos por él mismo relatados, subscribir la ejecutoria de franqueza absoluta que el autor se otorga: la objetividad de su propio relato nos permite juzgarlo.

El señor Cifuentes era más político de lo que esas palabras dejan ver, como dos sabrosos incidentes lo revelan, ambos relativos al Presidente Errázuriz.

Este elevado personaje, que constituye, desde el punto de vista histórico y, aún, dramático, la pieza principal y casi el eje de las "Memorias", es sin lugar a dudas el que habrá de provocar más controversias. Don Abdón no lo quería ni estimaba. Hallaba en él un doble fondo que le parecía peligroso.

Veamos los hechos.

Don Ciriaco Valenzuela, decurión de los "Amigos del País", propuso en una sesión el ingreso del señor Errázuriz a la Sociedad, para lo cual debía ser aceptado por unanimidad en votación secreta. Pues bien, al computarse los votos, apareció una bola negra. El señor Valenzuela quedó estupefacto. ¿Quién podía objetar a un candidato semejante? Debía tratarse de un error. El señor Cifuentes, que presidía, hizo repetir la votación y la bola negra volvió a aparecer. El proponente, muy disgustado, dijo que se retiraba. Don Abdón le advirtió que, según los reglamentos, podía repetir su propuesta dentro de un mes. Así lo hizo, agregando que el señor Errázuriz insistía mucho en el deseo de hacerse "amigo del país". Tomada la votación, "volvió a salir la maldita bola negra". El señor Valenzuela protestó enérgicamente. "Es inaudito —dijo—, que uno de mis colegas rechace la compañía de una persona que ha sido tantos años Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, que acaba de ser Ministro de la Guerra y que probablemente será can-

didato a la Presidencia de la República. Su compañía sería para nosotros honra y provecho. Yo no puedo decirle que ha sido rechazado, prefiero ausentarme de Santiago e irme a Rancagua, o retirarme de la Sociedad". El señor Errázuriz tenía en el Directorio varios amigos, como el señor Irarrázabal y el señor Tocornal, que también manifestaban su extrañeza por la bola negra, y convencieron al señor Valenzuela, de que hiciera una última tentativa. Pasó un mes. Enfermó el señor Cifuentes. Hubo sesión del Directorio y los señores Tocornal e Irarrázaval visitaron a don Abdón Cifuentes, para informarse de su salud. En el curso de la conversación, éste les preguntó: "—¿Qué novedades hay?" "—Hay una —le contestaron—: anoche fue aceptado como socio don Federico Errázuriz." "—¿Fue aceptado?, preguntó con aire de sorpresa. En el acto el señor Tocornal le dijo sorprendido: "—¿Entonces la bola negra era suya?" "—Sí, señor, era mía." "—¿Pero en qué estaba pensando usted? Si Federico es más católico que usted. Oye misa diaria en San Francisco y reza el rosario todas las noches con su familia." Entonces el señor Cifuentes expuso sus temores basados en una Memoria del candidato sobre la Constitución del 28 y en que le había hecho la guerra a la diputación de él y de don Zorobabel Rodríguez en unas elecciones.

Como se ve, la predilección del señor Cifuentes por las situaciones claras admite algunas excepciones.

Pasó el tiempo. Don Federico Errázuriz subió a la Presidencia llevado por los conservadores y don Abdón ocupó el Ministerio de Instrucción Pública. En cuanto se lo permitió la situación, hizo la reforma de la enseñanza que tan profundamente le interesaba para quitarle a la Universidad, es decir, a los liberales, el monopolio de los exámenes, y por tanto de los programas, los textos y el rumbo general de la Instrucción Pública. Cuando el decreto estuvo listo, el Presidente le aconsejó que demorara su publicación para aprovechar que Barros Arana y los Amunátegui estuvieran ausentes, tomando sus vacaciones; después supo que les había prometido, como gaje de su íntima amistad, no tomar ninguna medida relativa al Instituto sin su previo consentimiento. Accedió el Ministro a la demora y a fin de congraciarse con la prensa, se valió del siguiente ardid. Pidió a su amigo don Zorobabel Rodríguez,

director de "El Independiente", diario católico, en perpetua polémica con "El Ferrocarril", que se tomara algunos días de reposo y lo dejara a él como reemplazante. Rodríguez aceptó encantado. El señor Cifuentes utilizó la coyuntura para elogiar con tantas restricciones el decreto por él mismo dictado, que "El Ferrocarril" primero, y toda la prensa liberal en seguida, se apresuraron a cantar sus alabanzas.

Pero aquí no termina el incidente. Lo más curioso es que don Federico, ignorante de la estratagema urdida por su Ministro, le confió en secreto que había aconsejado a don Máximo R. Lira, tratar la medida con la mayor frialdad posible en "El Independiente", porque así se conseguiría que "El Ferrocarril" la aprobase, ya que ambos diarios vivían como el perro y el gato. ¿Qué hace don Abdón ante tal coincidencia? ¿Le confiesa al Presidente que ya había puesto en práctica su idea y lo asocia a su triunfo? Nada de eso. "Yo —escribe— me quedé estupefacto; apenas pude balbucear: "¡Muy bien pensada la estratagema!" Y añade: "Toda aquella noche fueron para mí motivo de meditaciones las comedias de la vida humana y la verdad de aquel adagio: "No hay grande hombre para su secretario". Aquel día don Federico me pareció pequeño. Se daba aire de astuto y procedía como un niño".

Aquí dejamos ya de comprender al señor Cifuentes; porque o procedió bien él y no tenía, en consecuencia, nada que reprochar al Presidente, o no jugó del todo limpio y entonces más le valía haber callado.

En otra oportunidad vuelve a reprochar a Errázuriz Zañartu su procedimiento doble. Se trataba de la libertad electoral, el gran mito que provocó finalmente la Revolución del 91 y fue la aspiración suprema de los conservadores encabezados por Cifuentes. Ante la denuncia concreta de abusos indefendibles, el Ministro de Instrucción interroga al Presidente:

—¿Y cuándo podremos tener verdaderas elecciones?

El Presidente responde sin ambages:

—Nunca.

El señor Cifuentes lamenta esta declaración en nombre de la verdad y de la justicia y se sigue una discusión bastante agria, finalizada por este exabrupto de Errázuriz Zañartu:

—Es usted muy cándido.

A lo que el Ministro responde:

—Señor, prefiero ser cándido a ser pillo.

Las relaciones entre ambos habían llegado a una tirantez que hacía imposible prolongarlas.

Un episodio final las rompió.

Movidos por el Rector y los profesores del Instituto, los alumnos de éste organizaron un asalto a la casa del Ministro de Instrucción Pública para protestar por el decreto que declaraba la libertad de exámenes, y una noche la familia del señor Cifuentes se vio atacada por un grupo armado de piedras y revólveres. La intervención de los Cazadores impidió que el atentado se llevara a efecto hasta sus últimos términos; pero la complicidad de la policía fue tan evidente que el Ministro encargó ahí mismo a don Maximiano Errázuriz llevarle al Presidente su renuncia. Don Maximiano se negó con estas palabras: "Dispense, don Abdón; no podré hablar con mi hermano tan pronto, porque desgraciadamente yo lo creo cómplice de este atentado".

III

Todavía más anécdotas y más personajes desfilan por el escenario de estas "Memorias". Observémosles. Son el Marqués Irarrázabal, gran señor opulento, viajero estudioso y magnífico, de imponente figura, que no se atrevía a hablar en la Cámara, porque, lo decía ingenuamente, "le producía susto", y sólo vino a desatársele la lengua cuando le trasmitieron la opinión de un enemigo: "Es un burro cargado de dinero"..., "chisme" que valió al Partido uno de sus más fuertes parlamentarios y al país el establecimiento de la Comuna autónoma; don Manuel Egidio Ballesteros, joven seminarista que llegó a vestir sotana y predicar en un templo, amigo y protegido de don Abdón, después, por obra del espiritismo, perdida la fe religiosa, se hizo su adversario encarnizado, y tales golpes le asestó, que el memorialista lo llama traidor; el General Baquedano, héroe del 79, a quien se le encargó sublevar al Ejército el 91, y cuando le presentaron un acta, redactada por el señor Cifuentes, donde se planeaba la revuelta y se le dirigía un pomposo apóstrofe, rehusó violen-

tamente firmarla, diciendo: "—Por ahí pueden pillarme. Mi nombre... en blanco, en blanco"; don Melchor Concha, senador pipiolo por cuya culpa los liberales perdieron una votación importantísima, pues le escondieron la peluca y, aunque antipelucón, no se atrevió a concurrir al Senado sin ella.

Detengámonos.

La pintoresca lista es demasiado larga. Abreviémosla, aunque, contados con gran viveza, esos detalles dan la sensación inmediata de la Historia, proporcionan su imagen perceptible. Nos costaba entender cómo Chile había salido de las manos del partido pelucón, que lo administraba con tanta solidez, para caer en brazos del liberalismo irreligioso: aquí vemos quebrarse la línea histórica de Chile bajo la Presidencia Errázuriz Zañartu; creyente, observante y practicante en su hogar, hombre de misa diaria y rosario en familia, D. Federico, en la vida pública, se desdobló hasta favorecer las más avanzadas reformas y entregó el mando a un sucesor completamente descreído. Ese episodio trascendental en que confluyen y chocan toda clase de influjos, donde el pasado y el porvenir se apartan, el señor Cifuentes lo pone de manifiesto con la certeza del actor que presenció las cosas desde adentro y las conoce en sus resquicios.

Pero dejemos todo eso a las discusiones que no dejará de provocar para reducirnos al personaje céntrico del libro, o sea, al autor.

Escritas a los ochenta años, las "Memorias" del señor Cifuentes nos ofrecen un panorama completo de su larga actividad, y nos permiten apreciarlo.

A través de la serie de sus actos, sus ideas y sus dichos, un rasgo dominante surge y acaba por imponerse con el vigor de la evidencia: es la unidad de su vida, su perseverancia sin trizadura, desde la primera hasta la última página. Una sola causa, una sola fe, una sola pasión y una sola línea de conducta: el servicio de la Iglesia, la lucha por los principios cristianos y la esperanza de establecerlos como norma pública.

De esta característica, rara en nuestra época y en nuestra raza, tan mezclada de ideas y de sangres, brotan las cualidades que hacen al señor Cifuentes noble y digno de respeto, y cierta falla secreta de su personalidad que no le permite conquistar una simpatía unánime.

Las tierras de América pobladas por mestizos no producen a menudo temperamentos compactos ni existencias que se prolonguen regularmente por el mismo cauce, como en Europa. Aquí la gente se dispersa y troncha; las vocaciones intelectuales carecen de fijeza. Como si unos antepasados se opusieran a otros dentro del individuo, resultan esas carreras incoherentes que se van en direcciones contrarias y se dispersan en actividades superficiales. Una excepción: don Andrés Bello, múltiple y coherente. Otra, Barros Arana, que dejó su obra monumental. A don Crescente Errázuriz, digno de hombrearse con ellos, la unidad le viene más del molde impuesto por la disciplina que de un impulso interno. Se comprende que, sin sotana, habría podido ser otra cosa.

De los tres, acaso sea el autor de la "Historia General de Chile" el que más se asemeja, en el aspecto moral de la conducta, a don Abdón Cifuentes, que lo superaba por la inteligencia: cerrados, extremistas y fanáticos, en el buen sentido, ambos batallaron infatigablemente por sus respectivas causas y coinciden como el revés y el derecho de la misma tela.

¿Por qué don Andrés, don Diego y don Crescente tienen sus estatuas, alzadas sin protestas, y a los amigos de don Abdón se les ha ocurrido perpetuarlo en bronce?

Aquí topamos la trizadura de esta existencia por tantos lados admirable y que podría proponerse de ejemplo.

Es una doble hendedura debida a la misma exageración fundamental.

Don Abdón Cifuentes, digámoslo claro, no es simpático.

Su personalidad no ejerce atractivo visible entre sus partidarios, que nunca lo hicieron jefe, aunque tantos perfiles tuvo de fundador... Existe cierta limitación en sus sentimientos; el dogma lo encierra dentro de una rigidez excesiva, impermeable, casi mecánica. Y la vida rechaza ese predominio excluyente de la lógica que, según Bergson, se caracteriza por "una incomprensión natural del alma". La razón necesita perder algunos de sus quilates para incorporarse al torrente sanguíneo: la letra pura no es asimilable. Sin las paradojas de sus sentencias y la cambiante poesía de sus parábolas, el Evangelio no habría conquistado al mundo. Don Abdón Cifuentes era el hombre del decálogo cumplido artículo por artículo. Si se oyen los reparos de su mismo grupo, se notará que no aducen hechos ni argumentos positivos en su contra; expre-

san simplemente indiferencia o disgusto, dan motivos vagos, sentimentales, intuiciones sin base concreta. Es el caso, al revés, de la simpatía que despiertan cuantos de algún modo atropellan las leyes graves y establecidas, burlando alegremente a la justicia. Don Abdón es todo lo contrario: no hay en él nada concedido a la fantasía, su vida carece de leyenda. Es siempre el perfecto padre de familia, el maestro ejemplar, la imagen cumplida de lo que hay que ser y de lo que hay que hacer; y esta lección permanente, aún en la forma amena de sus "Memorias", acaba por despertar impulsos adormecidos de impaciencia.

Su misma unidad, su continuidad, su perseverancia política y religiosa, lo hacen aparecer, hasta cierto punto, inmóvil, reacio al tiempo.

Don Abdón no sufre influencias: está acorazado de fe, abroquelado de certidumbre. Nunca lo roza la sombra de una duda ni se concibe que pueda insubordinarse contra la autoridad legítima. Lleva la sumisión y la modestia hasta límites extremos. Había fundado y dirigía la sociedad Unión Católica cuando el señor Casanova fue elegido Arzobispo de Santiago. Siendo clérigo, para no enemistarse con el gobierno liberal —lo que le valió el Arzobispado—, nunca había querido colaborar ni con una palabra en esa institución de propaganda religiosa. Hecho jefe de la Iglesia, al presentársele sus directores, no se dio por notificado de que tal sociedad existía: les preguntó por la salud de sus familias y les habló del estado del tiempo. Volvieron ellos a ofrecerle sus respetos y pedirle órdenes. Igual mutismo. Le mandaron una nota para que renovara el directorio que había terminado su período. No dio contestación. Le reiteraron el oficio. Nada. El Arzobispo seguía tan ciego para leer como sordo para escuchar. La Unión Católica, desconcertada, optó por disolverse en el vacío. Al contar este incidente, don Abdón dice que don Mariano era "por su piedad, su talento, su ilustración y sus servicios, un sacerdote ejemplar, digno e idóneo para el Arzobispado". Agrega que fueron a su casa a presentarle sus respetos, sus felicitaciones y a ofrecerle sus servicios, poniendo humildemente la sociedad a sus órdenes y sólo se permite, respecto a su actitud, este leve comentario: "Ella correspondía, ciertamente, a la abstención completa que siempre había observado respecto de los trabajos de la Unión, pero si ello se explicaba

antes por el deseo de no malquistarse con el gobierno, no se explicaba ahora que ya lo era..." Nada más. Otro rasgo. Siendo ya diputado famoso y subsecretario de Estado, hizo don Abdón un viaje a Europa por motivos de salud, y pidió simple pasaporte de "attaché". En el barco iba un padre capuchino, a quien le presentaron, y que oyendo su nombre, demostró gran sorpresa:

—¡Cómo! ¿Pero usted no es el diputado?

—Sí, señor, soy el diputado.

—¿Usted es el que ha pronunciado esos discursos sobre el viaje de los Obispos al Concilio?

—El mismo. ¿Lo extraña, Su Reverencia?

—¡Cómo no lo he de extrañar, si yo creía que ese diputado era un hombronazo!

—¡Y resulta que soy un pigmeo, raquítico y liviano! —contestó en medio de la risa general el señor Cifuentes.

En seguida explicó a sus compañeros que por eso no había querido usar pasaporte de subsecretario, sino de simple adicto de Legación. ¿Qué idea se formarían de su país si se presentaba como Subsecretario de Relaciones Exteriores? Dirían que Chile era un país de liliputienses con tan ruin Subsecretario. "Y no quiero que nadie por mi causa se forme una pobre idea de mi país."

Queda todavía un mundo de anécdotas y reflexiones en este libro, de los más ricos de substancia publicados en los últimos tiempos, compendio de una existencia extraordinariamente laboriosa y fecunda; quedan cuestiones políticas, como la libertad de enseñanza y la libertad electoral, las dos grandes batallas del señor Cifuentes; cuestiones históricas, como la compra del "Cochrane" y del "Blanco", debida a su influjo directo y que nos valió la victoria del 79; queda la existencia misma del Partido Conservador en su fase de lucha religiosa, etc. Nos limitamos a indicarlas.

Tanto por la trascendencia de esas cuestiones, como por la forma personal en que el autor las expone, aportando novedades considerables a lo que se tenía por establecido, las "Memorias" de don Abdón Cifuentes están llamadas a una vasta difusión y a la crítica minuciosa

de los especialistas. Por nuestra parte y con las reservas insinuadas, nos complace saludar en el memorialista a una de las personalidades más fuertes y singulares de nuestra vida política y agradecer a los depositarios de este gran documento la valentía que han demostrado al publicarlo.

RECUERDOS DE LA ESCUELA DE MEDICINA

por el doctor Augusto Orrego Luco.

el estilo del doctor Orrego Luco, el tono de su voz, suavemente apagado; hasta la mirada de sus ojos, que tienen, allá muy adentro, algo de mago, parecen hechos, "por decreto nominativo" de la providencia literaria, con el fin de evocar viejas memorias, de traer a la superficie del presente, mediante repetidos sortilegios, los nombres, las figuras, los casos y las cosas del pasado.

Uno lo ve a él, sentado cómodamente en su sillón marroquí, una manta sobre las piernas, frente a la ventana de su escritorio, en su casa de la calle Catedral, junto a la que fue de don Andrés Bello, rodeado de estantes de libros que invaden hasta la chimenea, mientras narra sucesos pretéritos en que fue actor y cuenta las réplicas ingeniosas que le gustaron y que resolvieron una situación difícil en un momento dado.

El doctor ha ocupado altas situaciones, ha sido prohombre político, orador parlamentario y académico, personaje de Gobierno y, al mismo tiempo, profesional estudioso y maestro con reputación científica que se ha extendido fuera del país, hasta en Europa.

Pero en la galería de sus recuerdos, ilustre y prolongada, ocupan sitio especial las imágenes de la vieja Escuela de Medicina, con sus viejas salas de clase, sus viejos profesores que enseñaban a estudiantes, jóvenes entonces, viejos ahora, y que los reemplazan frente a nuevas y nuevas oleadas de alumnos incesantemente cambiados.

Es allí donde él se complace y son esos cuadros predilectos los que rememora en estas páginas que una alta y serena melancolía baña, una atmósfera soñadora de paisaje al pastel, música medio desvanecida en la tarde, cuando los otros ruidos cesan.

En esa atmósfera propicia, las sombras no tienen inconveniente para presentarse y van desfilando, unas tras otras, con sus rasgos particulares, sus aficiones, su gesto, tal como en la vida.

Aquí tenemos a Domeyko, el legendario Domeyko venido de Polonia, compañero de Mickievicz, que lo hizo héroe de una de sus poesías, sabio de reputación internacional, noble y desinteresado educador a quien la simpatía polaca acompaña por el mundo. "Su fisonomía, a pesar de sus facciones finas y acentuadas, tenía esa suavidad de expresión, esa dulzura casi femenina que da siempre el largo roce de la vida. Su mirada derramaba sobre toda su fisonomía una luz extraña, indefinible. Los

párpados velaban pesadamente sus pupilas, ya empañadas por los años, y daban a sus ojos una vaga expresión de ensueño y poesía, pero esas pupilas de mirada interior, larga y lejana, tenían también la mirada luminosa, rápida y brillante de un observador que sólo siente las emociones frías de la ciencia y sólo busca la verdad desnuda." Las dos personalidades del doctor Orrego se alternan aquí, proyectadas sobre Domeyko, y la precisión del dibujo, la línea precisa, templan en la una lo que podría la otra ofrecer de blando y algo convencional en su suave colorido. Luego, el buceo psicológico, la síntesis y el diagnóstico: "Esa mezcla extraña de elementos contradictorios, de vaguedades de ensueño y de precisión mantemática, la encontramos también en sus discursos, en sus escritos, en todas las manifestaciones de esa personalidad desconcertante". Y ya tenemos, por decirlo así, la fórmula.

Viene en seguida una silueta de tono menor, un personaje que ha tenido importancia por sus descendientes, Bustillos, el singular muchacho de la Colonia que, a fuerza de tenacidad, honradez y estudio, adquirió la competencia necesaria para realizar, a fines de 1827, uno de los sueños de su vida: abrir una botica. Pero ¡qué botica! Situada en una de las calles céntricas, sirvió durante mucho tiempo, como ocurría entonces con las tiendas y los almacenes, de centro de reunión y substituto a lo que después han sido los clubes, un punto donde la gente importante, la que lo era y la que lo sería, se juntaba a conversar presidida por el dueño del negocio que, sin descuidarlo y atendiendo a su clientela pública, alimentaba esa tertulia particular. Serio, discreto y estudioso, dotado de un profundo buen sentido, el boticario Bustillos fue agrupando en torno suyo un grupo interesante que descolló más tarde en la política o las letras. De esta manera se encontraron allí el músico Zapiola, autor del himno de Yungay y de los "Recuerdos de Treinta Años", dos títulos con que ha pasado justificadamente a la posteridad; don Ventura Marín, el filósofo, padre de doña Mercedes Marín del Solar, la poetisa; don Manuel Montt, que subiría a la Presidencia de la República para consolidar la obra de Portales. Tenía mucha trastienda la botica de Bustillos. El nombre de su dueño figura honrosamente en nuestra Carta Fundamental del 33 y, por el matrimonio de una de sus hermanas con el doctor Cox, su apellido se ha mezclado a una progenie tan extensa como sobresaliente, en que hay escritores y escritoras de

categoría: los Cox Méndez, los Huneeus Cox, los Cox Balmaceda, los Cox Lira, etc.

Como siempre que nos acercamos a la historia de Chile durante el llamado período pelucón, en vez de la cerrada aristocracia contra la cual tanto se habla, compuesta de recintos herméticos y soberbios señores, de intratable orgullo, nos encontramos con el fenómeno inesperado de gente modesta, pero meritoria, que por sus virtudes y su valer intelectual ascienden sin esfuerzo, casi obligadamente, a "las altas esferas", incorporándose a la impenetrable casta de los linajes y los dineros con tanto tino y paso tan seguro que, al poco tiempo, adquieren toda la pátina y cuesta distinguirlos. Incluso, muchos de ellos, como decía don Alberto Edwards, llegan también a creerse descendientes de los reyes godos.

Frente a Bustillos, en los recuerdos del doctor Orrego, tenemos a don Xavier Tocornal, hijo del Ministro que fundó la Escuela y que, deseoso de levantar el nivel de la profesión, se la impuso a un miembro de su propia familia. Lo consiguió. Poderse llamar colegas del doctor Tocornal sería para los médicos de entonces, recién salidos de los antiguos "físicos" y socialmente no bien considerados, tan grato como sería más tarde para los dentistas, llamados flebótomos, la camaradería del doctor Sanfuentes, hijo de un Ministro de Estado y hermano de un Presidente de la República. Son reacciones humanas, que tienen su lógica. Pero el doctor mismo, don Xavier Tocornal, no descolló y más que "las luces de la ciencia" llevó a las aulas sus maneras señoriles, el prestigio de su correctísimo vestir y el que por esos años confería haber hecho un viaje a Europa. El doctor Orrego sonríe delicadamente, sin burla, casi con simpatía. Entró el señor Tocornal a la Escuela por la puerta de honor, entre homenajes y reverencias, en carroza de gala. Profesor de enfermedades de niños, enseñó su especialidad, modestamente, por espacio de cuarenta años, en una atmósfera helada, de consideración y respeto. Era una cátedra secundaria. Salió en silencio, sin que nadie lo advirtiera, y su memoria ha pasado al olvido, digno sólo de recordarse como esos cuerpos catalíticos que obran por presencia.

Chile antiguo era así, más práctico, menos pagado de fórmulas de lo que suele creerse. Respetaba las situaciones adquiridas y sabía utilizar-

las. No tenía prisa en derribar demasiados ídolos. Les conservaba su sitio, les dirigía saludos ceremoniosos y, llegada su hora, les volvía respetuosamente la espalda.

Junto a la fisonomía pulcra, respetable y señoril, pero borrosa, del doctor Tocornal, resaltan con viveza el incomparable Aguirre y Padín y Morán, "el inmortal Morán", llenos de colorido, todos ellos dominados por Vásquez, "el sabio Vásquez", nacido el año 23 y que comenzó sus estudios el 40.

Hay que verlo.

"Ya había terminado la afortunada y rápida campaña del ejército chileno, habíamos derrotado a Santa Cruz y, por segunda vez, asegurado la independencia y soberanía del Perú... En esa atmósfera blanda y fácil se desarrolló sin esfuerzo don Antonio Vásquez... No tenía la personalidad acentuada de Bustillos esa aspereza austera, ese algo fuerte y sólido con que impresionaba a sus discípulos. El sabio Vásquez era de una naturaleza más blanda, más suave y amable. Sabía borrar la distancia que lo separaba de nosotros y acercarse con una afectuosa familiaridad. Las circunstancias lo ayudaban a conseguir ese propósito: era chileno y era joven. Cuando lo conocimos, tenía poco más de cuarenta años y no había perdido todavía el aire de la frescura juvenil. Sabía mucho y estudiaba siempre. En sus textos ha dejado un testimonio irrecusable de la enorme extensión de sus lecturas. Sus explicaciones, siempre claras en el fondo, eran, a veces, confusas en la forma; su expresión se extraviaba, se perdía en un incesante ponerse y quitarse los anteojos. Ese hábito desgraciado cortaba la ilación de sus ideas, enredaba sus palabras y, a veces, hacía fatigoso seguirle en su discurso; pero hablaba con una voz muy agradable y luego adquirimos la costumbre de no mirarlo mientras hablaba..."

Así, con ese tono suave, esa manera delicada, un poco "patte de velours", que sólo de cuando en cuando y parsimoniosamente deja aparecer la garra e insinúa un rasguño, va el doctor Orrego Luco llevándonos por su galería de personajes rememorados, entre los que tan distintas fisonomías alternan, cada cual expresiva a su modo y todas envueltas en la misma gama al pastel que hace aparecer las cosas como soñadas y convierte a las personas en ligeros fantasmas.

RECUERDOS DE MI VIDA

por Martina Barros de Orrego.

SUELE darse por establecido que en Chile la gente envejece antes que en Europa: grandes hombres, autores y actores, maestros y políticos en plena actividad allá, acá serían llamados por la ley al retiro obligatorio, como viejos inútiles.

¿La causa?

Unos culpan al ambiente desgastador y crítico, a la embestida de los jóvenes empeñosos que quieren darle "tiraje a la chimenea", según expresión usada en el Ejército. Otros hablan de la tierra, falta de cal o de fosfatos; dicen que las plantas carecen de vitaminas y la carne de vigor, o bien lo atribuyen a las misteriosas emanaciones telúricas descubiertas por Keyserling...

En realidad, para discutir el caso faltan estadísticas que permitan estudiarlo sobre base positiva; pero, miradas las cosas sin mucho rigor, parece que realmente ocurrieran así. No puede negarse, desde luego, que, pese a la angustia económica, cada día se acorta el plazo de las jubilaciones y se alarga la lista de los que, con mucha gracia, llama la señora Barros "los incansables para el descanso".

La sorpresa que ella misma produce prueba que la longevidad no constituye un fenómeno ordinario entre nosotros.

Próxima a cumplir los noventa y dos años, conserva la señora Barros de Orrego su plena y activa claridad de cerebro; ahora, igual que a fines del pasado siglo, recibe en tertulia nocturna a sus amigos, charla con ellos de ciencias, política y bellas letras; todo le interesa, está al tanto de todo y no sólo opina sobre los acontecimientos nacionales e internacionales con vehemencia, sino que cambia. Esto es importante. La vejez consiste en no variar, es querer el reposo y añorar la inercia. Ella vibra con las novedades sensacionales, lee el último libro y tan informada se halla de la actualidad que, a veces, al recibir por la mañana los diarios del día, cree que son atrasados, porque oyó las noticias esa noche en la radio.

Entera y firme, a la imponente altura de su edad, lejos de recluirse y apartarse, dejando caer los brazos, fatigada, la señora Barros de Orrego acaba de dar a luz su primera obra, un haz de recuerdos autobiográficos de amenísima lectura que respiran optimismo.

Es otro de sus rasgos juveniles.

La memoria de tantas cosas pretéritas no le causa la menor amargura, aunque algunas las halla mejores que las de hoy. Reconoce, en cambio, y celebra el progreso alcanzado en punto a comodidades, la popularización de lujos antaño inaccesibles o que no existían, la dignificación social y legal de la mujer, lograda mediante esfuerzos a que su propia acción no fue extraña; alaba con gratitud los trenes, los autos, el teléfono, el avión y también los servicios de índole doméstica, lejanos otrora, difíciles, hasta peligrosos, hoy día expeditos e inmediatos.

Estas precisiones que en otros labios disonarían, en los suyos cobran una especie de majestad; porque se piensa que ha sido testigo de esas históricas transformaciones, que no habla de ellas por haberlas leído o escuchado, sino como hechos de su propia existencia, sucesos cotidianos que la afectaban personalmente.

En este país de gente desencantada y orgullosa de su pesimismo, suena extraña la voz de esta señora que, desembozadamente, da gracias al cielo por haber venido al mundo, agradece la cuna ilustre en que nació, los grandes hombres de su época, entre ellos su esposo, que le ha tocado conocer, sus muchos hijos, sanos y buenos, y los abundantes nietos que la acompañan, hasta permitirse esta declaración extraordinaria, casi diríamos imprudente: "...me parece que tengo el derecho de considerarme dichosa..."

Llegados a este punto, cabe preguntarse el secreto de su vitalidad y decirse que acaso el libro lo pueda revelar. Por nuestra parte, lo que en estas páginas hallamos es el retrato de una clara y vigorosa personalidad, de una mujer "según su corazón", para tomar palabras de la Escritura, valerosa y benévola, sin un átomo de veneno y provista de un maravilloso equilibrio que le hace apartar, por espontáneo impulso, todo el lado pequeño y ofensivo de la existencia. Ningún amor propio, una franqueza señoril para declarar tanto "su ilustre cuna", el histórico abolengo de los Barros Borgoño y los Barros Arana, como su falta de bienes materiales, confesiones ambas difíciles de hacer sin falsa modestia ni disimulado orgullo. Rememorando las lecciones recibidas en el famoso colegio de Miss Whitelock, que tantas huellas dejó de su británica estrictez a mediados del siglo XIX, dice que, además de cla-

ses de danza y de dibujo, aprendían allí "a coser, bordar y zurcir..." Esto último, agrega, lo resistían muchas madres, que no aceptaban para sus hijas tan humilde tarea, mas no la suya: "Mi mamá me dijo que era conveniente que aprendiese, y así lo hice. Y por cierto que me ha servido; porque, casada con un hombre pobre y con tantos niños, ¡harto he zurcido en mi vida!"

Es un detalle que no todos contarían.

Otro.

El año 1872, novia entonces del doctor Orrego Luco, por aquella época estudiante, publicó en la "Revista Chilena", que él había fundado, una traducción de "The Subjection of Women", de Stuart Mill, precedida de un prólogo que atrajo comentarios y le ganó a ella nombre de escritora. De paso y sin darle importancia, despójase de ese título confesando que, aunque eran sus ideas, el prólogo lo escribió en gran parte su prometido.

Ligeras y delicadas, las páginas en que lo conoció figuran, por su levedad, entre las mejores del libro. Habitaba ella, dice, la mitad de una casa de la calle Dieciocho y, tabique por medio, ocupaban la otra mitad los Orrego Luco, que también habían sido opulentos. A falta de diversiones más agradables, acostumbrábase entonces salir a la puerta para ver pasar gente y charlar con los vecinos. Eran tiempos aldeanos, sin etiqueta. Durante esas tertulias vespertinas, oyó hablar de un joven cuya figura no le había llamado la atención, habitante de la casa del lado, a quien creía un poco raro. Habiendo sabido sus aficiones literarias, que ella compartía, quiso tener algo escrito por él y se lo pidió. Fue así como recibió una tarde un cuaderno que contenía la más tímida, la más ferviente, la más romántica de las declaraciones amorosas. Sorprendida y confusa, dolióse en su candor de no poder corresponderle, se preguntó cómo se lo diría y buscaba, no sin angustia, refinadas expresiones, los circunloquios delicados, hasta que, rompiendo con todo, resolvió emplear el mejor de los sistemas, el que más le ha servido en la vida y practica hasta ahora en su libro: la franqueza. Así lo hizo o, más bien, quiso hacerlo, pues el punzante dolor que le vino y las dificultades que hallaba para encontrar las palabras le revelaron lo que ella no sabía y en ese momento descubrió que estaba tan enamorada como él.

Es una escena donde no falta ni el pequeño rasgo irónico para hacerla picante. En su declaración sentimental concluía el joven citando emocionado un verso de Petrarca; pero también ella leía y, aunque confusa y hasta llorosa por el apurado trance, no pudo contenerse el corregir la cita diciéndole que pertenecía a Metastasio. "Esto —agrega—, lejos de enfriarlo, lo ligó más todavía a mí, concediéndome mayor valor intelectual del que tenía."

El pasaje, sin una línea recargada, admira por su desenvuelta sencillez.

Formada en una época romántica, lectora empedernida de Lamartine, el romanticismo la envuelve, pero no la toca. Tiene una mente naturalmente clásica, hecha de medida y equilibrio; es como esas damas francesas del siglo XVIII, fundadoras de salones literarios, tan naturales de estilo, tan claras de cerebro, libres aún del énfasis que trajo Rousseau. Léanse las páginas 283 a 286, relativas a "dolorosos acontecimientos de familia", en que relata cómo, debido al ambiente en que vivía, perdió la fe religiosa, cómo la recuperó más tarde bajo el influjo de don Juan Agustín Barriga y don Crescente Errázuriz, materia que se prestaba infinitamente a la declamación y las complicaciones y que ella aborda con magistral rectitud, del modo más límpido.

Hija de un Barros Arana, evoca la figura patriarcal de su abuelo, don Diego Antonio, comerciante adinerado en cuya casa se crió, y lo pinta, a la hora de comida, bendiciendo la mesa y murmurando sus jaculatorias, alguna de las cuales caería, inútilmente, sobre la cabeza de don Diego, el enorme historiador anticlerical, propagandista y rebelde, que vemos por vez primera humanizarse a través de su sobrina y perder un poco su aire de viejo árbol hirsuto y agresivo, con más ramas que hojas.

Permitieron felizmente a la señora Barros las circunstancias cumplir uno de sus anhelos permanentes; conocer y tratar a los hombres ilustres, oírlos conversar, mirarlos y admirarlos.

Era una pasión. La presencia de uno de ellos le inspira una de las pocas metáforas desarrolladas del libro, parco en imágenes. Cuando habla de Sarmiento dice que aquel hombre poderoso y desigual, feo pero fuerte, "robusto, bastante grueso, de magníficas espaldas y bastante estatura", con su rostro en que la inteligencia vibraba, le pareció —pág.

183— "una de esas hermosas piedras de mina de formas abruptas, con miles de aristas cortantes, que nos deslumbran con sus preciosos colores y sus brillantes chispas, reflejo de los ricos metales que encierran"; lo que constituye un hallazgo de expresión al par feliz y exacto.

Parlante asimismo, aunque en otro tono, resulta Lastarria, ya viejo, "más bien bajo, algo cargado de espaldas, cabeza pequeña, un poco terca, lo que le daba cierta impresión de energía, pero que desgraciadamente obedecía a la moda contemporánea impuesta por "Il Re Galantuomo" y Napoleón III de usar los bigotes erguidos que, a fuerza de una cera llamada "cabo", aguzaban sus puntas como alambre.

Más allá del "cabo" de don Victorino, hallamos al dueño del Palacio Urmeneta, don José Tomás, opulento y elegantísimo minero, político famoso, candidato presidencial, uno de los primeros que en Chile usaron sobretodo en vez de capa, audacia de precursor comparable a la que ella misma y su marido demostraron asistiendo a las funciones teatrales de Sarah Bernhardt desde platea, cuando todas las señoras, si no podían ir a palco, se quedaban en casa.

Desde aquella época la señora Barros campeaba por la libertad de la mujer y defendía sus derechos.

El rico archivo de su memoria guarda un vasto repertorio de figuras singulares, como el fastuoso don Ignacio Luco, que cruzaba en su carruaje las ciudades derramando dinero para que la multitud lo siguiera como a un general victorioso y que, habiéndosele cobrado en una posada del camino el valor de su almuerzo, preguntó "si tenían vuelto de un fundo". ¿Y don José Manuel Encina? Los almuerzos en su casa de campo eran festines pantagruélicos, bodas de Camacho en un enorme comedor que ofrecía a los invitados el espectáculo de una mesa donde se ostentaban, como trofeos de caza, ristras de gallinas, pavos, chanchos y hasta cuerpos enteros de vacunos con las astas doradas.

Curiosa de verlo y oírlo todo, la señora Barros se asoma desde niña a los acontecimientos para coger ese rasgo único que sólo se entrega al testigo presencial, y así es como desfilan, cinematográfica o periodísticamente, por sus páginas, el espantoso olor a carne asada del incendio de La Compañía, catástrofe de que ella libró por milagro; el infeliz español que, durante la guerra del 66, corría como un loco, la melena

al viento, los ojos saltados, detrás de un caballo que un huaso azotaba, arrastrándolo; el sermón de don Ramón Angel Jara, entonces joven sacerdote, en el Tedéum de 1881, para celebrar la vuelta de Baquedano con sus tropas del Perú, y cierto baile de una dama, fracasado por coincidir, desdichadamente, el año 92, con el aniversario de "Lo Cañas".

Así grandes fechas pasan prendidas a un pequeño detalle y los hechos históricos se humanizan.

El cuadro de nuestra sociedad que de estas páginas se desprende asume considerable importancia, porque rompe el marco en que se acostumbra encerrarla.

La aristocracia castellano-vasca no goza fama de amplitud mental ni de aficiones intelectuales; se la cree ignorante, apegada al dinero y a los pergaminos, enemiga de la cultura y fanáticamente religiosa, o mejor, devota, o peor aún, entregada a las supersticiones del culto material, ostentoso y mecánico. Se habla de la doméstica frivolidad de sus mujeres y el grave empaque autoritario de sus hombres. ¡Qué de frases no andan por ahí sobre cierto velón colonial y las intransigencias de la hipocresía! Falta el aire, escasean las luces, no se puede respirar: ¡abran las ventanas!

Pues, hé aquí que la señora Barros-Borgoño de Orrego-Luco no era rica, y era culta, leía a Metastasio; su marido, tampoco opulento, se abrió paso gracias a su saber profesional y a sus talentos literarios. Una y otro, liberales, inconformistas, revolucionarios para la época, crecieron y se multiplicaron sin obstáculo; lejos de haber decaído, ocuparon con dignidad la situación de sus mayores, añadiéndoles todavía un brillo más. Ninguna conspiración se formó para aislarlos. Por el salón de la señora desfilaron las inteligencias distinguidas de varias generaciones, de tal manera que cabría estudiar en él, como en un laboratorio, el interesante fenómeno que ha hecho pasar el poder de las artes y las letras desde la capa superior, en cuyas manos estuvo durante el otro siglo, a la clase media, que lo posee ahora.

¿Dónde las persecuciones medievales, los anatemas eclesiásticos, la tiranía de los frailes que suben del confesonario al púlpito y bajan del púlpito al confesonario?

La robusta sensatez, el prolongado optimismo, la perfecta libertad de

juicio y de carácter, cierto ligero aire de ironía que por algunas páginas se deslizan, bastan a la autora de estos recuerdos para espantar muchedumbre de fantasmas que a los mismos que los crearon suelen inspirar temor, pero que a ella nunca la han molestado.

RECUERDOS DE FAMILIA

por don Luis Montt.

"Es éste un libro de familia, destinado, por su carácter íntimo, a no circular más que dentro de unos cuantos hogares, cuyo origen común, enlace y vicisitudes refiere."

Si no se tratara de tan serio investigador como don Luis Montt y de documentos que, después de su muerte, dan a luz sus hijos, podría tomarse esta advertencia como un recurso para obtener con seguridad el resultado opuesto, o sea, una vasta circulación del libro, pues nada tienta más a los lectores que aquello que, justamente, se les pide no leer, que no tienen para qué leer, porque está fuera de su alcance.

Los libros de familia, los papeles genealógicos, las ediciones de tirada restringida son los que alcanzan más elevada cotización: a poco andar, son rarezas y tesoros bibliográficos.

Dentro de esta categoría, la obra de don Luis Montt alcanzará sitio privilegiado.

Sus ochocientas grandes páginas, fuera de la breve introducción, casi no contienen sino cuadros genealógicos y documentos notariales, más algunas cartas privadas, o sea, la materia prima de la historia, su terreno de sustentación; con lo cual tenemos ya interesado en su lectura al hombre de estudio, al que desea fundamentar sobre bases sólidas su juicio del pasado.

Para llegar a ese fondo es preciso conocer la vida privada.

Nos inclinamos a imaginar el pasado de acuerdo con el presente. Por eso bastan a veces ligeras indicaciones para sorprendernos. Véase (pág. 457) la carta dotal de doña Josefa Armaza y Toro al contraer matrimonio con don Miguel Montt y Prado, el 10 de mayo de 1801, ante el cura y vicario de Melipilla, don Pedro Montt. Entre los regalos que recibió la novia, particularmente de su abuela, doña Nicolasa Valdés, Condesa de la Conquista, hay: "dos mil pesos en dinero; un zarcillo de diamantes rosas tasados en 744 pesos por el maestro mayor lapidario Francisco Jardín; un par de hebillas de oro, que le dio su madre; un rosarito con cuentas de oro" y, entre varias otras joyas, una "mulatilla nombrada María del Carmen, de dieciocho años, donación también de la misma señora Condesa". Y no debía de ser cualquier cosa la tal mulatilla, pues, en otras listas de bienes, entre el ganado y los aperos de labranza, suele haberlas por la mitad del precio en que aparece.

Por lo demás, esa indicación del precio, tan escandalosa ahora, constituye, como calificativo, un sistema que acaso envidiaría el redactor de la sabrosísima "lista de algunos vecinos principales del reino de Chile", presentada a Guill y Gonzaga en 1762 por don José Perfecto Salas.

La concisión de los retratos reclama allí, a menudo, la elocuencia del número. Por ejemplo, este provincial de Santo Domingo: "Hombre de bien, docto, ejemplar, un poco encogido, pero de mucho juicio"; y el franciscano Ovalle y Esparza: "Caballero que entró desengañado, muy virtuoso, muy leído e instruido en noticia del reino con mucha erudición. Se le debe halagar y oírle, mas no seguir todos sus proyectos". Se ve que el espacio le falta al psicólogo para sus semblanzas. Una hay un poco más extensa, la de don Valeriano Ahumada, que dio su nombre a la calle Ahumada, "el hombre más docto de América, riquísimo, que ha gastado cerca de 90 años en experiencia y en leer infinito", cuya conversación, "por balbuciente y por viejo, causa fastidio a los que no gustan de su inmensa erudición" y que, según comenta al pie el compilador, no ha dejado por toda huella de su vida sino esas pocas líneas en un borroso manuscrito y un nombre en una calle tan importante que, a menudo, se pregunta y se discute por qué lo lleva e intentan quitárselo. Sic transit gloria mundi!

Al último, los títulos de Castilla, encabezados por el Marqués de la Pica. Don Miguel Yrarrázaval Bravo de Saravia, "caballero bien inspirado, rico y virtuoso, pero que padece de hipocondría", y que finaliza don Juan Cortés, Marqués de Huana y Huanilla, "un pobre infeliz a quien no le ha quedado más que el título".

Ignoramos lo que Guill y Gonzaga pensaría del país que venía a gobernar por esta nómina de vecinos; a nosotros nos abre largas perspectivas sobre nuestra sociedad pretérita, tan distinta y, a un tiempo, tan parecida a la nuestra, y que así, por parecida como por distinta, nos sorprende.

La familia Montt constituye en esta obra solamente un signo: lo que de ella sabemos podría aplicarse a todas, y su historia, a lo largo de los nacimientos, matrimonios y defunciones, va como poniendo las piedras sillares de una historia en construcción. En una página vemos al

general don Pedro Prado y Lorca emancipar, ceremoniosamente, a su hijo, don Pedro Prado y Carrera, "apartándolo de sí una, dos y tres veces", para que sea libre; páginas más allá encontramos a un nieto de éste, don Rafael Montt y Prado, rindiendo información judicial sobre sus ascendientes para casarse con doña Rosa Yrarrázaval Solar, matrimonio que su suegro resistía, aunque él alega no ser menos, por ningún lado, que don Manuel Aldunate, yerno muy bien recibido del marqués.

Una nota explica el orgullo de la familia Yrarrázaval, descendiente de don Mengo o don Mingo González de Andía, señor de la casa de Yrarrázaval en Guipúzcoa, a quien un rey de Inglaterra habría condecorado con la Jarretera. Refiriéndose a tal pretensión, don Angel de los Ríos, en un ensayo sobre los apellidos castellanos (Madrid, 1871), premiado por la Academia Española, escribía: "¡Qué vergüenzas nobiliarias! En esto no se puede negar la palma a los vascongados que, como llegaron tarde a la palestra..., se despachaban a su gusto. Recuerdo entre otros un Donmengon González de Andía, simple escribano de junta de Guipúzcoa, de quien no sé si en el siglo de que tratamos (el XVI) o en el anterior se llegó a propalar que el rey de Inglaterra le había hecho merced de la Jarretera para él y sus descendientes". Concesión inaudita en la misma Inglaterra, donde siempre se ha dado esta distinguida condecoración a los personajes más elevados y rarísima vez a los soberanos extranjeros. Pero no quita que todavía algún escribiente agradecido avanzó un poquito más, hilvanando unos versos en vascuence, donde se trata al tal Donmengon de hermoso, valiente y... rey de Guipúzcoa, nada menos.

Pero doblemos la hoja. Vamos a pisar terreno peligroso e invadir, sin armadura, ese mundo fantástico, poblado de fantasmas y monstruos dañinos, provistos de garras y dientes, que se denomina el bosque de los árboles genealógicos.

Los "Recuerdos de Familia" de don Luis Montt dan para mucho. Contra el mal de las vanidades hay, desde luego, triacas tan eficaces como las cartas de doña Adriana Montt a sus hijos Gutiérrez de Espejo y Rospigliosi (descendientes de los príncipes italianos de ese apellido y emparentados con un Papa). Doña Adriana, hermana de don Lucas,

padre de don Manuel, el Presidente, se preocupa de cosas positivas, aunque suele saltar también desde ellas a las fabulosas. Hablando de las enfermedades y sus remedios, "no olvides —le recomienda a su hija— que a todo niño enfermo debe ponérsele un Evangelio, que da tan buen resultado..." Y más adelante: "Para que los niños tengan buen estómago, se les dá azúcar de perro, leche de perra o bien se crían con cabras". Omitimos las indicaciones en que figura el ungüento de sapito y la receta contra los empeines, donde se usa la tierra humedecida, no con agua, sino mediante la intervención de "un quiltro". Doña Adriana era realista y ejecutiva. A un niño que salió del colegio por enfermo, lo acostó en su cuja, le dio vomitivos, purgantes, le puso lavados, lo tuvo a ración de "hambre, obscuridad y abrigo", hasta que, dándose por sano, se empeñó él mismo en recogerse, aunque era sábado. Y todavía sirvió para que los demás escarmentaran.

Una simple ojeada a esta obra, que estamos lejos de haber agotado, nos lleva al interior de los hogares de antaño y, por la simple virtud de unas cuantas palabras, de esta cifra, de tal rasgo, de aquella observación, permite al hombre de hoy entrever almas y costumbres pretéritas a una luz, no tan pareja acaso, pero de cierto más segura que la de los minuciosos novelistas.

MEMORIAS DE OCHENTA AÑOS

por Francisco R. Undurraga V.

PARA ubicar como se debe esta obra y darle un sitio donde esté segura, sin que nadie la ofenda, convendrá apartarse lo más lejos que sea posible de cuanto significa o se parezca remotamente a lo que suelen llamar literatura, retórica e, incluso, también, un poco, gramática.

Nada tiene que ver con ella el mundo pedantesco.

Su autor, que, por lo demás, no se considera autor, habría aplicado gustoso a estas páginas un nombre más familiar que el de "Memorias", algo vecino a la charla y evocador de las horas en que, sentado junto al fuego, hace recuerdos íntimos entre personas de confianza.

Así se nos presenta y así debemos verlo, rodeado de los destinatarios de este libro que dedica, primero, a sus padres, y luego a sus "seis hijos, cuarenta y cuatro nietos y cuarenta y siete biznietos".

Porque, buen continuador de un linaje a la antigua —él mismo tuvo quince hermanos—, si quisiera el señor Undurraga Vicuña Ramírez Saldaña Velasco y Aguirre ofrecer una moderada fiesta sólo a quienes le llaman abuelo, bisabuelo o padre, difícilmente podría meter a sus invitados en casa de las de ahora y debería o bien resucitar la de sus progenitores, media hectárea en Ahumada esquina de Agustinas, o bien establecerlos en la Plaza de Armas, aunque a todos les convendría más un paseo campestre a Santa Ana de Talagante.

La viña y hacienda del señor Undurraga tienen larga tradición. Allá, entre sus viñedos y sus árboles, halla títulos de nobleza que lo enorgullecen más que un mayorazgo y puede ostentar blasones valiosos como una corona de marqués: son las marcas de sus vinos, es la ejecutoria de sus toneles y botellas por él mismo conquistada y que no admite discusión.

Con derecho superior al de Neruda, don Francisco Undurraga podría escribir un "Estatuto del Vino" que, seguramente, se impondría, no en virtud de unas agrias tintas impresas en frágil papel, sino por unos viñedos que él hizo venir y que, bajo sus miradas, han crecido, echando hojas, flores, frutos ¡y caldos en esas sublimes proporciones!

¿Quién no conoce los vinos del señor Undurraga? ¿Quién no conoce al señor Undurraga?

Indisolublemente unidos por las hondas raíces, uno y otro se dirigen

a la posteridad como los mejores productos de esta tierra, perfeccionados por el tiempo. Ambos son cordiales y dispensan generosamente el calor de su cordialidad: quien haya sido huésped del uno y probado de los otros, sabrá el sabor que le quedó. Provenientes los dos de una excelente estirpe, cepas del Viejo Mundo que el sol de Chile acendró, reparten por igual tesoros de alegría, estimulan el ánimo y dispensan buen humor.

No significa ello que el autor de este libro deba considerarse un autor humorista. Ya sabemos que rechaza hasta el nombre de autor. Es, más bien, un hombre aficionado a la broma, uno que, desde lejanos tiempos, las ha hecho de toda especie, familiares y públicas, aristocráticas y plebeyas, políticas, religiosas, de salón y de campo, nacionales y hasta internacionales; incesantes bromas, no siempre fáciles de trascribir, por su libertad jocunda, de que pueden ser víctimas inocentes así príncipes reales como servidores viejos, prueban con el ejemplo de este patriarca y sus 97 vástagos, afinados al mismo diapasón, la superficialidad de los definidores que nos presentan como la tierra clásica de los caballeros graves.

Caballeros, sí; pero ¿serios, graves?

Sólo a veces.

Verdad que don Francisco encarna, como pocos, la historia de una clase cuya desaparición estamos viendo.

No olvidemos que se trata de un sobreviviente, como lo recuerdan a cada paso detalles que hablan de una vida pretérita y casi fabulosa.

El año 87, en su segundo viaje a Europa, parte al Viejo Mundo acompañado de su mujer, sus hijos, un cuñado, una cuñada, dos sobrinos, fuera de Mrs. Brown, institutriz de una de sus hijas, y Matea Berríos, empleada antigua y de confianza que "dicho sea de paso, era una espléndida cocinera". Todavía hay más. Hay que añadir una burra, una espléndida burrita española de Moncloa, "que daba tanta leche como una vaca", por si el ama del niño sufría de mareos. Y esto no basta. "Para este animal —la burra— hubo que embarcar cincuenta fardos de pasto aprensado; y en la bodega, para el consumo del niño y de mi mujer, docenas de gallinas y de pollos." No se mareó, por suerte, el ama, que tenía buena cabeza y cuyo tipo criollo entusiasmó a la mari-

nería; pero, en cambio, se mareó el patrón y, por cincuenta libras esterlinas, le concedieron un saloncito del capitán, quien fue, durante la travesía, huésped cuotidiano del señor Undurraga e iba a saborear con él las cazuelas nacionales que les preparaba la Matea y las empanadas de horno con vino del Rhin, recibiendo de llapa, al arribar a Cabo Verde, el regalo de la burra española.

Pueden calcular ahora los calculistas cuantos trámites de pasaportes, visaciones y permisos de las Juntas de Exportación Agrícola y los controles de cambio, amén de infinitas oficinas fiscales y semifiscales, exigiría ahora la excursión placentera de semejante tribu, sin contar la robusta capacidad económica del jefe de familia.

Hasta el lenguaje con sus giros populares o arcaicos nos trasporta a otra época.

Recordando la última dolencia de su madre, dice el señor Undurraga que, tras el fallecimiento de su esposo, la señora "no pudo arribar de una antigua enfermedad al hígado" ¡Qué bien condice el "no pudo arribar" de las abuelas con la vasta casona de anchos portales por donde penetraban al zaguán las lentas carretas campestres venidas de la chacra o la hacienda hereditarias, y aún con la vieja Matea que, instalada en París, como en su tierra, salía del hotel del Louvre muy suelta de cuerpo, diciendo:

—Voy mandada del hotel de la Ubre.

Son correspondencias y lazos ocultos que el señor Undurraga no establece, sino que fluyen naturalmente de sus páginas.

Sin esfuerzo ni transición, alternan allí las fiestas que el dueño de Santa Ana, productor de los vinos del Rhin, ofrecía, ya a don Carlos de Borbón, pretendiente al trono de España y visitante de ultramar, ya al Duque de los Abruzzos o a don Fernando de Baviera, para no citar sino altezas serenísimas, una de las cuales recibiríale en su palacio veneciano, después de ir a buscarle en persona al hotel, y levantarle en brazos y besarle en la frente, todo ello entremezclado a las anécdotas, chacotas e historias singulares, heroicas o chocarreras, de la servidumbre doméstica, integrante del hogar como tradicionales protegidos.

Contra el prejuicio de estirado engolamiento que prima en la opinión común sobre nuestras familias aristocráticas, figuran en la galería de

antepasados estampas como la de María Venegas, la vieja centenaria a quien su patrón echa los brazos al cuello y que posa en su compañía, muy dignamente.

¿Y la historia de Pedro Plaza?

Merece capítulo aparte.

Lo tiene en las "Memorias" del señor Undurraga, breve, pero significativo y con un "efecto de autenticidad" de los que no se logran a fuerza de arte y sólo resultan espontáneamente.

Era Pedro Plaza hijo de alemán y de mestiza y fue entregado a la madre del autor, al morir la del niño, para que cuidara de él y lo educara. Había heredado de su padre algunos bienes, una zapatería avaluada en tres mil pesos. La señora lo habilitó, lo puso donde un "maestro mayor" para que trabajara e hiciera de él hombre de provecho. "Era muy inteligente, buena facha, se sacaba los premios en la escuela —calle de las Cenizas, hoy San Martín— de una señora Reyes. Ganó bastante dinero, pero le dio por ingresar a la masonería y a una sociedad de zapateros, prestándoles plata a estas corporaciones, la misma que no vio más." Sus buenas prendas le trajeron la ruina. Se casó con Luisa Berríos, "una empleada de confianza de mi madre". Era un hombre alto, robusto, muy desprendido y generoso. En una riña con un relojero dióle un gran bofetón; pero el otro sacó revólver y le hirió una pierna, tan malamente que había necesidad de amputársela. Pedro Plaza no quiso. El médico le anunció que moriría. El repuso:

—Aunque me muera.

Y así fue. Arregló sus cosas, hizo testamento, se confesó, se retractó, entregó las insignias masónicas y se marchó de esta vida con sus dos piernas.

Don Francisco asistió al entierro, que fue muy concurrido por los masones, ignorantes de la retractación. Como el señor Undurraga era la persona más importante del acompañamiento y el único que iba en coche, le ofrecieron la palabra en el cementerio, y habló; dijo que Pedro Plaza había muerto cristianamente, lo que produjo en la asistencia un rumor de desagrado. Era un mes de agosto húmedo y lluvioso, caía la tarde y el señor Undurraga se preguntaba, no sin cierta inquietud, qué irían a hacer con él los masones. Para evitarlos prudentemente, escurrióse entre las sombras y los sepulcros.

A estas alturas del relato, el lector se pregunta qué irá a ocurrir, cómo concluirá la historia y qué hará la masonería con el caballero. Todo parece ir preparando un efecto dramático, cierto golpe final. Y así lo habría hecho, seguramente, un escritor. Pero el señor Undurraga no es un escritor. Es uno que, sencillamente, cuenta las cosas que suceden y estas cosas suelen ser, a menudo, más desconcertantes de las que imaginan los escritores, más desconcertantes y también más simples.

Leamos.

"...después que salí a las avenidas del Cementerio, me perdí y no podía dar con la salida. De repente me caí en una sepultura con una gran poza de agua y me rompí el pantalón y me ensucié todo un abrigo de pieles de astracán recién llegado de la sastrería famosa de París, Debaker y Cía. Como pude y auxiliado con una cajetilla de fósforos de cera, logré avanzar y orientarme, cuando divisé la tumba de la familia Matte, que estaba cerca de la de mi suegro, don Manuel Fernández Cereceda, y así pude irme acercando a la puerta, que aún no habían cerrado, sólo esperando que concluyera el funeral de Plaza, y tomé con apuro mi coche y llegué a mi casa después de la diez de la noche."

Allí finaliza la historia de la vida y la muerte de Pedro Plaza.

* * *

Si no se aguardan de esta lectura otras impresiones que la de una verdad total, sin trascendencia; si no se le piden al autor artificios ni habilidad literaria y sólo contar las cosas tales como en su recuerdo permanecen, confundidos, ordenados y dentro de la misma hebra, la terquedad de Plaza para morir antes que vivir cojeando, el acompañamiento de la masonería, la retractación, el cementerio, la noche y el abrigo de astracán de la mejor casa francesa; si se acepta la llegada a la casa "después de las diez de la noche", en la más lamentable y sospechosa figura, entonces el lector estará listo para internarse por estas páginas y gustar su sabor, sin sufrir decepciones, pavor ni sobresalto.

De otra manera, no le aseguramos el placer y temeríamos su juicio.

RECUERDOS DE CINCUENTA AÑOS

Entrevistas de Armando Donoso

Recuerdos de Cincuenta Años

ENTRE los años 1915 y 1922, Armando Donoso, figura ya importante en las letras chilenas, hizo una serie de entrevistas más extensas de lo común a personajes nacionales de alta categoría y las fue publicando en "Pacífico Magazine", revista mensual, entonces sin duda la primera del país.

Su hermano Ricardo ha reunido una docena de ellas en un grueso volumen, tan notable por su interés como provechoso por sus enseñanzas y, "last, but not least", amenísimo.

Es un libro documental.

Tuvo su autor la buena idea de no escribirlo demasiado bien —salvo la charla supuesta con don Victorino, la menos feliz de todas— y dejó que sus interlocutores conversaran en libertad, evocando sus recuerdos sin plan preconcebido, al azar de las anécdotas.

A ello, seguramente, se debe el que, después de tanto tiempo, conserven todavía la entonación y hayan adquirido doble mérito en calidad de testimonios. Como alguno lo hubiera dicho, al modo romántico, doce sombras ilustres vienen hacia nosotros, conducidas por otra sombra, nos llevan hasta el pasado siglo y nos permiten vivirlo.

* * *

Acaso la más sabrosa y nutrida de sustancia sea la visita a don Gonzalo Bulnes, historiador, político y diplomático; hijo, nieto y sobrino de próceres, que no podía moverse entre sus recuerdos familiares sin desplazar alguna estatua. Su nombre de pila debíase al entusiasmo de su abuelo materno, el primer Presidente Pinto, por la historia de Prescott, donde aparece Gonzalo de Córdoba.

Don Francisco Antonio Pinto era de los hombres más ilustrados y amigos de la lectura que hubo en su tiempo; vivió en Europa y, en Londres, se hizo amigo de Mora y Bello, los maestros. La abundancia de literatura del mandatario pipiolo forma contraste con la sobriedad de su yerno, el Presidente Bulnes, vencedor de Yungay. Tres meses llevaba solamente en el instituto cuando Osorio mandó cerrarlo durante la Reconquista; y nunca se conformó del todo con haber tenido que

suspender sus estudios para embarcarse en la guerra de la Independencia. Don Manuel, como su presidencia lo atestigua, sentía veneración por la cultura. Pasando una vez con su hijo muy pequeño frente a la estatua del Abate Molina, díjole que daría todas sus campañas militares por haber sido autor de la historia que escribió el fraile. Cuando murió Bello, lo llevó a la casa mortuoria del sabio para que lo viera, porque toda la vida se habría de sentir honrado de estar cerca de él. Dice don Gonzalo que a los pies del cadáver había una señora rezando fervorosamente y, concluida su oración, levantóse, tomóle al muerto una mano y se despidió con estas palabras: "Hasta luego, señor". Preguntó quién era. "Doña Mercedes Marín del Solar", le contestó su padre.

Nombres y actitudes van fijando fechas, sucesos, caracteres.

Uno surge muy al vivo, tradicional y criollo, de auténtico señorío, en la familia Bulnes: la llaneza.

La recibió y la dejó, también, como herencia, don Gonzalo.

Cuenta que su padre rehuía hablar de sus proezas. Fue una vez a visitarle Vicuña Mackenna y le dijo, para sacarle datos:

—Usted, general, ha tenido fama de valiente.

Don Manuel repuso:

—Mentira; en todas partes he tenido miedo y no me descargo todavía de los remordimientos por haber arrancado en Yumbel, en un ataque contra los españoles y los indios, en el cual llegué a exponer la vida de otro hombre por salvarme.

Respuesta que nos trae a la memoria la que, bastante desconcertados, oímos de labios de una hija suya (1), ilustre escritora muy estimada a cuya casa concurrimos con el objeto de obtener noticias sobre una fiesta muy resonante del último siglo. No hemos podido olvidarla.

—Tengo por ahí las fotografías de ese baile —nos contestó—, y también algunos detalles muy curiosos. Yo escribí algo sobre eso en una revista: una porquería como todos mis artículos.

Jamás nuestra experiencia literaria nos ha puesto ante semejante falta de énfasis para referirse a la propia obra.

Abundan más, como se verá, los ejemplos contrarios.

Otro que sobresale con perfil enérgico, malicioso, austero, chilenísi-

(1) Doña Lucía Bulnes de Vergara.

mo y dominador es la vieja águila de don Crescente, el Arzobispo. Relata Monseñor Errázuriz su viaje a Roma y sus entrevistas con el Papa. Pío Noveno había estado en Chile y recordaba a la gente de aquí tanto casi como aquí se le recordaba a él.

El peregrino le llevaba al Santo Padre una suma de dinero enviada por su familia, pero —delicioso detalle de astucia socarrona y espíritu práctico— no se la entrega a la primera audiencia que obtuvo, sino a la segunda: para conseguir dos y sacarle partido al óbolo. ¡Había en Roma tantos prelados de todas partes del mundo deseosos de ver al Pontífice! Junto a ese rasgo, este otro, delicado, íntimo, no sin ternura. Era don Crescente muy amigo de don Camilo Cobo, redactor de "El Mercurio", Rector del Instituto, profesor universitario y Ministro de Hacienda, señalado por su austeridad. Murió muy pobre. "—¿Creerá usted —díjole un día— que mi mujer se ve en la necesidad de ir a la plaza por no poder aumentar el servicio?" "—Tal pobreza —le replicó don Crescente— es muy honrosa después de salir del Ministerio de Hacienda." A lo que el señor Cobo repuso: "—Será, si usted quiere, muy honrosa, pero es harto embromada". Agrega el señor Errázuriz: "Varias veces había tenido pulmonía. En la última, de la cual murió, me llamó su esposa y me dijo en su aflicción: "—El pobre Camilo está muy malo, y él, tan piadoso y católico, no piensa en confesarse. Háblele usted, pues si yo le dijera algo, le daría muchísima impresión". Apenas estuve solo con el enfermo, éste me dijo: "—De esta pulmonía no escapo. Y lo peor es que no me atrevo a llamar confesor por no afligir a mi mujer"."

Mas no se crea que todo era austeridad en la época portaliana.

Sin salir de la familia Errázuriz, tenemos al inquietante, novelesco y romántico don Isidoro, el orador, personaje de muchas historias. Donoso lo resucita a través de un originalísimo tipo, su secretario entrañable, poseedor de sus secretos y que lo adoraba, Mr. Wharton Peers Jones, inglés gigantesco, digno por su carácter de su estampa personal. El fue quien salvó a los pasajeros de un tren desbocado en la cuesta del Tabón, apretando las palancas de los carros con peligro de su vida, heroicamente. Grande aventurero, marchó cierta vez a la India para recoger una herencia y cuenta que presenciaba en el río sagrado el baño

de multitud de hombres, mujeres, niños, viejos y jóvenes, unos esculturales, otros horribles, todos completamente desnudos. Les gustaba mucho que les vieran así, porque, según sus creencias, quien los miraba asumía sus culpas, dejándolos limpios de mancha como lo estaban de ropaje. Tan bien aprovechó Mr. Peers Jones la extraña superstición que, confesaba, se vino a Chile "cargado con todos los pecados de la India". Más le dieron que hacer, sin embargo, los de don Isidoro. Balmaceda, por sus razones, quiso hacerlo salir del país y, derribando Ministros, le dio un puesto de Plenipotenciario en Europa, cosa que al famoso "Condorito" le convenía mucho. Mr. Peers Jones lo acompañó. Al pasar por Buenos Aires tuvo que desplegar hábiles recursos de estrategia para eludir manifestaciones y hasta un banquete de quinientas personas, ya dispuesto; porque el señor Ministro no podía, no quería ni debía asistir sin cierta acompañante clandestina con la cual viajaba.

Los tiempos iban cambiando.

Muchas virtudes que la pobreza engendró desaparecerían después del triunfo, con la opulencia. Las costumbres perdían sencillez y ya no sería posible, como refiere en otra entrevista don Abdón Cifuentes, a los paseantes de la Alameda ver al Presidente Pérez caminar solo, detenerse ante un vendedor de frutas, comprarle guindas o duraznos y seguir después, como si tal, andando y comiendo.

Los señores pelucones no le temían al pueblo.

En la misma serie de charlas con altos personajes se diseñan fisonomías más complejas, sobrevivientes de otro carácter, varones olímpicos, a mil codos sobre los Bulnes y los Pérez que, a su lado, semejan patriarcas del Antiguo Testamento.

Donoso entrevista a don Marcial Martínez. El señor Martínez era hombre que divisaba a sus pies un mundo muy pequeño y lo consideraba sin benevolencia. No sólo aquí, en Sudamérica. Oyendo a los primeros oradores de España en el Parlamento, mientras vivía Castelar, cuando le preguntaron su opinión, juzgó: "Principiantes, principiantes..."

Se hizo en Lisboa amigo de Vanutelli, el Cardenal. Marchó después a Nápoles y oyendo la maravillosa orquesta y los célebres coros de Santa María, dos ujieres se le acercaron y le llevaron, para sentarse, no una simple silla ni siquiera un sillón, sino un sofá. Atención de Vanu-

telli: lo había visto de pies. En todas partes le sucedían cosas así. A él no le sorprendía. Le presentaron en Londres a Herbert Spencer, el dios de la época. Estaba en la biblioteca de un club donde el gran filósofo pasaba, semidormido, con un puro y una botella de oporto. No despegó los labios; él permaneció también mudo, como una momia. "Era —dice— un hombre huraño, el tipo del solitario, de mal humor." Se comprende y hasta se espera su salida al hablar de don Diego Portales: "Portales —pág. 423— era uno de aquellos gobernantes que creen en la necesidad de gobernar a palos: inculto, violento y atrabiliario, no reparaba en los medios que le permitieran hacer valer su autoridad, despótica hasta la inconsciencia. Fue el tipo perfecto del cacique a la americana: de una sola pieza".

En la venerable sala de audiencia que la mano de Donoso nos permite franquear hay, como se ve, toda clase de figuras históricas y sociales; altas unas, sólidas, selladas por la sencillez del tono antiguo, ejemplo de señorío; otras, respetables y austeras, no sin su malicia oculta; algunas menos traspasadas de severidad, flexibles, de un curioso brillo, dignas de análisis; tampoco faltan las ampulosamente decorativas y solemnes, listas para tomar su puesto en la comedia.

El libro encierra un magnífico repertorio.

Compuesto sin cuidado, escrito al correr, queda, a pesar de eso, acaso por eso mismo, como uno de los mejores de su autor y el que puede releerse con más fruto.

RECUERDOS DE 1891

por don Ricardo Cox Méndez.

cuando tenía veinte años, huyó el señor Cox de la casa paterna, consiguióse de cualquier modo algún dinero y se fue al norte a luchar, junto con las tropas revolucionarias, contra el Presidente Balmaceda.

Ha pasado medio siglo.

El señor Cox, que ha sido político y parlamentario, que es orador eminente y de batalla, que desempeñó una vez el Ministerio de Guerra, encuentra en un olvidado cajoncillo cuatro cartas de entonces, cuatro cartas enviadas "desde allá" a su madre para referirle sus aventuras y y un poco también, puede suponerse, para pedirle perdón.

Los recuerdos de su juventud se le agolpan leyéndolas, y como, además de revolucionario, estadista y médico, es don Ricardo un escritor y compuso en sus tiempos una excelente comedia muy bien versificada, después de pensarlo, se decidió a escribir sus memorias de aquel episodio y publicarlas.

Vio, sin duda, los problemas que se le plantearían. Han sucedido muchas cosas desde 1891. Casado con una sobrina del Presidente que combatió, padre de una numerosa prole Cox Balmaceda, tendrá de seguro que presenciar la inauguración del monumento al mandatario que le presentaban por aquellos años como la encarnación del mal.

¿Qué diría? ¿Iba a retractarse? ¿Mantendría su posición?

Cuando se escribe un trozo de historia, tiene sus ventajas haberlo vivido, pero tiene también sus inconvenientes.

Del modo más sencillo y natural, el señor Cox toma las primeras y deja los segundos. Dirá lo que vio, contará lo que hizo, trasportándose y trasportándonos a las escenas presenciadas; nos hará partícipes de lo que con una pedantesca palabra llaman algunos sus "vivencias" revolucionarias, más llanamente, sus recuerdos y sus experiencias, vivos, relatando un máximum y juzgando un mínimum.

Lo singular, lo raro y sorprendente, es que, depositados en la memoria del señor Cox por espacio de cincuenta años, esos recuerdos, en vez de apagarse o desteñirse, parece que hubieran cobrado color, que estuvieran más frescos hoy y que hubieran acrecido su potencia.

Desde las primeras páginas respiramos el aire de aquel tiempo y asistimos con el estudiante de medicina de 1890, que alojaba en el Pensionado Universitario de don Ramón Angel Jara, a las manifestacio-

nes callejeras, a los mítines de protesta; conocemos la cárcel, escuchamos un discurso de don Joaquín Walker Martínez y presenciamos su loca osadía para desafiar frente a frente las balas, como también asistimos de cerca a la dramática muerte de Isidro Ossa Vicuña, una de las chispas que encendieron la hoguera, amigo íntimo del señor Cox.

Hay, naturalmente, muchos tiroteos callejeros, muchas muertes y mucho sufrimiento; pero no se crea que domina en el ambiente la nota lúgubre. Al contrario, no se sabe cómo, acaso por gracia de la juventud, el "clima" resulta en general estimulante y diríase el de unas vacaciones inesperadas, algo peligrosas, pero que tienen su fascinación.

También debe de contribuir a ello la sabia medida que el autor ha tomado de proscribir las reflexiones filosóficas y atenerse a los hechos.

Otro elemento que ha dejado al margen y resulta aún más difícil a esa edad son las aventuras amorosas, los percances novelescos. El sentimiento sólo se hace presente por el compañerismo de las armas y la amistad viril, tocados con gran delicadeza, no sin emoción.

Véase el caso del joven Douglas en la "Daphne".

Tenía don Ricardo Cox un tío paterno, profundamente inglés, don Nathan Miers Cox, personaje de influencia que usó la del Ministro de Gran Bretaña para obtenerle al prófugo pasaje en la barca "Daphne" que partía rumbo a Iquique. Bien tratado a bordo de ésta, púsole el capitán bajo la protección de un mozo de su edad, llamado Douglas, quien le sirvió mucho durante los días de navegación, congeniando los dos hasta hacerse los mejores amigos. Juntos tenían sus asientos en la mesa del vapor, y juntos, el día domingo, rezaron en el mismo "Prayer's Book" los oficios anglicanos, condescendencia del chileno ultracatólico que tanto muestra la profundidad de su afecto por el protestante inglés como su gratitud por el hospedaje de contrabando que recibía. Al despedirse en el último puerto, Douglas, medio en serio, medio en broma, lo invitó a seguir viaje con ellos hasta el fin y, tras los apretones de mano de la tripulación, habiéndole preguntado si volverían a verse, contestóle su amigo con la voz alterada:

—Es poco probable.

Y así era en efecto; pero el mundo gira y todos, algún día, se encuentran y vuelven a encontrarse.

Veinticuatro años más tarde, en las calles de Londres, hallóse el revolucionario del 91 con su compañero de ruta, naturalmente algo cambiado: tenía la cabellera casi blanca, era padre de familia y se había convertido al catolicismo. Tal como en aquel entonces, pero ahora unidos por la misma fe, el domingo siguiente asistieron a misa y, hombro con hombro, la siguieron sobre un devocionario libre de herejía.

Es una de las pocas notas del libro que se podrían llamar sentimentales.

El carácter del señor Cox se inclina hacia otro lado, hacia el pensamiento preciso y la acción rápida, enérgica. Se le siente el goce del esfuerzo material y tiene las resoluciones prontas, sin un momento de indecisión.

Estando con su regimiento en Copiapó, estalló en el cuartel un desorden gravísimo: un soldado ebrio, fuera de sí, amenazaba con sus armas al que se le acercara, y la verdad es que nadie se atrevía. Un Mayor, don Joaquín Prieto Hurtado, procuró reducirlo con buenas palabras. Inútil. El ebrio le hizo la puntería. Don Ricardo Cox dio entonces un salto sobre el hombre, que alcanzó a volver contra él su rifle y disparar, pero no a herirlo. Entonces: "Caí al suelo con Muñoz (pág. 303); el rifle saltó por allá; me le monté a caballo, le cogí la cabeza del pelo, se la fijé en el suelo y con la mano derecha le pegué en la cara hasta borrarle las facciones..."

No lo habría hecho ni dicho mejor Benvenuto.

A más del arte de la narración, posee el señor Cox un sentido muy fino de las proporciones y sabe perfectamente cortar una escena o medir un episodio para evitar el aburrimiento, sin restarle al relato su importancia. Hubiera sido un espléndido novelista. Después de provocar con dos palabras la curiosidad, en el momento oportuno, la satisface, a veces usando la sorpresa cómica, a veces la trágica, siempre utilizando un toque inesperado.

Sus efectos, nunca efectistas, generalmente derivan de la escueta lógica y un realismo desnudo.

El 16 de abril de 1891, a medianoche, entregaba la guardia del vapor "Aconcagua" al teniente don Carlos Irarrázaval Lira, cuando divisaron a dos soldados que iban a desertar en un bote tripulado por un marinero.

Acercóseles el señor Cox revólver en mano, los alumbró con su linterna y les ordenó volver a bordo. Los hombres obedecieron; pero, al subir sobre cubierta, se taparon la cara y echaron a correr, confundiéndose con los que estaban dormidos en la sombra. Los oficiales se dieron a buscarlos. De pronto, el señor Cox, por mal de sus pecados, encontró al marinero, un gigantón hercúleo, y levantando la luz, lo señaló y dijo:

—Este es.

Hasta aquí el narrador, como en el resto del libro, emplea la primera persona. Desde ese momento, bruscamente, el relato continúa en tercera persona; lo hace el teniente Irarrázaval. ¿Qué sucedió? Algo muy simple. Viéndose cogido el gigantón, empuñó una botella que halló a mano y dio con ella tal botellazo en la nuca al señor Cox que lo tendió por el suelo, moribundo. Mal podía seguir el narrador contando lo que ya no veía ni oía.

Lo desembarcaron, lo llevaron al hospital. El hospital estaba cerrado. Golpearon con apuro. Nadie abrió. La escuadra iba a partir de la bahía. Viéndole como muerto y calculando que le quedarían solamente minutos de vida, le abandonaron sobre la acera, cubierto con una frazada. Allí se le encontró al día siguiente cuando abrieron el hospital, sin conocimiento y, además, sin las botas y los pantalones que le robaron los transeúntes.

Los médicos lo desahuciaron: su robusta juventud lo salvó.

No sólo le salvó la vida, sino también el buen humor.

Y vaya de anécdotas.

Al embarcarse de regreso al sur en el vapor "Serena", todavía convaleciente, llevaba en su equipaje un uniforme de coronel, comprado de lance a un español. Esperaba, cuando desembarcaran, hacerle sacar los galones para ponérselo. Durante la navegación, el balanceo de proa lo descompuso y, sin solicitar permiso, se trasladó a la cubierta de primera y se tendió en una "chaise-longue" desocupada. Pronto vino un empleado a decirle que la dejara. Se negó. Estaba muy cansado y había sufrido mucho. Alejóse el otro, amenazándolo con denunciarlo al capitán. Levántose entonces el joven, bajó a su camarote, púsose el uniforme de coronel y regresó a su "chaise-longue". Al poco rato aparecieron oficiales ingleses y se detuvieron sorprendidos a distancia, examinándolo,

contándole los galones. Debieron de pensar sin duda que las revoluciones americanas encumbran rápidamente a algunos; pero, saludando con respeto, lo dejaron en paz.

Esta es, en definitiva, la nota dominante en los "Recuerdos de 1891", la de un sano y alegre buen humor juvenil, un estado de ánimo entusiasta mantenido por el goce de actuar desinteresadamente en una causa bella, capaz de satisfacer el apetito de aventuras propio de la edad.

Sin reflexiones, sin filosofías ni amagos de sistema, constituye lo que se llama un buen documento de época y traduce el espíritu de su generación en aquella oportunidad histórica.

Una observación final. Muchos que leyeron fragmentos de estas memorias en los diarios han creído que se trata de una recopilación de artículos sueltos. Error. Es un libro y un libro coherente, nacido en la prensa, pero bien compuesto y que gana leído en el volumen. Por lo demás, varias obras chilenas de las más importantes tuvieron su origen así, en las columnas de la prensa: "Recuerdos del Pasado", de Pérez Rosales; "La Fronda Aristocrática", de Alberto Edwards; "Raza Chilena", de don Nicolás Palacios, que empezó comentando una crónica de don Carlos Luis Hübner.

LA REVOLUCION DEL 91

Diario de don Fanor Velasco.

AUNQUE tan aficionados a escribir Historia que han solido llamarla nuestro vicio nacional, tenemos, sin embargo, pocos memorialistas, nos faltan esos testigos presenciales que informan de primeras aguas, con experiencia próxima, sobre los hechos y las costumbres, los caracteres observados y las personas vistas.

Omer Emeth lo notaba el año 1914. "Compárese, por ejemplo —decía—, la literatura chilena con la francesa y se verá que, mientras en punto a historias propiamente dichas, la primera sobrepuja proporcionalmente a la segunda, ésta, en cambio, no admite comparación en punto a Memorias. En Francia, "Mémoires", Diarios Intimos, etc., abundan hasta molestar. Desde Ministros, como Sully y Richelieu, hasta un Emperador, como Napoleón; desde los más orgullosos duques, como Saint-Simon, hasta un sirviente, como Constant, a todo el que, habiendo figurado en la historia, sabe o pretende manejar una pluma, vémosles escribiendo o dictando sus Memorias. Y si a tan rica cosecha agregamos los innumerables volúmenes en que se publica la correspondencia oficial de los gobernantes y la privada, hasta la íntima, de los gobernados, calcularemos fácilmente la alegría (y también los apuros) de los aficionados a la historia. Tanta mole de documentos que es preciso leer y criticar frase tras frase a un mismo tiempo encanta y espanta."

El "Diario" de don Fanor Velasco, personaje que ocupaba alta situación bajo el Gobierno de Balmaceda, aporta sobre el movimiento revolucionario de 1891 un aspecto que hacía falta, una vista personal que ofrece entre el común de nuestros historiadores la ventaja de estar muy bien escrita, con acento y soltura de estilo.

Teníamos la historia de la revolución hecha desde La Moneda, como alegato del Gobierno, obedeciendo a una orden póstuma del mandatario vencido, por el señor Bañados Espinosa, su amigo; la historia de la revolución mirada desde el extranjero en las cartas del Ministro alemán y en el libro de don Joaquín Nabuco, Ministro del Brasil, que enfocan las operaciones militares, navales, políticas y diplomáticas. Teníamos los "Balmaceda" de los señores Salas Edwards e Irarrázaval Larraín, psicológicos, documentales, más centenares de folletos y volúmenes, sin contar el torrente de piezas administrativas que, durante años, vació

don Enrique Blanchard Chessi, Jefe de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional, sobre los lectores de la revista "Zig-Zag".

El señor Velasco trae la nota íntima, el cuadro colorido y la escena de quien pudo presenciarlos desde un observatorio privilegiado, junto a los hombres que movían los hilos de la tramoya y que, pupila inteligente, gusto sagaz, recoge cinematográficamente los episodios del drama, agrandándolos aquí para mostrar una silueta significativa, pintada en una anécdota, cortándolos más allá y espaciándolos entre reflexiones de carácter histórico, filosófico, con miradas serenas desde lo alto.

El género de las memorias brinda esa flexibilidad. Variando, al hilo de las circunstancias, los planos y las perspectivas, según los hechos se acercan o se alejan, logra, por el juego de contrastes alternados, un interés de tipo novelesco.

Diestro narrador, el señor Velasco no se abanderiza con exceso y, aunque se ve hacia dónde van sus simpatías, la pasión no lo ciega y sabe, en momento oportuno, mirar los dos aspectos de la lucha.

En una ocasión discútese el asunto de las contribuciones, cuestión neurálgica, y alguien propone al Presidente medidas severísimas, de índole dictatorial.

El señor Velasco apunta:

"La opinión intransigente de C... me hace pensar en un fenómeno curioso que siempre traen consigo las efervescencias políticas: los que defienden la marcha de un Gobierno sin experimentar las responsabilidades inherentes al ejercicio del poder, son en todos los países y todos los tiempos decididamente inclinados a buscar las soluciones extremas. En la prensa, los polemistas amigos de la administración usan el concepto y el lenguaje más incisivos, no ven en los adversarios a hombres respetables, movidos por interés patriótico: divisan invariablemente un propósito pequeño, oculto y manchado..., tratan a la oposición con un desdén olímpico".

Quien habla así, ya no es un simple partidario, es un filósofo.

Otro de esos espíritus exaltados, más gobiernistas que el Gobierno, aconseja a Balmaceda clausurar los diarios opositores y acallar la censura. El señor Velasco prefiere un temperamento conciliador, cree que el deber elemental del Gobierno consiste en echar puentes para que, au-

mentando el número de sus amigos, disminuya el de sus adversarios, y pregunta al Presidente si no lee de cuando en cuando "La Tribuna". Balmaceda responde:

—No. Desde principios de año no leo sino los diarios amigos.

Réplica que explica una situación y da la clave de un carácter mejor que muchas confusas divagaciones psicológicas o históricas.

Son los "pequeños hechos significativos", los chispazos, rasgos y manchas de color que iluminan el cuadro.

Había en él un embrión de costumbrista y suele recrearse sin malicia esbozando retratos pintorescos.

"Don Claudio Vicuña (que sería elegido Presidente de la República bajo la dictadura y era el personaje máximo del régimen) acaba de entrar a La Moneda con zapatos de charol, ajustados pantalones de ante, chaqueta y gorro de terciopelo, llevando al brazo una manta de su apellido."

Esto hace evocar la figura de don Julio Zegers que, vistiendo parecida indumentaria, subía años después al Cerro Santa Lucía y paseaba familiarmente por las calles centrales.

Son pinceladas para un futuro novelista histórico.

Más que el anverso heroico, las memorias presentan frecuentemente el reverso sin grandeza de las agitaciones revolucionarias y los personajes palaciegos. El río revuelto los hace aflorar. La dictadura se ha declarado. Voluntaria o involuntariamente, los funcionarios de la oposición dejan sus cargos públicos y se producen vacíos tentadores. Un caballero entra a La Moneda acompañado de sus dos hijos, el menor de dieciséis años, ambos postulantes "a un empleíto"; porque, como ahora, "a todo el que se le ve el ojito medio ladeado, lo separan, y es como debe ser..."

El autor mira, anota y pasa.

A veces pasa demasiado rápido.

Pero lo comprendemos. Si no hay género más atrayente y entretenido, no lo hay tampoco tan lleno de peligros como los diarios personales. Ciento veinte años después de muerto el Duque de Saint-Simon, todavía su catarata de revelaciones despertaban tormentas, irritando a los nietos de los cortesanos de Versalles. Verdad que el noble duque no escribía

con tinta, sino con ácido corrosivo. ¿Y las "Memorias de Ultratumba", solemnes y magníficas? Cuando el majestuoso amigo de Madame Récamier decidió, melancólicamente, "hipotecar su sepultura", vendiendo a un editor sus remembranzas para después de muerto, realizaba, ciertamente, un sacrificio doloroso; pero ni él ni su prosa lo protegieron contra las sátiras de Sainte-Beuve, según el cual M. de Chateaubriand lanzaba flechas a sus contemporáneos "parapetado bajo su sepulcro", la famosa roca junto al mar.

El éxito unánime y sin rencores obtenido, en su primera edición, por las memorias de don Fanor Velasco sobre el 91, está probando que, si poseía dotes de observador y pluma fácil, faltábale la dosis de veneno o amor propio que en otros ha provocado tantos odios. Esto no sólo constituye un triunfo del talento, sino también del carácter, y honra a éste como a aquél.

Creemos que la segunda edición, recién salida, acentuará el interés despertado por la primera. En ella encontrarán, además, los lectores un utilísimo índice onomástico para facilitar su consulta.

SIGLO XX

COMO SI FUERA AYER

por D. Emilio Rodríguez Mendoza.

LLEGADO a esa edad en que los hombres, como decía Renán, "empiezan a coquetear con la vejez", don Emilio Rodríguez Mendoza ha escrito una parte de sus memorias personales. Los recuerdos más lejanos datan de 1881, cuando el autor era un niño y veía volver por la Alameda, plantada de álamos, las tropas victoriosas del Perú. Vienen luego rápidas evocaciones de la ciudad colonial, los templos antiguos, el puente de Cal y Canto, La Moneda sin sus transformaciones interiores, y después, con los años de colegio, una serie de anécdotas y retratos que constituyen el principal agrado del libro.

En un estilo desenfadado y violento, que siempre parece atropellar algo, rutina, monotonía o buen gusto —lo que se le ponga por delante—, el señor Rodríguez pinta a fuertes brochazos figuras conocidas y se hace perdonar muchas incorrecciones en gracia a su colorido. Veamos a don Diego Barros Arana, el monumental autor de la "Historia General de Chile", "Palote", según le llamaban sus alumnos del Instituto: "Usaba zapatos de paño, gruesa chueca negra, un pedazo de cachimba de gringo pobre, paletó motudo en que parecían haber dormido encima o debajo todos los gatos de la casa o los libros de la biblioteca, y antiparras de larguero que ponen un paréntesis detrás de cada oreja más o menos tarda". Una gran figura dibujada con tanto cariño como irreverencia, dos condiciones que no son para desagradar.

Más adelante conocemos en la intimidad a Darío, que ensayaba aquí sus alas, o mejor, las colas de su levitón. Muy amigo del hermano del autor, don Manuel Rodríguez Mendoza, tuvo éste un día la perfidia de llevarlo al cementerio y hacerle ver en la fosa común cráneos blancos que por una órbita mostraban flores de cardo y por la otra el hociquillo intruso de alguna filosófica rata. Darío, que les temía a las ánimas, casi se desmayó. No tuvo vergüenza de confesárselo a su amigo, a su hermano y, sintiéndose mal, le pidió que lo acompañara y le diera coñac, remedio que, con los años, le sería más funesto que las inofensivas habitantes del purgatorio.

Otro capítulo —el libro está hecho a trozos desiguales, intensas manchas de color separadas por grandes espacios obscuros— nos planta delante nada menos que a la ilustre Antonina Tapia: "ancha, baja y

recia como puerta de aldabón, clavos de cobre con herrumbre y golpeador en forma de botita", destilando la miel de sus dulces que saboreaban los Presidentes y los héroes y que condensaba su sabiduría en axiomas como éste: "Sólo el cucharón sabe lo que hay en el fondo de la olla".

Y llegamos, sin transición y sin sorpresa, a la figura que domina toda la primera parte de la obra, fantasma trágico que pasa y vuelve a pasar, pálido, callado y pensativo, como un personaje de Shakespeare: el Presidente Balmaceda. Empleado entonces del Ministerio de Marina, entre los 15 y 16 años, era el autor, naturalmente, gobiernista y condena la revolución; pero los que nacieron después deben agradecerle no haber recargado con exceso las tintas y permitirles ver algo de la verdad, sobre todo sentir el ambiente y divisar en cuerpo y alma las figuras de esa época. El amor al arte lo salva de la parcialidad y algunos trozos de su drama de 1891 pueden considerarse magistrales. Sus brochazos vigorosos dan la síntesis y el detalle y valen por una minuciosa descripción. No olvidarán sus lectores el calofrío que causa la llegada de los heridos a Santiago, ese oficial delirante que pedía agua y quería beberse la luz de la linterna, otro que pugnaba por hablar y no podía con su boca hecha un harapo, el ambiente de locura el día del saqueo y las supremas disposiciones de Balmaceda antes de abandonar el palacio. Otros discutirán la responsabilidad histórica de los acontecimientos y sus lejanas consecuencias; el señor Rodríguez nos hace verlos, palparlos, oírlos; asistimos con él a la noche de Lo Cañas, contada en una página digna de Maupassant, y vamos tras los pasos del suicida desde La Moneda hasta la Legación, penetrados de espanto y de piedad, como los que presenciaban en el teatro antiguo la tragedia de la fatalidad guiando a los hombres hacia la muerte.

A modo de pieza cómica, para distraer el ánimo, el siguiente capítulo esboza siluetas de vencidos, por lo general viejos del 79 que ocultan penosamente su miseria y recuerdan el pretérito esplendor. "Un día, uno de ellos llega más alegre que de costumbre al restaurante de la Galería San Carlos. Saca rollos de billetes y boletos de agencia. "¿Ven, niños? ¡Esto es para la celebración de la entrada a Lima!" Había empeñado medallas, espadas, charreteras y faja de seda. Al pedirle su

nombre el miserable prendero, contestó irguiéndose: "¡Coronel!"... Se reía a carcajadas, dando gritos: "Todavía queda con qué entrar de nuevo a Lima". Desabotonándose, mostraba un trapo enrollado al cuerpo; era una de las banderolas de su regimiento, con la cual había escapado después del desastre de Placilla. Vociferaba congestionado, levantando en alto el trapo glorioso: "Esto es para entrar a las capitales enemigas y no a La Moneda". Empezó a llorar. Estaba ebrio y poco después se quedó dormido, juntando en su sueño y en su mano bronceada el boleto de agencia con la bandera de su regimiento."

Un trozo de historia y de novela.

La segunda parte relata memorias periodísticas, políticas y literarias. El autor ha ingresado a "La Ley", el diario de batalla radical, y se siente en su atmósfera. Un día, después de una polémica, se bate con don Carlos Luis Hübner, en plena cordillera; y prueba su ecuanimidad la relación del incidente: no se atribuye toda la razón ni toda la gloria. Otro día reportea al Arzobispo Casanova, que acaba de excomulgar a "La Ley" a velas apagadas y forma un escándalo. Después se entretiene contando, a la manera de Balzac, la historia del asesino Matta Pérez.

En materia de retratos personales, el señor Rodríguez Mendoza despliega una franqueza alarmante; no le importan sino la verdad, el color, la vida.

Escribe como si él y su modelo hubieran muerto. "...atravesó el patio, húmedo aún en verano, un señor que llevaba chaqueta azul, pantalones a cuadritos, flor al ojal y bastón con cabeza de pato en la cacha, de plata naturalmente. Debe ser el empresario de la Compañía Lírica llegada anoche, pensé. Era Riquelme (Daniel Riquelme, Inocencio Conchalí, un santiaguino viejo). Se parecía extraordinariamente a su hermano el héroe —el del último disparo del último cañón— y para más señales, muy vecina a sus narices, dotadas de ventanillas estilo balcón, se destacaba, cómodamente instalada, una verruga color rubí obscuro o color concho de vino, para ser más nacional y menos fastuoso en las comparaciones. Se veía al hombre aplaudido, satisfecho, contento sin arrogancia y con un brillante tamaño en el dedo meñique de la mano con que acariciaba la brillante cabeza de pato de su bastón... Lo acogió el coro regocijado de sus admiradores... Ahí estaban...

mi querido Nercasseau y Morán, con su sombrero al ojo, sus bigotes de laucha ahogada, su chaqueta tan corta que no necesitaba ser levantada para que su propietario pudiera sentarse y bajo el brazo la gramática que limpia, fija y da esplendor y hasta vahídos..." Cuenta varias anécdotas y entre ellas una digna de transcribirse, porque pinta de cuerpo entero y con todo su sabor al personaje: "Como jefe de sección y luego como Subsecretario —el empleado archivó al escritor— no dejó Riquelme de ser Conchalí y filió a todos los Ministros que pasaban mensual o trimestralmente por esa cartera. Un día llegó uno, el señor Gacitúa Brieba, hombre muy laborioso, que tenía la costumbre de despachar muchas notas diarias. Sin embargo, Conchalí se entendió con él perfectamente. ¿Cómo fue ese milagro? He aquí la explicación dada por el mismo Conchalí: un huaso tenía un macho viejo del cual no lograba deshacerse. Optó por limarle los dientes para dejárselos blancos y en cuanto venía un interesado, el propietario se apresuraba a mostrar el colmillo del animalito... Tanto se repitió la operación que no bien veía a un forastero, el macho, ya acostumbrado a mostrar el colmillo, levantaba él mismo la jeta, a fin de que lo dejaran cuanto antes en paz. Imité la sabiduría del macho —decía Conchalí—, y en cuanto aparecía el señor Gacitúa, le salía al encuentro con el alto de notas..."

Alargaríamos inmoderadamente el comentario si continuáramos citando todo lo interesante que encontramos.

Reflexionemos.

El señor Rodríguez Mendoza no era precisamente lo que se llama un escritor ameno; mejor habría podido afirmarse lo contrario. Como periodista, aburría con estruendo y magnificencia. Algunos no leían ya sino su firma. Cuanto a sus libros, dejaban la impresión de hechos a la fuerza, a golpes de voluntad, contra la corriente, y todos cabían bajo el mismo título de uno de ellos: "Cuesta Arriba".

Pues, ahora, trasformado, nos ofrece una obra cuyo paralelo en nuestra historia vendría a ser aquélla, deliciosa, de don Vicente Pérez Rosales, una obra llena de vida, coloreada, emocionante, uno de esos volúmenes destinados a sobrevivir.

La explicación está en que el autor habla de cosas vistas y no trata de probar nada. Se deja llevar, porque está en su tema, y aparece su

verdadera personalidad, se retrata, habla y actúa sin afectación. El gran problema para los escritores consiste en eso: hallar su cuerda. Es más difícil de lo que se cree. Algunos pasan eternamente haciendo lo que no saben hacer y evitando lo que podría darles gloria.

El señor Rodríguez corrió buena parte de su vida tras la novela social o histórica, tras el ensayo filosófico o de costumbres y, aunque armado de todas las armas y gritándoles con voz estentórea, no los alcanzó. Ahora, a un simple llamado, la oveja del buen recuerdo acude fielmente.

Es un ejemplo.

Hay todavía más. El señor Rodríguez Mendoza ha sido, sobre todo, hombre de acción; le ha interesado poco la vida interna; falto de reposo, le han seducido la batalla, los golpes, la multitud, el bullicio. Cuando sucedía algo en la calle, iba a verlo; marchaba al paso de los cortejos marciales y conversaba con la gente, no experimentaba el disgusto del espectáculo humano. Admirable para acumular sensaciones, tal temperamento no parece propicio a la creación artística ni menos a la reflexión. Por eso fracasaba en la novela y en el artículo. No tenía el alma filosófica ni poética. Al avanzar en la vida, se le ha calmado la sangre y él mismo lo reconoce.

"...ignoraba —dice— que no debe ni puede escribirse sin pensar, amoldando las palabras a las ideas, y desconocía por completo la riqueza apaciguante del silencio que, huyendo de la superficie, penetra y ahonda en el misterio."

Bella confesión.

Al cerrar con ella su libro, hagamos votos porque sea seguida de un largo, próspero y fecundo arrepentimiento.

COMO SI FUERA AHORA...

CONVENCIDO de que el género de las memorias conviene mejor a su talento que el de la novela, don Emilio Rodríguez Mendoza continúa refiriéndonos recuerdos y evocando figuras de otro tiempo, en ese estilo

suyo, tan personal, donde, a cada paso, una frase excelente, un detalle acertado, una observación feliz, nos hacen perdonable varias cosas que de buena gana hubiéramos suprimido.

Lástima que el plan no sea el preferible.

Falta unidad.

Corren a través del volumen dos vetas entremezcladas, no siempre compatibles, aunque a veces se auxilien por contraste: el relato íntimo, la vida del hombre, en su casa, su carrera, sus ambiciones, sus luchas económicas, administrativas, políticas, y esos que los periodistas llaman "problemas de transcendencia nacional y cuestiones públicas graves".

Nosotros desearíamos, o separarlas del todo, o mirar el panorama desde un punto retirado, a la distancia, con esa elevación del hombre no herido ya de inmediato por las pasiones. Tendríamos así un plano de relación constante para apreciar los sucesos, y no necesitaríamos estarlo hasta perder con frecuencia el sentido.

Por lo demás, dados el temperamento del señor Rodríguez Mendoza y su desdichado gusto, la obra de arte sufre siempre un poco en sus manos. Su palabra corta la vida con un serrucho áspero.

Habla, a menudo, con sentida familiaridad, de "Manuel, mi hermano..." Manuel Rodríguez Mendoza pertenece a esos hermanos de un hombre de gran figuración, que no alcanzaron a figurar mucho y que se recuerdan con la frase: "¡Ah! ¡Ese tenía mucho más talento!", personajes malogrados, desaparecidos en hora temprana y que dejaron, sobre todo, promesas y esperanzas. El caso de Ricardo Fernández Montalva, hermano de Samuel, fundador de la "Lira Chilena". Don Emilio Rodríguez Mendoza traza una silueta fina y simpática de su hermano Manuel: "Era la bondad ligeramente aguzada de ironía... Había vivido mucho, y era un placer delicado oir de su vida anécdotas breves y sin pesadez alguna, mientras afuera la lluvia de invierno evocaba levemente los versos de cristal de su amigo Darío. En 1891, cuando las turbas revolucionarias saquearon nuestra casa, perdió sus cuadros, sus tapices, sus grabados y un desnudo de Clodion que recordó hasta la hora de seguir un viaje que no deseaba, pero que tampoco temía". La desviación de esta última frase indica el peligro en que el señor Rodríguez Mendoza gusta caer y que es su incontinencia para seguir las asociaciones de ideas. Se deja

llevar. Parece que no viera el choque de los elementos y le resulta un estilo de mosaico abigarrado, discordante. Véase su manera de encadenar o desencadenar las ideas: "En cuanto a patriotismo, tenía uno muy de él, muy de su temperamento de artista: salía sólo de noche, y, sin embargo, proclamaba la candidatura de nuestros paisajes a lo más hermoso del planeta". Proclamar la candidatura de nuestros paisajes... Más adelante, regresa de Colombia, porque Manuel se muere; pero en el camino lo olvida, habla del Canal de Panamá y el lector le oye preguntar si no hay espiritualidad en los norteamericanos, tajadores del istmo. Pasa por Lima, ensalza el virreinato; cuenta su llegada a Santiago; su ingreso a "El Mercurio"; el remate de su casa; los pesos que él produjo. Por allí sale don Luis Barros Borgoño, diseñado en un trazo de alta, aunque involuntaria, comicidad: "Don Luis Barros Borgoño, que ha sido para mí un hada con bigotes..." Luego encarece la necesidad de una reforma fundamental que reanude la obra de la Constitución de 1833; elogia dos libros suyos, "Rumbos y Orientaciones" y "Cuesta Arriba"; habla de don Marcial Martínez, de don Emiliano Figueroa, del centenario de Camilo Henríquez, de todo y de todos, menos de "Manuel, mi hermano".

Esta inadvertencia puede explicarnos cierto misterio que hay en la obra de don Emilio Rodríguez Mendoza, y por qué, teniendo talento, cultura y tantas condiciones, y habiendo querido empecinadamente construir novelas, nunca ha logrado crear un tipo y sus personajes se disuelven y tienen vida de muñecos, son aserrín, trapos y alambre, violentamente movidos.

Es que es seco.

¿Sistema, naturaleza, afectación viril, odio al sentimentalismo?

Todo puede suceder.

Gente sumamente sensible, por su misma ternura odia mostrar el alma, la esconde, pone cara hosca, maldice de los blandos, reprime la emoción, y acaba convertida en pedernal. No quieren derretirse y se petrifican.

Tal vez sea el caso de don Emilio Rodríguez Mendoza.

Hay indicios.

En los capítulos finales, cuando refiere sus impresiones de Bolivia, pinta el paisaje dantesco de La Paz una noche de tormenta, y el diálogo

atronador de los montes, "con nombres incásicos", logra estremecer. Tipos de comedia al aguafuerte pasan y pocos escritores nacionales podrían dar algunas de sus pinceladas. Hay en cierto instante un paralelismo dramático entre las dificultades que como Encargado de Negocios afronta, y la tragedia en que lo sumerge una enfermedad de su esposa, bella, frágil y abnegada mujer. La muerte está en la pieza vecina; mientras el diplomático descifra telegramas, como quien escruta el destino en un logogrifo, oye a la enferma decir a las monjas de la caridad, sus veladoras: "—Me voy, me voy..." Llamado no se sabe por quién, aparece un esperpento de sobrepelliz: quiere rezarle las oraciones de la buena muerte. Capa negra, orlada de galones blancos, tarro e hisopo.

"—Señor, no puedo recibirlo: si mi mujer lo ve con esa estampa, se queda instantáneamente muerta."

Afuera, tropa de línea acude a proteger la Legación, y desfilan turbas gritando: "Antofagasta, Mejillones y otras regiones..." Es preciso acudir al Nuncio para que rece sin teatralidad y celebré la misa en el aposento de la enferma. El mismo hombre, santo y fino, busca un nicho para el caso de que la señora fallezca; una dama boliviana, de apellido Clavijo, ofrece su sepultura de familia por intermedio del prelado. Salva milagrosamente la señora de Rodríguez Mendoza, y, poco después, enferma de extrema gravedad el propio Nuncio. Las campanas de la ciudad colonial tocan a oración; pero no pueden nada, y el representante de Su Santidad fallece, entre la desolación de sus colegas, que se han turnado junto a su lecho. Cuando llega el momento de la sepultación, en el cementerio, el señor Rodríguez Mendoza pregunta de quién es la tumba en que lo van a depositar. Le responden: "—De una señora Clavijo".

Pues bien, dentro del mismo relato, el autor halla modo de colocar reflexiones inoficiosas y detalles inútiles que hielan. No coge el tono, se distrae, vuelve la vista, y, aunque evidentemente emocionado, se las arregla de manera que parece no importarle y nos contagia con su aparente indiferencia.

Por eso, en sus novelas, hay siempre un pasaje en que uno tira el libro y maldice al novelista.

En sus volúmenes de memorias, donde la perspectiva cambia, las exigencias difieren.

Aquí no incomodan tanto los detalles mal observados. Por ejemplo. Sepultan al Nuncio: "El obrero indígena tapa el nicho con su mezcla, en lenguaje de albañil, y, terminada esta operación tremenda, ese obrero pregunta indiferentemente el nombre del muerto, porque hay que escribirlo en el cemento fresco..." No se necesitaba más. Sabemos de qué hombre y de qué Nuncio se trataba. El señor Rodríguez Mendoza agrega: "¿Se había olvidado ya el nombre del que acababa de pasar bendiciendo y sonriendo a la ciudad del paisaje impresionante?" No. No se había olvidado: el obrero ignoraba el nombre del difunto, y parece natural que lo ignorare, aunque también parece terrible.

El señor Rodríguez va a Bélgica como secretario de la Legación chilena y visita una escuela normal: "Me recibe el director, y descubro fácilmente su sorpresa al encontrarse con un hombre que más o menos tiene sus mismas ideas y sus mismas preocupaciones; que tiene las mismas glándulas y lee los mismos libros, las mismas revistas; que ve los mismos cuadros; que escucha la misma música y admira las mismas hembras. La sorpresa es mutua: ni el europeo encuentra en nosotros la inferioridad mental que creía descubrir ni nosotros encontramos en él la superioridad total que esperábamos. El hombre de hoy, por lo menos como cultura, se asemeja cada vez más; es la vida entera que se transforma en un sentido de acercamiento por medio de la eliminación de las distancias". Esta anotación de que la vida se transforma en sentido de acercamiento "mediante la eliminación de las distancias", recuerda los aforismos profesados por aquel "amigo de la imparcialidad", que en un ensayo de Eça de Queiroz manda correspondencias a los periódicos ingleses.

Basta.

De todas maneras, con o sin reflexiones defectuosas, entonado o desentonado, el señor Rodríguez, memorialista, resulta un escritor digno de respeto y figurará entre los más interesantes de nuestra época.

ESPEJO DEL PASADO

Memorias literarias por Samuel A. Lillo.

estudiante primero, después profesor, concurrente juvenil a las sesiones del Ateneo y más tarde su director, empleado modesto al principio y, al fin, Pro-rector de la Universidad de Chile, don Samuel A. Lillo no ha necesitado, como otros, esforzarse para dar unidad a las memorias de su vida.

Toda ella gira en torno al eje literario.

La vocación se le despierta con las enseñanzas de la escuela y, tomándolo de la mano, le guía desde las lejanas tierras de Arauco hasta la capital; orienta aquí sus placeres de joven, nutre de frutos copiosos su madurez y todavía sostiene su existencia permitiéndole, en la ancianidad, evocar el mundo de personas, escenas y anécdotas cuyos perfiles, demasiado rápidos y algo desteñidos para nosotros, remozan, sin duda, su corazón al cruzar la luna de este "espejo del pasado".

Pensemos que hay aquí cuarenta y tantos años de literatura.

Y que el señor Lillo, universalmente benévolo, solamente ha dejado de nombrar a aquellos de los cuales no habría podido decir algo elogioso. O sea, casi a nadie.

Esta abundancia de nombres y de benevolencia ofrece, en las cuatrocientas páginas del volumen, dos clases de inconvenientes, que compensan dos clases de ventajas.

Los nombres desfilan con excesiva rapidez; empujados por epítetos estimulantes, producen la acumulación confusa, dentro del brillo general, que se observa en ciertas crónicas sociales. No hay en el camino un alto para ahondar, un estudio reposado que muestre al individuo por dentro o, siquiera, en su contorno. Tampoco encontramos ambientes evocados con esos detalles precisos que sólo el testigo presencial recoge. Diríase que el señor Lillo no quiere dejar a nadie excluido, que piensa mucho en la escasez de espacio y en el pesar de los que se busquen y nó se hallen recordados.

La bondad no constituye, precisamente, un buen factor en los libros de memorias. El mayor que se conoce, esa cumbre de los memorialistas, las memorias del Duque de Saint-Simon, son acaso, los más vastos y más hondos depósitos de ácido corrosivo que hayan llenado toneles históricos. Con esa agua fuerte grababa aquel demonio sus retratos. El

señor Lillo sentiría horror de verter una sola gota de ella sobre sus páginas. Temería quemarlas. Generoso y magnánimo, practica con los vivos la piadosa conducta que antiguamente se observaba con los muertos: no decir de sus vidas "nihil nisi bonum", nada sino lo bueno.

Pero si la rapidez y la bondad les quitan el valor de los detalles y la fuerza que el verdadero carácter, con sus luces y sombras, les prestaría, estas páginas, en cambio, ganan por la abundancia de nombres tantos lectores como personas vienen citadas y querrán naturalmente verse, y también por la sensación refrescante, sana y apaciguadora que producen, especialmente, leídas a pequeños sorbos.

Es reconfortante que existan todavía espíritus así, privados de hiel, capaces de tanta nobleza.

Cada día hay menos.

La violencia de la lucha literaria, complicada con la ambición política y la avidez económica, vuelve cada día más áspera a la gente. El señor Lillo pertenece a una edad en que el cultivo del arte producía, casi, exclusivamente, placer estético, satisfacción interna, ese deleite de la vocación obedecida por ella misma que, seguramente, es lo más parecido a la felicidad que se ha encontrado. Ahora se lanzan ediciones fructíferas, existen multitud de premios, brotan fuentes de intrigas y manejos, se crean cargos seudoliterarios que exigen influjos políticos, y los escritores, forzados a tomar un partido, suelen utilizar resortes de una estrategia dudosa y muchos se sirven de la literatura de trampolín.

El señor Lillo le permanece desinteresadamente fiel.

Morirá, con nobleza, en sus brazos.

Entonces, los que ahora sienten que demasiadas formas algo confusas se desdibujan sobre la superficie de este espejo, al asomarse a él divisarán, en el fondo, un rostro que los domina a todos, una fisonomía bondadosa, presente desde el principio al fin y en cuya expresión se ha estampado, inalterablemente, la sabiduría.

ARENAS DEL MAPOCHO

por Ricardo Puelma.

JUNTO a la literatura oficial, detrás de los escritores conocidos, que todo el mundo nombra, en una trastienda semiclandestina, con algo de subterráneo o sala de castigo, se encuentran las obras y están los autores que no "figuran" ostensiblemente, los libros muy raros o muy audaces, las novelas de clave escandalosa, historias con ataques personales, panfletos incendiarios, todo un pequeño mundo subrepticio, difícil de alcanzar y que constituye el regalo íntimo de algunos coleccionistas.

A veces, cuando surgieron, originaron llamaradas de protesta, polémicas injuriosas y hasta desafíos; otras se forjó en torno suyo la conspiración del silencio y les acompañó sólo el comentario verbal, en una ola decreciente de murmuraciones; casi siempre pasaron al olvido, entre dudas y juicios contradictorios, para ubicarse en la penumbra, más allá del renombre, como las anécdotas que llevan al margen o al pie las historias "históricas".

Sería curioso algún día sacarlos de su limbo e intentar una clasificación de esos raros productos.

Con el tiempo, algunos han perdido su fuerza explosiva y suelen utilizarse como documentos. Otros ofrecen simple interés de curiosidad y no provocan sino una pregunta. Los libros de la señora tal, la bella, la desdichada, la trágica, muerta en París, ¿los escribiría realmente ella? Los dos volúmenes en que su ex marido le contestó, ya se sabe quién los compuso. ¿Hasta qué punto puede prestarse fe a los secretos o pretendidos secretos que un día salió divulgando un secretario, vuelto, en seguida, a la sombra? Hubo una colección de versos impresa por un caballero muy conocido, tan cándido que su familia recogió la edición: se citan, por ahí, estrofas suyas, epigramáticas. ¿Quién tendrá un ejemplar? Y esa serie de sueños, poemas en prosa o divagaciones extraordinarias que inició un hombre de talento, medio tocado del cerebro, poseído del delirio de grandeza, a principios del siglo..., y esos folletos donde la ingenuidad con nombre de mujer relata sus viajes milagrosos, sus padecimientos, sus confidencias involuntarias, hijas de un espíritu silvestre..., ¿qué será de ellos?

He ahí otros tantos temas para un investigador, erudito y psicólogo capaz de discernir, en el movimiento de las ruedecillas descompuestas,

el funcionamiento de la máquina normal, como hacen los psiquiatras.

Cierta dama extranjera, penetrante observadora, advertía el gran número de personas y hasta personalidades lindantes con el desequilibrio que la sociedad chilena presenta como tesoro para el novelista de costumbres: ese aspecto del carácter nacional, esa faz obscura, revés de la tapicería, tiene su expresión en una serie de obras relegadas cuyo análisis, emprendido sistemáticamente, podría traernos quién sabe qué revelaciones y, sin duda, más de una sorpresa.

Si alguien, alguna vez, compone ese trabajo de historia literaria, tendrá que darle colocación en ella al libro de don Ricardo Puelma L., que acaba de aparecer con el título "Arenas del Mapocho".

¿Cómo clasificarlo?

El autor lo dedica "A Santiago de Chile en su IV Centenario", y empieza con una especie de himno de amor a la ciudad, un himno familiar, cariñoso y jugoso que, por bruscas gradaciones, baja del tono lírico al modo casero y "a la pata la llana", sin retóricas.

Es una de sus características y, sin duda, la que mejor lo estampa. El señor Puelma se declara, desde las primeras líneas, insurgente. Dice de su libro: "Son reflexiones de un tipo del montón que dice lo que siente". ¿Qué mejor medio de apartarse y salir del montón?

En seguida, se lanza.

Tiene sesenta y cinco años de edad, vive en Ñuñoa, ha sido funcionario público, ha viajado, ha construido casas, ha vivido. Y cuenta su vida, sus amores, sus dolores.

Son, decididamente, memorias personales.

He ahí el casillero. Allí cabe todo, desde allí puede hablar de todo, sin más plan que la falta de plan, con una organizada desorganización, viendo y dejando pasar escenas, tipos, cuadros, diálogos, anécdotas, recuerdos urbanos, relatos de fiestas, narraciones de crímenes, sátiras políticas y sociales, cosas vistas y oídas; el Parque Cousiño, el Cerro San Cristóbal, la carestía de los alimentos, el pueblo, la aristocracia, los burócratas, los tenorios, la C. T. Ch., el saqueo de Santiago en 1891, la muerte de Barbosa, los colegios de antaño, las primeras bicicletas, casas de mal vivir, la Plaza de Armas y las mujeres bonitas de hace treinta años; un río de revueltas aguas y turbias arenas.

Todo con poco arte, aunque no sin talento, y siempre ¡con una franqueza!

Ved su autorretrato:

"Yo nací muy soberbio: me gusta torturar a los demás y también torturarme. Soy caja de fondos donde archivo las ofensas y pocas veces las olvido. Me gustan la lealtad y la franqueza: prefiero diez golpes de frente que no uno solo por la espalda. Abomino la hipocresía, ese barniz de moral que se ponen los sinvergüenzas para engañar a los tontos. En cuestión de pasiones, no deseo tener nunca la razón, me basta con seguir la voz de mi corazón. Soy sensible al dolor ajeno, porque tengo la nobleza de haber sufrido muchas penurias y miserias. No soy tipo sociable, porque desprecio a los hombres con su bestialidad del tanto por ciento, del tanto tienes cuanto vales, que es la última palabra para el hombre sociable. Dichosos los que encuentran la felicidad en el hogar y la familia: yo sólo me agrando en la soledad y en el sufrimiento."

Un hombre que habla en esa forma de sí mismo adquiere o se toma "ipso facto" el derecho de hablar de los demás sin reticencias.

El señor Puelma usa de ese derecho con amplitud pavorosa; pero, usando o abusando de él, suele alcanzar la plenitud de su expresión y un plano que no dista, seguramente, mucho del talento verdadero; por lo menos, de un extraordinario don narrativo.

Hay, injertada en estas páginas desiguales, la silueta de un tío o más o menos tío suyo, por afinidad, que ocuparía sitio distinguidísimo entre los mejores capítulos de las novelas picarescas. ¡Qué personaje aquél, y qué escenas, qué aventuras, qué episodios, trágicos o cómicos, espeluznantes o ridículos! La prosa toma una corriente endemoniada y uno olvida la corrección o incorrección para penetrar directamente en la realidad. Es como si se quitaran de golpe las barreras de las conveniencias, las pinturas y barnices, los telones y entretelones de la comedia, para hacernos asistir, de puertas adentro, al laboratorio íntimo en que se forjan los actos, por fuera respetables, en que se complace nuestra dignidad.

No hay que buscar intención premeditada, que en este tipo de obras suele ser el propósito de una autojustificación. El señor Puelma no

pretende ensalzarse, no quiere presentársenos como arquetipo. Es lo que constituye, precisamente, su originalidad. Si algún resorte oculto lo mueve, es el deseo, es el impulso irresistible y vehemente de hablar, de confesarse, de comunicarse, de hacer, por fin, explosión y vaciar todo lo que lleva adentro.

Reprodujimos un fragmento de su propio retrato moral.

He aquí otras muestras significativas:

"Todo lo que recibí en los seis años de mi niñez como instrucción, techo, pan y calor de humanidad, se lo debo a la generosidad cristiana. Y, sin embargo, en mi juventud, odiaba a la religión y los frailes. Participaba en todos los desfiles radicales, apedreando iglesias y lanzando injurias a la Virgen, al Papa y hasta el rosario. Aunque después de mi adolescencia nunca he creído en nada, confieso que estaba envenenado por un odio estúpido a la religión cristiana, inspirado no tanto por la intervención de sus dirigentes y sacerdotes en la cosa pública, sino por la propaganda del Partido Radical en los colegios del Estado, en la prensa y el gobierno. Y entre dos aguas, esto sólo ha servido para arruinar al país con la pesca de puestos fiscales para esos tiburones insaciables que, según dicen, sólo trabajan por ideales. Yo no sé si puestos en la balanza los Mac-Iver, los Matta, Gallo y Pleiteado, resultan con más generosos ideales de humanidad y amor al prójimo que ese humilde cleriguito que me besó llorando de emoción el día de mi primera comunión."

Se dirá: un converso, un arrepentido.

No.

Es un hombre que habla, un viejo de sesenta y tantos años, sofocado, desesperado, que recuerda su vida y se confiesa a gritos, que cuenta y recuenta lo que ha hecho, lo que ha visto, lo que ha oído y sufrido, lo que todavía sufre, en la pobreza y en un drama íntimo, el más doloroso de todos, el de la ancianidad y la pasión. Parecen de Dostoiewski e impresionan como páginas de "La Casa de los Muertos" los episodios finales —págs. 142 y siguientes—, donde entreabre a los ojos del lector un abismo por el cual se teme deslizar la mirada y cuya sola alusión da escalofríos.

Imposible citarlo.

No es un converso, no está arrepentido; más bien es un condenado y un encadenado lamentándose.

Entre sus temas generales —porque lo íntimo sucede, aquí, sin transición, a lo público— vuelve con insistencia a los capítulos del libro el cáncer de la burocracia suculentamente rentada que arruina al país. Es una obsesión: casi no ve otro origen de los males políticos y económicos. La hipocresía de los grandes ideales redentores que cubre la avidez real de los grandes sueldos, de las prebendas, de los negocios, de las "coimas" y los millones del presupuesto.

Sin embargo, hombre no de lógica ni de ideas sistemáticas, sino de impresiones u obsesiones, el señor Puelma conserva su ilusión doctrinaria y cree todavía en que los partidos avanzados, con vistas a la dictadura, siempre que se llame del proletariado, tienden al bienestar del pueblo y sonríe ante los que ven ahí la prolongación de la burocracia, la dictadura administrativa y la multiplicación hasta el máximo de ese sistema de los grandes sueldos y las grandes prebendas que no cesa de condenar.

Pero no le pidamos demasiada coherencia.

Con un poco de reflexión, sin apasionamiento, desde luego, no habría escrito su libro.

Estaría fuera de lugar y pecaría de ingenuo exigir cuentas estrictas al escritor que inicia unos tres juicios literarios con este exordio:

"Aunque frente a nuestros intelectuales yo soy un pobre diablo, casi un analfabeto de las letras..."

Y que lo dice sin falsa modestia, con una visible sinceridad.

Un hombre y un libro así están más allá del bien y del mal. La tarea de abrumarlos resultaría tan fácil que se vuelve imposible: él se ha adelantado ya a todas las opiniones y se ha puesto fuera del alcance de la crítica.

Hay, solamente, que examinarlo.

Caso curioso y doloroso, caso en muchos aspectos ejemplar, no se le puede medir con la vara común ni ubicar en los rangos conocidos del mundo literario. Se sale de categoría. Deserta del coro acompasado en que las voces adiestradas se reparten los distintos papeles y cantan su canción de izquierda o derecha, conforme a ciertos cánones. Le gusta mucho, le entusiasma Joaquín Edwards Bello y nota con fineza la fa-

cultad de crear que cada línea suya exhala y cómo renueva, por virtud de una palpitación interna, los temas que roza. Desde el fondo subliterario, su talento o su temperamento se enlaza con esa figura poderosa y rebelde y la saluda. En cambio no le gusta Gabriela Mistral, no puede verla y no ha querido, dice, aguardar para proclamarlo la hora de su muerte, como aquel que en su última hora declaró que le cargaba Cervantes. Señala con esa confesión uno de sus límites.

"Arenas del Mapocho" —un título bien hallado— finaliza con un cuento de bandidos, tomado, según parece, del natural y escrito de un modo nervioso, rápido, apremiante, lleno de rasgos ligeros y felices, digno de un gran narrador. Una colección de relatos por el estilo daría a su autor sitio de preferencia entre los buenos artistas criollos. Equivale a un certificado de talento.

Pero no le saquemos de su categoría ni le pongamos en el rango de los escritores normales.

Necesitaría cambiar mucho y acaso perdiera su tinte original, su rebeldía ingénita.

No lleva, por designio expreso, el traje que permite al hombre "salir a sociedad" y él mismo lo rehusaría, sentiríase tan incómodo como aquella vez que se presentó, vestido de calle, en un teatro de Londres.

Hay que oírle el caso:

"Yo noté que (los ingleses) me miraban mucho en la calle y con cara poco amable. Me consulté con un italiano de un bar y me dijo que era seguramente porque llevaba una barba de tres días. Me la afeité y cesaron de mirarme. En sus restaurantes populares se exige una corrección en el comer que esté a la altura del ambiente, con sus manteles de hilo, su cubierto de plaqué, sus cristales y porcelanas. Yo noté que mis vecinos me miraban mucho, sobre todo las mujeres ya maduras, y no acerté a explicarme el motivo sino cuando quité los codos de la mesa y puse con más corrección mi cubierto.

"Otra vez asistí a un teatro de revistas llamado Alhambra. El espectáculo era más o menos igual al que puede ver cualquier vecino en el Casino de Buenos Aires. Por ignorancia, sin conocer la etiqueta, la segunda noche de mi llegada, me metí en platea que costaba media libra la butaca. Llevaba un terno plomizo de una libra que acababa de

comprarme como una ganga, zapatos amarillos cubiertos de polvo por haber trajinado todo el día sin lustrármelos.

"Yo he sido siempre en estas cosas muy despreocupado, pero aquí se me pasó la mano y recibí un justo castigo. Desde luego, me llevaron a un lujoso guardarropa donde tuve que dejar mi modesto calañés en manos de unas señoritas muy elegantes. Ahí vi colgados sombreros de alta copa, soberbios bastones, bufandas de seda y abrigos impecables. Comencé a entender, aunque tarde, que había metido la pata. Luego otra damita, de uniforme de seda, me condujo, linterna en mano, hasta mi asiento, pues la sala estaba obscurecida y sólo había luz en el escenario. Por eso no me di cuenta inmediatamente de mi tremenda plancha, pero ya la presentía desde que crucé la sala cubierta con una gruesa alfombra afelpada. Luego mi asiento era un gran sillón de terciopelo y frente a él corría a lo largo de la hilera una barra de bronce para descansar cómodamente los pies. Terminado el acto, se hizo una violenta luz en la sala, en espera del número siguiente. Esos minutos me parecieron siglos de bochorno y vergüenza. Desde luego, quité los pies de la barra como si hubiera recibido un choque eléctrico, pues a lo largo de los doce sillones de esa fila se ostentaban las zapatillas charoladas de los hombres y las de raso y cueros dorados adornadas con alhajas de las mujeres. Los hombres vestían de gran etiqueta, smoking o frac, alba pechera con colleras de perlas, y ellas trajes de recepción en las sedas más finas. Petrificado y encogido como un miserable gusano, pasé sudando las dos horas y media que duró el espectáculo hasta que el "God Save the King" del final de la función puso fin a mi tormento."

El incidente es típico y define bien la situación literaria del señor Puelma. No usa el traje convenido ni le preocupa el lustre de los zapatos o de la pechera; se lleva a menudo, peligrosamente, el cuchillo a la boca y pone los codos y algo más sobre la mesa.

Pero los lectores no exigen tanto como los ingleses y, en un libro se perdonan y hasta celebran esas cosas. La demasiada corrección concluye por fatigar y hacen falta, de cuando en cuando, éstos que rompen la medida, se sacan la chaqueta y hablan delante de todos, como si estuvieran solos.

Siempre que no lo hagan, como algunos, por sistema y con cálculo, para recibir el aplauso de la galería...

EL MAR TRAJO MI SANGRE

Memorias de Alberto Ried Silva.

TODA vida, en el fondo, esconde una novela: sólo hace falta el medio de sacarla a luz. Por eso, no sin ciertas razones, el burócrata de más lisa existencia, que pasó su juventud atado a un escritorio, escribiendo cada día, durante años, la misma nota del día anterior, cuando al envejecer piensa en las cosas que ha visto, los seres que ha tratado, y lo que pensaba y lo que soñó, y los sucesos inesperados que le ocurrieron, experimenta tentaciones de exclamar, como Napoleón alejándose de Inglaterra sobre la cubierta del "Belerofonte":

—*Quel roman que ma vie!*

Si esto ocurre en una existencia privada de aventuras exteriores, sujeta a la rutina, ¿qué será en los que han corrido mundo, mezclados a grandes acontecimientos, entre espectáculos terribles, junto a personajes cuyo nombre despierta curiosidad?

Al caso de Alberto Ried.

Escultor, pintor, dibujante, arquitecto, poeta, escritor, poseído por el demonio de la inquietud, viajero, inventor, comerciante, periodista, de todo, tendría, sin duda, nuestro autor derecho para quejarse de su suerte y dirigirle al destino numerosos reproches, porque no le ha economizado los padecimientos; pero hay un capítulo por el cual le debe gratitud: la mano providente que le ha proporcionado, en "la última vuelta del camino", los elementos para componer un excelente libro de memorias.

Esa obra, conjunto de sus recuerdos personales, tesoro de remembranzas, aquí está, acaba de aparecer.

Veámosla.

* * *

Alberto Ried toma las cosas desde lejos.

Empieza con don José Gabriel Palma Villanueva, jurisconsulto prestigioso que, hacia la mitad del otro siglo, habitaba una mansión de cinco patios en la Alameda esquina de San Antonio, hogar de sus ocho hijas y sus cinco hijos. Era su bisabuelo. Su bisabuela, doña Dolores Guzmán y Ossandón, llegó desde el Huasco, acompañada de gran cara-

vana de calesas, carruajes, mulas y caballos. No conocía a su novio; pero venía a casarse. Así mismo se casó su hija Irene. Un día entre los días, a los 16 años de edad, su madre la notificó:

—Querida hija, voy a presentarte a tu novio; espera en la pieza contigua; te casarás dentro de un mes.

Era como se hacían los matrimonios entonces, sin tanteos preparatorios, sin exploraciones profundas ni libertades peligrosas; también sin la perspectiva de una próxima anulación: para siempre. Y no eran ni se creían desdichados.

Dígalo la extensa familia Silva Palma, formada por la susodicha doña Irene y don Waldo Silva, hijo del capitán don Pedro Silva, que peleó en Chacabuco y Maipú.

De aquel tronco ancestral brotaron, entre varios otros, los Alessandri Palma.

Mientras tanto, el año 1844 anclaba en Valparaíso un velero inglés procedente de la remota Australia, y, desapercibidamente, bajaba a tierra un mozo bávaro, médico de aquella lejana colonia. Revolucionario emigrado de Baviera, traía el viajero título de Doctor en Filosofía de la Universidad de Munich, aficiones poéticas y musicales, un drama en inglés, "El Demonio de las Profundidades", y un poema en alemán, "La Tempestad". Con este bagaje, dedicóse a recorrer el país a caballo, hasta el lago Llanquihue; tomó apuntes que publicó, ilustrados por él, la Sociedad de Historia y Geografía, y, radicado en Santiago, compuso una partitura llamada "Telésfora". Era el abuelo paterno, don Aquinas Ried.

En otro velero, esta vez italiano, arribó poco después, venido de Venecia, un armador italiano, don Antonio Canciani, con dos bellas sobrinas que pensaban pasear por estas costas y regresar a Italia. Pero ¿quién conocerá su destino ni los vientos que soplan? Casada una de esas sobrinas italianas con el bávaro doctor, filósofo y músico, dramaturgo y explorador, poeta, geógrafo, dibujante y navegante, hallábase destinada a tener por hijo a un Ried Canciani, que, unido a una Silva Palma, engendraría a Alberto Ried Silva.

He ahí el árbol. No hay que sorprenderse de sus frutos.

Nacido el año 1886, a los cinco años de edad presencia Alberto Ried

la Revolución del 91, donde su abuelo, don Waldo Silva, tuvo la figuración que nadie ignora. Buen mirador para acontecimiento de tal magnitud. Con su abuela Canciani, la veneciana, visita en la cárcel a su abuelo bávaro en una celda atestada de libros y revistas alemanes. Los presos políticos, toda gente de pro, ocupaban un patio que bautizaron el "Club de la Unión": habíanse dejado crecer las barbas y usaban un gorro de paño gris, redondo y sin visera, que les daría aspecto de rabinos.

Pasan quince años.

Mozo ya el niño, y bombero por añadidura, aparece en un vasto cuadro tétrico, especie de fresco rojo y negro, con terrores, muerte y llamas, la catástrofe geológica y duelo público de 1906, famoso entre los terremotos periódicos de Chile. Alberto Ried lo junta en un capítulo con "la gran huelga", remezón social, precursor de remezones politicos. No se quedó, por cierto, en su casa el intranquilo adolescente. Marchó a Valparaíso, centro de horror, hizo una caminata agotadora, prestó allá servicios heroicos y vio cosas difíciles de olvidar. Iba con los bomberos de la Quinta, Alfredo Santa María, Gaspar Toro Barros, Carlos Swinburn Urmeneta, Marcos García Huidobro, Roberto Pérez Ruiz Tagle, Ismael Valdés Alfonso, Guillermo de Agüero Herboso, Claudio Vila Silva, Jorge Rodríguez Altamirano y Guillermo García Huidobro Valdés. Presenciaron los incendios, vieron ejecuciones sumarias; la curiosidad y el heroísmo les proporcionaron espectáculos increíbles. Toda una parte de aquel episodio fecundo en lecciones no podrá escribirse sin el testimonio de Ried.

A los 31 años, en 1917, el vástago de los navegantes zarpa rumbo al que llama "país de las posibilidades ilimitadas", que sería para él teatro de luchas y aventuras. Allá conoció a Chocano. Gestionaba éste un empréstito para mantener en Guatemala la tiranía de Estrada Cabrera, uno de sus amigos dictadores; era el mismo gran bohemio sin escrúpulos que, años más tarde, le encargaría en Santiago a Lisandro Santelices empeñarle en una agencia los laureles de oro que le regaló el Perú para su coronación. Poco después, muerto a manos de un loco, era asistido por el propio Ried en la Asistencia Pública de Ñuñoa. Con otros chilenos errantes, Acario Cotapos, Horacio Echegoyen, ocupaba Ried en Nueva York

un hotel andaluz al que llegaban artistas, entre ellos un ruso que esculpía bien, pero "como otros escultores célebres —pág. 138—, escribía con maneada dificultad".

Era un judío fugado de Siberia; le hizo una cabeza y le presentó a un joven de gran talento que ahora ha cumplido lo que prometía: Jascha Heifetz. Pero el episodio sensacional que le tocó en "el país de las posibilidades ilimitadas" fue el asesinato de John de Salles, el proceso de su esposa, Blanca Errázuriz, y la repercusión mundial de este asunto, que hizo pasar a segunda página las noticias de la guerra europea.

Alberto Ried había ido a Norteamérica por cuenta de una sociedad para estudiar la fabricación de vidrios planos y con una misión periodística. Esta le permitió visitar en la cárcel al objeto de la curiosidad universal que ocupaba una celda, por cierto, ni penosa ni estrecha: disponía hasta de un piano que el alcaide le había proporcionado. Un día llegó a verla en compañía de Rosita Renard, que, en distinta cuerda, llamaba no menos la atención. Pronto la gran concertista, sentada al instrumento, arrancaba al teclado los compases de una fiesta sonora, haciéndoles oir el mismo concierto que al otro día iba a juntar para aclamarla a los más exigente entendidos; pero que esa vez sólo detenía en sus trabajos del jardín a hombres con trajes a rayas que se reunían embelesados bajo ese balcón donde una chilena gloriosa hacía llorar de emoción a una chilena en desgracia. Millones de seres, en todos los sitios del globo, en todas las lenguas, leían las incidencias del drama allí palpitantes, y que desenlazarían los periódicos de toda Norteamérica cuando aparecieran con la enorme noticia: "¡Blanquita not guilty!"

Alberto Ried debió ese día agradecer su don al dios de los reporteros. En cambio, probablemente, los manes de su tío, el Almirante Silva Palma, autor de las "Crónicas de la Marina", le lanzarían más de una maldición por la anécdota suya que más allá refiere. Hallábase el futuro cronista de nuestras glorias navales en Sevilla y se le ocurrió presenciar una corrida, cubierta la cabeza por un "cucalón" de explorador y calzados unos anteojos obscuros, muy práctico todo ello, sin duda, pero que, a poco, hicieron exclamar en coro a los asistentes:

—¡El del bonete que se lo saque, el del bonete que se lo saque!

El señor Silva Palma se lo sacó; lo cual, vista su obediencia, provocó otras exclamaciones:

—El del bonete que se lo ponga, el del bonete que se lo ponga...

Orden que fue seguida, militarmente, de una nueva obediencia. Mas no paró ahí la cosa: hiciéronle, en seguida, a golpes de voces de mando vociferadas quitarse las gafas, volver a ponérselas. Y así, alternativa y humorísticamente, hasta que la salida de los "bichos" distrajo la atención, procurando al vulgo una diversión distinta.

Hay muchos incidentes en los viajes.

Acompañado del poeta Magallanes Moure, vivió Alberto Ried la inflación alemana, no por el derecho, como la padecemos, sino por el revés, como extraño, con una moneda dura, la nuestra de postguerra; ella le permitía darse vida de príncipe, habitar magníficos hoteles, repartir propinas de maharajá y comprarse sombreros fastuosos por la enorme suma de noventa centavos chilenos.

El París de 1925 le preparaba otros hallazgos. Fueron él y don Arturo Alessandri al Père-Lachaise y detenidos ante la tumba de Thiers conversaban con un afable abate que les halló, mirándolos mucho, cara de extranjeros. Entonces, con uno de sus gestos espontáneos, extrajo don Arturo del bolsillo el diario "Le Matin", que publicaba ese día su retrato y se lo mostró al clérigo para hacerle ver que no sólo venía de tierras extrañas, sino que también de una perdida Presidencia de lejana República...

La colectividad chilena, acrecentada por las deportaciones, solía reunirse en La Rotonde, de Montparnasse. Una noche invernal entró allí y fue a sentarse, solitario, en una mesa, donde se puso afanado a la tarea de hacer pajaritas de papel, una especie de pastor protestante completamente ajeno al bullicio formado en torno suyo. Era Unamuno. Se consolaba de los animales que lo expulsaron, decía, fabricándolos del mismo material que les servía en sus improperios. Se había especializado, iba al Zoológico a estudiarlos, tenía en su fauna no sólo pájaros, sino un camello, un escarabajo, un conejo, un cerdo, un gallo, una gallina.

Todas estas cosas y otras muchas más, tomadas de la vida, un poco abruptamente, van pasando, sin lentitud ni prisa, con un orden cronológico que sólo algunas aproximaciones distantes rompen.

Más que el autor mismo, se sienten las atmósferas que atraviesa, los paisajes y los personajes, el desfilar de los hechos empujados por el destino. Como las memorias del Arzobispo Errázuriz, éstas pudieron titularse "Algo de lo que he Visto", pues, naturalmente, no todo aparece.

Todas las memorias, aún las más íntimas, son así.

No importa.

Lo que, en otro orden, interesa, sin duda, y ejerce constante influjo sobre la impresión que este libro causa, son las relaciones de su autor con el arte de escribir. Distan considerablemente de ser felices. Parece que la suerte, pródiga en cierto sentido y dispuesta a allanarle el sendero, hubiera querido aquí dificultárselo poniéndole piedrecillas e incluso peñascos. Salva él obstáculos y barreras con pie denodado y llega, por fin, al término que se propuso; pero no sin conservar huellas penosas. Las hay de toda especie. Suelen ser por allí parejas de adjetivos inútiles. O vacilaciones notorias de la sintaxis. "Pendían de los muros de esta cámara en receso —pág. 169— los emblemas y atributos que *hubieran decorado* su carrera de marino auténtico." ¿Por qué hubieran? Parece que los "atributos y emblemas" no existieron de verdad, sino que pudieron existir. Peste de subjuntivo.

"Rechoncho en sus formas, muy musculoso, de nariz chata y ojos de penetrante mirada —pág. 181—, *merodearía* esa plena juventud que marcan los treinta años." Por mucho que se violente el vocablo, no tiene ajuste. Merodear es otra cosa. Pág. 314: "Lo dicho en modo alguno empalidece las altísimas condiciones espirituales *endémicas* en la mujer chilena". Las pestes son endémicas, nunca las virtudes. En ocasiones se duda si habrá error de imprenta: "Sobre el auténtico tablado de la subasta, una ex esclava centenaria aún exhibía su infortunio —pág. 179—, *exhortado* por un charlatán que pasaba el platillo..."

Raúl Tupper, príncipe del Renacimiento, amigo sin par, había comprado un terreno para sepultura de artistas ilustres y andaba ofreciendo sepulcros. Nadie los recibía muy bien. Alberto Ried dice: "Juan Francisco ocupaba el número uno de la lista de candidatos, y D'Halmar el segundo. *Afortunadamente* ya están ambos ahí". ¡Afortunadamente!

Basta.

Convenía poner estos puntos sobre esas íes, no para "exhortar" al

autor y obtener su enmienda; mayores pecados podría cometer sin desvalorizarse; su libro resiste más aún; es muy valioso; pero, justamente, sus méritos como repertorio de datos, noticias, colores y anécdotas, la fuerza indudable de su acento, fuera de muchas otras virtudes, entrañaban el peligro de engañar a lectores incautos, haciéndoles pensar que eso está bien, que eso debe imitarse.

LOS DIAS OCULTOS

por Luis Oyarzún.

se sabe que los libros de memorias, así las de "Ultratumba" que escribió Chateaubriand como las "Confesiones", de Rousseau, contienen siempre unos capítulos muy superiores a los demás: son los que recuerdan la infancia y la juventud del memorialista.

Renan no escribió sino ésos.

Es que allí el escritor se siente libre, no interviene el interés egoísta ni se dejan sentir las pasiones.

Esa libertad ingenua y ese encantamiento lleno de frescura, fuera de su valor poético, prestan a tales relatos la importancia de un documento psicológico y permiten interpretar el carácter del autor sobre una base firme, lográndose a menudo útiles revelaciones.

Véase, por ejemplo, cómo vuelven los ojos a su infancia dos escritores nuestros de muy diversa estirpe: González Vera y Benjamín Subercaseaux. ¿Quién no creería que el primero iba a levantar un puño iracundo contra el destino adverso, maldiciendo un orden social que tolera el tormento infligido por la pobreza a una sensibilidad delicada, a un temperamento de selección, mientras el otro elevaría cánticos de gratitud por los privilegios de que ese destino y ese orden lo rodearon, mágicamente, desde la cuna? Así parece, así es el rostro que la realidad presenta cuando no se la conoce, cuando se la supone con el objeto de edificar teorías. Pero bien, tómese "Cuando era Muchacho", del primero, y léase: "Mi madre era baja, bien formada, de rostro simpático: ojos grandes, nariz fina y boca pequeña. Su carácter oscilaba entre la severidad y la alegría. Hablaba suavemente, escuchaba, usaba un lenguaje comedido y era dadivosa. Nunca temió al mañana. Solía aliviar su faena cantando. Su alborozo era constante; pero si, por concluir una blusa, omitía el té, quejábase al anochecer de dolor de cabeza. Mi tía, cuando la pobreza nos estrechaba, decía: "Mañana no tendremos para desayuno". "No ha de faltar", respondía mi madre, y casi en seguida tornaba al canto. Nunca faltó. A veces el almuerzo o la comida era frugal. Podía reducirse a una taza de café con leche y luego echaba en ésta una cucharadita de azúcar. Quedaba así muy sabroso. Yo prefería esto a comer papas o cochayuyo. El Altísimo no quiso hacer de mí un vegetariano".

Inútilmente buscaríamos en esta infancia alguna prolongada lamentación. Para hallarla hay que ir a la otra.

"...en la media luz de las piezas enormes tras la cortina de felpa y los helechos artificiales de 1900..., un cuerpecito escuálido por el ayuno obligatorio de un ama "que no tenía leche" siente el pinchazo horrible del grueso alfiler de gancho que ensartó los pliegues de su vientre junto con las mil hojas de su mantilla; oye trajines y voces de mujeres afanadas entre los encajes de sus "matinées" y huele los vapores del viejo anafe de "espíritu" con sus mil tubitos misteriosos."

Son las reminiscencias infantiles de Benjamín Subercaseaux en el mejor de sus libros. Hay un perro lanudo relleno de afrecho: "Recuerda también que faltaba la rueda en una de sus patas y que, al cabalgar sobre el juguete, éste se clavaba en la alfombra, produciendo arrugas y una tempestad de gritos en una mujer elegante que se ondulaba para el baile de la noche". Ni rastro de la alegre atmósfera que respira "Cuando era Muchacho"; aquí sólo la voz de un "niño de lluvia".

Es que se nace así o asá, y las leyes sociales, que exasperan a una parte de la población, nunca se ha sabido que produzcan en la otra accesos de alegría y más bien suelen exacerbar furores.

La dicha humana depende de otra cosa.

Para Luis Oyarzún, asomado a "los días ocultos" en un libro breve, jugoso y sustancioso, esa felicidad parece provenir del mismo manantial que alimentaba la de Proust: estar junto a su madre. Todos los biógrafos del autor de "El Tiempo Perdido" apuntan ese rasgo tan patente en la obra y que él reconoció siendo estudiante, al contestar una encuesta donde le preguntaban su concepto de la desdicha: "Estar separado de mamá".

La madre constituye el "leitmotiv" de "Los Días Ocultos"; ella es la soberana protectora contra el miedo y el centro adonde convergen todos los impulsos de ternura. El niño vive en un terror perpetuo. "El gramófono —pág. 75— en el salón empieza a funcionar movido por el triste genio de la noche. Me aterroriza un aria de Lucia di Lammermoor, la pieza favorita del tío Andrés. Una vieja soprano canta un agudo lamento de desesperación que me aísla en el mundo que la noche levanta alrededor de mi soledad. Como a una señal dada por un negro caba-

llero que pasea, se hace la obscuridad más profunda. Tengo que permanecer inmóvil, forzadamente quieto, mientras en el salón conversan mi madre y las visitas, a las que agasajan con mistela y buñuelos." Se ve la escena y nada tiene de terrorífico sino para el joven héroe. Ideas absurdas invaden su cerebro. "A esta hora —dice— siento con más fuerza el desamparo en que estamos, la inseguridad de mi madre. ¿No la asesinarán las visitas? ¿No se la llevará por los aires una enorme ave de rapiña? Me produce tristeza escuchar su risa desde lejos. Ella está contenta; pero yo estoy triste, porque yo sé. Yo sé. Nuestra casa es demasiado terrible durante la noche. Mamá ignora el peligro." Es un niño que a la ternura ultrasensible añade una fantasía desatada, combinación que le hace temblar continuamente; al menor soplo, helo aquí que se lanza divagando sin freno. Sus miradas trasforman el mundo, apenas se advierte la línea que separa las cosas verdaderas, las cosas que se palpan y resisten, de esas otras, elásticas, fugaces, tan pronto hechas como deshechas, apenas coloreadas, por lo general, sin olor ni sabor, que surgen y evolucionan durante el sueño.

Una prosa límpida hace pasar simplificadas esas complicaciones y mezcla, sin confundirlas, imágenes concretas, familiares, seguras, a una cantidad de absurdos poéticos que las amplifican hasta ocupar el vasto mundo.

Se habla de influencia de Azorín y Juan Ramón Jiménez.

Tiene Oyarzún la frasecita corta del primero con sus detalles acumulados, sus notaciones secas, precisas, evocadoras; ello se nota sobre todo en el primer capítulo cuando de las páginas brota el pueblo y parece que andamos por él, que lo recorremos de punta a cabo, sintiendo el olor de la peluquería, luego el de los almacenes donde venden aceite, tantos rasgos enfilados unos tras otros, característicos.

Y tiene también, difusa, pero perceptible, la poesía del segundo, su suavidad emocional, trasparente.

Pero no olvidemos a Proust. Cada autor se compone de muchos autores y no daña, sino favorece su originalidad, ese conjunto de elementos nutricios, pronto trasmutados según cierta fórmula que ya no pertenece sino al autor.

Sería, por ejemplo, difícil negar en algunos aspectos de "Los Días

Ocultos", la presencia de dos poetas chilenos avanzados: Huidobro y Neruda. Ellos aclimataron entre nosotros el absurdo lírico, el capricho pintoresco, el dispararse sin freno de la fantasía; pero aquí, por vez primera, los hallamos instalados en la prosa y tan unidos a la descripción exacta y cuerda que nos hacen penetrar en otra etapa. Oyarzún invade territorios que aún no estaban ocupados y toma posesión de imágenes en cierto modo inéditas o que no habían sido vistas como él las trata. La extrema sensibilidad, la ternura temblorosa, se ven modificadas y como sujetas por el don de ver el mundo al microscopio, con lúcida intensidad. Luis Oyarzún es "uno para quien las cosas exteriores existen". Conoce muchas, sabe sus nombres, aprendió sus costumbres y las describe minuciosamente. Las cosas corresponden a esta pasión entregándole mensajes, unos mensajes inquietantes que suelen componerse de preguntas.

"El comedor (pág. 121) da al jardín por una puerta vidriera a través de la cual se ve la tarde empañada de invierno. Las nubes inmóviles eran la ilusión de una espera. ¿Qué va a suceder? ¿Llegará alguien desde el Cielo? Los árboles también esperan. Quedan unas pocas hojas amarillas en el sauce del patio interior que desprende un aroma amargo de humedad. Las gallinas esperan acurrucadas sobre las hojas secas que se pudren. ¿No irrumpirá de pronto un gallo de fuego y de oro en el gallinero? Toda la ansiedad del día se encuentra en el comedor durante este almuerzo. ¿A quién esperamos? Los ángeles que vigilan la casa están aletargados como si se hubieran hecho de acero. A los ángeles guardianes se los tragó la tierra. Los mayores, en un momento de silencio, parecen observarse; pero hay en sus ojos un aire de ausencia... De repente mi madre sale de su ausencia y dice: "Nos levantaremos". Nada, nada pasa. Es el invierno."

Todo el libro está compuesto de escenas parecidas. Al fondo la familia: primero la madre, después el padre; el tío Andrés, gran personaje incrustado en el hogar, retrato de cuerpo entero, que no se olvida; en torno a ellos la existencia del pueblo diluida en la atmósfera infantil, medio vivida, medio soñada, con errancias y aventuras y una lejanía que las hace retirarse a cierta indiferencia superior, como si se tratara

de otro mundo, donde las angustias se trasparentan en una urna cristalina, en un tubo de ensayo.

Es que los cuadros de la infancia los contempla el hombre que ha pensado y leído, que ha debido interrogarse sobre el significado del mundo; una serie de inquietudes, apenas esbozadas en el niño, agítanse ahora y toman dimensiones, dimensiones gigantes, sin que pueda saberse exactamente dónde nacieron, a quién pertenecerán.

Esto las levanta.

Va el niño con su madre. De pronto, ella suspira profundamente. "Nosotros (pág. 11) no comprendemos nada. ¿Seré yo el causante? La sigo por la casa, sin atreverme a preguntar, tomado de su mano. ¿Por qué es triste el mundo? La frialdad de su argolla de matrimonio es triste. La argolla parece perderse en el mar y hacer señas desde el fondo."

El poeta se acerca, pronto aparecerá (pág. 14): "Caminamos por el huerto. Entre las ramas volaban abejas. Al pasar, mi padre cogió un tomate de una planta florida y saboreó su perfume con fruición. Eso era la felicidad. Después el camino polvoriento parecía perfumado por las frutillas que hacían amable toda la extensión de la tierra". Otras veces son croquis de interior, viñetas del salón o el dormitorio que hacen cobrar fisonomía a los muebles y tornan la casa en laboratorio de prodigios. "El gran espejo del ropero (pág. 124) es el luminoso testigo de la noche. A medida que pasan las horas en la obscuridad, él va girando como una hoja, su brillo se traslada en secreta concomitancia con el vuelo de los astros en el cielo. Está emparentado también con el péndulo del reloj del comedor y con el castañeteo de las hojas de palmeras." Una sensación sutil: "El más delicado frío del invierno está en las cortinas de gasa".

Libro ligero y al mismo tiempo hondo, arraigado en la subconsciencia, repertorio de imágenes y esbozos dejados por una pluma impalpable, "Los Días Ocultos" poseen una especie de calidad musical. A través de sus páginas corre un ritmo apremiante, ansioso, cautivador; se siente un sortilegio indefinible. A veces no hay nada, o casi nada; pero el hilo no se corta y parece que el interés siguiera bajo las palabras, en los intermedios de las frases; de todas partes sale una canción que no

se fija en ninguna: diríase que incontables elementos han concurrido a crearlo, adelgazándose hasta la máxima simplicidad.

¿Qué subsiste al fin como "facultad maestra"?

Sin duda la ternura agrandada por el terror y la fantasía.

González Vera nos da un ejemplo de conformidad alegre. Subercaseaux deja oir el preludio de la gota de agua que viene de la lluvia; a Oyarzún lo vemos cogido de la mano de su madre dirigiéndose preguntas angustiosas, aterrado ante el bramido de las vacas en la noche.

Resultaría ciertamente instructivo para un historiador de las letras trazar un capítulo con las infancias de nuestro escritores, ver qué revelan sobre ellos mismos, su época y su país.

Tememos que el resultado final no sería alegre.

Nuestro clima ha sido desfavorable al desarrollo de estas plantas delicadas y sólo en el último tiempo, a costa de multiples dolores, han logrado difícilmente prosperar.

RECUERDOS

De don Juan Urzúa.

MIEMBROS de la Facultad de Comercio y Economía Industrial pidieron a don Juan Urzúa que les diera una charla y él tuvo la buena idea de elegir, para complacerlos, un tema que cada cual conoce a fondo y le despierta el máximo interés: su propia vida.

Recopilada esa improvisación familiar en un folleto titulado "Recuerdos", encierra en pocas páginas tal cantidad de hechos curiosos y enseñanzas útiles, incluso trascendentales, que no vacilamos en considerar su contenido como absolutamente extraordinario y digno de comentarse.

* * *

Es, sin duda, empresa tentadora para cualquiera referir su existencia y luego estamparla en letras de molde; pero, también, ¡qué peligrosa! Todo incita a exagerar el tono y desbordar los límites. Hombres de genio han caído, por ahí, en pozos de ridículo.

Don Juan Urzúa se salva por la sencillez.

Tiene en su estilo, como en su figura y actos, algo de británico, una honradez sin grandilocuencia, una sorprendente falta de énfasis, muchas cualidades, en todas partes escasas, sobre todo en los países tocados de tropicalismo.

Don Juan Urzúa dista mil leguas del trópico.

Necesitaba decir cosas sumamente difíciles, de las más delicadas e íntimas: sin vacilar, guiado por su intuición, toma desde el primer momento el buen camino.

Y escribe:

"Fue mi abuelo paterno un hombre llamado Juan de Dios Urzúa, de oficio ovejero, y mi abuela, una buena mujer llamada Juana, que amasaba pan en el campo. Mi abuelo materno, llamado Antonio, era de raza española y de oficio cochero; mi abuela materna se llamaba Carmen y ayudaba a ganar la vida lavando ropa."

Al llegar a este punto, hemos de confesar que levantamos la vista para mirar en torno y ver si todavía estábamos, realmente, en la República de Chile.

¡Cómo! ¿Esto es lo que llaman un árbol genealógico, y, nada, nin-

gún rey, ningún príncipe, ni siquiera un marqués o un conde premunidos de escudos heráldicos?

Seguimos:

"Mi padre se llamó Francisco Urzúa, de oficio cochero, y mi madre, llamada Juana, se ocupaba en las labores de la casa, que no es poco decir cuando se ha nacido sin medios de fortuna."

He aquí algo extraño.

No tanto por los hechos mismos ni porque el interesado los confiese, sino por la forma y el tono.

La naturalidad dentro de la modestia constituye la más difícil de las actitudes, y los moralistas, para describir lo escaso de esa virtud, pintan al orgullo como una sierpe que levanta la cabeza y muerde el pie. Son trágicas y a veces cómicas las jugadas de la soberbia a los mejor intencionados: como su caricatura, se refiere la frase de un fraile que exclamaba:

—¡Lo qué es a mí, en materia de humildad, no me la gana nadie!

Eso es lo humano, lo corriente.

Pero don Juan Urzúa no sigue la corriente. La remonta. Sus "Recuerdos" llevan, justamente, el propósito de contarnos desde dónde, hasta lónde y cómo la ha podido remontar.

Ya conocemos sus orígenes y vimos qué retratos incluye su galería.

Su abuelo, el cochero, sucumbió en un accidente del carruaje que guiaba y el hogar cayó en la miseria. El padre, desesperado, se entregó a la bebida y fueron la madre y las abuelas quienes debieron mantener a la familia. El niño supo del hambre en un "cuarto redondo". Trabajó en una fábrica de marcos, al otro lado de la ciudad, por veinte centavos diarios. Habiendo enfermado su hermanita menor, la llevaba en brazos al hospital, pará las curaciones, y regresaba a escape a la fábrica. El primer ascenso que recuerda lo obtuvo cuando entró a la imprenta de "La Tarde", de los hermanos Irarrázaval; barría las oficinas y le pagaban dos pesos cuarenta a la semana. Sus amigos eran muchachos suplementeros. En su casa, si casa puede llamarse, dormía a suelo pelado y una noche despertó con la cara sangrante, porque lo había mordido un ratón.

Pero algo había en él que lo impulsaba a luchar, a instruirse, a subir,

y halló en su carrera personas que lo ayudaron, manos que se le tendieron con justicia generosa.

El lo dice.

¿Tendremos que decir nosotros quién es ahora don Juan Urzúa Madrid? Miembro activo de dieciocho instituciones obreras, socio, ex director y vicepresidente de la Sociedad Empleados de Comercio, posee la Empresa Editora Letras y la Imprenta y Litografía Leblanc, acreditadas dentro y fuera del país. Y es el primer regidor municipal de Santiago, hombre por su prestigio digno de las más altas situaciones.

Pertenece al Frente Popular; pero, al referir su vida, nunca adopta postura de víctima, jamás culpa a nadie de nada ni se le ocurre declamar contra las iniquidades imperantes o aludir, en nombre de la conciencia revolucionaria, a las reivindicaciones del proletariado.

El caso resulta aún más sorprendente cuando se le pone al lado de casos paralelos, como se encuentran en el montón.

Por ejemplo éste que nos llegó el mismo día bajo los siguientes títulos: "El Poeta Crucificado y la Jauría. Estampa heroica de una gran soledad genial".

Desde el principio puede advertirse que estamos en pleno bombo y medio a medio del tropicalismo.

El Poeta Crucificado...

Nació en una familia de la clase media, tuvo recursos para instruirse y trabajar, hizo un excelente matrimonio y se retrata, pletórico de salud, con su copiosa tribu familiar.

Su crucifixión consiste en que habrá publicado unos doce volúmenes y que cincuenta o sesenta escritores, varios ilustrísimos, muchos extranjeros, lo declaran admirable, original, poderoso, próximo al genio.

Para colmo, James Joyce, el irlandés, le plagió, evidentemente, uno de sus poemas...

Como martirio, no se puede negar que es un martirio y, en consecuencia, el poeta, alistado en las filas revolucionarias, no cesa de clamar sangre y exterminio contra la burguesía explotadora, contra los ricos que oprimen a los pobres, contra las injusticias sociales contemporáneas, afirmando que es urgente, indispensable, destruirlo rápidamente todo para establecer la dictadura del proletariado.

Como prosista, porque el poeta escribe generalmente en prosa, el crucificado ha sobresalido por su talento para la diatriba; tiene taller de insultos literarios y dirige una fábrica de artículos injuriosos. Dicen que cierto número de elogios que recibe son hijos del terror; pero no pueden negársele auténticas condiciones, soplos de poesía fresca, una fantasía personal y entonaciones de retórica vigorosa.

Don Juan Urzúa no posee nada de eso.

Don Juan Urzúa escribe sin imágenes, sin frases, como el hombre cualquiera que charla. Desde ese ángulo, como desde casi todos, ha recibido menos que el otro, puede considerarse más desheredado. Cuanto posee, lo ha conquistado por sí mismo, lo debe a su esfuerzo propio, a su trabajo tesonero, a su economía, a su honradez.

Pues bien, de estos dos hombres, singular el uno, común el otro, derivan dos conceptos económicos y políticos: el primero pide la reforma del individuo para mejorar la sociedad; el segundo exige la reforma de la sociedad para mejorar al individuo.

Parece contradictorio y paradójico; pero, en el fondo, sólo hay un fenómeno elemental de psicología: no tenemos del mundo una visión desinteresada, lo miramos a través de nosotros mismos, proyectamos sobre él nuestra imagen. El hombre psíquicamente desorganizado contempla un mundo desorganizado y grita que se le organice, que se le reorganice; quien está en paz consigo percibe las cosas como son y piensa: "Si cada cual barre el frente de su casa, la calle entera quedará limpia".

Dijimos que don Juan Urzúa tiene algo de británico y, en verdad, el relato de su vida evoca por momentos páginas de Dickens, anécdotas de Edison o Franklin, entre escenas de una emoción candorosa y esas luchas sombrías de los predestinados que acaban por triunfar. Se le siente ir con esfuerzo, pero seguramente, hacia arriba.

El otro, en cambio, ¡qué catarata de elocuencia despeñada montaña abajo, arrastrando rocas, revolviendo espumas!

No lo suprimiríamos, sin embargo, para darle paso a aquél; conviene su existencia, haría falta si desapareciera.

Llámense como se llamen los sistemas totalitarios —y ahora podrían ambos llevar el mismo nombre, puesto que luchan juntos—, el régimen liberal, el individualismo "egoísta", no exige su exterminio; únicamente

pide que no lleguen a dominar, porque entonces nadie podría cumplir su destino, sino el que le impusieran. Y lo importante es eso: que cada cual "llegue a ser lo que es".

Que ascienda el tipo superior, sea aristócrata de nacimiento, carácter o espíritu, el honesto y previsor, el sobrio y perseverante; que se abra camino desde el plano más modesto hasta el más alto y pueda decirse de él, como del virrey O'Higgins: "El pobre buhonero, que llegó siendo el último, y ahora es el primero".

Y que, también, dentro de su esfera, subsista y vaya cuesta abajo el otro, su polo contrario, clamando y gimiendo, dándose a la galería en espectáculo, clavado en la cruz imaginaria y víctima de fieras cuyos dientes, por largos que sean, no podrán competir con los suyos.

* * *

Impresos en unas cuantas páginas, los "Recuerdos" de don Juan Urzúa no han sido entregados hasta ahora al comercio y su autor obsequia con ellos únicamente a los amigos.

Tal vez contrariamos su deseo al comentarlos en público.

Pero abundan las lecciones de esta índole, y creemos, por eso, cumplir un deber y prestar un servicio al lector sacándolos de su penumbra.

EN ESPAÑA CON FEDERICO GARCIA LORCA

por Carlos Morla Lynch.

obedeciendo a una costumbre familiar, Carlos Morla ha llevado siempre un diario de su vida. Es una excelente disciplina, pero que no podría recomendarse a todos. Existen seres a quienes no les pasa nada, que no piensan ni sienten nada y para los cuales todo da lo mismo. Calcúlese el pozo de monotonía en cuyas aguas deberían mirarse y que no dejarían de ofrecer a los demás.

Pero éste es el menor de los peligros que acechan a la familia Morla.

Dotada de nervios ultrasensibles, provista de una imaginación que le permite traspasar fácilmente el plano material, no hay de seguro en nuestra sociedad otra tan original, tan curiosa y ampliamente digna de interés. Lo prodigioso forma para ella una ocupación corriente. Todos allí son más o menos iluminados. Está una de las hermanas de Carlos de visita en casa de Iris, Alameda esquina de Riquelme, y de pronto sonríe:

—Mamá va cruzando la calle Ahumada —dice—. Ahora se ha encontrado con doña Amalia Rodríguez; se detiene; conversan. Ya se ha despedido y mamá va a tomar el coche. Viene para acá.

Entonces, la puerta se abre, la señora entra y refiere que, yendo por la calle Ahumada...

Le advierten que ya lo sabían; pero ella no se sorprende.

Habituados los hijos por las misiones diplomáticas del padre a recorrer países y hablar lenguas, suelen mezclar en la suya acentos extraños que prestan a su expresión resonancias exóticas. Y suele ocurrirles, entre sus amigos de confianza, recordar a tal sabio ilustre o a una artista que deslumbró al mundo, refiriéndose a ellos no como a celebridades, para alabar su ciencia o ensalzar su talento, sino a causa de algún incidente doméstico que les parece particulamente divertido, sin pensar que el asombro de los demás proviene de ver a esos personajes en semejantes pasos.

A estos elementos, preciosos para nutrir un diario, añádese en Carlos una aptitud sin la cual no hay escritor verdadero ni obra que valga la pena: la simpatía hacia el prójimo, el don de penetrar las almas y la capacidad de reproducir con exactitud sus caracteres, descubriéndoles el rasgo único, insubstituible.

Esta cualidad llega en su caso a la obsesión. Todo el mundo le interesa. No se fatiga de observar. Parece estar distraído, soñando, en las nubes; pero, cuidado: es el pescador en plena pesca, con la red echada. No hay gesto insignificante ni pececillo fugaz que se le escape.

¿Cuántos no habrá reunido en una existencia variadísima, a través de cargos diplomáticos, con esa puntería y la abundancia de presas a su alcance?

Aquí nos ofrece algo de lo que vio en España, entre 1928 y 1936, siendo secretario de la Embajada de Chile.

Su salón, nunca desierto, atraía una doble corriente de visitas: por un lado, el mundo oficial y aristocrático, los hombres de grandes negocios y cuanto se llama alta sociedad. Era su deber. Por el otro, gente bohemia, poetas jóvenes o consagrados, pintores, músicos, escultores, actores y dramaturgos, cantantes y también toreros, hasta vagabundos que algo prometían o podían servir de distracción. Eran la compensación que equilibraba el deber, no siempre ameno.

Todo esto mantenía una constante agitación en aquel centro heterogéneo, tan atrayente que, cierta noche, exasperado un vecino por el estrépito de la fiesta excesivamente prolongada, llegó a golpear furioso las puertas del salón; pero, recibido al entrar con una buena palabra y un buen trago, fuese poco a poco amansando y, después del primer vaso, aceptó otro y luego otro, hasta concluir, por último, la velada, más entusiasta que nadie, confesando que nunca lo había pasado tan bien.

El año 1929 hace su ingreso en la original tertulia quien iba a ser dentro de poco centro de sus diversiones y el mejor amigo de los dueños de casa. El hecho comenzó en la vidriera de una librería. Vio Carlos Morla un libro que acababa de aparecer, "El Romancero Gitano", de García Lorca, lo compró, lo leyó, lo releyó, volvió a leerlo y, fascinado, no tuvo reposo hasta no conocer al autor, de quien sus amigos le hablaban y que también quería conocerlo; pero no era un visitante fácil y se detuvo repetidas veces en el umbral, volviéndose desde ahí, como animalillo que rehusa el dogal.

Al fin, entró.

Y entonces viene un retrato de Federico por aquella época, un retrato que conviene ver con atención y observar cómo está hecho, estudiando

cuidadosamente los detalles, sin excederse en la amistad ni exagerar la admiración, manteniendo un heroico equilibrio.

Dice:

"Le oigo subir la escalera —pasos lentos, bien aplomados—, y detenerse frente a la puerta; pero, antes que toque el timbre, ya la he abierto. En el umbral, un muchacho joven, de regular estatura, exento de esbeltez sin ser espeso, de cabeza grande, potente, de rostro amplio, constelado de estrellas brunas..., que son lunares. Ojos sombríos pero risueños: esa paradoja de alegrías y tristezas que realiza en sus poemas. Cabellera abundante que no empaña una frente ligeramente abombada, como un liso broquel ebúrneo. Ninguna severidad en la mirada ni ceño austero. Por el contrario, un alborozo de chiquillo con una veta de travesura y algo de "muy sano" y de campestre. Pero tiene que ser esa "campiña suya", campo de Andalucía: granadino, cordobés o sevillano. No se puede afirmar que es guapo, pero tampoco que no lo es, por cuanto posee una vivacidad que todo lo suple y un "no sé qué" de muy abierto en su fisonomía que reconforta y tranquiliza de buenas a primeras, que luego seduce y que, por último, conquista definitivamente."

La escena que sigue a este retrato, hecho a primera vista, después de la visita inicial, completa la figura del visitante y lo pone en acción. La confianza se ha establecido. Pronto Federico se sienta como en su casa, repantigado en una silla de columpio, balanceándose. Es la simpatía misma y la espontaneidad, tímida al principio, luego un poco infantil, en seguida elocuente, charladora, incontenible. Dan las siete, las ocho, las nueve. Federico va y viene, cuenta cuentos, dice cosas y las horas pasan. Ya ha comenzado a operar el sortilegio de este mágico ser a quien nadie resiste. A las diez se sirve la cena y Federico sigue conversando. Su charla, por momentos, "adquiere resplandor de fuegos artificiales". A las tres de la mañana cambia una vez más de asiento, coge un cigarrillo, lo enciende, pero no fuma. Hay que marcharse, hay que despedirse.

—Ahora —anuncia girando sobre el taburete del piano en que se ha instalado—, antes de irme, y os pido perdón por hacerlo tan pronto, voy a cantaros "la canción del burro".

Un preludio delicioso tocado con sutileza y comienza a cantar:

Ya se murió el burro
que acarreaba la vinagre,
ya se lo llevó Dios
de esta vida miserable...

Los demás, contagiados, detrás de él, empiezan a corear la musiquilla:

Todos los vecinos
fueron al entierro
y la tía María
tocaba el cencerro.

Durante siete años, por espacio de casi quinientas apretadas páginas, vivientes, palpitantes, Federico está frente a nosotros, en su vida diaria, charlando, cantando, componiendo, unas veces enfermo y de mal humor, sombríamente silencioso, por lo general lleno de chispa y "hecho unas pascuas", con su don de vivificarlo todo, pueril, misterioso, cautivador, gitano.

La amistad sellada en el primer encuentro no se deshizo más. Federico pasó a ser de la casa. Allá iban a conocerle las celebridades que deseaban ver a esta celebridad, más esquiva que los magnates y capaz de dejar plantado al lucero del alba si no estaba de humor. Allí se sentía él en su ambiente e improvisaba a su talante, hacía teatro, recitaba sus comedias, ensayándolas antes del ensayo.

Se suceden después los viajes en compañía, viajes a Cuenca en una Semana Santa, viajes a Toledo para unas conferencias de Federico sobre el "cante jondo", partidas de improviso, sin preparativos, en autobuses de cualquier clase, aceptando alojamientos hallados al azar, en una intimidad de día y de noche, sin que nada logre romper la brujería ni agotar el embeleso.

En torno de ambos gira el mundo literario y artístico, desfilan escritores célebres o que lo serán: pasan Gabriela Mistral y María de Maeztu, reñidas primero, reconciliadas después, en el más curioso diálogo; Pablo Neruda, que llega enfermo donde Morla y, a poco, duerme en la cama del dueño de casa; Acario Cotapos y sus incomparables

"farsas", creaciones geniales que brotan repentinamente, pasman a medio mundo y se disipan, dejando por solo rastro el asombro; Huidobro proclamando el genio de Huidobro; Altolaguirre, que realiza el más extravagante de los matrimonios, una escena de gran colorido; Rafael Alberti, que conoce a Federico y lo admira, aunque algo entre los dos no marcha bien: "Son amigos (pág. 45), pero se me antoja que no lo serán siempre". Aunque de una bondad casi excesiva, que le impide hundir el dardo, Carlos Morla no puede, a veces, evitar su clarividencia y habla.

Su libro, que no puede llamarse exactamente libro, porque eso sugiere un plan, una composición premeditada, es, más bien, una cinta magnética, un espectáculo parlante, es la vida que vuelve a pasar ante nosotros, dispareja, maravillosa, trivial, cotidiana, con el frescor que sólo tiene un breve instante, es "le jeune, et le vivace et le bel aujourd'hui", un vasto fragmento del tiempo perdido que por milagro de la palabra ha sido conservado.

Sólo viene a comprenderse la fuerza del embrujamiento que produce cuando, en la última página, uno se encuentra solo, como si, de pronto, una cantidad de gente que nos acompañaba se hubiera ido.

MEMORIAS DE UN EMIGRANTE

por Benedicto Chuaqui.

NECESITABAN esta voz los árabes de Chile. Son muchos, forman una colonia rica y empiezan a ocupar situaciones prominentes. ¿Qué sabemos de ellos, sin embargo? Mezclados cada vez más amplia y profundamente a nuestra vida, se les encuentra de norte a sur, afanosos, trabajadores, negociantes: pero, fuera de las sumarias fórmulas que el pueblo les aplica y el nombre, por lo demás equivocado, con que los llama ("turcos"), poco o nada sabemos de ellos, en realidad. Su remoto origen, su acento rudo, sus raros apellidos y el ímpetu de lucha y la capacidad de privación que se les siente no incitan al acercamiento ni provocan con facilidad la simpatía. El cuerpo social se defiende contra esos elementos demasiado extraños y, sin conocer su espíritu íntimo, el aspecto que tienen despierta ora la hostilidad, ora la burla.

El señor Chuaqui es el primero entre todos que toma la palabra y se hace oir.

Para llegar a nosotros ha elegido el camino más breve: hablarnos de él, contarnos su vida, su nacimiento, su infancia, su emigración, y decirnos cómo esta tierra que vino a conquistar, al cabo de los años, le ha conquistado a él.

Así empiezan las amistades, por medio de confidencias.

En ese difícil terreno de las memorias personales, el señor Chuaqui ha adoptado el único paso que permite andar con pie seguro y llegar a justo término: el de la sinceridad aliada a la modestia. Quien logra hablar de sí mismo sencillamente, sin amor propio, puede afirmarse que indefectiblemente consigue interesar y está muy cerca de escribir algo digno de ser leído, por pequeñas que sean sus dotes literarias. Ciertas rarísimas virtudes equivalen con frecuencia al talento y aun lo reemplazan.

Don Benedicto Chuaqui cuenta que nació en Homs, de Siria. Su padre no sabía leer ni escribir; su madre pertenecía a una familia algo más elevada: pero en aquel pobre villorrio ellos no se contaban entre los ricos. Se vivía allí de un modo primitivo: comían pan, higos, dátiles, pepinos y aceitunas. Una existencia bíblica. Cuando el muchacho, a los trece años de edad, llegó al puerto de Beirut para embarcarse, rumbo a nuestro país, le asombraron en el hotel esas luces que no necesitaban

fósforos ni se apagaban a soplidos. Gente, por lo demás, muy religiosa, cristiana, de costumbres severas, evocaban en varios sentidos a los patriarcas, debían más tarde sufrir con el libertinaje de Occidente. Cuanto a libertad, ellos desconocían hasta esa palabra, pues los turcos, después de quitarles el derecho a ella, les prohibían nombrarla.

Los árabes de Homs profesan el cristianismo y pertenecen a la religión ortodoxa; pero entre sus prácticas sociales quedan hábitos y restos de supersticiones inmemoriales, algunas tan chocantes para nosotros como la presencia de lloronas (nahuahuat) en los entierros. Cuando el muerto es joven, la propia madre marcha al cementerio encabezando el cortejo, entre gritos desgarradores y cantos; a ratos baila una trágica danza, un pañuelo en la mano, el cabello en desorden y el rostro demacrado.

La distancia de que vienen no es, pues, solamente geográfica.

¿Cómo logran adaptarse, surgir, triunfar? ¿Cómo vencen la dificultad del idioma, la resistencia del ambiente, las asechanzas desconocidas, los robos, el engaño y la miseria?

He ahí la lección fundamental que encierra la obra del señor Chuaqui, muchacho desvalido que, en treinta y tantos años, a fuerza de trabajo, ahorro, severidad y honradez, se abre paso en el comercio, avanza lenta pero seguramente hasta la posición más distinguida y, una vez instalado y considerado, se dedica a favorecer a los suyos y servir a la colectividad que le acogió.

Entre los obstáculos innumerables con que hubo de tropezar, uno de los más conmovedores lo constituye la pesada leyenda de sus compatriotas, el nombre de "turco" asociado al menosprecio y la ignorancia y que le impedía trabar verdaderas amistades y manifestar a menudo sus mejores sentimientos. Personas que reconocían sus buenas cualidades y estaban dispuestas a admitirle en su intimidad, retrocedían diciendo o dando a entender: ¡Lástima que sea turco!

Su ingreso a una compañía de bomberos, donde podría satisfacer su ansia de generosidad y sacrificio, conquistándose, al mismo tiempo, buenas relaciones, pone en evidencia las heridas que recibió y el ánimo desprovisto de amargura con que pudo superarlas, hasta convencer a los demás de que era tan digno como los mejores.

Este libro, tras varios otros de índole cultural, señala en la carrera literaria del señor Chuaqui una etapa importante y marcará también su fecha en la colonia árabe, incorporada a Chile. Se halla destinada a crear otra leyenda sobre la antigua, a destruir un mito erróneo mediante otro, a cambiar en la mente pública el significado de la palabra "turco", objeto de fáciles burlas, grabándole una imagen noble, sencilla, emocionante por su drama callado, alentadora por su esfuerzo provechoso, capaz de atraer la simpatía y despertar la admiración.

Si les ha hecho un gran bien a sus compatriotas, mostrándolos en el mejor aspecto, también ha comprometido el señor Chuaqui la gratitud nuestra con estas memorias de un chileno adoptivo.

YO SOY TU

por Jorge Délano.

"LE moi est haïssable" ("el yo es aborrecible"), dijo Pascal, hablando en nombre del siglo clásico, de la razón cartesiana que pide puntos de apoyo a la realidad externa. La sociedad proscribe, como tema, el "yo", no porque a nadie le disguste, sino al revés, porque a todos les gusta demasiado y, puesto en libertad, invade el salón e impide conversar.

Pero vino Rousseau, vinieron sus "Confesiones", empezó a manar el encanto de la confidencia romántica, íntima, poética, inacabable, se descubrió esa fuente oculta y, a mediados del siglo XIX, la gran voz de Víctor Hugo halla la fórmula conciliadora, una justificación del "yo" sacado a la luz y la línea donde éste se une al mundo exterior:

—Ah, malheureux qui crois que toi n'es pas moi!

Desdichado si tú crees que no eres yo. Yo hablo de mí; pero, obsérvalo: al mismo tiempo estoy hablando de ti. Cuento mis cuitas: son las tuyas. Recuerdo mis esperanzas, mis goces, aquel episodio lejano, ese terror próximo y muchos misterios. ¿Nada de eso te suena a conocido?

Gran cosa un buen título. Puede explicar, valorizándolo, todo un libro; señala el camino por donde se debe penetrar. En cambio, un título caprichoso o indebido sirve para que caigan en la trampa los ingenuos y otros lo usen, ¡con qué alegría!, de dogal.

"Yo soy Tú", justo, exacto, no deja, sin embargo, de ofrecer sus peligros. Amaga la identidad personal. En estos tiempos de cédulas y antecedentes, alguien puede acercársele con ánimo inquisidor: "Señor, su certificado de nacimiento, el de matrimonio de sus padres". Inútil replicar: "Pero si yo soy tú". A Coke le recibirán esta respuesta; es bien nacido y demuestra talento; tratar con él de igual a igual enorgullece; a otros sería conveniente atajarlos. "¿Yo soy tú? Espérese usted. Vamos por partes. ¿Sus apellidos?"

Los de Coke descubren ilustres raíces. Un día, en Washington, lo recibe el Presidente de Estados Unidos, Franklin Délano Roosevelt; mostrándole un retrato colgado en su escritorio, le dice:

—Philippe de Mannoy, nuestro común antepasado, que huyó de las persecuciones religiosas...

Oir esto y repetirlo bastaría a muchos para estallar. El amor propio de Coke resistió. Hubo más. Mientras hablaba con el Presidente, quiso

retirarse, porque la etiqueta prohibe las entrevistas muy largas. Roosevelt lo retuvo. Un funcionario entró a decir a S. E. que alguien lo esperaba. S. E. repuso: "Que espere. Temo no tener la ocasión de volver a encontrar a un miembro de mi familia que vive en un país tan lejano". Cuando lo dejó partir, Coke se cruzó con el que hacía antesala: era Molotov. Verdad que en punto a glorias familiares Coke estaba curado de espanto. Su padrino de bautismo fue su tío el Almirante Montt, Presidente de la República. Mientras lo tenía en brazos, él, irrespetuoso desde entonces, lo bautizó, a su vez, como acostumbran los niños.

La vida de Coke, común en apariencia, vida de artista que ha luchado y, a fuerza de talento, triunfó, descubre, mirada por dentro, una cantidad increíble de cuentos de hadas y duendes, episodios raros, lances novelescos.

Algunos son crudelísimos. Sobrino del Jefe de la Armada, entró a la Escuela Naval; pero tenía poca talla, como su tío —"un metro cincuenta sobre el nivel del mar"—, y las bromas de los antiguos y los grandes con el alumno nuevo tomaron sesgo feroz. El primer día un grandote lo empujó con tal violencia que le hizo azotar la cabeza contra el suelo. Recuperó el conocimiento en la enfermería. Tenía un brazo entablillado. Al lado suyo, un cadete de apellido Costabal, vuelto loco por otra broma salvaje, quería, en su delirio, asaltarlo, y de no mediar el enfermero, lo habría estrangulado. Pasó una noche de Poe. El accidente nada hizo para moderar las "bromas" de los cadetes con el novato. Tal extremo alcanzaron que el niño resolvió morir. Se lanzaría desde un velero de entrenamiento que había en el último patio. Lo hizo: se rompió la cara y se quebró la nariz, que hasta ahora conserva deformada; pero consiguió que sus padres lo sacaran de aquel infierno. ¡Y cuando uno ve pasar a los cadetitos navales tan inocentes con su uniforme corto y su gorra blanca!

La manera de narrar que emplea Coke impide discutir sus palabras. Nada de rodeos, comentarios, preparativos o largas descripciones: el hecho desnudo, el grano inmediato, la cosa, la persona, lo esencial. Enemigo del aburrimiento, sabe por instinto condensar. Recordamos las Memorias de Benvenuto Cellini: en Coke hay fibra del Renacimiento, algo de esos hombres completos, pensamiento y acción sin vaguedades,

titubeos, ni blanduras. El libro entero se siente repleto de vida dura, las anécdotas caen como catarata, ninguna inútil, cada cual cargada de sentido. Yo pensaba, visto el volumen de la obra, que tendría para una semana, una buena semana de buena lectura. Apenas resistió día y medio. Dejé para más tarde todo lo demás, almorzaba rápidamente, no veía a nadie, postergué muchas obligaciones, para leer, para la gran tarea de leer un libro entretenido. Un libro así es un aparato mágico: suprime el tiempo, hace mirar con temor la última página, porque allí terminará nuestra alegría.

Pero no comentemos; leamos.

Durante su infancia, Coke habitaba una casa grande con tres patios y su padre poseía un fundo y un molino. Todo eso se esfumó. El caballero empezó a llegar provisto de piedras, hermosas piedras de mina que anunciaban tesoros. ¿Quién no las conoce? El derrotero, la veta, el alcance, el broceo, los mineros, los víveres, plata para esto, plata para lo otro, hipotecas, abandono del trigo y las vacas; cada vez menos animales en el fundo; todo para las minas, para las insaciables minas que enriquecieron a los Edwards, a los Gallo, a los Cousiño, a los Urmeneta, a los Errázuriz, a los Subercaseaux, a Díaz Gana, a Concha y Toro; pero bajo cuyas luces deslumbrantes yacen miles de fascinados agricultores. El padre de Coke, como mi padre (yo soy tú), quiso que esas piedras se convirtieran en pan: ocurrió que los panes se convirtieron en piedras.

Muy melancólico. El libro es, a menudo, así. Se trata de un humorista y los profesores que ordenan las cosas, clasificándolas en catálogos, sin error de fecha, sin lamentables omisiones, van a poner este libro entre los humorísticos. Su autor es un humorista, un hombre célebre destinado a hacer reir. Sí, en verdad. Mas, por suerte, Coke no toma a lo serio su papel, ni se cree obligado a estar siempre de chiste. A menudo, mucho más a menudo, se presenta grave, incluso terrible. El episodio de la Escuela Naval nada tiene de gracioso. Tampoco el de las minas paternales. En el torrente de los "pequeños hechos significativos", los incidentes cómicos alternan con los accidentes trágicos y hay de todo, hasta política, hasta profecía y fuerzas sobrenaturales, intervenciones del más allá en el más acá.

Pero sigamos leyendo.

Con su padre, su madre, muchos hermanos e incontables hermanas, todos dedicados a la música, que le hacían despertar en un bosque de trinos, arpegios, fugas y adormecerse al son de Beethoven y Bach, Coke vivió mucho tiempo en la respetable calle Catedral. Cerca de él había un almacén. Todavía existe. Un muchachito de ojos inteligentes, hijo del dueño, que jugaba en el mostrador, le hizo un día un regalo, unas pastillas con palabras destinadas a conversar a fin de que los amantes se dijeran lo que no se atrevían a decir. Entonces había amantes tímidos y también mujeres pudorosas. Coke bendice esos tiempos. Añade: "Si aquellas pastillas (pág. 80) en lugar de decir palabras cursis hubieran predicho el futuro, aquel niño de inteligente mirar hubiera leído en ellas: "Algún día serás Ministro de Estado y Embajador en París, pero tu mentalidad de comerciante minorista pondrá en peligro el negocio cuprífero de Chile". El niño es hoy día el Excmo. señor don Juan Bautista Rossetti, Embajador de Chile en Francia. Coke no olvida que es periodista, ¡y qué periodista! Al pie de esa página pone esta nota: "Otro comerciante minorista, don Rafael Tarud, que saltó desde el mostrador de su paquetería de Talca al Ministerio de Economía, también puso en peligro el negocio del acero chileno". Sí, bien, muy bien; pero, ¿y Portales? También saltó del comercio a la política. El espíritu sopla donde quiere.

La llegada de Onofroff y su pasmoso hipnotismo revelaron a Coke este poder fascinador. Nicanor Molinare le prestó un libro de Richet. Un día, en clase, a manera de ensayo, sugestionó a sus compañeros, los puso tartamudos. El profesor creyó que se burlaban: al reprenderlos, empezó a tartamudear. Se declaró una histeria colectiva y las cosas llegaron donde el rector. Coke cita el testimonio de Mariano Latorre para probar que el propio rector se vio atacado de tartamudez. Afirma que a Manuel Vega también lo hipnotizó. Más todavía, yendo de excursión por la cordillera, cerca de la Laguna Negra, durmió a uno de sus acompañantes, lo puso en estado cataléptico, le ordenó desdoblarse, venir a Santiago, visitar a su madre que estaba en el jardín de la casa, rodeada de parientes. Todas las descripciones que hizo coincidían con la realidad, pero el experimento no resultó divertido. El sujeto estuvo

rígido, con pulso débil, doce interminables horas; costó mucho despertarlo; al volver en sí, no sabía nada de lo ocurrido. Por último, Coke se autohipnotizó: sentado en el sitio "donde se está tranquilo", púsose a contemplar un hoyo en el cartón y concluyó durmiéndose tan profundamente que no despertaba ni con los golpazos que daban en la puerta. Miraron por el tragaluz, lo vieron en actitud hierática, inmóvil, y fue preciso echarle un jarro de agua en la cabeza para que despertara.

Su talento de caricaturista y actividades cinematográficas lo condujeron a Estados Unidos. Allá recibió premios de gran resonancia y estuvo en Hollywood corriendo aventuras que evocan las de Pérez Rosales cuando el oro de California atraía a gentes de todo el mundo. Hay que ver un banquete que dio "para comer" y qué cocinera llegó a ser Mercedes Jiménez. Llevada allá por Manuel Eduardo Hübner, entró al servicio de Rita Hayworth, recién casada con Orson Welles, y se convirtió en una potencia. Decidió venir a Chile con ellos para visitar a unos parientes de Iquique. Iba a zarpar el barco y Mercedes Jiménez no aparecía. ¿Qué le habría ocurrido? Sonaba la sirena. "Cuando empezábamos a inquietarnos, apareció un auto desconcertantemente lujoso y se detuvo junto a la pasarela, cosa permitida a personajes prominentes. Los pasajeros se apretujaron para ver quién venía: "Debe de ser algún diplomático", dijo alguien. "O una estrella cinematográfica", replicó otro. ¡Era la despampanante Rita Hayworth que había ido a dejar a Mercedes Jiménez! Se despidieron con lágrimas en los ojos, lágrimas verdaderas, no de glicerina..." Todo un capítulo para ese libro "Chilenos Fuera de Chile" que empezó don Carlos Silva Vildósola en una conferencia, años atrás.

El éxito, la gloria nacional, internacional —Coke es el padre de "Topaze"—, no han ensoberbecido al autor de "Yo soy tú". De ahí la simpatía misteriosa de su estilo: nada incomoda a los lectores como el orgullo. Coke lo ignora. En eso también se parece a Pérez Rosales, que nunca se tomó demasiado en serio y siempre desliza por el fondo un guiño de complicidad secreta, con algo de travesura.

Contiene su libro un trozo de antología sobre las abejas y el comunismo; es un paralelo penetrante hasta dar escalofrío entre el régimen estatólatra y la colmena, con todas las derivaciones que pueden supo-

nerse hacia el mundo de la libertad, apretado, perseguido y estrecho, no sólo en Rusia. Citas de Ouspensky y de Maeterlinck prestan apoyo científico al símil y convierten la metáfora en un hecho político. ¿Cómo se le ocurrió? El lo cuenta. La idea le vino un día que, puesto ante el papel, no tenía ninguna. Su mente estaba en blanco, desnuda como la carilla. Entonces, zumbando, llegó una abeja. Lo demás salió solo. Hay que leer ese trozo. Y yo pediría algo más; que se le imprimiera en centenares de miles de volantes para que, con las alas de las abejas, pudiera ir a todas partes llevando su aguijón, su cera, su luz. Es magnífico, ¡y cuán modesto! Tal como relata sencillamente sus parentescos presidenciales, Coke piensa sin énfasis, ahonda sin sentirse por eso un ser superior.

* * *

Bello libro, rápido y singular, de los más interesantes que se han escrito en Chile, de los más variados y curiosos. Cada capítulo dura pocas páginas y el texto, completado por ilustraciones que forman dúo, ocupa, a veces, breve espacio; pero todos cuentan algo concreto, digno de saberse, a menudo casos que podrían alimentar volúmenes. Es un semillero, una especie de historia de donde se hubieran eliminado las grandes corrientes ideológicas, los movimientos generales, los influjos de escuelas estéticas, doctrinas filosóficas y la acción de los fenómenos políticos, sociales o económicos; en suma, las abstracciones solemnes y dudosas, para ir derecho al núcleo y coger la almendra, el hombre, la vida, tocando el punto neurálgico donde esas corrientes, influjos, escuelas, doctrinas y fenómenos se hicieron carne.

Recuerdo el título de un libro que no leí y cuyo autor he olvidado: "Iluminaciones en la Sombra". Es un título que hace ver caminos de campo en la noche, postes de luz encendida hasta distancia, ciudades lejanas picadas de focos eléctricos. Acaso sería interesante presentar nuestra literatura en esa forma con sus elementos vitales, sin los intermedios, proyectando la máxima claridad sobre las figuras o algunos aspectos de las figuras, dejando el resto entregado a la penumbra.

Sería adelantarse al proceso de la memoria que deja caer las grandes líneas y sólo conserva los rostros, unos ojos, cierta mirada.

Diestro en guiones cinematográficos, Coke aplica a sus memorias esa técnica: los profesores deberían estudiar su libro y explicarlo en clase.

Está admirablemente compuesto, es un tratado de proporciones justas y de unidad en la variedad. Cada cierto número de capítulos anecdóticos, que forman la mayoría, uno de reflexión seria levanta el tono, cambia el ambiente, obliga a mirar lejos; pero siempre como jugando y sin atribuirle mayor importancia. Véanse las páginas 39, sobre el tiempo; 55, sobre el límite del misterio; 82, sobre la geometría divina; 235, sobre el determinismo, sin contar la ya mencionada abeja, pág. 88, ni los hechos extraños donde lo curioso y lo inquietante se juntan, como la calavera de Lolol, página 154, y una caricatura profética, pág. 334. Hay un Coke pensador digno de estudiarse. Ese estudio demostraría cómo no se da el buen humorismo sin un fondo de inteligencia sólida, de buen sentido razonante, y ayudaría a descubrir algo aún más trascendental en el arte y en la vida: el secreto de entretener escribiendo, ese don que algunos consideran frívolo —sobre todo cuando no lo poseen—, pero sin el cual la literatura se extinguiría, pues nadie tendría "tiempo para leer".

RECUERDOS LITERARIOS

por Fernando Santiván.

ALGUNA vez, en accesos de criollismo intransigente, han reprochado a Santiván los críticos que los personajes de sus novelas no sean bastante chilenos, nacionales, auténticos y autóctonos. Esa fue durante mucho tiempo la voz de orden. Lo hallaban influido por los novelistas rusos; sus tipos y escenas, que debían "traducir la realidad nacional", interpretar nuestro carácter, echaban al rostro bocanadas de Tolstoy, ráfagas de Dostoiewsky; provenían demasiado del "espíritu subterráneo".

Este libro de confidencias autobiográficas lo justifica. La explicación consiste en que él mismo, su alma, sus pasiones contradictorias, la paradoja de su existencia, las cosas increíbles que le ocurren, parecen una novela rusa, tempestuosa y sombría.

El, cuando se examina, se asombra.

"¿De dónde —se pregunta— procede este orgullo de raza mío que no reconoce iguales ni superiores? Es algo absurdo, hiperbólico, fantástico. En mi fuero interno, casi en las esferas de lo subconsciente, me siento como en un plano superior al de príncipes y monarcas."

Analiza su estirpe y no ve las razones. Es una buena y clara estirpe de hidalgo castellano. Nada más. Verdad que ha sufrido. Al comenzar, estampa estas palabras dolorosas: "He conocido la miseria. Y también el hambre". Pero eso les ha sucedido a otros que no reniegan de la experiencia, máxime si desde allí se elevaron a condición distinta.

Agrega detalles. Trabajaba como escribiente de un célebre abogado que, al clausurar su estudio, junto con una carta de recomendación bastante protectora, le hizo el obsequio de un "smoking", un frac, una levita y un macfarlán, todo de la mejor sastrería e impecable corte, como expresamente hechos para reírse del pobre mozo cesante, reducido a la indigencia. Nadie le daría un centavo por todo aquello. Unicamente le servirían en "las tristes noches del helado invierno", mientras mascullaba amargas teorías de revuelta social, para envolverse en aquellas nobles prendas, abrigo suntuoso e insuficiente, que le hablaban, con sus ricos paños, con sus suaves sedas, de las solemnes fiestas y las ceremonias en que él no había participado ni participaría nunca.

¡Qué caldo de cultivo para un feroz resentimiento!

Tenía dieciocho años, había cometido la locura de casarse, por lo

demás, no muy enamorado, con una muchacha sin fortuna que le dio un hijo y le quitó la libertad. A poco andar profería gritos bajo la cadena. La mujer lo miraba tristemente. Era una excelente mujer; pero... "Yo hubiera deseado —pág. 70— que Magdalena me acogiera al regreso de mis traqueteos por la ciudad con esa alegría de las mujeres amorosas que se traduce en pequeñas actitudes de sumisión, de ternura, de languidez. Mujeres que se cuelgan del brazo del marido con movimientos felinos, que alargan los labios tibios pidiendo un beso, en la actitud picaresca de un niño regalón; mujeres que tienen movimientos pueriles y encantadores. La masculinidad necesita seres frágiles que puedan ser manejados entre los dedos, con la delicadeza con que se tomaría un "bibelot".

"—Buenas tardes, Magdalena...

"Cuando ella, en otro tiempo —continúa—, estaba contenta de mí, acudía con la boca florecida por ancha sonrisa y con los ojos chispeantes. Era el regocijo que tiene el mar en las mañanas de sol cuando las olas revientan en espuma. Había en ella sano perfume de naturaleza no domada. Ahora, Magdalena se limita a responder:

"—Buenas tardes..."

El traje raído, los quehaceres domésticos, la comida escasa, la pobreza, en suma, la "losa de los sueños", han caído sobre el ensueño juvenil.

¿A quién culpar?

Sin confesarse de una manera explícita, pero con rara imparcialidad, el autor lo insinúa en el siguiente episodio.

Exasperado por la falta de dinero, es decir, de todo, llamó un día a la puerta de un amigo, escritor también, pero rico, hijo único de padre pudiente, mimado por la fortuna. Fue recibido con los brazos abiertos. "Oh Samaniego... ¡Precisamente, estaba pensando en que... Pero pase por aquí, porque este pasadizo es muy... Leí su último cuento en "Panthesis" y me agradó. A usted le entusiasman los rusos; yo... Aquí tiene los últimos rusos recién llegados... Pero estoy leyendo los españoles modernos... ¿No conoce a Martínez Sierra y Rusiñol?... ¡Ah!... ¡Oh!..."

Aunque la visión de su hogar helado, sin pan, le descompone los nervios y va a solicitar dinero, traza de Juan Salvo un retrato cariño-

so... Pero ¿cómo hablarle? ¿Con qué palabras? Tiembla, se le hace un nudo en la garganta. El otro sigue con literatura y más literatura. Al fin, no se contiene y, cerrando los ojos, se lanza. ¡Ya está! Derrúmbese la casa, ábrase la tierra, trágueselo. Juan Salvo, sin darle importancia, murmura:

—¡Pero, hombre, haberlo dicho antes!

Saca un cheque, lo llena, continúa:

—Pero, mi querido Samaniego, yo siempre he dicho... ¿Ha ido a ver a Clara Della Guardia? Hay en uno de sus dramas una escena que yo... El teatro italiano es naturalista; pero yo creo que los rusos...

Con los cincuenta pesos en el bolsillo, Samaniego se siente otro hombre. Pasa frente a una tienda elegante y mira los "artículos para caballeros". He ahí una linda billetera de cuero ruso; debe de oler bien; sería posible sacarla del bolsillo con gesto rumboso. Entra, pregunta el precio, la compra. Ya están invertidos los cincuenta. Ahora no falta sino que su mujer admire la billetera y se la lleva:

—Un regalo de Juan Salvo...

—¡Ah!

Al cabo de unos momentos, sin dejar de mecer al niño en los brazos, agrega:

—En la agencia te podrán pasar hasta cinco pesos por ella.

El "personaje ruso" es aquí, al mismo tiempo, sin cambiarle un ápice, un personaje bien chileno. Centenares de ruinas económicas, la del país entero, podría explicárnosla, sin lujo de teorías, esa pequeña fábula de cuya autenticidad no dudamos por el hecho de haberla oído contar, con ligeras variantes, de Teresa Wilms y de mucha gente más en este país de préstamos y derroches.

Otro caso parecido.

Años después del suceso, redactor ya de un diario y con cierta situación, aunque siempre apurado de fondos —su sistema económico no lo llevará a la opulencia—, Claudio de Alas, el famoso bohemio colombiano, le pidió, según su costumbre, una pequeña suma prestada. Claudio era soltero y ganaba un sueldo opíparo; pero había que sostener el honor de la bandera. Sólo que Samaniego, escarmentado y sabedor, no cae en el garlito. Lo mira y le dice pausadamente:

—Hace pocos días le presté un dinerillo, porque me dijo encontrarse en un apremio monetario. Bien. Le creí y lo hice con gusto. Pocos días después pidió usted en mi presencia una pequeña cantidad a Tulio Maqueira. Recibió el dinero que el otro le dio sin reserva y se dirigió usted en mi compañía a un bar. Bebimos una copa y, al brindar, dijo usted poco más o menos: "A la salud del imbécil a quien le he hecho el honor de recibirle cinco pesos". Recuerdo que usted agregó risueñamente: "Los cerdos tienen la obligación de alimentar a las águilas". No está mal la teoría, amigo Claudio; pero, en todo caso, me complacería saber si me sitúa en la compañía de las águilas o de los cerdos.

En la serie de contrastes que la vida de Santiván presenta no podía faltar ese de los inmortales compañeros, don Quijote y Sancho, alternativamente alojados en su corazón.

Pero este espíritu de ascendencia española va por el mundo sometido a un destino de personaje ruso. Como si el arte hubiera influido sobre la naturaleza, una especie de ardor sombrío lo hace debatirse en situaciones absurdas con problemas contradictorios, entre aspiraciones inconciliables. Lucha contra la realidad, querría ser otro. No le disgusta advertir que en su cuerpo de atleta bulle un temperamento sanguíneo. Después de lamentar el fracaso de su matrimonio, añade: "Y junto a eso, la sangre de los veinte años, espesa, rica, violenta, haciendo hervir el cerebro como un tronco cubierto de retoños ansiosos de convertirse en ramas bebedoras de aire y de sol. El matrimonio fracasado para un joven es como un criadero de potros salvajes en la lobreguez de un subterráneo bajo el mar". Es la fuerza palpitante y contenida que no se quiere sujetar. No obstante, al mismo tiempo, nota en su interior otras energías, personalidades distintas que pugnan por salir o que él se imagina que pugnan: "Sin embargo —escribe—, gustaríame ser fino, tenue como una nube para envolver a los seres que amo y penetrar por los resquicios de las habitaciones cerradas". Un día, Mariano Latorre, su compañero de infancia, que lo consideraba un rudo peligroso, dijo que había descargado "sus razones como mazas indígenas". Santiván comenta: "Me creía incapaz de sutilezas, de finas observaciones y de solapadas ironías". Poniendo a mal tiempo buena cara, añade: "Se lo agradezco, porque eso era juzgarme buen hombre", como si a al-

guien le pudiera agradar que lo llamen, no decimos buen hombre, pero ni hombre bueno... Y menos que a nadie a él. Hay en su interior una herida, una región de sensibilidad pueril, casi enfermiza, que le hace ver desaires y desdenes donde hubo tal vez sólo indiferencia o acaso timidez, una timidez como la suya, aunque de diverso origen. Así como se supervaloriza juzgándose de una estirpe superior a los monarcas y los príncipes, en ocasiones se subestima con exceso, se declara ofendido y humillado, lo abruman palabras banales que nadie tomaría en cuenta. No carece de intuición psicológica, de cierto tacto elemental y como fotográfico para percibir los caracteres; pero, al llegar ahí, al punto doloroso, sus reacciones sentimentales desproporcionadas le nublan la vista y le hacen marchar a tientas, cayendo y levantando. Llega a parecerle raro que a él, un mozo culto, lo traten cortésmente personajes cultos, sólo porque ellos poseen dinero y él no. Diríasele perpetuamente desposeído, arrojado, injuriado.

Véase la anécdota del teléfono, por él relatada con una viveza que prueba el hondo rastro que el incidente le dejó.

Ocupaba Santiván un puesto en el diario "La Unión", donde había obtenido algunos pequeños triunfos periodísticos. Reunidos una tarde en el salón de crónica los redactores, dijo el director, señor Cariola, si se habían acordado de preguntar por la salud del Arzobispo. Silencio general y orden a Samaniego de llamar al Arzobispado. Siguen dos páginas inquietas e inquietantes, llenas de vacilaciones, sobrecogimiento y terror. "...yo me dirigí pausadamente al teléfono, pero caminaba como si me hubieran extraído toda la sangre y todas las vísceras y, vacío, del todo, como si estuviese pronto para emprender la ascensión como un globo..." Uno se pregunta qué sucede. Y hace conjeturas. Tal vez Samaniego, de ideas radicales, admitido en el diario conservador por la bondadosa tolerancia de don Carlos Casanueva, halle deprimente preguntar por la salud del prelado. ¿O ha herido su dignidad el tono de la orden? ¿O la orden misma, el hecho de que le ordenen algo? Va al teléfono, lo mira, vuelve, torna a ir y a volver. Le reiteran con sorpresa el mandato y, entonces, rojo, balbucea:

—Señor, le ruego que mande a otro a preguntar por el señor Arzobispo. Yo... no sé hablar por teléfono.

Nadie, naturalmente, le creyó. La verdad produce ese efecto. El director pensó en una burla. Samaniego, anonadado, confuso, soltó unas insolencias, cogió su sombrero y se marchó del diario. "El día siguiente, me quedé en cama, presa de un abatimiento feroz. Pensé que no tendría nunca más fuerzas para salir a la luz del día, ni menos para arrostrar la mirada de mis compañeros de oficina. Junto a eso, levantábase en mí la visión demacrada de la miseria por venir, de los largos días expectantes en busca de ocupación, de los repetidos viajes a las sórdidas casas de préstamos... Me invadió la fiebre. Mi mujer se dedicó a ponerme compresas de agua fría en la cabeza."

El asunto se arregló, como se comprenderá, sin dificultades; pero ese rasgo del carácter de su protagonista no se arreglaría tan pronto.

Junto a las timideces, el encogimiento, las suspicacias y el rubor, casi femeninos, las bofetadas, las legendarias bofetadas de Santiván que, de pronto, irrumpían en una disputa, tumbando al adversario. Aquí reconoce dos, una a un pobre corrector de pruebas del "Ilustrado" que le cayó mal, otra a un mayordomo patibulario de Zig-Zag, llamado Rossel: la primera, le costó su puesto; la segunda le produjo la satisfacción de verse, al fin, respetado.

Pero ésta y otras armas de que la naturaleza lo había dotado generosamente no le servían para adquirir la seguridad con que tantos otros, menos provistos, marchan muy desenvueltos por el mundo.

Siempre temía resbalar, ser víctima, caer en ridículo, dar un mal paso.

Y como el destino persigue a los desconfiados, le ocurrían singulares percances, cosas que a otro no le hubieran sucedido.

Cuando publicó su primer libro, fue a dejárselo a Iris, escritora a quien admiraba por su talento y su audacia, por su espíritu rebelde contra la clase alta a que pertenecía. Fue acompañado del pintor Rafael Valdés, amigo de la casa, aunque, allá, muy adentro, rebelábase su orgullo al pensar que pudieran tomarlo como mendigo de relaciones aristocráticas. Lo recibieron con los brazos abiertos. Describe minuciosamente la morada, la familia, el ambiente, y se le ve seducido y deslumbrado. Era ese santuario inaccesible con que soñaba, era el mundo opulento y brillante hacia el cual sentíase atraído, no sin aborreci-

miento, vertiginosamente. Dominado por esta impresión, al regresar a su pieza escribió una página íntima, confidencial, en que se desahogaba. Presentía que en su carrera iba a operarse una gran transformación. Rafael Valdés leyó el trozo y, poseído de entusiasmo, salió con él. ¿Iba a publicarlo? En ningún caso lo permitiría. Hizo algo peor. Dirigióse con aquella efusión sentimental a casa de la escritora, entró a la fuerza, llamó a la señora, al caballero, a todo el mundo. Gritaba que era "el mensajero de la verdad", que nada hay en el mundo más importante que la verdad, que es preciso vivir en la verdad. Alarma en la familia. ¿Qué se proponía ese loco? El loco se proponía eso: decir la verdad. Cuando todos estuvieron reunidos, blandiendo su papel, exclamó:

—Señora Inés, Santiván la ama a usted.

Y quiso leer el documento.

Fue uno de los primeros síntomas de su trastorno mental. Era un delicado artista, un hombre de gusto y de corazón que dejó cuadros valiosos; pero se puso a decir la verdad y lo llevaron al manicomio.

Muy "autor ruso".

Pero, además de los desequilibrios y extravagancias que les son propios, tiene Santiván de los compatriotas de Dostoiewsky la cualidad que les ha conquistado el mundo: la gran simpatía humana, una especie de bondad tierna y primitiva, el amor a todos los seres y todas las cosas, esa ansia absurda que no se satisface sino con la felicidad universal. Abrupto y disparejo, este sentimiento, que nunca degenera en sentimentalismo, difunde en las memorias de Santiván una sinceridad más convincente que la de sus novelas. Se desengaña, reniega, maldice; pero vuelve a engañarse y caer, irremediablemente. Está hecho así.

"La dulzura y la bondad —escribe—, empleados como medios de persuasión, son estériles. La "irresistencia al mal", predicada por ese grande espíritu ingenuo de Tolstoy, no pasa de ser una evangélica y hermosa teoría que, en la práctica, puede producir los más cómicos resultados. Creo —agrega— haber nacido con un espíritu naturalmente orientado hacia la dulzura, la justicia y la compasión; pero he debido ahogar esos sentimientos para no verme sofocado por el abuso y vencido por la incomprensión."

Incurre, a menudo, Santiván, en faltas de gusto, usa imágenes incon-

gruentes, hace reflexiones obvias, innecesarias, de puro relleno, y pasma, a veces, que el autor de tal o cual pasaje haya podido, con la misma pluma y la misma tinta, escribir tales y cuales otros.

No importa.

Con sus pasos desiguales, muy largos o muy cortos, con su timidez y sus violencias, con sus altibajos disonantes, al cabo su acento vigoroso se impone y se nos adentra, forzándonos a reconocerlo como un amigo y un hermano que ha sufrido más hondamente que nosotros nuestros mismos sufrimientos y tiene, además, el valor de confesarlo.

MEMORIAS DE UN TOLSTOYANO

por Fernando Santiván.

NO hay que releer sin ciertas precauciones y sin estar advertidos las novelas que nos gustaron mucho en la juventud. Se corre el peligro de sufrir tristes desengaños.

Hace poco hicimos ese experimento con "La Hechizada", de Santiván, libro que, al aparecer y, más tarde, innumerables veces, colocamos en la serie de "pequeñas obras maestras" de nuestra literatura, como dotada de verdadero hechizo.

¿Qué se había hecho éste? ¿Qué le había pasado a la encantadora novelita?

A ella, nada, evidentemente. El papel, las letras, las palabras, todo permanecía; éramos nosotros los que habíamos pasado, era el tiempo. Nada más.

Con este desconsuelo, haciéndonos melancólicas reflexiones, recibimos las "Memorias de un Tolstoyano", poco antes de partir hacia una lejana ciudad. Durante el viaje recordábamos que "Robles Blume y Cía." concluía espectacularmente, con gran ruido de tambores, y que "El Mulato Riquelme" tampoco nos había seducido con exceso. ¿Sería algo así cómo el deshielo y todo un sector del mundo literario que antes nos parecía sólido iba desmoronándose para nosotros? Porque la impenetrabilidad, digamos, de una obra no constituye sólo una derrota para los autores, sino también, a veces principalmente, para el lector.

Por la mañana, antes de levantarnos, en el hotel de aquella lejana ciudad, abrimos, no muy esperanzados, las páginas de "Un Tolstoyano" y empezamos a leer.

Los primeros capítulos diríanse calculados para reforzar nuestros temores. Anuncia allí Santiván su intención de escribir limpiamente, como se debe, sin malas imágenes de mala retórica. Pero no cumple su propósito. Acto continuo vienen una cantidad de metáforas inútiles. ¿Se trataba de un caso perdido? Sin las nubes que hacían poco tentadora la idea de salir a conocer la ciudad, sin cierta inercia rutinaria que hace al lector inveterado continuar leyendo, acaso nos hubiéramos quedado ahí, en punto muerto.

Pero llegó, salvadora, la página 91.

Entonces comienzan las verdaderas memorias de la Colonia Tolstoyana

en Chile, allí surge la figura de Augusto d'Halmar, el incalculable, y la narración se transfigura, adquiere tal vigor, cobra tal interés, toma tanta corriente, que, de pronto, con sorpresa, yimos que había sonado la una de la tarde.

Pedimos el almuerzo al dormitorio.

Y seguimos leyendo. No sabíamos de la hora, del tiempo, ni de nada. Habría podido estallar una revolución bajo nuestras ventanas, hubieran podido reunirse de nuevo en la ciudad dos Presidentes o las tropas chilenas tomarse otra vez el Morro. Nosotros habríamos seguido leyendo. Estábamos en el aire. A veces reíamos en alta voz, a veces los ojos se nos humedecían y nos olvidábamos hasta de descansar; porque también divertirse demasiado fatiga.

La fiesta terminó como a las siete de la tarde. Empezaba a obscurecerse y, libres ya, roto el embrujo, pudimos levantarnos, vestirnos, salir a la playa y andar por la brisa marina, pensando, soñando.

Ignoramos lo que irán a decir los demás de esta obra y, en esos momentos, sólo habríamos admitido la opinión de que era estupenda. Teníamos la prueba en nosotros, en el largo chorro de felicidad que había derramado sobre un día entero de nuestra existencia, embalsamándolo. Eso, nadie, por más que dijeran, nos lo podría discutir. El resto, confesémoslo, importa poco. La literatura se ha inventado para alegrarnos la vida, para hacernos más amplios, más fuertes, más dichosos.

Ibamos, así, caminando por esa playa y saboreando el placer recibido, respirándolo junto con la atmósfera.

A la alegría del placer proporcionado por la lectura juntábanse la de enmendar el juicio que sobre su autor amenazaba formársenos y la idea reconfortante de que las letras nacionales contaban con un nuevo libro, bueno y bello, fuerte y saludable.

La aventura misma de la Colonia Tolstoyana, reducida a sus dimensiones materiales, no resulta enorme. La leyenda la engrandeció, porque tuvo caracteres novelescos y fue en su hora algo importante, nada menos que el nacimiento en Chile de la imaginación literaria, tan asociada a la sensibilidad que se traducía en hechos prácticos, de esos que la gente sensata llama locuras. Los jóvenes que, tras un viaje fracasado al sur, ocuparon unos pocos meses una quinta de San Bernardo, dispues-

tos a practicar las doctrinas del maestro que admiraban, son los primeros de una raza que, en el transcurso del medio siglo, iba a demostrarse capaz de redimirnos de la Beocia a que América nos tenía, no sin razón, condenados.

Antes de Santiván, muchos historiadores la extendieron y desfiguraron, romanceándola. Todas las historias de la literatura chilena durante el siglo XX aluden a ella.

Aquí estaba, genuina, palpitante, desde el principio hasta el fin, contada por uno de sus actores, por la víctima principal del que organizó la expedición y, cuando tocaron tierra firme, asumió en la extraña cofradía el papel de sumo sacerdote, el inmenso, misterioso y sugestionador D'Halmar, resorte de la empresa.

Comprendiéndolo a él, se comprende todo.

Singular personaje.

Después de llevar a sus discípulos hasta una selva del sur y de traérselos a esa modesta propiedad, la casita muy pobre que les cedió el poeta Magallanes, instalóse, al fin, con ellos y comenzaron los trajines para adquirir herramientas, proveerse de animales y aperarse de los útiles de labranza necesarios a quienes han decidido llevar una vida natural, trabajando la tierra, sembrando el trigo y amasando el pan que será su alimento, entremezclado ello, naturalmente, con las prácticas intelectuales propias de los espíritus elevados y un ascetismo que demostraría su pureza.

Alto, muy alto y muy esbelto, figura de príncipe nórdico teñido de color faraónico, poseyó D'Halmar desde muy joven, con su voz profunda, con su fantasía taumatúrgica, la especie de magia que, años más tarde, permitiría también a Neruda organizar en torno suyo grupos de muchachos que le seguían e imitaban, seducidos. En el origen de los movimientos literarios hay casi siempre el mismo fenómeno: una capilla y un capellán.

Es sabida la impresión que D'Halmar causaba en la tribuna del viejo Ateneo cuando, teatralmente, pedía la palabra y magnetizaba al auditorio. Un extraordinario actor se frustró en él. Dominaba por instinto la escena y sabía todos sus trucos. En la Colonia de San Bernardo los utilizó para someter a sus jóvenes acompañantes, el pintor Ortiz de

Zárate y Fernando Santiván, a una servidumbre tal, que mientras ellos araban y sudaban, él les leía pasajes de la Biblia o de Pierre Loti. Todas las tardes, acompañado de su séquito, conducíalos hacia una colina de la vecindad y, pronunciando algunas palabras confusas, que podían tomarse como oraciones, realizaba una pequeña ceremonia para despedir al sol.

Al principio, Santiván, que tenía dieciocho años, para quien D'Halmar era una especie de semidiós, se resignaba; pero, realista de temperamento y rebelde por naturaleza, además de impetuoso y violento, pronto le dieron ganas de sublevarse y empezó a encontrar ridícula esa mojiganga, hasta que un día, sintiendo a la hora sagrada de la puesta del sol, unos deseos muy naturales, aunque poco decentes, los satisfizo allí mismo, profanando impíamente el crepúsculo vespertino.

Era la revancha del Sancho que en él había contra el don Quijote que D'Halmar parodiaba.

Cabe, sin embargo, calcular el influjo absorbente que el maestro ejercía sobre sus discípulos por un detalle. Era D'Halmar hombre de presencia, de voz y ademanes extremadamente viriles; pero aborrecía a la mujer. Los dos muchachos, especialmente Santiván, perecían por ella. Pues bien, las mujeres fueron proscritas de la Colonia, tan proscritas como si se tratara de un monasterio. Ello originó, entre varios, un incidente pintoresco. Al otro lado de la calle, frente a la casita de la Colonia, había unas muchachas a quienes los severos y atrayentes vecinos llamaban codiciosamente la atención. Las ventanas de la casa de enfrente se abrían con frecuencia y desde allá partían risas, ojeadas, comentarios. Era el rigor del verano y eran los tiempos de la camisa de dormir. D'Halmar la usaba durante el día, parte por comodidad, parte porque era fresca de llevar y también, porque, de ese modo, con su larga silueta y sus ojos de hipnotizador, muy metidos en las órbitas, adquiría aún más aire de faquir, cosa que a él no le disgustaba. Las muchachas de la ventana, viéndole un día circular por la casa "todo de blanco, hasta los pies vestido", le dirigieron la palabra. El no contestó. Le preguntaron entonces por qué estaba enojado. El les volvió la espalda y se levantó por detrás la camisa de dormir, hasta que las vecinas, dando un grito, cerraron la ventana.

Santiván no embellece la figura del maestro; pero tampoco la rebaja. La contempla con una especie de estupor, la retrata minuciosamente; se le ve a la vez absorto, cohibido, irritado y también como algo temeroso. Nunca burlesco, irónico o trivial. Para él se trata, indudablemente, de una aventura seria, y eso es lo que presta al libro interés y le da gracia. Ni el humorismo ni la tragedia han de ser puros; resultan premeditados y pierden su valor. Aquí los vemos mezclarse involuntariamente, no en el propósito del que escribe, sino en el ánimo del que lee; no en la intención, sino en el efecto.

Arrastrados por la corriente narrativa, dimos pronto al olvido los reparos iniciales, de simple forma. ¿Qué importaba todo eso? Pero un momento, un mal momento, reaparecieron para importunarnos. Es una escena muy delicada, en la plaza de San Bernardo, junto a una fuente que mana. D'Halmar cuenta la historia fidedigna de su padre y de su madre, asunto difícil. Hállanse los dos sentados bajo los árboles y, durante una pausa, se escucha el ruido del surtidor. Está bien. Pero siguen hablando y, a poco andar, hacen una nueva pausa y, en el silencio, se oye otra vez el murmullo del surtidor. No basta. Hay todavía más conversación interrumpida por otras pausas en las que se oye nuevamente el consabido rumor del agua que surte. Por último, ya no se sabe lo que ambos interlocutores dicen, ni se atiende a lo que hablan, sino que se espera el momento en que volverá a resonar en un intervalo silencioso el comentario de la fuente.

Pero es sólo un pasaje.

Pronto el interés se reanuda y D'Halmar acapara la escena, como acaparaba alrededor las voluntades. Poseía algún secreto. Sin padre ni madre, se hizo adorar por su abuela, una gran dama empobrecida, bella y angelical, y por dos hermanas que lo servían como esclavas. Era un tirano. Una de ellas se casó con Santiván; pero cuando el hermano, que había salido de la casa, avisó que estaba enfermo, aunque a la esposa le constaba que era falso, abandonó al esposo para ir a cuidarlo a él, para hacerlo dormir rascándole suavemente la cabeza. Su egoísmo tocaba los lindes de la monstruosidad y consigna la obra tales detalles de su dureza, que cuando Santiván, exasperado, le da una bofetada y lo derrumba, el lector experimenta una sensación de alivio. ¿Se creerá que

a su abuela, a su blanca y seráfica abuela, tan decorativa con su cabeza blanca y su rostro señoril, que la llevaba al Ateneo para besarla en la frente, delante del público, antes de subir a la tribuna, tuvo el coraje de dejarla morir, sola y abandonada, en la playa de Concón, en silencio, acompañada únicamente por los ángeles que, sin duda, acudirían a recibir su alma?

La verdad es que los ingenuos colonos de la Colonia Tolstoyana, D'Halmar como Santiván y Ortiz de Zárate, con sus reacciones imprevistas, sus mezclas paradojales, sus sentimientos encontrados e ilógicos, sus violentas pasiones y ese llevar a la acción el mundo de la fantasía, tienen características de personajes de novela rusa, parecen salidos de alguna de ellas, si bien no precisamente de Tolstoy, sino de Dostoiewsky, aunque mucho menos famoso éste que aquél, por entonces.

* * *

D'Halmar, como Santiván, como todo escritor digno, escribía para no morir. El instinto fundamental de conservación toma en ellos esa forma. La gran manera de conseguirlo, el recurso supremo, consiste en crear seres imperecederos, criaturas dotadas de inmortalidad, fantasmas que sigan paseándose por el mundo cuando su creador repose bajo tierra. Se da el caso. Muchos ignoran el nombre de Cervantes y no podrían pronunciar el de Shakespeare; pero todos hablan de Sancho y don Quijote, encuentran alguna vez a un Otelo o sonríen de Romeo y Julieta. Es el genio, la gran lotería.

A través de las novelas de Augusto d'Halmar cruzan diferentes personajes que, sin duda, su autor lanzó con esa esperanza, que nutrió de su experiencia y de sus sueños, que revistió con los recursos de un arte sutil. Seres evasivos, hijos infieles, al cabo de algún tiempo se van de la memoria y sería difícil para el más atento lector recordar sus hazañas. Acaso la fisonomía más permanente sea la del zagalillo sevillano que perturbó la existencia del cura Deusto, el vasco austero, tentado por los demonios de la tierra andaluza.

También ha ensayado la empresa Fernando Santiván, novelista de producción copiosa y celebrada. Ha querido crear, tener una progenie imaginaria, libre de la muerte.

No sabemos lo que dirá el futuro de estas obras: los misterios del porvenir están bien guardados. Pero, bajo el influjo inmediato de estas "Memorias", impagables, sufriendo todavía los efectos de su sortilegio, pensamos que tal vez ni uno ni otro, maestro y discípulo, consiguieron nunca su propósito como en este libro donde figuran ambos, uno como autor, otro como actor, los dos como espectáculo.

Colocados en el nacimiento de la literatura chilena del siglo XX, sus figuras cobran valor de símbolo y la aventura en que se vieron unidos crece prodigiosamente.

San Bernardo, 11 de mayo de 1928.

Señor don
Hernán Díaz Arrieta,
Santiago.

Estimado amigo:

Muy interesante su artículo sobre D'Halmar, publicado en "Zig-Zag", pero noto algunos vacíos en lo que se refiere a la Colonia Tolstoyana. Conocí mucho a D'Halmar en su juventud, sobre todo la Colonia Tolstoyana, de modo que me hallo en situación de darle algunos datos por si usted quiere hacer algo más completo sobre este escritor chileno.

Más o menos en noviembre de 1904, Luis Ross Mujica, a quien había yo conocido poco antes en la redacción de "El Chileno", me invitó a ir un domingo a San Bernardo, a fin de conocer a Thomson y la Colonia Tolstoyana. Hicimos el viaje en el primer tren y regresamos en la tarde. Los "colonos" residían en una casita vieja, y que constaba sólo de dos cuartos, uno en pos de otro, un corredor y un sitio de unos cuarenta metros de fondo por ocho de ancho. Estaba ubicada la casita en la calle Eyzaguirre, cuadra y media al norte de la Alameda, lado oriente, y pertenecía a Manuel Magallanes. Me encontré allí con Thomson (D'Halmar se firmaba entonces Augusto G. Thomson), Fernando Santibáñez Puga (Santiván) y los pintores José Bakhaus, Julio Ortiz de Zárate y Pablo Burchard. También formaba parte de la colonia un joven poeta llamado Ignacio Herrera, que precisamente ese mismo día de mi visita se arreglaba para regresar a Santiago. A este joven Herrera no

volví a verlo después, y a lo que parece no persistió en hacer versos. Tenían los colonos otro sitio más extenso, también de propiedad de Magallanes, a unas cuadras de allí hacia el sur, y en donde se ensayaban en el cultivo de la tierra, conforme a los preceptos de Tolstoy. Seguían estrictamente el régimen vegetariano en la alimentación, y ellos mismos se hacían la comida, que era muy frugal. Antes de sentarse a la mesa, Thomson leía una página de Loti (era entonces su ídolo). Loti, Ibsen, Andersen eran dioses tutelares de la colonia, aparte de Tolstoy, a quien, sin embargo, se reverenciaba menos. El día de nuestra visita estuvieron también Magallanes y el escultor Canut de Bon. Recuerdo que Magallanes llevó una Kodak y se tomó un grupo, en que figurábamos todos estrambóticamente, y teniendo herramientas de labranza o útiles de cocina en las manos. Magallanes se caracterizó de árabe, y una sábana le sirvió de albornoz. Estas fotografías, en que yo aparezco, debe conservarlas la viuda de Magallanes.

Continué visitando asiduamente la colonia, y era raro el domingo en que no me trasladaba a San Bernardo. En una ocasión me quedé hasta el último tren (once de la noche). Pude así imponerme en detalle de lo que era la colonia y especialmente del carácter singular de su jefe, Thomson. Ejercía realmente verdadera sugestión sobre los otros. Sus decisiones, sus opiniones eran acatadas sin réplica. Y también les jugaba algunas bromas. Un día se fingió borracho, al llegar de la calle, y todos se la creyeron. Una cosa que me llamó la atención desde el primer instante en él es que no hablaba nunca de mujeres: parecía que las daba por no existentes; también figuraban muy secundariamente en los cuentos de entonces. Tenía una extraordinaria facilidad para aprender versos de memoria. Leía una vez una estrofa cualquiera, y la repetía inmediatamente. A Loti y a Andersen se los sabía casi de memoria. No le gustaba ningún escritor español, y su ideal, según decía siempre, era reunir dinero para irse a vivir en una casita junto al mar en la Bretaña francesa. Usted debe saber que su padre era un comerciante francés de Punta Arenas, que posiblemente viva todavía, llamado Augusto Goemine. Su madre, según creo, era hermana de Manuel Thompson, que murió heroicamente en Arica, como comandante de la "Magallanes". Según él explicaba, este apellido Thompson era realmente Thomsen, y

de origen escandinavo. Sus antepasados maternos habían sido marinos.

Sobre Santiván ejerció poderosa influencia. Bajo su mano vigilante, hizo casi todos o el total de los cuentos que publicó en el tomo "Palpitaciones de Vida". Por su consejo, cambió su firma por la de F. Saint-Ivan, transformada en Santiván después.

La Colonia Tolstoyana duró hasta comienzos de 1905, pero Thomson continuó viviendo en San Bernardo, y se llevó a su familia: su abuela materna y sus dos hermanas. Con él quedó viviendo Santiván. Ocupaban una casa en la calle Barros Arana esquina San José: más al sur había sólo potreros: limitaban, pues, con el campo. La amistad con Santiván se hizo más estrecha, y llegaron hasta adoptar una firma común. Alcanzaron a aparecer publicados cuentos con la firma "Augusto y Fernando Halmar". Santibáñez estuvo locamente enamorado de la hermana mayor de Thomson, pero ella era, parece, un poco caprichosa y lo hizo sufrir. El hecho es que él contrajo una enfermedad grave, tifus parece, y la que lo cuidó con verdadera abnegación fue la hermana menor de Augusto, Elena, con la cual Santiván, agradecido, se casó poco después. Lo curioso es que este matrimonio, en vez de unir a los "hermanos" Halmar, los desunió: no tardaron en tener una seria desavenencia, y Santiván se vino a vivir con su esposa a Santiago. Casi a raíz de esto, Thomson obtuvo un puesto de cónsul en Calcuta, mediante el apoyo del doctor Puga Borne. Pero en Calcuta duró poco: contrajo una fiebre palúdica, y consiguió que lo trajeran al Perú como cónsul en Chiclayo (Eten). Allí permaneció cerca de diez años, hasta que reunió algo como cincuenta mil pesos. Con ellos realizó su sueño de irse a vivir a Francia. A su paso por Santiago, varios amigos le dimos un almuerzo en el Parque: ya tenía la cabeza enteramente blanca. Desde entonces —hará de esto unos doce años— no ha venido a Chile.

Sobre mí ejerció Thomson una influencia decisiva. Andaba yo entonces muy apasionado por el naturalismo, y me devoraba a Zola y Flaubert. Thomson me hizo que persistiera en Daudet, uno de sus predilectos, y me indujo a leer todo Loti e Ibsen. Me recomendó, además, a D'Annunzio, a Tolstoy, a Gorki y a Anatole France. Como resultado de sus consejos y de nuevas lecturas, hice de nuevo la novela "Cecilia", que tenía terminada cuando lo conocí. Mi primer cuento leído en el Ateneo obtuvo

la aprobación previa de Thomson, y al efecto me escribió una larga carta de San Bernardo, llena de buenos consejos. Yo publicaba entonces cuentos en "Zig-Zag", y él, si alguno no le gustaba, me lo decía con toda franqueza. Sus consejos eran paternales: me trataba como a un niño. A veces era sarcástico, pero no ofendía. De los escritores chilenos sólo le gustaban Pezoa Véliz, en primer lugar, Magallanes y algo Guillermo Labarca. Baldomero Lillo no era de su agrado. Cuando publiqué "Cecilia", me envió una halagadora carta a Illapel, donde entonces yo residía, carta que publicó "El Diario Ilustrado" (1907). Estaba ya preparándose para irse a la India.

Hay algunos que se ofenden porque los llaman discípulos de alguien. Si a mí me llamaran discípulo de Thomson, me sentiría muy honrado. Es que lo considero el primero de los escritores chilenos. Y me encontrará usted razón también para que lo mire con profunda simpatía.

Su muy afmo.

JANUARIO ESPINOSA

CONFESIONES DE SANTIVAN

ENTRE los años 1928 y 1944, algunos importantes diarios, de provincias, "El Sur", de Concepción, "El Correo de Valdivia", "La Prensa", de Osorno, "El Diario Austral", de Temuco, publicaron una serie de artículos donde Santiván entregaba a la curiosidad de sus lectores anécdotas de la vida literaria santiaguina, semblanzas de personajes conocidos, perfiles y recuerdos de escritores y artistas más o menos famosos, todo ello al hilo de un relato autobiográfico donde él mismo aparecía de puertas adentro y en "pantuflas", con detalles.

Una parte de estas crónicas, que despertaron interés, las reunió "Ercilla", el año 1933, en 180 páginas intituladas "Confesiones de Enrique Samaniego", las mismas que ahora, tituladas "Confesiones de Santiván" y con una segunda parte, que es casi otro tanto del primer volumen, acaba de dar a luz Zig-Zag.

Junto con el transparente seudónimo de "Samaniego", han desaparecido otros; "Haroldo Momsen", introductor de Samaniego en los medios intelectuales, ahora se llama Augusto Thomson; Juan Salvo, que una vez le prestó cincuenta pesos, se denomina Pedro Prado. En cambio, don Paulino Alfonso conserva la máscara de "Patricio Alderete" y "Pedro Leal" no ha dejado la suya.

Explicando el empleo de ese "pueril subterfugio", dice el autor que lo buscó "instintivamente, para significar que no todo lo que se refiere a tales personajes ha podido ser la "verdad completa". Son apenas síntesis psicológicas aproximadas y debe tomárseles como tipos de novela".

Conviene no olvidar esta advertencia: los eruditos e historiadores de las letras que vengan aquí en busca de documentos van a encontrar, a menudo, solamente "algo de lo que he visto", como decía Monseñor Errázuriz, "algo" en que la realidad andará muy mezclada con la poesía, las pasiones, los prejuicios y el temperamento.

Nunca faltan en una memoria estos cristales que tiñen aquí, destiñen allá, agrandan más lejos, disminuyen más cerca y por todas partes operan extrañas deformaciones, cuando no amputan y dejan ciego todo un sector, por lo general el más importante.

En Santiván es muy visible.

Queriendo o sin quererlo, pone las cartas a la vista y muestra a cada

rato su juego. Es el menos disimulado de los escritores. Continuamente pasan por la superficie de su libro corrientes y contracorrientes que otros procuran velar; el amor, el odio, las simpatías y antipatías, la audacia, el miedo, la violencia, la humildad, el orgullo, momentos sucesivos que cada cual atraviesa y procura unificar para darles coherencia, él los deja libremente en desorden, apenas con una vestidura que sólo denuncia la intención de cubrirlos.

Obsérvese el retrato de Yáñez Silva, largamente pintado en cuatro páginas. Es típico. A través de cada línea se ve la intención. Los demás no han sido sinceros con Yáñez, no han sido justos, no le han dicho la verdad. El va a hacerlo y a decírsela francamente, honradamente; porque él es un hombre franco y honrado, no como... Pero la verdad es que él, como los demás, como los que condena allí mismo, con su nombre, no es del todo franco, ni del todo sincero, ni del todo justo, y que sus palabras publicadas e impresas no coinciden perfectamente con sus palabras dichas. La semblanza contiene multitud de rasgos exactos y justicieros y revela un gran esfuerzo de simpatía; pero, como todos, disimula, calla, esquiva, tiene su parte de comedia: es una semiverdad, una semiconfesión.

Y uno piensa que, al fin y al cabo, si de comedias se trata y no puede evitarse representarlas de algún modo, preferible resulta darlas como tales, sin reclamar para ellas el privilegio de la verdad.

Pero precisamente por eso, por su incapacidad de disimulo, por esa especie de transparencia que nos permite ver lo que él rehusa mostrar o querría enseñar de otro modo, la comedia de Santiván no parece comedia, se le perdona que la represente y hasta contribuye a conquistarle simpatías.

Además es un escritor herido. El lo declara y, leyéndolo, se nota. Hay en el fondo de sus sentimientos, allá donde la voluntad no llega, el rastro persistente de una angustia cuya presencia se deja sentir por cierto "leitmotiv" que aparece y reaparece a lo largo de toda la obra, uno como lamento sofocado y sordo, eco de un impulso de rebeldía que hace recordar cierta penetrante página de Manuel Rojas en "Hijo de Ladrón", salmodia intercalada, sin relación con el resto, que podría sacarse del libro y en algunas ediciones viene impresa con tipo diverso, como esos

apartes que los actores hacen mirando a otro lado: "Imagínate que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna parte que no puedes ubicar exactamente y que no puedes tampoco ver ni tocar, y supón que esa herida te duele o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes: inclinarte, correr, luchar o reir; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su dolor en seguida: aquí estoy, anda despacio..." Y lo que sigue, tan lenta y proustianamente desarrollado.

Se le recuerda, porque el autor también tiene su espina secreta, su llaga profunda, una obsesión casi morbosa con la cual no bromea, porque le parece muy seria, como siempre le parece muy seria su enfermedad al enfermo y su locura al loco. No es solamente preocupación, furor, recelo, fobia, amargura o resentimiento, aunque con todo eso deslinda por algún lado, sino más bien un drama íntimo, ése que, en otra medida, afronta cada cual frente a una ventanilla, cuando el empleado, sea para expedirle el pasaporte, o cualquier trámite, le pregunta:

—¿Su nombre, señor?

Momento crítico y de balance en que nos tomamos, por decirlo así, el peso, sintiendo, ¡ay!, cuán poco significamos, duro momento en que debemos entregar, indefensa, solitaria y como maniatada, nuestra personalidad, lo que constituye la síntesis de nuestro ser, ese núcleo íntimo y único que, a veces, el empleado sin saberlo, maltrata y reduce a la nada, volviendo a preguntar:

—¿Cómo dice, señor?

Momento en que la soberbia humillada debe limitarse a repetir las palabras, sílaba por sílaba, exponiéndose a que, una vez más, no se le entienda, en vez de contestar como lo desearía con los truenos del Sinaí. haciendo temblar la tierra:

—¡Yo soy Jehovah, tu Señor y tu Dios!

Para algunos ese momento no existe. Imagina que su nombre llena el mundo y peor para los que no le rindan homenaje. Para la mayoría, pasa. En Santiván es permanente, es un tormento de todas las horas, un suplicio continuo, una sospecha inagotable, fermento de indignación desequilibrada que le hace erguir el cuello, juntar los dientes, apretar los puños.

Acaso, si en vez de verse forzado a responder en esas ocasiones "Fernando Santiván" o "Santibáñez", nombres que él considera, sin duda, nobilísimos, pero que mucha gente ignora, pudiera pronunciar los de "Fernando Irarrázaval" o "Fernando Errázuriz", que probablemente él no encuentra superior a los suyos, pero que poseen la virtud de hacer surgir en la imaginación pechos con bandas, palacios con escudos, grandes haciendas, casas, lagos, bosques, embajadas y señores que cruzan la calle dejándola perfumada, podemos estar ciertos de que esa llaga se curaría o no habría existido nunca; lo cual, por otro lado, al quitarle su enfermedad o trizadura, convirtiéndolo en un ciudadano vulgar, casi seguramente le quitaría todas las cualidades que han hecho de él un artista, dándole una visión original del mundo y, también, con ayuda del tiempo, un renombre que no sólo equivale, sino supera a las palabras mágicas "Irarrázaval", "Errázuriz", con cuanto encierran de fórmula aristocrática y evocación histórica.

Debemos, eso sí, advertir que esa adoración supersticiosa de los apellidos, común en nuestra sociedad, extendida por todas las clases y de que no se libran muchos escritores, ejemplo, el "de Rokha" de un "Díaz", que es como un amago de buscarse antepasados en las cavernas, sólo la revela Santiván en la tímida deformación de Santibáñez, que empezó, a lo ruso, por Saint-Ivan, o sea, mezclada a motivos estéticos. La herida, la auténtica herida, asume en él menos directas manifestaciones y prefiere generalmente, ante imaginarios desaires, la réplica del desdén, también imaginario.

Empieza sus memorias de Samaniego el año 32, y repiten las de hoy: "He conocido la miseria. Y también el hambre. Es posible que esta confesión me prive del saludo de algunos amigos de impecable pulcritud, satisfechos de actuar en un mundo brillante y sonoro, recién lustrado con pasta Brasso; pero he sentido siempre indefinible voluptuosidad en provocar el desdén de cierta sociedad vacía, grave y parsimoniosa".

Atención. Ya hemos oído sonar el cascabel. Es el saludo. Pronto volveremos a escucharlo. La ceremonia protocolar de los que se encuentran en la calle o no importa dónde y creen necesario solemnizar el instante con uno de los más viejos ritos sociales, generalmente mecánicos, por la rutina, la epidermis ultrasensible lo convierte en barómetro y termóme-

tro, digno de atento examen, con infinitos matices que proporcionan una increíble cantidad de datos sobre la ubicación, la temperatura, los niveles y su alteración, para otros imperceptibles, pero que, vistos con cierto anteojo, se vuelven gigantescos, cubren el horizonte.

—¿Qué tal, joven aristócrata?

Pudo haber una broma inofensiva en el apóstrofe, pudo haber indiferencia o alusión a deseos satisfechos, pudo incluso haber un fondo estimulante de simpatía por los primeros triunfos. En el tono, Santiván percibe otra cosa. "Eran alfilerazos que me lanzaban algunos compañeros en el "foyer" de los teatros o en la calle Huérfanos. Vacilaba. Contenía los deseos de pedir explicaciones por aquellas palabras que, bajo manto de broma, ocultaban una gotita de veneno." Una gotita que desencadena un torrente y abre el capítulo titulado "Aristocracia", págs. 176-181, en que analiza esta cuestión dándole vueltas al revés y al derecho. ¿Quiénes son los verdaderos aristócratas, por qué lo son y cómo? ¿Se hereda la aristocracia, se adquiere, se pierde, puede recuperarse? Como acusado en el banquillo, le vemos defenderse. "A Inés Echeverria de Larrain —dice— y a mi profesión literaria y periodística debí la oportunidad de conocer hogares santiaguinos selectos. ¿Cómo rehuir la oportunidad de cultivar relaciones con artistas como don Ramón Subercaseaux y su esposa, doña Amalia Errázuriz? ¿Cómo no sentirme bien en trato cordial con doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna y su familia, los Vergara Vicuña, los Orrego Vicuña? Iris, alma de artista y mujer de excelentes cualidades humanas, tuvo especial cuidado de ponerme en contacto con hombres y mujeres de talento. A ella debí el conocimiento de don Eliodoro Yáñez, de don Arturo Alessandri; de la señora Fernández de García Huidobro, de Ernestina Pérez, de doña Sara del Campo de Montt; de don Ramón Barros Luco, de la familia Rivas Ramírez; de los Morla Lynch, de los Concha Castillo, de los Aldunate Echeverría, y de innumerable desfile de personajes de la política, del gran mundo y de las finanzas." Siguen reflexiones bastante cuerdas, no demasiado nuevas, sobre el roto, los bohemios, los artistas de origen proletario y su nobleza natural, todo un tratado de filosofía sociológica, para volver al punto de partida, del que es el punto neurálgico el: "¿Qué tal, joven aristócrata?" En la pá-

gina 159 vemos a don Agustín Edwards dejar el escritorio de la imprenta Zig-Zag, saludando afectuosamente a todos, amabilidad demasiado pareja que no lo desarma. "No le hubiera sido posible —supone— establecer distinción entre un portero y un secretario de redacción." El era el secretario.

"¿Ves ese tipo que pasó junto a nosotros?... Cualquier día me voy a acriminar con él... Tiene más de seis maneras diferentes de saludarme. Verás. Cuando me visita en el taller, me agasaja con zalamería: "¿Cómo está, Benito querido?" Es menos cariñoso cuando me ve rodeado de personas ajenas al mundo artístico. Entonces me dice: "¿Cómo le va al gran pintor Benito Rebolledo Correa?" Cuando acompaña a un personaje de campanillas, sólo se digna protegerme con un seco y distraído: "¡Cómo le vaa!" Suele gritarme alegremente como si me elogiara en broma: "¡Hola, maestro!" Pero el caso es grave cuando le acompañan personas de su familia, señoras especialmente. Entonces esquiva el bulto como si no me hubiera conocido nunca."

Rebolledo Correa era uno de los grandes amigos de Santiván.

Y ya que de antigua memoria se trata, ¿por qué no contribuiríamos a comentarlas con algunos recuerdos? Justamente viene en la obra un episodio que casi nos impone la obligación de hacerlo.

Era el año 1909. Encontrábamos, por entonces, en casa de dos escritoras, a un autor que no nos parecía muy joven; porque cinco años de diferencia forman a aquella edad un lapso considerable, y que, agrandado todavía por el renombre que empezaba a rodearlo, se nos presentaba con las proporciones de hombrón hecho y derecho. Mucho más fantástico que Iris o que Shade, al fin señoras de quienes habíamos oído hablar, seres corporales y tangibles, levemente rozadas por el misterio, Santiván encarnaba para nosotros la plenitud del "escritor", temible criatura, entre diabólica y celeste, brotada de los libros, difícil de imaginar. Recordamos muy bien la impresión que nos causó de personaje completamente fabuloso, ubicado a mil leguas, fuera de nuestro alcance, cuya atención no merecíamos y cuyo destino se nos antojaba el más envidiable y apetecible de la creación: un escritor, un verdadero y auténtico escritor. Pues bien, mientras tanto, he aquí lo que él pensaba: "No fluyó simpatía entre nuestros espíritus juveniles —página 153—.

Sin embargo, fuimos amigos hasta donde es posible que lo sean personas de temperamentos opuestos y de antagónicas ideas. Lo encontré varias veces en casa de Shade y también en la de Iris. Me molestaba el airecillo de complicidad que adoptaba con estas damas al hablar en mi presencia de gentes o cosas que se relacionaban con la vida aristocrática, complicidad de la cual, naturalmente, me excluía a mí, individuo de mundos diferentes, inferiores".

En el torcedor oculto, la llaga secreta. "Imagínate que tienes una herida en alguna parte del cuerpo... Supón que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes: inclinarte, correr, luchar, o reir; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero su dolor en seguida; aquí estoy, anda despacio..."

Más próximos a la vida que las novelas, menos helados que el documento, los libros de memorias personales tal vez no dirán cosas nuevas sobre el espíritu humano, porque el tema es antiguo y ha sido muy explorado; pero nos ponen y vuelven a poner vigorosamente ante los ojos viejas verdades que fácilmente olvidamos o tendemos a olvidar, como esa tenaz ilusión de que hablamos el mismo lenguaje, vemos los mismos colores, usamos las mismas palabras.

He aquí dos personas que evocan idénticos sucesos. Aunque sólo median unos cuantos años de él, las respectivas imágenes que dibujan difieren tanto como si las separaran períodos geológicos. Cuesta convencerse de que no aluden a otras gentes; hay que acudir, para identificarlos, a las fechas, los nombres, las circunstancias, como los arqueólogos en las excavaciones de las ruinas cuando encuentran una medalla o una piedra grabada, último rastro de ciudades enteras desaparecidas, de pasiones extintas, de fantasmas apagados, y basan sobre ella deducciones probablemente tan equivocadas como las formulan quienes todavía conservan la voz y pueden conversar.

CONFESIONES POLITICAS

por René Montero.

I

CONTRA la opinión de algunas personas, partidarias del "morir callado", creemos que no sólo estaba en su derecho, sino que hizo perfectamente el autor de este libro al publicar la historia de sus relaciones con el Presidente Ibáñez.

Trátase, ante todo, de un documento importante sobre uno de los políticos más influyentes en Chile durante los últimos treinta y tantos años. Conocerlo es conocernos, y explicarlo, explicarnos. A todos nos conviene que salgan a la máxima luz quienes actúan en ese plano y que los demás, los que esperan actuar, y luchan y empujan por gobernar, lo sepan.

Esto por las consecuencias, digamos, locales, nacionales, chilenas.

Pero hay algo más en las "Confesiones" del señor Montero, algo mucho más hondo y también más raro, menos creíble, algo apasionante y digno de estudio que difícilmente hubiera podido imaginarse si el libro no lo pusiera ante los ojos con un sabor de ingenuidad que lo hace indiscutible: es el "caso" humano, el misterio de psicología que encierran sus páginas bajo las cuales se nos entrega, de modo casi involuntario (lo que acrecienta su valor), una novela conmovedora, un poema puro y doloroso, el drama de un amor que, como todos los amores, tuvo su inicial y celestial deslumbramiento, sus éxtasis triunfantes, su vía crucis con celos, dudas, torturas y lágrimas, en prolongado y dramático desgarramiento, para concluir, víctima de ataques arteros y mezquinas rivalidades, con el mortal desengaño que trasmuta el objeto del amor creador en lo que todos —todos menos el alma enamorada— estábamos viendo: un "vampiro de trapo" construido por sus manos que, después de alucinarlo y estremecerlo, se le deshizo.

¿Y esto iba a quedar en silencio? ¿Había que condenar para siempre un cuento maravilloso urdido por la realidad?

Si indiscreción ha habido al levantar el telón sobre la gran comedia, bendigámosla: que nunca vuelvan a tal escenario los actores sin saber que, tarde o temprano, muy temprano a veces, caen las bambalinas pro-

tectoras, desaparecen con las pelucas, las máscaras y ellos quedan, desnudos, sin defensa, ante un coro de espectadores estupefactos.

Los hechos comenzaron el año 1926. Don René Montero Moreno era un joven teniente de infantería que prestaba sus servicios, fervorosamente, en la Escuela de Aplicación. Creía en el Ejército, amaba su profesión, sentía respeto por sus jefes y miraba, desde muy lejos, como ídolos inaccesibles, a don Arturo Alessandri y a don Carlos Ibáñez.

Era uno de esos espíritus puros y ardientes, hechos de una pieza, en cuyas palabras se puede creer, porque nunca las han desajustado de su conducta, un alma apostólica de las que todavía, por suerte, quedan algunos ejemplares.

La Escuela ofrecía un almuerzo al coronel Ibáñez, Ministro de Guerra, y se habían pronunciado, inútilmente, varios discursos. El ceño del señor Ministro ensombrecía la reunión. Planeada para unir a los militares jóvenes y no jóvenes, de las distintas armas, sentíase en el aire que iba fracasando. Entonces, el teniente Montero —de 24 años, como dicen los diarios yanquis— pidió la venia del señor Ministro, que la acordó con una mirada inexpresiva, y se puso de pie para hablar. Ya conocía, desde el colegio, los aplausos oratorios y no le disgustaban. Esa vez, preparado, habló bien, tan bien que el aire general de aprobación, contagiando al Ministro, le desarrugó la frente, le cambió el rostro, lo indujo, entre el asombro y la alegría, a pedir también la palabra. Fue un comentario elogioso de lo que acababa de oir, una glosa ceñida y simpática de la máxima autoridad al menor de los festejantes. "La fiesta terminó en medio del mayor entusiasmo y de la camaradería más sin reservas."

Se produjo el *coup de foudre* recíproco.

Al otro día, orden del Ministerio de Guerra: el teniente don René Montero será en adelante Secretario personal del Ministro, es decir, estará junto al hombre fuerte del "nuevo régimen", llegará a las raíces mismas, cabe decir la propia, enigmática, temida y ambiciosa fuente del poder. Dominado por una especie de pavor, resistió. Era demasiado.

"Desde el estado llano de simple oficial subalterno —pág. 37—, divisaba a los personajes que dirigían los destinos del país como situados a una altura inaccesible, y jamás se me había ocurrido que el azar pu-

diera colocarme alguna vez al lado de uno de los hombres públicos más prominentes." Pero al llamado verbal sucedió una nota escrita. Entonces obedece.

Sigamos leyéndolo.

Cuando expone ideas, la prosa del señor Montero se hace vaga y común; pero para relatar los hechos adquiere una sencillez veraz que arrastra.

"Me presenté, pues, al tercer día al Ministerio de Guerra —continúa—. El coronel Ibáñez, que a mi llegada se encontraba en La Moneda, no tardó en regresar y, con el aspecto singularmente severo que era en él habitual, cruzó la antesala en que ya me encontraba, indicándome de paso que lo siguiera. Hombre tan discutido en tantos y tan variados aspectos de su vida pública, nadie ha negado nunca a Ibáñez su personal prestancia, su innato señorío, el extraño ascendiente que emana de su figura física, todo esto realzado hasta el infinito en el alma del joven oficial por su gratitud, por su emoción cívica, por su profundo sentido jerárquico frente al jefe eminente. Con una afabilidad que hacía penetrante contraste con su severo y adusto semblante, me invitó a sentarme y me dijo lo siguiente:

"—Teniente, hace tiempo que busco a un oficial de infantería que reúna sus condiciones para que trabaje a mi lado. Conozco sus antecedentes profesionales y morales..."

El teniente, arrobado, oía. Era la felicidad obligatoria, el deleite como disciplina, la dicha en bandeja.

—¿Entendido, teniente?

—¡A su orden, mi coronel!

Así queda sellado el pacto y se deciden los destinos. Tal como en las novelas, exactamente como en "Quintín Durward" o en "Manon Lescaut"; porque pueden cambiar los trajes, las épocas y la aventura, pueden variar los idiomas, el nombre y las circunstancias; en el fondo, de puertas adentro, siempre es el mismo asunto, la misma vieja leyenda en que el amor, la ambición, el azar, la juventud y lo desconocido se juntan sobre la misma trama para tejer apasionadamente sus dibujos.

Un afecto que va más allá del afecto, una sumisión total, la necesidad y el placer de sacrificarse nacen en el alma del joven oficial que em-

pieza por modelar su estilo literario, "un poco recargado", para adaptarse al temperamento del Ministro, que le corregía la redacción, podándosela. No tardará en conseguirlo: el amor hace milagros. "Me llamó la atención —dice, pág. 38— la propiedad con que el coronel Ibáñez reemplazaba en mi redacción una palabra por otra o suprimía algunas innecesarias o superfluas, y hube de reconocer, en silencioso acto de conciencia y de buen gusto, que el estilo resultaba más depurado y más directo con las correcciones del Ministro." ¿Ibáñez estilista? No es imposible: del choque entre el frondoso y el escaso puede haber resultado un equilibrio.

Mientras tanto, la batalla política seguía y entre los vaivenes del Ministro, el Presidente y el Congreso, un momento llegó en que Ibáñez, como debía ocurrirle varias veces, con pasmo de sus consejeros, se derrumbó, se deshizo; reducido a cero, quiso, desmayadamente, renunciar. No más lucha, reformas, mensajes, postulados, proclamas ni programas. ¡La renuncia, pronto! Venga el secretario a redactarla.

Pero volvamos a leer al señor Montero. Sus expresiones son insubstituibles.

"Yo no lo escuchaba, ni tomaba nota (pág. 42); sentía que todo el país se derrumbaba sobre mis hombros y que estaba asistiendo a una defección cívica de tremendas consecuencias. De pronto, la emoción y el coraje me dominaron a tal extremo que, entre lágrimas que no pretendía ocultar, le enrostré su actitud con estas palabras:

"—Mi coronel, me niego a obedecerle, porque no deseo hacerme cómplice de una actitud que rechazo con mi más profunda convicción patriótica. Usted no se va porque lo crea necesario y útil para el país. Lo hace porque está consumido por la preocupación de no aparecer ambicioso. Pero ésa es una pobre preocupación frente al deber que tiene por delante y al compromiso que ha contraído con Chile. No cooperaré en ninguna forma a esta verdadera deserción.

"Y salí de la sala trastabillando, más que en el piso, en la agitación de mis propios sentimientos."

¿No hemos dicho que había aquí una novela, que se trataba, en el fondo, de un drama, de una tragedia pasional?

Estamos ante la cristalización de que habla Stendhal: el Coronel-Mi-

nistro es la rama seca metida en las minas de sal, que se cubre de claros cristales y se vuelve joya deslumbrante, ídolo precioso en cuya presencia, quienes lo han fabricado se arrodillan y rezan, no sin lágrimas.

Más que los hechos políticos, hallamos interesante y patética esa "pasión eterna de súbito formada", esa sugestión potente, tan avasalladora en su campo de acción que, abarcando el horizonte entero, no deja a la víctima puntos de referencia, le cierra los caminos de la crítica, le envuelve el universo y, para emplear la palabra más usada, lo ciega, le echa una venda a los ojos.

Pensemos que, al fin, el joven teniente, con su honradez, con su estrictez, con su pureza, con su honorabilidad, con su civismo, no podía dejar de ver que el coronel Ibáñez era un militar fuera de los cuarteles, un soldado metido en política, un simple asaltante que se había apoderado de la autoridad por la fuerza, pues no contaba ni con la preparación, ni con los títulos, ni con "la voluntad de los electores" (saludemos), ni con nada para ocupar a las derechas el sitio que había escandalosamente usurpado.

Sin embargo, lo adora. Ni un minuto le remuerde la conciencia estarle ayudando a desquiciar al país; no piensa que Chile, con esas maniobras, va a volver a la época del militarismo preportaliano; tampoco advierte que va tomando el mismo trote de las repúblicas sudamericanas menos acreditadas y que ahora tendrán razón para reírse de nosotros en Europa.

No. Nada de eso se le viene a la mente. Está nutrido de patriotismo. Pertenece a una familia de magistrados integérrimos, en su hogar se respiraban viejas tradiciones, había una atmósfera de principios hechos para ponerlo a salvo de esas caídas. Pero nada de eso puede nada. Su conciencia ha desaparecido, está ahogada, como cuando penetra en los corazones el invencible amor, el amor señor del mundo, el terrible dios miriónimo, de los mil nombres y los mil disfraces, pero cuyos procedimientos lo denuncian y que hasta en las expresiones suele traicionarse porque las palabras se repiten cuando brotan de un fondo común.

Dígase si Santa Teresa o la Monja Alcoforado, si Abelardo, Eloísa o cualquiera de los amantes famosos habrían podido hallar términos como éstos con un ardor más puro:

"Mi fervor por el Presidente (pág. 50) no necesitaba estímulos. Estaba lleno de él en una perfecta e integral plenitud cívica y moral. Como Mandatario, simbolizaba para mí, sin reservas mentales de ninguna especie, la efigie misma de la patria y la consumación de sus grandes destinos. En cuanto a hombre, se ofrecía a mi sensibilidad como la suma y el compendio de la perfección que se puede alcanzar en esta vida. Vivir por el Presidente me parecía mezquina retribución para su generosidad y su grandeza: mi secreto y ardiente deseo era que el destino me deparara el goce de poder morir por él".

Se siente pasar por allí el soplo de Gabriela.

Con una agravante: que no se trata de palabras ni de poesía, sino de verdades tan concretas que, una vez, en determinada escaramuza política, el señor Montero intentó entregar la vida por el señor Ibáñez, lo dispuso todo para suicidarse públicamente por él. Si no lo consiguió, fue culpa de las circunstancias.

II

Muestra el señor Montero en su autorretrato una —¿cómo la llamaremos?— condición que, aunque intrínsecamente inofensiva, va a atraerle más enemigos que si demostrara vicios graves: es su naturalidad para presentarse en papeles airosos, en actitudes que lo honran; su singular franqueza para tributarse elogios personales sin acudir a eufemismos.

Dice tranquilamente: "...con la singular energía, virilidad y espíritu militar que me destacaban con fisonomía propia entre los jóvenes oficiales..." Uno se restriega los ojos, vuelve a leer, piensa qué irán a decir los demás y sigue leyendo: "Era joven y optimista, pero negado a toda vanidad". Más adelante: "Alentado por el efecto conseguido, que percibí con certera intuición..." Es en uno de los triunfos oratorios que le permitieron salvar pasos difíciles. "...con prudencia poco común en un joven de mi edad, comprendí que mi desproporcionado encumbramiento..." Ante la perspectiva de que la administración Ibáñez concluya en un fracaso, insinúa (pág. 204) que la situación política podría abrirle a él "ilimitadas posibilidades".

Hay gente que no perdona estas cosas: señalarán ese rasgo para po-

ner en duda toda la narración y declararla compuesta como un romance; alegando la incurable miseria de la naturaleza humana, afirmarán que no hay seres perfectos y, por tanto, si alguno aparece, ha de ser inventado.

Sin desconocer la fuerza de tal posición, creemos que es juzgar un tanto sumariante y, por nuestra parte, no sólo disentimos, sino que en esa misma actitud hallamos una prueba de que el señor Montero se ciñe a la verdad y más bien nos inclina a tomar sus palabras como documento.

Es, desde luego, la impresión que causan. El hombre verdaderamente honrado, desprovisto de malicia, no sólo lleva la honradez a sus virtudes, sino que la imprime también a sus defectos. Le faltan, sin duda, tacto, desconfianza, prudencia, olvida a los suspicaces y mal pensados, no considera las interpretaciones torcidas y ha extremado su rectitud hasta el candor. Sí. Pero ¿por qué? Porque se trata de un caso auténticamente extraordinario, no ya en el terreno político, sino en cualquier terreno.

Es lo que podría llamarse la buena fe al estado puro, sin mezcla alguna.

Existe, felizmente, una prueba objetiva de que no lo mueve la vanidad: tiene derecho a hablar de ese modo el hombre que, en una situación elevadísima, en un cargo hecho para lucir y para lucrar, no sólo rehusó ostentarse, sino que, sistemáticamente, se ocultaba, se escondía, se esfumaba detrás del poder, uno a quien llamaban "Eminencia Gris", y que de donde otros sacaron fortunas enormes él no recibió sino su salario estricto.

Esta circunstancia esencial cambia el valor de las expresiones, incluso en el orden literario, les añade una consistencia y les presta un colorido que de otra manera no tendrían.

Siempre nos sorprendió una afirmación de Renan sobre Macpherson. Dice que si Ossián fuera verdadero, su poema sería hermoso; pero que no lo es, porque carece de verdad. ¿Por qué? ¿Acaso la belleza literaria no es independiente del contenido histórico y no está libre del tiempo? ¿Entonces no es "una alegría para siempre"? Por desgracia, parece que no. Así como cada libro necesita, detrás, un autor, cada

autor necesita detrás un respaldo moral, una realidad o una leyenda, cierto ámbito donde la obra se apoye para resonar. Los contemporáneos de la superchería de Ossaián, Napoleón entre ellos, que declamaba sus poemas ante las pirámides, se embelesaban. Descubierta la falsificación, cesó el encanto y la obra "dejó de ser bella".

Muy triste para los artistas de la prosa, como Flaubert, que se extenúan trabajándola; pero ¿qué hacerle?

Escritor espontáneo, fácil, abundante, de un movimiento rico y natural, con visibles propensiones oratorias, pero falto de cultivo adecuado, como todos en Chile, carece, además, el señor Montero del instinto defensivo que tanto se necesita en nuestra época para vencer el contagio periodístico y evitar los adjetivos gastados, las metáforas malas, los tópicos vacíos, las frases hechas, el "impacto", el "confidenció", el "conglomerado", el "configuró", ordinaria peste que derraman día a día diarios, revistas y radiolocutores. Cualquier mujercilla del gran siglo, dice un francés, escribía mejor que los maestros actuales: bastábale transcribir el lenguaje corriente, copiar los giros de habla común. De ahí su soberana soltura. Hoy sucede al revés...

Sin embargo, tanto influye el fondo sobre la forma y tanto puede a ratos la corriente interior, que no costaría hallar en estas "confesiones" pasajes y hasta páginas enteras de un corte magistral.

Ello ocurre cuando, apartándose de ideologías confusas, el autor se limita a narrar hechos, describir escenas y relatar anécdotas. Algunas hay a las cuales no se les podría cambiar un adjetivo, uno de esos terribles e invasores adjetivos, que tanto estorban, sin que perdieran su gracia, un matiz de sabor.

Léase, pág. 52, el accidente ocurrido a don Enrique Balmaceda en Valdivia, cuando, siendo Ministro del Interior, debía contestar el ofrecimiento de un banquete oficial y: "Se puso de pie y empezó a desarrollar una larga frase de muy cuidadosa factura literaria, redactada, según pude imponerme, por su secretario, don Augusto Millán Iriarte. En la parte última del período, sufrió un colapso mental; entonces empezó la frase de nuevo; pero, al llegar al escollo, una vez más la claudicante memoria le hizo una mala jugada. Con la angustia retratada en el pálido semblante, el Ministro se sentó". Percance funesto, que terminó bien

gracias a un discurso escrito para Osorno que, rápidamente, el señor Montero adaptó a las circunstancias de Valdivia, zona muy semejante, y que pronunció enfática y oportunamente.

Quítesele a esta breve pieza su acento respetuoso, su envoltura de seriedad, y perderá un gran mérito. Lo mismo el episodio en que (pág. 61) figura aquel imponderable personaje que fue el doctor Salas. "...el talentoso Ministro de Bienestar Social, doctor José Santos Salas, que tenía entre sus muchos méritos el gran defecto de las formas exteriores y ademanes solemnes, inspirados en su concepto de lo grandioso, al que rendía permanente culto. Además, tenía ambiciones políticas que más de una vez lo arrastraron a gestos y actitudes que no podían menos de llamar la atención del Presidente. Con motivo de encontrarse aquejado de una dolencia sin mayor importancia, el doctor Salas, traicionado por su espíritu ampuloso, cometió la torpeza de hacer publicar boletines oficiales sobre el estado de su salud. Este solo acto irritó al Presidente en tal medida que le pidió inmediatamente la renuncia..."

Tenemos así la clave de una de esas numerosas crisis ministeriales que inquietaban a los políticos durante la Administración Ibáñez. Otra aparece que no ha sido aún descifrada, la del señor Olavarría, aquel Ministro de Relaciones que esparció el pánico en el servicio diplomático cuando llegó. Al salir dijo a los periodistas:

—No sé por qué me echan.

¿Y cómo iba a saberlo? Media hora antes, el Presidente tampoco lo sabía. Como hablando solo, decíale a su Secretario:

—¿Echaré a Olavarría, René?

Pero donde el talento del señor Montero raya a mayor altura es en el increíble episodio del cantón Providencia. En el estilo de gran novelista, de novelista de intriga que no pierde un detalle, cuenta, como testigo de puertas adentro, la llegada del Presidente Ibáñez convertido en Domingo Aránguiz, sus vacilaciones para apoderarse de La Moneda, las de don Carlos Dávila para entregársela, luego la increíble tentativa del general para sublevar a los regimientos de caballería, su actitud extraña, su inadecuado traje, la inesperada aparición de los Ministros y la salida salvadora que el señor Montero discurrió para sacar al caudillo del singular marasmo en que había caído, justo cuando más ne-

cesitaba energía, decisión, prontitud y arrojo. Todo eso es un estudio de psicología política, un trozo de historia y un capítulo de intriga palaciega apasionante. Y ¡qué lecciones para los ambiciosos!

No obstante, si hubiéramos de elegir para una antología, acaso escogeríamos el paralelo que se desarrolla desde la página 174 hasta la 176 entre el austero Ibáñez de 1927, frugal en la mesa, escrupuloso con la hacienda pública, modesto, económico, que temblaba y prometía matarse ante la sola idea de haber firmado un contrato eléctrico lesivo para los intereses nacionales, y el Ibáñez casi octogenario de 1952, amigo de las ricas viandas, que no desdeña el buen licor, aficionado a cambiar de uniformes como un tropical, que salió cuatro veces de Chile, afrontando la humillante oposición del Parlamento, que proclamó en Arica "la caridad empieza por casa" y a quien el país vio con estupor volver de allá con el avión presidencial "atiborrado de mercaderías".

El oleaje de la indignación presta allí al señor Montero una elocuencia real y le dicta anatemas quemantes, sentencias al termocauterio. Es un ejemplo de cuanto puede el tema para levantar a un escritor. Son frases de verdadero y alto moralista las que empiezan: "Hay hombres que nuncan olvidan las ofensas; pero hay otros que jamás perdonan los favores. Un orgullo más intenso mientras más disimulado y oculto, una especie de soberbia demoníaca, hace que ciertos temperamentos, martirizados tal vez por la conciencia profunda, pero jamás confesada, de sus propias limitaciones, experimenten una dolorosa angustia cuando se les recuerda lo que deben a otros. ¡Ay de los que sirvieron a Ibáñez! Difícilmente escaparán a su venganza".

Porque en esto ha parado el amor, el grande amor; hasta ahí llega en su derrumbamiento la pasión por el hombre público que lo fascinó.

¿No decíamos que en la entraña de estas "Confesiones Políticas" había una novela dramática?

Para que no falte ni la conclusión filosófica, desengañada y escéptica, ese irónico encogerse de hombros con que Montaigne termina sus reflexiones sobre todas las cosas y que parece el fin de las más altas teorías, véase el punto en que, prácticamente, se cierra el libro.

"Ibáñez a los 50 años no sabe reir; apenas si alguna vez sonríe gravemente. Su apariencia es de una severidad tal que todos tiemblan

frente a él y nadie se atrevería a insinuarle una broma. Sus hijos mismos no han conocido sus caricias y no han escuchado de sus labios una palabra de estímulo o afecto. Parece consumido por la pasión del bien público, y, en su trato íntimo, se le descubre lleno de elevados pensamientos y de nobles y patrióticos propósitos. ¡Cuán distinto aparece, en cambio, el Ibañez de los ochenta años! Su risa es fácil y contagiosa, escucha y hace chistes; acepta las caricias de sus hijos y se deja interpelar por ellos. Se ha humanizado, en suma; y, aunque menos imponente, es, sin duda, mucho más simpático."

Hablábamos de Montaigne. Ahora recordamos a Renan, al Renan envejecido de los "dramas filosóficos", que también aprendió a divertirse un poco tarde.

Repetimos: ha hecho bien don René Montero al publicar sus memorias sobre Ibáñez. Después de las "Memorias de un Tolstoyano", de Santiván, con el inmenso D'Halmar al fondo, éstas nos parecen las más interesantes del siglo, valiosas, sobre todo, como testimonio histórico y documento psicológico.

Ha hecho bien, además, y ha cumplido, en cierto modo, un deber; porque nunca los favoritos son demasiado simpáticos y, desde don Alvaro de Luna hasta Antonio Pérez y D. Manuel Godoy, han tenido generalmente mal fin. El era un misterio no menos indescifrable que el propio Ibáñez. La gente se preguntaba quién era, cómo estaba allí, por qué.

Ahora lo sabemos.

BIBLIOGRAFIA

"*El Cautiverio Feliz*", por Pineda y Bascuñán.
"*El Chileno Consolado en los Presidios*", por Juan Egaña.
"*Algo de lo que he Visto*", por Crescente Errázuriz.
"*Memorias*", por Abdón Cifuentes.
"*Recuerdos de la Escuela de Medicina*", por el Dr. Augusto Orrego Luco.
"*Recuerdos de mi Vida*", por la señora Martina Barros de Orrego.
"*Recuerdos de Familia*", por Luis Montt.
"*Memorias de 80 Años*", por Francisco R. Undurraga V.
"*Memorias de 80 Años*", por Ramón Subercaseaux V.
"*Recuerdos de Cincuenta Años*", por Armando Donoso.
"*Recuerdos de 1891*", por Ricardo Cox Méndez.
"*La Revolución del 91*", por Fanor Velasco.
"*Como si Fuera Ayer...*", por Emilio Rodríguez Mendoza.
"*Como si Fuera Ahora...*", por Emilio Rodríguez Mendoza.
"*Espejo del Pasado*", por Samuel Lillo.
"*Arenas del Mapocho*", por don Ricardo Puelma.
"*El Mar Trajo mi Sangre*", por Alberto Ried.
"*Los Días Ocultos*", por Luis Oyarzún.
"*Recuerdos*", por Juan Urzúa.
"*En España con García Lorca*", por Carlos Morla Lynch.
"*Memorias de un Emigrante*", por Benedicto Chuaqui.
"*Yo soy Tú*", por Coke.
"*Recuerdos Literarios*", por Fernando Santiván.
"*Memorias de un Tolstoyano*", por Fernando Santiván.
"*Confesiones*", por Fernando Santiván.
"*Confesiones Políticas*", por René Montero.
"*El Año del Centenario*", por Carlos Morla Lynch.
"*Lo que Supo un Auditor de Guerra*", por Leonidas Bravo.
"*Ibáñez*", por el General Wurth.
"*Memorias*", por Abraham König.
"*Seis Años de Vacaciones*", por Arturo Benavides Santos.
"*Cárcel de Mujeres*", por María Carolina Geel.
"*Antenas del Destino*", por Violeta Quevedo (o sea Rita Salas Subercaseaux).
"*Una Jornada Ferroviaria*", por Martiniano Poblete.
"*Un Juez Rural*", por Pedro Prado.
"*El Loco Estero*", por Alberto Blest Gana.
"*Crónica de un Soldado de la Guerra del Pacífico*".
"*Tres Meses en Río de Janeiro*", por Joaquín Edwards Bello.

"*Memorias de un Chiquillo de Provincia*", por Daniel de la Vega.
"*R. S. C.*", por Raúl Silva Castro.
"*Imaginero de la Infancia*", por Lautaro García.
"*Imágenes de la Infancia*", por Manuel Rojas.
"*Visiones de la Infancia*", por María Flora Yáñez.
"*Cuando Era Muchacho*", por J. S. González Vera.
"*Niño de Lluvia*", por Benjamín Subercaseaux.
"*La Vida Simplemente*", por Oscar Castro.
"*Memorias de Pantalón Corto*", por Carlos Ruiz Tagle Gandarillas.
"*Memorias*", por Maipina de la Barra.
"*Memorias*", por Carmen Smith.
"*Daniel*", por Benjamín Subercaseaux.
"*Por los Caminos del Abra*", por Darío Ovalle Castillo.
"*Recuerdos del Pasado*", por Vicente Pérez Rosales.
"*Recuerdos de 30 Años*", por José Zapiola.
"*Recuerdos Literarios*", por José Victorino Lastarria.
"*Trasnochadas*", por Rafael Frontaura.
"*Recuerdos de Tacna y Arica*", por Muñoz Figueroa.
"*Música, Recuerdos y Opiniones*", por Luis Arrieta Cañas.
"*Recuerdos de don Pedro Aguirre Cerda*", por Alberto Cabero.
"*Diario Militar*", por J. M. Carrera.
"*Gente de mi Tiempo*", por Luis Durand.
"*Recuerdos Olvidados*", por Augusto d'Halmar.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
17 AGO. 1960
Secc. Control y Cat.

BIBLIOTECA DE ENSAYISTAS

* * *

ORIGENES LITERARIOS DEL SURREALISMO,
por Anne Balakian.

* * *

LAS GRANDES CORRIENTES DEL PENSAMIENTO CONTEMPORANEO,
por Jean-Marie Grevillot.

* * *

ROSTROS SIN MASCARA,
por Salvador Reyes.

* * *

ENSAYOS ESCOGIDOS,
por Mariano Picón Salas.

* * *

LOS CATOLICOS EN LA POLITICA,
por Jorge Iván Hübner.

* * *

EL ARBOL SIEMPRE VERDE,
por Manuel Rojas.

* * *

LA TENTACION DE MORIR,
por Hernán Díaz Arrieta (Alone).

* * *

REVOLUCION EN LA AGRICULTURA,
por Carlos Keller.

* * *

INDIA, ENIGMA Y PRESENCIA,
por Hernán Romero.

* * *

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile

FABRICACION CHILENA/PRINTED IN CHILE